

Laura Norton

Ante todo,
mucho karma



se

Lectulandia

Si creías que después de volver con Aarón, Sara, nuestra Sara, iba a alcanzar la paz y la serenidad, es que no la conoces... ni a ella, ni al p... karma.

Al comienzo de esta novela, Sara se encuentra justo al principio de su cuento de hadas: un trabajo apasionante, un esposo apasionado y un hijo de anuncio. Pero a pesar de esta mano ganadora, ¿es feliz? Pregunta retórica donde las haya: si no tiene motivos para torturarse, Sara los buscará hasta debajo de las piedras, y los encontrará, ¡vaya si los encontrará!

Lectulandia

Laura Norton

Ante todo, mucho Karma

Karma - 2

ePub r1.0

Titivillus 18.10.2017

Título original: *Ante todo, mucho Karma*
Laura Norton, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mi familia,
a la que tanto debo.*

EL MOMENTO ITALIANO

No sé por qué me viene a la memoria justo ese momento. Supongo que porque define de una manera precisa, con una precisión que duele, cómo fueron esos primeros meses con él. Con Aarón. Como un verano perfecto, así fueron. Como ese verano de descubrimiento y de deseo, de tardes eternas bañándote en el agua de la piscina donde el olor del cloro se mezcla con el de césped cortado, entre el alboroto y las aguadillas. Un verano en el que los amigos son el centro del universo y hasta lo imposible puede pasar y una tarde pasa y le robas un beso a él, a ese chico que nunca creíste que te iba a mirar y... ahí está, juntando sus labios a los tuyos y por un instante sientes que no puede haber una persona más feliz sobre la faz de la tierra. Así fueron esos once meses con él. De una perfección imposible.

Hasta que un tiempo después todo se rompió, claro. Y solo hubo una persona que tuviera la culpa. Yo. Qué raro, ¿verdad? ¿Cómo era la teoría del efecto mariposa? El aleteo de una mariposa en Europa puede provocar un tsunami en Japón. Algo así. Pues solo bastó algo minúsculo, un giro tonto del destino, un mal karma que me había ganado a pulso, supongo, no sé, para que yo provocara un maremoto de dimensiones épicas y me llevara a donde estoy ahora, en el fango. Pero vayamos paso a paso. Y empecemos por ese momento perfecto para que así pueda regodearme más en la caída, para que todo duela más, porque me lo merezco, por pava, por obtusa y sobre todo por gilipollas. Y yo que creía que había aprendido algo estos dos últimos años.

Era un sábado de abril, de esos que a veces te regala Madrid con una temperatura cálida que anuncia de manera engañosa el tiempo de la manga corta y los helados, cuando en realidad aún falta mucho para el verano. Desde la calle Velarde, en pleno corazón del barrio de Malasaña, se oía a la gente en las terrazas y a los niños en la plaza jugando al balón. Aún vivíamos en la casa de mi abuela, justo encima de la que había sido mi tienda de plumas, el Ave del Paraíso, mi sueño fracasado, y sabiendo que pronto nos tendríamos que mudar a otro lugar, porque el edificio necesitaba una reforma estructural, aunque yo me negaba a aceptarlo. Aarón se acababa de tumbar en la cama, mientras yo dibujaba con pocas ganas el boceto de un diseño que se me atascaba, pero me daba igual, porque lo tenía a mi lado, solo para mí, tan desnudo y tan Aarón. Él había puesto en Spoty una canción de Arisa, la acababa de descubrir y quería compartirla conmigo. Los primeros acordes de *L'amore è un'altra cosa* empezaron a sonar colándose en el cuarto y llenando la atmósfera de algo sensual, que a mí me transportó a una Italia de los años sesenta, de color sepia, de vestidos vaporosos y de vermús en la piazza Navona. Esa Italia que quizás solo haya existido

en las películas, pero benditas películas. Aarón tarareaba los primeros acordes enredando sus dedos en mi pelo y mirándome de esa manera que a mí me volvía codiciosa, codiciosa de más Aarón, de más miradas como aquella. Si es que era posar sus ojos sobre los míos y yo sentirme Gwyneth Paltrow en *El talento de Mr. Ripley*. Y él, él era mucho más que Jude Law. Él era Aarón. Y estaba ahí para mí. Solo para mí. Y yo iba a explotar de felicidad. Supongo que la canción y esos meses increíbles ayudaban a que yo me sintiera de esa manera, una Gwyneth Paltrow perdida en Italia, embriagada de amor y de deseo. Ay, qué ridículo es intentar plasmar la felicidad con palabras. Qué ridículo, qué inútil y qué banal. Pero no se me ocurre mejor manera de describir lo que fuimos durante esos meses. Fuimos felices. Y lo sabíamos. Porque aunque la felicidad es siempre algo que ya pasó, solo existe al echar la vista atrás, a veces es tan rotunda, tan obvia, que se cuelga en el presente y uno se descubre afirmando que aquí y ahora soy feliz. Momentos de tal plenitud que quisieras atrapar en una gota de ámbar.

—¿Sabes esas impresoras que imprimen en 3D? —le pregunté, mientras perdía mi mano un poco más abajo de su espalda.

—Sí, ¿la necesitas para el trabajo?

—No, pensaba que me gustaría hacer una foto de este instante e imprimirla en 3D y luego encerrarla en una esfera de esas con nieve. Para eternizar este momento tan italiano y tan perfecto que estamos viviendo.

—Para el momento italiano la nieve sobra.

—Vale, pues una bola de nieve sin nieve. Pero con nosotros en 3D dentro. Para que nunca se nos olvide lo felices que fuimos.

—Que somos —corrigió.

—Ya... —dije de manera algo melancólica, tal vez imaginando, o profetizando, que nada de eso podía durar, que ya iba a estar yo ahí para cagarla. Como si supiera que no era digna de tanta felicidad. Un sicólogo podría deducir que yo me sentía culpable porque le había robado el novio, qué digo novio, el futuro marido a mi hermana y que por eso no me creía merecedora de mi pedacito de felicidad.

—¿Qué ocurre, Sara?

Le miré. Nada. Cómo te voy a decir lo que me pasa. Cómo te voy a decir que tengo tanto miedo de que esto se acabe que a veces me descubro a mí misma negociando con el destino un día más, unas horas más, como una condenada a muerte que ya no espera una conmutación de su pena, no es tan ilusa, sino unas horas de vida, antes de que todo acabe.

Por supuesto que no se lo dije. Que ya sabía yo lo tremenda que me ponía en estos estados de amor arrebatado y no quería asustarlo, que aunque Aarón no era de susto fácil, tampoco era cuestión de ir provocándolo con mis pensamientos funestos y exagerados.

—Sara...

—¿Qué?

—¿Y si tenemos un hijo?

Tendría que haberle dicho que no. Que claro que quería tener hijos y que claro que los quería tener con él. ¿Cómo no iba a querer? Si hacía años que tenía planeados los nombres, Guillermo si era niño y Henar si era niña. ¿Y con quién mejor que con Aarón? Pero le tendría que haber dicho que aún era pronto, que estábamos en la cresta de la ola de nuestro amor, que nos merecíamos, bueno, no sé si nos lo merecíamos, pero que deberíamos seguir disfrutándonos el uno al otro un rato más, unos meses más, unos años más. Y todo era tan nuevo, tan divertido, tan excitante. Había conseguido a Aarón y quería disfrutar con él y con su mundo todo lo que pudiera. Quería exprimir la vida a su lado. Me encantaba colarme en los ensayos de su grupo, escucharle cantar y rasgar la guitarra, que me dedicara sus canciones, integrarme con los chicos de la banda, compartir sus bromas, sus angustias, sus bocadillos. Todo me venía bien: acudir a sus conciertos, esperarlos en el *backstage*, alargar las noches hasta la madrugada o acabar la fiesta en la casa de Malasaña. Mi hermana se unía muchas veces, siempre trayendo a ligués diferentes, y yo, por primera vez, no me sentía intimidada ni acomplejada por ella. Fuimos más hermanas que nunca, e incluso cuando se acercaba a Aarón y bromeaban con chistes privados, a mí no me molestaba, porque me sentía tan segura de su amor que entendía que entre los dos aún quedara esa complicidad.

Lo que estábamos viviendo pasaba muy pocas veces en la vida, al menos a mí, y era una pena y una insensatez no apurarlo hasta el infinito, aunque el infinito se acabara, qué se yo, en dos o tres años. Y sí, yo ya tenía treinta y uno, al igual que él, y por supuesto que era una edad perfecta para iniciar una familia, pero no pasaba nada por querer seguir robándole a la vida más momentos italianos, más momentos perfectos en los que estuviéramos solos nosotros dos. Y claro que quería compartir esa felicidad con un bebé, pero intuía que, con un niño, el maravilloso equilibrio que habíamos encontrado podría tambalearse.

Y no solo era por miedo al desequilibrio, y a que la burbuja en la que estábamos estallase con los lloros del niño, con los cambios de pañales, con las horas de insomnio, es que tampoco era el mejor momento a nivel laboral. Porque él empezaba a estar a tope de trabajo, cada vez tenían más conciertos, la canción que me había compuesto y a la que yo había llenado de plumas en su videoclip se había convertido en un éxito inesperado, el éxito casi siempre es así, y hasta los más pesimistas de su compañía de discos hablaban de la posibilidad de ganar un Grammy latino con ella. Cada vez le reconocía más gente por la calle, cada vez sonaban más en la radio, y no solo eran los conciertos los que se multiplicaban, le querían en todos lados, en fiestas, en presentaciones y en todo tipo de eventos. Y aunque a muchos decía que no para estar conmigo, a otros no podía negarse. Y en esos casos él insistía en que le acompañara y, aunque me daba vergüenza compartir alfombra roja con él, me dejaba

convencer y alguna que otra vez acabamos inmortalizados en las páginas de las revistas del corazón. Quién me lo iba a decir, yo en el *Cuore* o en el *Diez Minutos*, como la chica misteriosa, sin nombre, a la que se veía a menudo con el cantante de moda. Y qué bien nos lo pasábamos en esas salidas. Era como revivir el lado eufórico y feliz de la adolescencia. Y sin granos, ni agobios, ni descontrol hormonales.

A nivel profesional yo también estaba enfrascada en algo muy gordo. Algo que me tenía entre el entusiasmo y el acojone. Mario, el director del videoclip de las plumas de Aarón, hablaba en serio cuando me dijo que me quería diseñando el vestuario de su tercera película, una historia alucinada y alucinante sobre Carlos V adolescente, una película de corte fantástico entre el terror y lo histórico y cargada de sensualidad. Mario me veía a mí, tenía que ser yo, decía, y quería que me volviera loca con mis propuestas, que echara a volar mi imaginación. Yo sabía que no estaba preparada para ese reto porque nunca había llevado el vestuario de una película y porque ese proyecto me venía grande por todos lados. Pero en casa todos me habían animado. Mi hermana Lu desde la rotundidad más absoluta:

—¿Serás capaz de decir que no? Si no lo haces, eres gilipollas. Y ya lo has hecho mucho en tu vida como para seguir haciéndolo.

Lu me hablaba con esa seguridad que da el haber triunfado en todo lo que se proponía. Su carrera de modelo iba en ascenso, se la rifaban ya en todas las pasarelas del mundo y empezaba a ganar dinero «de verdad» después de trabajar casi gratis durante años, o eso decía. Así que no entendía por qué su hermana iba a tener menos fortuna que ella. Si, total, solo era cuestión de atreverse, como ella hacía con todo. Y si a ella siempre le salía bien, ¿por qué no me iba a suceder a mí lo mismo?

Mi padre creyendo en todo mi potencial:

—Tú puedes con eso y con lo que te echen. Si lo llevas en los genes. Y si yo he sido capaz de reinventar mi carrera en China, a mi edad, a ver por qué tú no vas a ser capaz de hacer el vestuario de una película. —Mi padre estaba irreconocible, con un vigor y una energía asombrosa. Sus nuevos proyectos de China le habían rejuvenecido veinte años. Otros a su edad estarían cansados de tanto viaje, de tanto ir y volver de Hong Kong, pero a él se le veía pletórico.

Y mi madre sin acabar de creérselo pero encantada de que no quisiera volver a la tienda de plumas:

—Hija, total, si la fastidias, solo es una película. Y a lo mejor hasta suena la flauta, ¿no? Cosas más raras se han visto. —Mi madre era la que menos había cambiado estos meses. Siempre creyendo en mí. Ja. ¿Volver con mi padre le había sentado bien? ¿Era feliz? Con mi madre nunca se sabía.

Y mis amigos, David y Chusa, que en principio estaban más preparados que yo para asumir un encargo como el que me ofrecía el director, al fin y al cabo habían terminado sus estudios en la escuela de diseño y ya habían hecho sus primeros aunque precarios desfiles, me aseguraron que me retirarían el saludo si cometía la estupidez de no lanzarme de cabeza.

—Y que a lo mejor hasta nos puedes meter en el equipo. ¡No puedes decir que no!

Aarón también estaba de acuerdo. ¿Cómo iba a rechazarlo?

—Has nacido para esto, Sara. Es la oportunidad de tu vida. ¿Y qué si te faltan conocimientos? Pues los adquieres. ¿Y qué si te falta técnica? Pues contratas a los mejores para que te echen una mano.

—No sé...

—Tú piensa que tienes tiempo por delante. Que la película en el mejor de los casos se rodará en uno o dos años. ¿Me vas a decir que en ese tiempo no vas a poder prepararte?

Y en eso no le faltaba razón. Era tiempo suficiente para que me empapara de todo lo necesario, para que investigara, tanto sobre la época, como en todas las películas posibles, para que me rodeara del mejor equipo, para asistir a cuantas clases y cursos fuera necesario; además, el productor de la película me ofrecía la posibilidad de meterme en el equipo de vestuario de otras producciones, de cine y de publicidad, para que fuera cogiendo callo. E iba a contar con la ayuda de las mejores sastrerías y almacenes de vestuario de época de Madrid. En el peor de los casos siempre podría *customizar* alguno de los trajes que me ofrecían.

—Y si al final ves que no llegas, que te viene grande, tranquila, ponemos a un primer espada trabajando codo a codo contigo —dijo Mario, el director.

Y eso me acabó de convencer. ¿Cómo iba a decir que no a semejante oportunidad? Sobre todo sabiendo que hasta me ponían una red por si acaso no llegaba o por si acaso me estrellaba. Y la posibilidad de entrar a formar parte de otras producciones y de aprender de los profesionales que llevaban años en eso era demasiado tentadora como para rechazarla. Acepté y empezó la vorágine.

Yo tenía que ir asimilando a toda velocidad los secretos y métodos de esta profesión, mientras iba trabajando de currito en cada una de las producciones, y aunque cada día aprendía y absorbía lo más posible, me daba cuenta de que estaba muy pez, y que tenía que aprender más y más rápido. Estaba desbordada. Y tenía que empezar a sacar tiempo además para ir preparando la película. Ya solo leyendo las nuevas versiones del guion que cada dos semanas iba cambiando Mario, el director, se me iban muchas horas. Y cada día me daba nuevas referencias, nuevas películas, nuevas obras de teatro, nuevas pinturas, para ver, para incluir como inspiración en mi trabajo.

¿Era el mejor momento para plantearse tener una familia? Sin duda era el peor. Pero cuando Aarón volvió a insistir —«Sara, tengamos un hijo»—, yo, que debería haberle dicho que no, solo puede decir...

—Y cinco. Yo contigo tengo hasta familia numerosa.

Y nos pusimos a ello. Con ganas. Y al segundo mes, así de rápido fue la cosa, el

predicador confirmó que estábamos embarazados. Abrazos, gritos de alegría, un poquito de vértigo, para qué negarlo, fiesta, mucha fiesta, para acallar ese no sé qué de susto que también teníamos en el cuerpo, que una cosa era fantasear con la idea y otra, que ya fuera una realidad. Y champán para celebrarlo, aunque solo un vasito, que yo ya tenía que dejar de beber. Ese fue el primero de todos los cambios que iban a venir a continuación. Y ahí debí empezar a darme cuenta de lo que se me venía encima.

Aarón quería contárselo a todos cuanto antes. A mi familia, a mis amigos, a los suyos, a su banda, a la compañía de discos. Que digo yo que qué necesidad de contárselo a la compañía de discos. Ni a ellos ni a nadie. Al menos no por ahora. ¿Y si la cosa se malograba? ¿No decían todas las guías parentales, los ginecólogos y toda la comunidad científica que hasta el tercer mes era mejor estar calladitos, porque la posibilidad de aborto natural era más que probable? Esa era mi gran excusa para no decir nada. Porque yo quería que por ahora fuera solo cosa de nosotros dos. Ya habría tiempo de gritarlo a los cuatro vientos.

—Las buenas noticias están para compartirlas. Ya hay demasiadas desgracias en el mundo como para que no compartamos lo bueno que nos pasa, ¿no?

—No cuesta nada esperar un mes.

—Un mes es mucho tiempo.

—Un mes pasa enseguida.

—Hagamos una cosa. Después de que vuelva del concierto en Santo Domingo, lo contamos. Organizamos una cena aquí en casa o en casa de tus padres y les decimos que van a ser abuelos.

Y aunque yo no estaba por la labor, tuve que ceder ante la insistencia. Porque me di cuenta de que no iba a parar hasta salirse con la suya. Estaba descubriendo una nueva cara de Aarón. Si con su música era apasionado, con su futura paternidad iba más allá de la pasión. De repente le apetecía meterse en todas las tiendas de niños del barrio, a comparar biberones, carritos, cambiadores... Yo no quería comprar nada, porque estaba convencida de que nos acabarían regalando de todo, o heredando de hijos de amigos. Me tenía un tanto perpleja toda la industria que había formada en torno a los niños y no me apetecía caer en esa fiebre consumista. Y él, ante la frustración de no darle el gusto de la ropa de bebé ni de los biberones, se empeñaba en comprar todos los libros infantiles o sobre padres que veía.

—¿Qué pasa? —preguntaba cada vez que cogía un nuevo libro y yo le miraba con cara de hastío—. Este no lo tenemos, ¿no?

—Si es que va a decir lo mismo que los cinco anteriores...

—Un poco de entusiasmo no te va a matar, Sara.

—Cómo se nota que a ti no te van a salir estrías, ni vas a vomitar por las mañanas, ni te vas a poner gordo, ni...

—Va a ir todo bien —dijo, besándome, mientras descartaba un babero demasiado poco colorido de una tienda *hipster* de Malasaña. La cantidad de tiendas de niños que

había en mi barrio a las que yo era ajena hasta ese momento—. Va a ir todo bien. Ya lo verás. Se te van a poner unas tetas preciosas, con las hormonas vas a tener ganas de hacerlo a cada hora.

—¿Más de las que tengo? Lo dudo.

Porque yo no necesitaba estar embarazada para tener ganas de Aarón. Esas jamás me iban a faltar. Y, ay, cómo lo echaba de menos cada vez que se iba con la banda de concierto. Empezaba a cogerle tirria a todo el continente americano con tanto viaje. Y ganas me entraban de utilizar mi nuevo estado de premamá para chantajearle y obligarle a quedarse en casa.

—¿De verdad vas a dejar a la madre de tu futuro hijo aquí en Madrid?

—Vente.

—Ojalá pudiera dejar el trabajo.

Porque bastante duro iba a ser contarles que me había quedado embarazada como para encima empezar a escaquearme e irme de gira con mi novio el famoso.

Aarón volvió de Santo Domingo y esa misma noche nos presentamos en la casa de Aravaca de mis padres. Nos abrió la puerta Lu. Ninguno de los dos contábamos con ella, pero debimos disimular muy bien nuestra cara de sorpresa, porque ella ni se inmutó. Estaba radiante, esplendorosa con sus veinte años, y vestida como para una entrega de premios, con un vestido que solo le queda bien a alguien con su edad y su cuerpo. Lo que en las perchas de otras quedaría choni o vulgar, en la suya, sentaba sublime. Sí, sublime. El adjetivo puede sonar exagerado, pero en el cuerpo de mi hermana hasta quedaba corto.

—Vais a flipar cuando veáis con quién están papá y mamá.

—¿Pero ha venido más gente? Si nosotros solo queríamos hablar con ellos. ¿Y tú por qué vas vestida así? —He de reconocer que no me sentía del todo cómoda cuando explotaba todo su *sexy* potencial, sobre todo si Aarón estaba cerca. ¿Lo hacía para demostrarle, demostrarme, que si quisiera podría atraerlo de nuevo, llevárselo de calle? Pero mejor no emparanoiarse, ni pensarlo, sobre todo porque Aarón estaba conmigo y era conmigo con quien quería formar una familia.

—Porque luego tengo una fiesta. ¿Estoy guapa?

—Tú siempre —contestó Aarón. Y a mí se me escapó una mirada de reproche que él no pilló, pero que no le pasó desapercibida a mi hermana. Creí verla sonreír victoriosa. Aunque a lo mejor eran todo cosas mías. ¿Por qué me iba a sentir amenazada por ese pibón despampanante con el que el futuro padre de mi hijo había estado a punto de casarse?

—Vais a flipar cuando veáis quién está aquí.

Lu nos llevó hasta el jardín, el lugar donde siempre se celebraban las comidas y cenas familiares, y allí nos topamos con mi padre sirviéndole una copa a Ismael, el encargado del zoo, el que hasta hace nada había sido amante de mamá. ¿Pero qué hacía aquí y qué hacía mi padre hablando amistosamente con él?

—¡Sara, Aarón! —nos saludó mi padre con gran desenfado—. Mirad quién ha

venido a hacernos una visita. ¿Os acordáis de él?

Yo miré a mi hermana, muda de la impresión. Mientras ella susurraba:

—¿Qué te parecen los viejos? Que ahora le van los tríos. Qué *cracks*.

—No digas tonterías —repliqué.

—¿Te acuerdas o no te acuerdas de él? —insistió mi padre.

—Claro... ¿Qué tal, Ismael? ¿Te quedas a cenar?

—Tu madre se ha empeñado —contestó Ismael un tanto incómodo—. Pero si molesto... me voy ahora mismo.

—No, no, si ella te ha invitado...

—Y yo, y yo, yo también le he invitado —dijo mi padre.

—Ah... —Yo intentaba que no se me notara la cara de pavo que estaba poniendo, pero me temo que con escaso éxito. De locos, esto era de locos—. ¿Y mamá, dónde está?

—Arriba, poniéndose guapa. No sé si para él o para mí —bromeó mi padre.

—Voy a la cocina a por... algo de beber... ¿Me acompañas, Aarón?

—Eh...

—¡Que me acompañes!

Entramos a la cocina.

—Tenemos que abortar.

—¿Abortar? ¿Cómo abortar? —preguntó con gesto de pánico.

—La misión, digo. Que con Lu y con el del zoo no vamos a contarles nada. ¿Pero qué hace Ismael aquí? Yo alucino. Abortamos misión. Cenamos, hablamos del tiempo y ya otro día...

—¿A que es fuerte? —preguntó Lu, que acababa de entrar por la puerta—. ¿Se lo estarán montando los tres?

—Lu, por favor, no disparates.

—Pues oye, si les va bien, a mí cualquier tipo de relación mientras funcione me parece estupenda. Yo, de hecho, estoy abierta a todo.

—Tú más bien estás abierta a todos.

—Más rancia y te agrietas. Y te pega muy poco ser así, Sara. Que en esta vida se trata de encontrar tu lugar, y a veces tu lugar puede estar con dos personas, o con más o... Y si a ellos les va bien, pues fantástico. ¿Y vosotros qué? —preguntó, dándole una palmada en el culo a Aarón. Qué mal llevaba que se tomara esas confianzas con él.

—¿Quieres dejar de darle palmadas en el culo?

—Rancia y absurda. Yo no sé cómo te aguanta. A ver, ¿qué es eso tan importante que tenéis que contar?

—¡Nada! —me adelanté yo y miré a Aarón para que me imitara.

—Nada —contestó él.

A mi hermana se le iluminó la cara.

—¡No! —dijo, como si ya intuyera lo que íbamos a decirle—. ¡Entonces es

verdad!

—¿El qué es verdad?

—Mamá tiene razón. Venís a contarnos que estáis embarazados.

—¿Qué? —exclamé, escupiendo la uva que acababa de robar del frutero—. ¿Y mamá cómo lo sabe?

Lu se quedó un momento en silencio, asimilando la información. Y, sin venir a cuento, le entró la risa floja.

—Vais a tener un niño, qué fuerte. Qué fuerte.

—Gracioso tampoco es, digo yo.

—Hombre, si piensas que hace menos de un año aquí el semental se iba a casar conmigo. Yo creo que un poquito de gracia tiene. Qué fuerte.

—Pensé que eso lo teníamos superado. Pero entre tus comentarios y las palmaditas —y ese vestido, pensé, pero no se lo dije—, me preocupas.

—No digas tonterías. Claro que está superado. Si es pensar que tuvimos algo y, ay... Ascazo.

—Gracias, hermosa —respondió algo dolido Aarón.

—Si yo solo digo que el momentazo es *heavy*, ¿no me digáis que no? Mamá, aquí con su amante y con papá y tú, con mi ex anunciando que vais a tener un niño. Los del National Geographic podían hacer una serie documental con esta familia. —Y gritó con todas sus fuerzas, tanto que seguro que la oyeron en toda la urbanización—: ¡Mamá! ¡Que sí, que la ha dejado preñada!

—¿Te quieres callar? Que no queremos anunciarlo ahora con Ismael aquí.

—¿Por qué no? ¡Mamá, papá!

Yo la rodeé por la espalda y traté de taponarle la boca y así nos encontraron mi padre, Ismael y mi madre, que entraron en la cocina casi a la vez. Mi madre, vestida como para una boda, pero una boda guarra. Vamos, que yo nunca la había visto con semejante escote. Y ahí empecé a intuir que a lo mejor la conclusión a la que había llegado Lu no era tan descabellada. ¿Sería verdad? ¿Se lo estarían montando los tres? Y mi padre trinchanto un filete que debía de haber puesto hacía un segundo en la barbacoa.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre—. ¿A qué viene este jaleo?

—¿Y ese escote? ¿A qué viene ese escote y ese maquillaje? —me salió del alma. Mi madre se tapó un poco el pecho.

—Voy como siempre. No digas tonterías. ¿Qué pasa?

—La ha *dejijjaaao brññañadd*... —trató de decir Lu.

—¿Qué dice tu hermana? Quítale la mano de la boca, por favor, ¿qué va a pensar Ismael de esta familia?

Encima ahora nos teníamos que preocupar por lo que pensara Ismael. ¿Y lo que pensábamos nosotros, qué? ¿Eh? Que estás casi con las tetas fuera y con papá y con tu ex amante, o amante, o... yo qué sé qué, a tu lado.

—¡Que sueltes a tu hermana, Sara!

La solté, qué remedio.

—¡Que la ha dejado preñada!

Mi madre se puso a dar vueltas por la cocina, como si fuera un juguete al que le hubieran dado cuerda.

—Lo sabía, lo sabía, lo sabía... ¿Qué te decía, Arturo? La niña se ha dejado hacer un bombo.

—Una expresión preciosa, mamá. Muchas gracias —contesté de mala leche.

—¿Me vais a hacer abuelo? ¿A mí? Ay, Berta, abuelos, que vamos a ser abuelos. ¿Has oído, Ismael? Abuelos.

Corrió a abrazarnos emocionado.

—Que me vais a dar un nieto. Y con tu planta —dijo, tocándole los abdominales a Aarón—. Y esas piernas y esa melenaza. Va a salir guapísimo. —Miró a Ismael—. Y buena persona. Que el chaval tiene muy buen fondo.

—Gra... gracias, Arturo, se agradecen tus palabras —respondió Aarón.

—Y listo o lista —continuó diciendo mi padre. Y ahí me miró a mí.

—Eso creo que es lo que aportas tú. La inteligencia. Aunque va apañado el chaval —puntualizó Lu, como si la escena necesitara de algún tipo de audio del director.

—Lo que voy a presumir siendo abuelo.

—Que sí, Arturo, que sí. Ya ha quedado claro —refunfuñó mi madre—. ¿De cuánto estás?

—Dos meses y medio.

—Ah, bien... bien... —dijo con cierto alivio—. Aún estáis a tiempo de que no sea irreversible.

—¡Mamá! —protesté escandalizada.

—¡Berta! —gritó mi padre—. Tienes cada cosa.

Ante la mirada de reproche que mi padre le echó a mi madre, ella por fin cambió un poco de actitud.

—Primero tendré que hacerme a la idea. Y luego ya... ya.

—¡Abuelos! —exclamó mi padre de nuevo.

—¡Arturo, vuelve a decir la palabrita de las narices y te tragas el filete sin masticar!

—Pero una abuela muy *sexy* —matizó un descarado Ismael.

—Gracias, Isma, por fin una palabra amable. Que una parece que se arregla aquí para las paredes.

—Si estás guapa siempre —concluyó mi padre.

—¿Pero nos queréis hacer caso a nosotros? —exclamé nerviosa—. Que ya sé que estaréis muy obsesionados con eso vuestro que os traéis los tres...

—¿Pero qué nos vamos a traer los tres? —preguntó mi madre—. Nosotros no nos traemos nada. Y digo yo, solo por preguntar, las prisas que os han entrado, ¿a qué se deben? —insistió mi madre—. ¿O es que ninguno de los dos conocíais el uso de los anticonceptivos? Porque yo, Ismael, bien que les hablé de sexo cuando cumplieron

once años...

—Yo aún tengo pesadillas —admitió Lu—. Hasta que le pusimos un condón a dos docenas de plátanos no paró.

—Es un niño deseado —dije yo como una repipi.

—¿Por ti o por él? —preguntó mi madre. Que estaba despechugada e hija de puta como pocas veces.

—Por los dos, Berta, por los dos —aclaró Aarón de manera un tanto seca. Se ve que ya se empezaba a cansar de las impertinencias de mi madre. Y eso que siempre tenía con ella una paciencia infinita—. Y que digo yo que si aquí todos nos alegramos por todo y no juzgamos a nadie, un poquito de reciprocidad tampoco estaría de más.

Cómo me gustaba cuando se ponía así, en plan caballero andante, tan quijotesco, enfrentándose al molino gigante y despechugado de mi madre.

—¿Y a tu novio qué mosca le ha picado?

—Alguien te tenía que poner en tu sitio —respondí yo.

—Pues fíjate que no me pegaba que un rockero tuviera tantas ganas de atarse a un niño —dijo con más mala leche aún. Se ve que no tenía fondo, la jodida. Cómo se retorció cuando se veía atacada. Menudo escorpión.

—Siempre he querido ser padre.

—Ah, bueno, pues si es así, todos contentos. El cantante quería ser padre y ya encontró a una para conseguirlo. —Miró a Lu—. Al final, tú has resultado ser la más lista.

—¿Mamá, se puede saber qué te pasa? Estás más desagradable y folclórica que de costumbre. ¿Es porque está Ismael aquí?

—¿Yo? ¿Yo desagradable? ¿Yo folclórica? Pero qué ocurrencias. Yo estoy como siempre.

—Tú tranquila, hija, que con dos martinis se le pasa el sofocón —aseguró mi padre.

—¡Ya no bebo!

—¿Y eso que tienes en la mano qué es?

Porque mi madre llevaba una copa de martini en su mano derecha. Debía de haber subido con ella para tener compañía mientras se maquillaba.

—¡No cambiéis de tema!

—Bueno, pues ya si eso nos vamos y dejamos la cena para otro día —dije, harta ya de tanto drama absurdo, y me dirigí a la entrada. Mi padre se interpuso en mi camino.

—Sara, si tu madre está así, es porque no quiere que la llamen abuela. Si cuando se haga a la idea, va a ser la abuela más abuela de todas las abuelas. ¿A que sí, cariño?

Mi madre le echó tal mirada de odio que llega a haber cubitos de hielo cerca y los derrite.

—Me están entrando unas ganas de... de... Que mejor me voy al jardín. ¿Te

vienes, Ismael? Y me pones un martini como tú sabes.

—Si yo no bebo.

—Poner un martini tampoco es tan difícil, ya verás.

Y salió de la cocina con la cabeza bien alta. Exageradamente alta. Cogiendo a Ismael de la mano y arrastrándolo con él. Qué dominio de la escena y del momento.

—Papá, ya te vale con tanto repetir lo de abuela —le regañó Lu.

—Terapia de choque, cuanto antes se enfrente a ello mejor. —Y sin más, concluyó—: Habrá que poner champán a enfriar.

—¿Para celebrar lo del niño o lo vuestro? —malmetió Lu. Pero mi padre decidió ignorarla.

—Lo de mamá es de traca —dije a modo de desahogo—. Mira que no sabía por dónde iba a salir, pero que se pusiera así, pues no, no. ¿Y qué hace aquí Ismael, y a ti por qué te parece bien que esté?

—¿Dónde guardará tu madre el champán? A ver si en el congelador.

—¡Papá! —insistí.

—Dos martinis, corazón, está a dos martinis de ser feliz con la idea de ser abuela. No te preocupes.

Hicieron falta siete. Siete y que soltara entre martini y martini todo su veneno.

—Y ahora que aumentáis la familia ¿dónde vais a montar el nido? —preguntó, copa en mano.

—¿Qué nido?

—Arturo, ¿aún no se lo has dicho?

—Mujer, ya habrá tiempo, ahora estamos celebrando lo del bebé.

—¿Qué me tienes que decir? —Yo ya no sé si podía con más sorpresas.

—Venga, dilo, o lo digo yo —lo animó. Así que mi padre se vio obligado a contarle. Aunque se le veía azorado, al hombre.

—Que no podemos atrasar más la obra de la casa de la abuela. El informe que han hecho del edificio es peor de lo que pensábamos...

—En tres semanas entran los obreros —dijo mi madre, disfrutando del momento.

—¿Qué? ¿Pero...? ¿Pero...?

—A ver, ¿aquí el padre no está ganando su dinerito con los conciertos? Pues para el alquiler de un pisito os dará, ¿no?

—Y yo también estoy ganando dinero, mamá.

—Cuando estés con la barriga de ocho meses ya me dirás el dinero que estarás ganando. ¿Y ya saben en esa productora que estás en estado? Les va a encantar la idea. Les va a encantar.

Decidí ignorarla. Me dirigí a mi padre.

—¿Pero no nos podíais haber dicho antes lo de los obreros? —protesté desbordada.

—Hija, lo sabéis desde hace meses.

—Pero no que... no que...

—Siempre os podéis venir aquí hasta que encontréis algo —convino mi padre.

—Eso, siempre os podéis venir con el trío. Y montar un circo —bromeó Lu.

—Gracias, Arturo, pero nos apañaremos —zanjó Aarón, saliendo al quite—. Ya sabíamos que no íbamos a estar en la casa de la abuela para siempre. No pasa nada, ¿verdad, Sara?

—A ver... para siempre no, ya sabíamos que había que hacer reforma. ¿Cuántos meses va a durar la obra?

—No creo que llegue al año.

—Vale, así que solo tenemos que alquilar una nueva casa por un año. Y luego ya podemos volver.

—A ver, yo no contaría con la casa de la abuela —soltó mi madre.

—¿Por qué?

La posibilidad de perder mi casa, o sea la casa de mi abuela, y no volver a ella me heló la sangre. Había imaginado mi vida ahí, mi futuro ahí, teniendo una familia ahí, criando a mi hijo ahí, siendo feliz con Aarón ahí. ¿Cómo iba a ser posible que yo no volviera a esa casa? De eso nada.

—Sara, porque tú ya no tienes tienda, ya no necesitas el bajo. Y a lo mejor tu padre quiere alquilar bajo y primero.

—Pero... pero...

—Y tampoco querrás criar a tu hijo en la plaza del Dos de Mayo. O te sale yonqui o *hipster*.

Yo estaba tan sofocada que ni quise replicar la burrada de mi madre. La idea de no volver a la casa de mi abuela, al nido de amor de Aarón y mío, al lugar en donde había vivido lo mejor de mi vida, me aterraba.

—Pero, papá...

—Bueno, aún es pronto para tomar decisiones —contestó mi padre. Pero no me satisfizo su respuesta. ¿Por qué no se mostraba tajante y decía que la casa era para mí?

—En algún momento habrá que tomarlas —concluyó mi madre.

La observé. Se la veía pletórica.

—Tú estás disfrutando.

—¿Yo? ¿De dejar a mi hija en la calle? No sé qué clase de concepto tienes de mí.

—¿Te lo cuento?

—Tú ponle otro martini —dijo mi hermana.

Y con el siguiente martini más que veneno le dio por pasearse y coquetear con mi padre y con el otro. Y los dos ahí, encantados. Un bochorno. Aproveché que mi padre iba a por helado para abordarlo.

—Papá, ¿pero... a ti te parece normal todo esto?

—Tu madre se siente insegura. Entre mis viajes a China y que ya se barruntaba que la ibas a hacer abuela, pues necesitaba un poco de vidilla. Pero es todo muy inocente.

—Fíate tú de las inocentes —solté sin apenas darme cuenta—. ¿Pero a ti te parece bien?

—Yo, mientras esté conmigo y sea feliz. Y mírala, lo bien que se la ve. A un tris de aceptar que va a tener un nieto.

Y tenía razón; por fin, al séptimo martini mi madre acabó desafinando una nana con su cabeza pegada a mi barriga.

—«Estas son las mañanitas que cantaba el rey David...».

Mi padre aprovechó para ir a por el ukelele que le había regalado Aarón las pasadas Navidades y se lo entregó al padre de mi futuro hijo para que acompañara la nana con unos acordes y para que hiciera la segunda voz. Yo negué, le dije que no hacía falta, pero Aarón no me hizo caso y se puso a ello encantado y feliz de que por fin mi madre se estuviera comportando como una abuela al uso. Un poco borracha, pero al uso.

—«Despierta mi bien despierta, mira que ya amaneció. Ya los pajaritos cantan, la luna ya se escondió...».

Las estrellas en el cielo iluminaban el improvisado concierto y el momento tan cursi en el jardín de Aravaca mientras Lu se servía una copa para ella y otra para el ex amante de mamá.

—Es que es muy fuerte. Muy fuerte —decía mi hermana mientras cargaba bien las copas.

Sí, todos parecíamos por fin felices. Pero ahora que mi madre, a base de martini, abrazaba su *abuelidad*, a mí todas sus reticencias me habían empezado a hacer mella, y me habían producido una desazón que no hubiera admitido delante de nadie, pero que estaban ahí, bien dentro, como un runrún que empezaba a carcomerme. ¿Y si no le faltaba parte de razón? ¿Y si nos estábamos equivocando con la idea del niño?

EL TEASER

En mi quinto mes de embarazo la barriga ya era un pelín evidente. Más que un pelín. Empezaba a estar gorda. No iba a ser la típica embarazada de catálogo. Y temía que todos en el trabajo se empezaran a hacer preguntas. Yo disimulaba llevando ropa un poquito más ancha y comiendo cruasanes a todas horas. La ansiedad que me producía el trabajo, decía. Eso y que echaba mucho de menos a Aarón con tanto viaje. Como además le acababan de nominar a un Grammy latino, aproveché para fardar y para asegurar que eso también me tenía de los nervios. De ahí que comiera y de ahí que engordara. A ver, lo del Grammy era verdad, los pesimistas de la discográfica habían tenido razón, y lo de los nervios y el estrés en el trabajo también, solo mentía en una pequeñita cosa: la barriga no tenía que ver con los cruasanes.

Mi hermana me echaba la bronca cada vez que me veía.

—¿De verdad no has dicho aún nada en la productora? Sara, estamos en el siglo XXI, las mujeres tenemos derecho a quedarnos embarazadas y tener trabajo, por si no te has enterado. Cuéntalo de una vez.

—Ya habrá tiempo.

—Si no lo cuentas tú, lo acabaré haciendo yo.

Lu se había hecho íntima del director, yo no sé si porque quería dar el salto en su carrera de modelo y conseguir un papel en la película o porque ella era así, de hacerse amiga de todo aquel con el que se cruzaba. Y con el director, además de en el videoclip, había coincidido en un par de anuncios, en uno incluso habíamos trabajado las dos. Ella como estrella rutilante, yo como ayudante de vestuario. Qué mal me lo hizo pasar la desgraciada, pero mejor no recordarlo. Y ahora amenazaba con ir a casa de Mario cualquier día y contarle que yo estaba de cinco meses.

Así que cuando Mario me llamó un martes para decirme que me tenía que ver con urgencia, que fuera al día siguiente a la hora de la comida a su casa, me temí lo peor. Que Lu se hubiera ido de la lengua y que Mario, sintiéndose traicionado por haberle ocultado mi embarazo, me quisiera sustituir por otra u otro.

Cuando entré en su impresionante ático de la plaza de Alonso Martínez, me encontré una inmensa algarabía. Había mucha gente, algunos me sonaban de vista y otros de nada. Dos camareros servían champán a todo el mundo, mientras parte de los que allí estaban consultaban planos, papeles, ordenadores portátiles en una de las mesas enormes que Mario tenía en ese espacio diáfano destinado a trabajar. En ese ático todo era enorme. Descubrí a mi hermana entre la gente. Al verme alzó la copa que tenía en la mano brindando a mi salud. ¡No! ¿Lo había contado? ¿Había contado

lo del bebé y lo estaban celebrando? Pero por qué iban a celebrar semejante cosa, como si el embarazo de la chica de vestuario, bueno, o la figurinista, o como quisieran llamarme, fuera motivo de celebración. Por mi embarazo, la de una recién llegada al equipo, no iban a ponerse a descorchar champán. ¿No? ¿O sí? Aunque bien mirado, Mario, dentro de su generosidad excéntrica, era capaz de eso y de más. En ese momento él salió de la cocina y al verme fue disparado hacia mí con los brazos abiertos. Ay, que sí, que lo sabía...

—¡Sara! ¡A mis brazos! ¡Qué gran noticia, qué gran noticia!

Y me levantó en volandas, dando un giro de trescientos sesenta grados, que me provocó un mareo de no te menees. Al posarme en el suelo de nuevo, le miré, tratando de fijar la vista en sus ojos, para no echar la pota.

—¿Quién te lo ha contado, la guarra de mi hermana?

—¿Ella? ¿Cómo me lo va a contar ella si se acaba de enterar como todos?

—Pero si ella lo sabe desde hace dos meses...

—¿Qué sabe desde hace dos meses? ¿De qué hablas?

Estaba metiendo la pata, el champán no era por mí, ni por mi estado, así que traté de reaccionar a tiempo.

—De nada, de nada. ¿De qué hablas tú?

—Luanca va a entrar en la producción de la peli.

—¿Luanca?

—La productora de Francia. Dos millones. Van a poner dos millones. Bueno, aún no es del todo seguro. Pero casi. Al noventa por ciento. Estamos decidiendo qué estrategia seguir para asegurarnos que entran. ¡Como entren, tenemos la financiación resuelta! Y podemos ir a lo grande.

—Ah, ¿y por eso es el champán? —pregunté de manera absurda. Pues claro que era por eso.

—Sí, vale, ya sé que no se debe vender la piel del oso antes de cazarlo. Pero de verdad que la reunión con ellos fue excelente, excelente. Si les presentamos un presupuesto ajustado y el proyecto un poco más desarrollado, los tenemos dentro.

—Ah, ¿y por eso estoy aquí?

—Sara, ¿qué te pasa? Te veo un poco rara. ¿No te alegras? ¿O es que hasta que no lo veas firmado tú prefieres no celebrar nada? Si esto solo es una copa de champán, si ahora nos ponemos a trabajar. Estamos pensando que lo ideal sería rodar un *teaser*. A modo de presentación de la peli. Algo contundente, algo que refleje a la perfección el rollo de la peli, algo con lo que no puedan decir que no y se acaben metiendo no con dos millones, sino con cuatro. ¿Cómo lo ves?

—Eh... bien, lo veo bien.

—Queremos rodarlo ya, bueno, en mes y medio, o dos como mucho. Preparar a tope escenografía y vestuario. Trabajar la luz, ensayar con los actores... Tiene que quedar superpro. Estábamos pensando en los siete personajes de la peli. Ya tenemos el *casting* cerrado de cuatro, creo que podríamos conseguir los tres que nos faltan sin

problemas. ¿Podríamos tener dos cambios de vestuario para ellos?

—¿Dos? —calculé—. O sea, catorce trajes.

Catorce trajes en mes y medio. Había que diseñarlos, convencer al director de las propuestas y luego confeccionarlos. En mes y medio. Sin contar que en medio tenía dos publicidades, la mudanza de la casa de mi abuela, el Grammy de Aarón y mi embarazo cargadito de azúcar. Y yo sabía que Mario era duro de pelar, que no se iba a conformar con nada que no rozara la excelencia. Y que yo era la primera vez que me iba a poner a diseñar trajes de época fantasiosos y sensuales, con plumas, pedrería y demás. Y aún no estaba preparada, no tan pronto. No tan pronto. ¡Era un año antes de lo previsto! Si en un año iba a estar poco preparada, ahora mismo era un disparate la sola idea de pensar que podría salir viva de todo esto.

—Dime que sí, dime que puedes.

—Eh... sí, supongo, claro.

—¡Genial! Brindemos.

Aproximé mi copa a la suya y él se bebió de un trago todo el champán. Yo ni me la acerqué a los labios.

—¿No bebes?

—A mí es que antes de comer...

—Pero si es una copita.

—Ya, ya... pero que me sienta fatal.

—Tú sabes que yo soy un poco supersticioso, ¿verdad? Así que haz el favor de beber la copa, que no quiero que por la tontería nos gafes la entrada de Luanca.

—Ya ves tú, se va a gafar porque una mindundi no beba una copa de champán — dije, intentando sonar divertida.

—Que bebas.

Miré la copa con temor. Vale, yo sabía que una copita de champán no iba a dañar de ninguna manera al feto, porque anda que no habían bebido las madres durante generaciones y a sus hijos no les había pasado nada, pero es que en el último análisis me había salido el azúcar un poco alto y no quería forzar mi cuerpo ni lo más mínimo.

—¿Vas a beber de una vez? Que tenemos que ponernos a trabajar y hasta que no bebas no empezamos.

—Claro, claro...

Aproximé la copa a mi boca. A cámara lenta, como si estuviera a punto de tragarme un veneno mortal. Venga, Sara, que solo son un poco de burbujitas, qué va a pasar. Venga. Ánimo. Notaba la impaciencia del director, que me clavaba los ojos sin pestañear, esperando a que bebiera. Acercaba poco a poco la copa a mi boca. Cuando ya estaba a dos milímetros de mis labios, una mano la apartó de golpe, tirándola al suelo. Era mi hermana.

—¿Estás tonta? —gritó.

—¿Qué haces? —pregunté.

—No, ¿qué haces tú? Si sabes que te lo han prohibido.

Mario nos observó intrigado y un poco asustado.

—¿No me digas que eres alcohólica y estás en rehabilitación?

—Qué va a ser alcohólica. Lo que pasa es que tiene el azúcar por las nubes.

—¿El azúcar?

—Sí, y o se cuida o el resto del embarazo lo pasará en la cama.

Ya lo había soltado. La bocas de mi hermana ya lo había soltado.

—¿Embarazo? ¿Qué embarazo? —preguntó alarmado el director—. ¿Estás embarazada?

—Un poco...

Tuve que jurarle y perjurarle que mi embarazo en nada iba a afectar al trabajo, que los catorce trajes iban a estar a tiempo, con todas sus pruebas hechas a los actores, con el visto bueno de él y de quien hiciera falta. Que por trajes no iba a quedar la cosa, que iba a ser el mejor *teaser* de la historia de los *teasers*. Yo era la primera vez que pronunciaba la palabra *teaser*, de hecho había aprendido en ese mismo momento el significado. Era como un tráiler de película pero más cortito y que servía como presentación. Se solían hacer con imágenes ya rodadas de la peli o se podían rodar para el propio *teaser*. Y eso era lo que Mario pretendía. Y yo venga a asegurarle que sí, que iba a estar a la altura, que no me iba a ver afectada por mi embarazo. Para nada. Para nada. Que yo podía con eso y con lo que me echaran. Tanto lo aseguré que acabó por creerme.

Y ahí empezó la carrera a contrarreloj. Mi afán por demostrar que yo embarazada era la misma, que podía con todo. Que lo mismo te diseñaba catorce trajes, uno por uno, partiendo de la idea abstracta del director, del revoltijo que tenía en su cabeza, y ayudándole a concretar lo que quería, que lo mismo buscaba piso mientras Aarón estaba de gira y atendía a mis otras obligaciones con la productora, porque yo ya me había comprometido para varios anuncios y no iba a faltar a mi promesa. Y todo esto lo hacía controlando el azúcar, venga a base de pinchacitos en la yema de los dedos, mortificada estaba ya con tanto pinchazo, que me venían fatal para coger luego lápiz y aguja, y sin caer en la tentación de esos cruasanes tan ricos que me habían acompañado dos meses.

Buscar piso se hizo tan cuesta arriba o más como buscar la aprobación de Mario a los diseños. Sé que yo quería lo imposible, soñaba con una casa como la de mi abuela y en el mismo barrio y a precio irrisorio, pero pronto me di cuenta de que eso no existía. Lo que podíamos pagar en el barrio o era enano o estaba en unas condiciones lamentables. Y yo no iba a traer al mundo a mi hijo en una casa con moho. Así que fuimos ampliando la zona de búsqueda. Ampliando y ampliando. Cada vez nos íbamos más lejos. Y no sé cómo acabamos en Sanchinarro. Lejísimos, pero el metro estaba cerquita del edificio. El piso era grande, luminoso, un dúplex, con salón,

cocina y dos habitaciones que podían servir de lugar de trabajo, uno para el estudio de música que Aarón necesitaba y otro para mí, en la planta inferior y en la parte de arriba dos habitaciones, una para el niño y otra para nosotros. Lo mejor de todo es que era enorme y podíamos pagar. Y yo tenía que admitir que ese piso en Malasaña me hubiera parecido un palacio, pero en Sanchinarro solo le encontraba pegas.

—Sara, el barrio no es lo mejor del mundo. Es verdad. Pero el piso lo podemos hacer nuestro. Va a ser nuestra isla, nuestro refugio, nuestro oasis. Imagínatelo lleno de tus plumas, de tus diseños, y esa estantería llena de tus libros, de mis vinilos, de todas nuestras cosas. Y lleno de todos los trastos del bebé. Yo me veo aquí. ¿Tú no?

—Sí, supongo.

—No, no lo supongas. Imagínatelo. ¿Dónde quieres poner tus plumas? ¿Y qué tal si ampliamos la foto que nos hicieron en la terraza de Malasaña y la colocamos allí?

Empecé a amueblar ese piso en la cabeza con todos nuestros objetos y la verdad es que no quedaba mal.

—¿Y te acuerdas de aquella cama de dos metros que te gustó y en Velarde no cabía? Aquí entra, Sara. No vamos a salir de esa cama en un mes. ¿Qué más da el barrio?

Sonreí. Empezaba a convencerme.

—Descálzate.

—¿Eh?

Aarón se descalzó e insistió en que yo también lo hiciera. Y me animó a pasear. Me cogió de la mano y recorrimos descalzos toda la casa.

—¿Qué? ¿No me digas que no mola el tacto de la madera? Calefacción radial. En invierno estará calentito...

—Un rockero hablando de calefacción radial. Que no te escuchen tus fans.

—Dime que no te ves viviendo aquí conmigo y con el niño.

—Supongo —dije esta vez con una amplia sonrisa.

Y lo estrenamos allí mismo, en el suelo. Con la barriga y sin colchón de por medio, tenía su dificultad, pero mereció la pena. Hay polvos que te reconcilian con tu pareja, con la vida, o incluso sirven para acabar de convencerte de que alquiles un piso.

Y lo alquilamos, claro. Con Aarón hasta el fin del mundo. Incluso a Sanchinarro. Mientras estuviera él. Y qué guapo estaba desnudo, paseándose por ese suelo de calefacción radial.

La mudanza fue, como todas las mudanzas, un caos. Y los pocos muebles que trajimos apenas llenaban la casa. Quedaban muy perdidos entre tanto espacio. Pero poco a poco el piso fue tomando forma. Eso sí, cuando Aarón no estaba en casa, a mí me entraban las dudas.

—¿De verdad estamos convencidos de esta casa? A lo mejor podíamos haber sido un poco más ambiciosos...

Ahí tuvimos Aarón y yo, vía Skype, nuestra primera discusión. No solo iba a ser

un padre atento y preocupado, también era un padre previsor. Y era partidario de que no gastáramos a lo tonto.

—Vamos a traer una vida al mundo. Los dos tenemos trabajos inestables. Ahora nos puede ir bien y pasado mañana fatal. Necesitamos una previsión de fondos. Mudarnos a un piso carísimo no es inteligente, ¿no?

—Si tienes razón, tienes razón. Es este barrio, que aún no le pillo el punto.

—Tiene guarderías cerca. Parques. En metro estás a cuarenta minutos del centro. Y no tardas nada a casa de tus padres en coche. Piensa en la cama de dos metros, piensa en tu estudio...

—Es verdad, es verdad.

En realidad, yo no fui tan razonable, y de ahí que acabáramos discutiendo. Mencioné, y ahí sí que la cagué, una campaña de publicidad que le habían ofrecido unas semanas atrás de una cadena de restaurantes de comida rápida y que él había declinado aceptar. Yo insinué que con ese dinero tendríamos para el piso que nos diera la gana. Aarón perdió la paciencia. Él era músico. No quería venderse como otros. Y menos con un restaurante de ese tipo, donde nunca le gustaría ver comer a su hijo. Infeliz, pensé, tu hijo acabará comiendo ahí como todos. Él siempre había sido un fanático de la comida sana, de sus limpiezas hepáticas, de obsesionarse con su regularidad en el colón. ¿O le estaba pidiendo que aceptara la campaña solo por cumplir el sueño burgués de una casa mejor? Y ahí me di cuenta de que tenía toda la razón. Además, ¿qué hacía yo comportándome como una señora esposa de otro siglo, cuando ni estábamos casados, demandándole nada? No era propio de mí y me avergoncé en el acto.

Aarón volvió de ese viaje y ya se había olvidado de nuestra discusión. Nos reconciamos por todo lo alto. Y eso me animó, es verdad que el trabajo se acumulaba y que yo no daba abasto, pero eso era lo de menos, ¿no?

Por fin había conseguido, después de mil discusiones, de robarle horas al sueño, de pelearme con David y Chusa, de buscar, rebuscar, quitar, descartar, volver a poner, que Mario aprobara al menos la mitad de los diseños y ahora tocaba confeccionarlos. David y Chusa ya estaban casi instalados conmigo en el piso de Sanchinarro y entre telas, plumas, pizzas y helado para ellos y brócoli y pollo para mí, y metiendo más horas de las que tenía el día, fuimos sacando los trajes. Era divertido. Era un sueño hecho realidad. Lo estábamos disfrutando. Y mientras los confeccionábamos y visitábamos almacenes de vestuario de cine buscando las piezas más originales y coordinando el trabajo con sus sastres, iban pasando por el piso todos los actores y actrices, casi todos jovencitos, con las hormonas descontroladas. Llenaban la casa de alegría, gritos, exigencias y cerveza. Y ahí empecé a intuir que no hay casas feas, solo hay casas deshabitadas. Que en el momento en que se llenan de gente, de familia, de recuerdos ya se convierten en una extensión de ti y es imposible no cogerles cariño. Yo reflexionaba al respecto y ellos venga a pasearse medio desnudos mientras les tomábamos medidas. Tenía a todos los vecinos de enfrente escandalizados. Una

mujer embarazada rodeada de críos medio en bolas, que no hacían más que gritar y beber cerveza. Más de una vez alguno de ellos se coló en las conversaciones por Skype que tenía con Aarón.

—¿Hay un chaval desnudo detrás de ti?

—Ah, Jaime, sí. Es el que va a hacer de Carlos V. ¿Has visto su mentón? Igualito que el del rey.

—He visto su paquete.

—Ese ya no sé si era igual que el del rey. Que no hay datos al respecto. O yo no he encontrado. Y mira que me lo he leído todo.

Porque era verdad, me lo había leído todo. Me había hecho una experta en la época, aunque sabía que Mario no pretendía hacer una película de corte realista y me había pedido que echara a volar mi imaginación, pero para mí era fundamental conocer exactamente cómo se vestía en el siglo XVI, partir de ahí y luego volverme un poco loca con mis trajes cargados de plumas y de descaro. La de veces que visité el Museo del Prado y el Museo del Traje y también el Museo de Historia de Madrid, que estaba además al lado de casa y lo acaban de remodelar. Me sentaba delante de los cuadros que más me interesaban y me podía pasar horas dibujando y copiando los modelos. Mientras imaginaba cómo trascender y cómo lograr emocionar con mis diseños.

En una de las nuevas versiones del guion que Mario me pasó vi que había añadido un par de personajes nuevos y se me ocurrió que uno de esos papeles sería perfecto para mi hermana. Es como si Mario lo hubiera escrito inspirándose en ella. Y ahí se me ocurrió que tal vez a Lu le haría ilusión hacer una prueba para optar a interpretar al personaje. Aunque antes quería hablarlo con Mario, a ver si le parecía buena idea. Lo llamé al día siguiente y le pregunté si se había basado en mi hermana para el personaje de Elena. Mario se quedó callado, como pensando la respuesta.

—Fíjate que en ningún momento pensé en ella. Me salió solo. Pero ahora que lo dices, tal vez tu hermana me ha servido de modelo sin que yo fuera consciente. Cómo es el mundo de la creación. Pero sí, el personaje es como ella. Tal cual.

—¿Y cómo verías hacerle una prueba?

—¿A tu hermana? ¿Querría? Es que ahora que está lanzada en el mundo de la moda y su carrera es imparable, no sé si querrá estar más de un mes con su agenda bloqueada para hacer una peli.

—Déjame que lo hable con ella.

A mi hermana casi le da un parraque cuando se lo propuse. Claro que quería hacer la prueba. Claro que estaba dispuesta a dejar de lado su carrera de modelo por un papel en la película de Mario.

—¿Cómo no voy a querer? ¿Pero de verdad que estaría dispuesto a hacerme una prueba? ¿Pero de verdad que se lo has propuesto tú? Ay, Sara... ¡Eres la mejor

hermana del mundo!

—Bueno, que solo es una prueba, que eso no significa que te vayan a coger...

—Ya, ya, lo sé, pero ya solo el hecho de que me la hayas conseguido... Ay, Sara, esto no lo voy a olvidar en la vida. Y ya como me cojan, como me cojan... vamos, que voy a dedicarte todos los premios del mundo que me den. Que el mundo entero sepa que toda mi carrera de actriz te la debo a ti.

—Lu, no te vengas tan arriba, que aún no te han cogido.

La cogieron, vaya si la cogieron. Mario y las directoras de *casting* decidieron que era la mejor opción con diferencia para el papel. Que había nacido para interpretarlo, decían. Y la prueba les había parecido tan maravillosa, tan cargada de verdad, tan llena de luz y de vida, tan espectacular que Mario decidió que iba a alargar el papel, darle mucha más importancia en la peli. Además, mi hermana tenía que aparecer sí o sí en el *teaser*. Como fuera.

Lu vino a mi casa cargada de regalos. Loca de contento. No iba a desaprovechar esa oportunidad, decía. Iba a ser el principio de una carrera fulgurante. Y todo me lo debía a mí. Que yo hubiera sido capaz de pensar en ella con todo lo que tenía encima era algo que a ella casi no le cabía en la cabeza. Yo le aseguré que tampoco era para tanto. Si había conseguido el papel era gracias a su talento y a su estrella en el culo. Porque mi hermana todo lo que quería lo conseguía. Si se había convertido en muy poco tiempo en una modelo que se rifaban en las mejores pasarelas, normal que se enamoraran también de ella en una prueba de cámara.

—¿Sabes, Sara? Si es que yo pensé que no te gustaba trabajar conmigo.

—A ver, a veces eres un poquito diva e insoportable, pero eres mi hermana.

—¡Te como!

Y Lu venga a besarme, venga a abrazarme, venga a quererme.

—Ya, ya... Tú ahora prométeme que te vas a comportar como una profesional.

—Pues claro, y te juro que me lo voy a tomar más en serio que todo lo que me he tomado en serio en mi vida. Y voy a empezar a dar clases de interpretación y a empaparme de la época y a leer todo lo que caiga en mis manos y... no sé, lo voy a hacer todo. Lo juro.

—Vale. Y júrame también que no me vas a dar mucho por culo con tus divismos, ¿vale?

—Hecho. Voy a ser la más profesional y la más encantadora del mundo. Lo prometo.

Y aunque al principio cumplió su palabra, pronto se empezó a comportar como lo hacía normalmente, de manera desenfadada, despreocupada, pero también algo caprichosa. No era maleducada, simplemente disfrutaba tanto de todo lo que hacía que a veces se le olvidaba que aquello era un trabajo. Así que mientras yo curraba a destajo, agobiada porque me faltaban horas, porque no llegaba, porque iba con la

lengua fuera, ella se paseaba por la casa feliz, disfrutando de todo, enamorando a todos los actores que venían a probarse los trajes. Había días en los que hasta me arrepentía de haberle conseguido entrar en la peli. ¿Cómo podía ser tan feliz, cómo podía convertirse en el centro de todas las miradas, hacerse tan imprescindible? ¿Y cómo su carácter podía llegar a anularme tanto? Pero ella era así y yo sabía que no lo hacía a propósito. Ella era la luz, yo apenas una sombra.

Eso sí, a las clases de interpretación no faltaba nunca. Se lo había tomado muy en serio. Y leía y estudiaba y se preparaba. Estaba apostando fuerte por su nueva e incipiente carrera. Me tenía asombrada.

—Es que voy a aprovechar esta oportunidad, Sara. Es que esto me va a cambiar la vida. Lo de hacer de percha ambulante en una pasarela tiene su punto, pero para un ratito. Esto es de verdad. Esto es otra cosa. Esto va a ser lo mío.

Entre prueba y prueba de vestuario, entre ensayo y ensayo con el director, que a veces hasta venía a casa para ver cómo avanzaba y de paso ensayar con los actores, Lu se encaprichó de uno de los chicos: Martiño, un gallego guapísimo, de su edad, más o menos, estudiante de veterinaria y modelo a su pesar, porque él todo el rato quería ser valorado más allá de su físico, con un acentazo tal que me temo que iban a tener que doblarlo en la película, pero ante la belleza rotunda del chaval el doblaje era un mal menor. Cuando estaba nervioso le daba por hablar sin parar. Y se ponía nervioso con todo lo que tuviera que ver con su trabajo de modelo o de actor. Cada vez que tenía un ensayo o cada vez que tenía una prueba de vestuario, se atacaba, el pobre. Porque lo suyo, decía, eran los animales y no este mundo frívolo. Él era mucho más que un cuerpo bonito. Si estaba metido allí era porque le resultaba una manera fácil de ganar dinero para pagar sus estudios. Era todo un personaje, tan guapo, tan inseguro, tan nervioso y parlanchín. Tan necesitado de una aprobación que fuera más allá de su belleza. Lu se fijó en él, y él, cómo no, se fijó en ella.

A los tres días Lu entró levitando en el piso de Sanchinarro. Se había enchochado como una adolescente del gallego.

—Siempre te pasa, menuda novedad —le dije yo.

—No voy a decir que esta vez es distinto.

—Mejor.

—Solo voy a decir que... es tan... especial y tan... gallego. Tiene una retranca.

—¿Ah, sí? Pues se le veía más bien paradito. Parlanchín pero paradito.

—Qué va. Tiene mucho fondo, de verdad. Mucho fondo y mucha retranca. Bueno, retranca y tranca. Porque menuda tranca.

—Te lo dije, te lo dije —advirtió David, que no había perdido detalle de la conversación—, que el gallego iba bien cargado. Y el hombre empeñado en que no le valoren por lo que tiene. Dios da pan a quien no tiene dientes.

—No le cuentes esas cosas a tu hermana embarazada, Lu, que está feo, y menos si está delante David, que se me desconcentra y no llegamos.

—¿Lo habéis visto desnudo? Es un sueño, un puto sueño. Es *perfeto* —dijo ella,

comiéndose la c de la palabra perfecto. Imitando claramente al gallego, que además de acento tenía una afición enorme de comerse las c de ciertas palabras. *Perfeto, conceto, espetacular*.

Lu sacó el móvil y le enseñó unas cuantas fotos a David del gallego. Y sí, por lo que pude ver de reajo, lo de la tranca era cierto. La retranca por ahora había que suponérsela. David no tardó ni un segundo en suspirar y maldecirla.

—Cómo te odio, hija de puta, que siempre te los llevas a todos. Te odio, te odio, te odio.

—Lu, cuando yo te he dicho que no le contaras estas cosas a David, ¿tú qué has entendido? Y borra esas cosas de tu móvil, como te lo pille mamá le da un parraque.

—Si ya lo ha visto.

—¿Mamá?

—Lo pilló ayer en la ducha en la casa de Aravaca.

—¿Lo llevaste allí? ¿Y lo pilló? Pondría el grito en el cielo.

—Qué va.

—¿No?

—No. Solo dijo: «Caramba con el gallego».

—Va a ser una estrella. Va a ser una estrella. Apta para todos los públicos. Y para todos los *targets*: jóvenes, maduras, maricones... —aseguraba David—. Tenemos que vestirlo como a un dios griego. Como a un epicúreo, como a un...

—Ya la hemos liado.

—Si a ti te va a encantar, Sara. ¿Sabes que quiere hacer su tesis de veterinaria sobre las cotorras que han hecho colonia en Madrid?

—Ah, muy bien...

—Cotorras, qué apropiado. Con lo que habla.

—De verdad que es un cielo. A nada que lo conozcas, verás lo bien que te cae.

—Si ya me cae bien, Lu. Y además, a quien le tiene que gustar es a ti.

—Tienes toda la razón. No sé qué hago vendiéndotelo. No vaya a ser que te guste demasiado y la liemos.

—Hay días que no te aguanto.

Mi barriga crecía y la fecha del *teaser* se acercaba. El Grammy de Aarón me pilló hilvanando uno de los vestidos más complicados. Y aunque me alegré mucho por él, reconozco que no lo disfruté como debía porque estaba demasiado agobiada. Aunque un par de lagrimillas se me cayeron cuando dedicó el premio al hijo por llegar, a su Guille. Aún no había nacido y ya sabía que era lo mejor que le iba a pasar en la vida. Si los niños vienen con un pan bajo el brazo, Guille viene con un Grammy latino, que es mucho mejor que una barra de pan. Eso dijo. Literalmente. Luego hablamos tres o cuatro minutos por Skype e ironicé sobre su discurso. No se lo tomó muy bien. Para arreglarlo, le eché la culpa al agobio que tenía encima y le aseguré que era la novia

más orgullosa sobre la faz de la tierra. A las dos horas, Lu estaba en casa.

—Me ha llamado Aarón.

—¿Le felicistaste por el Grammy? —pregunté.

—Está preocupado.

—¿Por si se lo roban? Le dije que lo dejara en la caja fuerte del hotel.

—Por ti. Está preocupado por ti. Sara, tienes que frenar el ritmo. Él quería que tú estuvieras allí con él, lo sabes, ¿no?

—Se lo va a pasar mejor sin una mujer embarazada de siete meses al lado. Yo ahora mismo soy un coñazo, no puedo beber, no puedo comer, y encima estamos a una semana del rodaje. Ya habrá otros premios, seguro.

—Tú sabrás lo que haces.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Qué estoy haciendo mal según tú? Que lo mismo me criticas porque no me comporto como una mujer feminista, que lo mismo lo haces cuando decido no ejercer de mujer florero en una gala.

—Sara, yo solo digo que si estás así de atacada y el niño aún no ha nacido, ¿qué va a pasar cuando nazca?

Pronto lo descubriría porque me puse de parto un mes y medio antes de lo previsto. O sea, dos días después de esa conversación con Lu. A cuatro días del rodaje. Y con los trajes muy lejos de estar terminados. Tuve la primera contracción cuando estaba haciendo las pruebas de vestuario al gallego. Ignoré la llamada de mi cuerpo y seguí como si nada. Hasta que rompí aguas y allí ya no pude disimular.

—Huy, ese barco pierde agua... Qué *perfeta* es la naturaleza. Qué manera de avisar.

El gallego, con una disposición que me asombró, empezó a pedir toallas limpias y agua caliente. Como estudiante de veterinaria y sobre todo como hijo de granjeros, había asistido a muchos partos de terneros y estaba dispuesto a que lo tuviera yo ahí mismo. Aunque yo dudaba mucho que para los partos de las vacas pidiera toallas limpias y agua caliente...

—Gracias, Martiño, pero yo creo que llego al hospital.

—¿Seguro? Porque yo me pongo en un momento, esto es lo más natural del mundo, coser y cantar —aseguró con un acentazo gallego tan cantarín que parecía que quien cantaba era él—. Tengo yo una mano *espetacular* para traer criaturas al mundo. Aunque yo no sé por qué los humanos no somos ovíparos... con lo cómodo y poco doloroso que sería poner un huevo, luego incubarlo y que después la criatura naciera fuera de ti...

—No sé si es la mejor conversación para tener ahora, Martiño. Me está dando un poco de asco imaginarme a mi hijo saliendo de un huevo.

—Perdona, perdona, que me pongo a divagar. Me pasa mucho. ¿Vienen esas toallas?

—Gracias, pero no hace falta, de verdad. No es que dude de ti, pero mejor vamos al hospital.

El director estaba cerca, siempre estaba cerca si el gallego venía a probarse, le volvía loquito al pobre, y al ver el chorro sobre el suelo casi le da un telele. Pero no de la impresión, sino de la indignación. ¿Cómo se me ocurría ponerme de parto si no faltaban ni cuarenta y ocho horas para rodar? ¿Qué iba a hacer él ahora? Tuve que asegurarle que si daba a luz en unas horas, me podría incorporar a tiempo. Aunque la segunda contracción no me permitió seguir hablando. Solo pude gritar el nombre de Aarón.

—¡Aarón!

Y deseando que su avión que lo llevaba a Bogotá aún no hubiera salido de Barajas...

PLEGARIAS ATENDIDAS

—¡Cesárea! ¡Hacedme una maldita cesárea!

—Aguanta un poquito más, corazón —me dijo una enfermera—. Que apenas has dilatado.

—Tú puedes, cariño, tú puedes. Solo un ratito más. Ya verás qué pronto pasa.

Ese era Aarón dándome ánimos y tratando de consolarme en esa habitación de hospital, tan azul, tan horrorosa, tan sala de torturas. Él tenía casi la misma cara de sufrimiento que yo, aunque a él no le dolía nada. Como mucho la mano que yo le apretaba. Me agarraba a él como tratando de traspasarle parte de mi angustia. ¿No decían que esto del parto era una experiencia compartida? Pues que compartiera un poco de mi agonía.

Yo no paraba de sudar y de berrear. Hacía demasiado calor en esa habitación. ¿No hace mucho calor? ¿Y por qué nadie me hace caso? ¿Por qué me estaba doliendo tanto y a todos les daba igual y les parecía normal? ¿Cómo iba a ser normal sufrir de esa manera? Esas putas contracciones estaban matándome. ¿Cuánto iba a durar esta broma? ¿Y por qué mi cuerpo se negaba a reaccionar y a dilatar como debía? Y yo venga a mirar a Aarón y a la enfermera. Pidiendo auxilio, poniendo mi mejor cara de perro apaleado para que se compadecieran de mí. Una cesárea, por Dios, que total, si ya me habían rajado en China el estómago de lado a lado bien podían aprovechar la cicatriz para cortar por ahí.

—Si el camino ya lo tenéis marcado.

—Mujer...

—Dadme a mí el bisturí. ¡Dádmelo! Si solo es seguir la línea de puntos, tan difícil no puede ser.

—Pero...

—¡Cesárea! Me dormís y me rajáis. ¡Ya!

—Si es que con lo que has aguantado para hacerte cesárea nos hubiéramos ahorrado todas estas horas.

—¿Y por qué nadie me preguntó?

—Aguanta un poquito, que ya dilatas.

Pues no dilaté. Y tuvieron que hacer cesárea. Catorce horas de sufrimiento inútiles del todo. Después no recuerdo mucho. Me perdí toda la supuesta maravillosa experiencia del parto porque estaba grogui. Desperté en la habitación con una sensación de mareo y un dolor en el estómago. Lo tenía tirante. Vi a Aarón sentado a mi lado con el niño en brazos. Me sonrió.

—Hola... ¿Cómo estás? —Miró al bebé—. Guille, ¿quieres conocer a mamá?

Se levantó con el niño en brazos y me lo puso sobre mi regazo con un mimo y una delicadeza extrema.

—¿Qué te parece?

Yo estaba aturdida, dolorida, sobrepasada y sin saber muy bien cómo sentirme ante ese pequeño intruso. Menos de ocho meses dentro de mi cuerpo y ahora ahí fuera. Era raro. No él, pobrecito, que parecía bien normal y bien bonito, sino el momento. Lo había imaginado tantas veces, lo había recreado en mi cabeza, incluso lo había hablado tanto con Aarón que ahora no sabía muy bien si estaba sintiendo lo mismo que creía que iba a sentir. No era para nada como lo había pensado. Tal vez porque me había saltado unos cuantos pasos. Había habido gritos durante las dilataciones, sí, y sudor e improperios, pero no en el parto. Porque en mi recreación infinita, yo veía cómo Aarón le cortaba el cordón umbilical mientras yo le cogía la mano y luego él me ponía el bebé sobre mi pecho y sentía la conexión madre-hijo que dotaba de sentido a esos meses larguísimos. Pero no. Esa parte me la había perdido. Y supongo que no iba a hacer un drama de eso y tampoco importaba demasiado, claro. Lo importante es que estuviera ahí, sano y precioso. Pero ya digo, al saltarme esos pasos como que ahora el momento no era exactamente como el soñado. Supongo que siempre pasa, que las cosas nunca acaban siendo como las pensaste, por mucho que las hayas recreado mil veces en tu cabeza. O precisamente por eso mismo.

—¿Esto lo hemos hecho tú y yo?

—Eso parece.

Y en ese momento me di cuenta de lo rara y maravillosa que era la vida. Y que algo tan común y tan ordinario como un parto entre millones, en una ciudad entre millones, a mí me parecía la cosa más extraordinaria, sorprendente y única del mundo. Aarón y yo habíamos creado a un ser vivo. Tócate las narices.

—Es precioso. ¿A que es precioso?

—Sí, parece uno de esos cachorrillos de shar pei, arrugadito, arrugadito.

Abrió los ojos y yo no sé si me miró o no, si me veía o no, pero no quise desaprovechar la oportunidad.

—Hola, Guille, soy mamá. Generalmente tengo mejor aspecto, pero es que me las has hecho pasar canutas. —Y tan pronto lo dije me arrepentí. Y miré a Aarón preocupada—. Ay, Dios, que acaba de nacer y ya le estoy echando cosas en cara.

—Dudo que se acuerde el día de mañana, tranquila.

—Eso espero. ¿Me han dado muchos puntos?

—Treinta y ocho puntos, mamá. Treinta y ocho puntos. Ni en el hospital de China me habían hecho semejante destrozo —le dije a mi madre nada más verla entrar por la puerta de la habitación.

Ella había sido la última en entrar. Y a la última a la que le contaba lo de mis

treinta y ocho puntos. Aquello parecía el camarote de los hermanos Marx. Veinte metros cuadrados plagados de amigos, familia, globos y cestas de bebés llenas de ropita y peluches para Guille. Ropa toda cuquísima que Aarón se había empeñado en enseñarme unas horas antes, el poco rato que estuvimos a solas después del parto, mientras emitía ruiditos cargados de vocales larguísimas. Ohhh, y mira estas botas, aaaahhh, este pantaloncito, huyyy, y esa guitarrita... Supongo que se había visto en la necesidad de exagerarlo todo para distraerme y que se me pasara el disgusto de los treinta y ocho puntos. Eso, o que se había convertido, por obra y gracia del nacimiento de nuestro hijo, en una cosa muy rara. ¿Desde cuándo hablaba con vocales y con diminutivos? Vale que llevaba casi todo el embarazo comportándose con un entusiasmo desmedido. Y vale que ya me estaba acostumbrando, pero aun así a ratos me resultaba algo inquietante. Qué padrazo va a ser, decían todos nada más entrar en la habitación y le veían con el niño en brazos, y mientras lo afirmaban se les ponían los ojos así como hacia arriba, muertos de gusto. Qué padrazo. Qué suerte. Míralo, si se desvive. Qué maravilla. Y yo asentía, claro. Que tampoco quería parecer un monstruo por no estar valorándole como se merecía. Te ha tocado el gordo, bonita. Te ha tocado el gordo.

—¿Has visto qué guapo es, mamá? —preguntó Lu, supongo que para ver cómo reaccionaba. Y para comprobar hasta qué punto su conversión en abuela del año era de verdad o solo apariencia.

—Ha salido Escribano puro. Míralo, Berta, es una fotocopia mía. Igualito. Pero en versión punto cero. Mejorada. Los genes de mi yerno, claro —dijo mi padre, con un orgullo y un arrobamiento que competía con el de Aarón. Desde luego, al niño, abuelo y padre no le iban a faltar. Y que siempre ponderara la genética de mi novio no sé si me acababa de hacer gracia.

—Lo que tú digas, Arturo —respondió ella con una sonrisa pero sin mirar al bebé.

—Pero míralo —insistí yo ya un poco mosqueada—. ¿No es guapo?

—Que sí, que sí. Precioso. Pero como todos. Empiezan a tener gracia a los siete meses. Pero, bueno, que no se diga... —Cogió su móvil y le sacó una foto—. Y así se la mando a Ismael, que está que no calla.

—¿De verdad, mamá?

—Hija, como me prohibiste que viniera.

—Yo no te prohibí nada, solo que no creo que pinte nada aquí. Con la familia sobra.

—Pues bien que te has traído al vikingo.

Y era verdad, Eric, el grandote de Eric, el vikingo, el amigo de Roberto y que ahora trabajaba llevando el estudio de arquitectura de mi padre mientras él estaba entre China y España, había llegado hacía una hora. No se quería perder el momento. Y a mí me había parecido lo más normal del mundo, porque yo sentía que Eric ya formaba parte de la familia. Y además, él había traído un pulpo de peluche a Guille y

a mí eso me había recordado todas las aventuras pasadas con él en el zoo, robando plumas, ese día maravilloso en el que yo me di cuenta de que me había enamorado del novio de mi hermana, y ya solo por eso el vikingo se había ganado el derecho de estar ahí.

—Me vas a decir que ahora te cae mal Eric.

—Qué me va a caer mal, si es lo mejor que le ha pasado a tu padre y a su estudio. Si es una alegría verlo. Solo digo que no es familia.

—¿Vosotros querer algo del bar? Día más feliz de mi vida. Hoy tiramos casa por el balcón —dijo el vikingo.

—Y míralo, qué atento. Que quiere tirar la casa por el balcón.

El niño se puso a llorar en ese instante. Y Aarón se acercó para cogerlo. No quería que me esforzara lo más mínimo. Consciente de lo mucho que había sufrido. Se lo agradecí, la verdad, aún estaba demasiado agotada para empezar a lidiar con los llantos. Él lo acunó y lo llevó hasta la ventana.

—Madrid, Guille. Te va a encantar, ya verás.

Y dicho esto, les explicó a todos que se moría de ganas de decirlo. Que lo había visto en una peli de Almodóvar, en *Carne trémula*, cuando Centro, el personaje que interpreta Pilar Bardem, asiste al parto en un autobús del hijo de Penélope Cruz y le enseña Madrid a través de una de las ventanillas. Que quién le iba a decir a ellas dos que años después en la vida real se convertirían en suegra y nuera.

Mi madre aprovechó ese momento de cinefilia innecesario para acercarse a mi oído.

—Lo importante es que tú ahora no te olvides de ti.

Me pilló tan de improviso que no la acabé de entender.

—¿Qué?

—Que tú no te olvides de ti.

—Pero ¿eso a qué viene? ¿Cómo me voy a olvidar de mí?

—Digo que el niño ahora lo va a ocupar todo. Y es normal, pero tú no dejes que absorba toda tu energía, toda tu vida. No le dejes.

—¿En serio, mamá? ¿Eso es lo mejor que se te ocurre decir el día que tu hija da a luz? —preguntó Lu, que había estado al quite.

—Pues mejor decírselo hoy que mañana. Y que yo sé lo que me digo y que no estaba hablando contigo. —Me miró—. Tú hazme caso.

Me rendí y asentí desde mi cansancio infinito. No pensaba discutir con ella. Y para qué iba a llevarle la contraria, si en el fondo presentía que un poquito de razón tenía. Ay, Dios, ¿y si yo me convertía en una madre como mi madre? Al fin y al cabo, llevaba sus genes, había sido educada por ella, y una acaba repitiendo casi siempre lo que ha mamado de cerca. Pero mejor no pensar. Yo no iba a ser como ella. Yo estaba feliz. Feliz, feliz, feliz. Y ningún pensamiento negativo me iba a estropear este momento.

Había que reconocer una cosa: la naturaleza no había evolucionado mucho en

cuanto al momento en sí de parir, pero luego se había apañado bastante bien en lo de cargarla a una de instinto maternal. Porque era mirarlo ahí dormidito, con ese gorrito horrible que le habían puesto, con ese cordoncito umbilical pillado por una pinza, con esas arrugas y esa cabecita peluda, y me invadía una sensación extraña. Entre la felicidad y el miedo. Entre la fragilidad y la absoluta certeza de que no permitiría que nadie jamás le hiciera daño. Me acababa de convertir en una mamá leona. Lo intuía. Y a la vez sentía cómo esa ansiedad que había nacido a la vez que mi hijo llegaba para quedarse. La ansiedad de no saber cómo cogerlo, si estaba bien, si estaba a gusto, si quería más teta, si tendría leche suficiente, si sabría educarlo, si sabría cómo ponerle los pañales, los patucos, adivinar si tenía fiebre, si sería capaz de hablarle de sexo cuando tocase, si me haría la tonta cuando no viniera a dormir a casa porque se había quedado en casa de un amigo estudiando, si... si... si...

Mario, el director, se presentó con una enorme cesta para el bebé, que le endosó a mi madre sin prestarle la más mínima atención, ni a ella, ni a Guille.

—Pasado mañana rodamos. Dime que vas a estar ahí.

—Me han puesto treinta y ocho puntos.

—¿Y?

—Que lo veo un poco imposible, Mario.

—Me lo prometiste. ¿Y ahora qué hago? ¿Qué hago? Esto es muy poco profesional, Sara.

—Acaba de dar a luz, mendrugo —le reprochó mi hermana.

—A ver ahora a quién llamo, a ver ahora quién va a hacerse responsable y terminar tus trajes. Porque vengo de tu piso y no están acabados. Qué desastre, qué desastre.

Y sin más, se fue.

El *teaser* lo rodaron sin mí. Con la mitad de los trajes, porque no hubo manera de acabarlos a tiempo. Pero se apañaron. Aunque Lu tuvo que emplear todo su encanto y todos los encantos del gallego para calmar la ira de Mario, que en los momentos de angustia amenazaba con echarme de la película, mientras repetía una y otra vez que mi actitud no había sido nada profesional. Y de hecho había decidido que yo así ya no podía llevar la película y que necesitaba meter a alguien más conmigo para que compartiera los créditos y el trabajo. Algo que no me hizo muy feliz, pero que no me quedó más remedio que aceptar. Ahora solo cabía esperar que me acabara entendiendo con la persona elegida. Mario mientras nervioso, porque la productora Luanca después de ver el *teaser* aún se resistía a invertir los millones prometidos. Estaban al caer, decía, pero no caían. Si no te hubieras quedado preñada...

Sin darme apenas cuenta fueron pasando las semanas, los meses. Con todo lo que tenían de aprendizaje, de angustia, de momentos felices, de caos, de revolución, de ajustes... Meses llenos de sentimientos contradictorios, que iban de la angustia a la

alegría, y siempre, siempre ese temor constante de que Aarón y yo no estábamos acertando o tal vez sí, acojonados por todo y a la vez orgullosos cuando superábamos una nueva etapa más con éxito. Aarón, Guille y yo éramos la viva estampa de la felicidad. O eso decían todos. Yo hasta había ampliado una foto a tamaño póster de los tres, para que no se me olvidara lo felices que éramos. Y yo, claro, no me animaba a contradecirlos, básicamente, porque también quería creerlo. Porque ¿cómo no iba a ser feliz si lo tenía todo? Todo lo que había soñado. El hombre perfecto, un proyecto laboral que me entusiasmaba, aunque me exigía demasiado y me estaba trayendo muchos quebraderos de cabeza, y un hijo que era un primor, llorón, un poco llorón, porque lloraba por todo, pero un primor.

—Huy, este culete hay que cambiarlo... Este culete está sucio, cochino... — Aarón hablaba con el niño poniendo voz de teleñeco mientras le olía el pañal—. Por eso estaba llorando, Sara.

—Ah, sí, si lo iba a cambiar ahora, es que estoy aquí con este patrón que no acabo de sacarlo.

—Ya lo hago yo.

Aarón cogió a Guille en volandas y lo sacó de la trona. Lo puso sobre la encimera de la isla de la cocina, cogió un pañal limpio y se puso a cambiarlo. Tenía más destreza que yo, sin duda.

—¡David! ¿Has visto el boceto que tenía aquí encima? —lancé la pregunta al aire, pero nadie me contestó.

—David se fue hace rato. Eres peor que yo cuando te abstraes en el trabajo, qué capacidad para no enterarte de nada más.

—¿Dónde lo habré metido?

—Uh... este niño está descompuesto... madre mía lo que tenías ahí... —siguió diciendo con esa voz absurda e infantil—. Guillermo, vamos a tener que llamar a los bomberos...

No le estaba prestando mucha atención, solo lo oía de fondo. Yo estaba demasiado ocupada revolviendo todo lo que tenía en la mesa de trabajo para encontrar el boceto. Busqué en los paneles por si lo había pegado allí, pero no.

—¿Dónde está? Si lo tenía hace un rato en la mano...

Decidí reconstruir mis pasos como una detective. Vi el vaso de zumo en la mesa y ahí me di cuenta de que me había servido un zumo de piña hacía nada. Capaz de que hubiera dejado el boceto en la nevera, cuando guardé el tetrabrick. Comprobé si estaba allí, pero no. Y entonces lo vi, debajo de Guille, debajo del pañal que le estaba cambiando y...

—¡Aarón! Te has puesto a cambiarlo encima de mi boceto.

—¿Eh? ¿En serio?

Aarón levantó al niño. Y el boceto estaba ahí, pero pringado de la descomposición de mi hijo... Lo cogí con mucho asco. Me tuve que tapan la nariz...

—Agg... mierda... Esto no sirve ya para nada.

—Mételo bajo el chorro del grifo.

—¡Pero si está pintado a lápiz! Qué asco. Esto hay que tirarlo. Medio día de trabajo a la basura.

—Bueno, mujer, ya harás otro. Si solo es un dibujo, tampoco hay que montar tanto drama.

—¿Solo es un dibujo? Es mi trabajo, Aarón. Todo eso que ves ahí —añadí, señalando la mesa del salón y los paneles llenos de fotos, muestras de tela y bocetos — es mi trabajo. En esta casa hay más cosas que un niño. Yo soy algo más que una madre.

—¿Y quién dice que no?

Aarón se dirigió al crío y le hizo cosquillas.

—Mamá está nerviosa, mamá está agobiada, mamá es una artista incomprendida.

Decidí salir de allí y dejarle a solas con el crío, antes de que a mí me diera por estrangularlo.

—A ti te pasa algo.

Inma lo soltó así, sin más, de sopetón, mientras me hacía la cera. Había cambiado de centro de estética. Ahora estaba en un local más grande y hasta había contratado a un par de empleadas. Pero a las amigas nos seguía atendiendo ella.

—¿A mí? ¿Qué me va a pasar?

—¿Te has mirado a un espejo?

—Para mirarme al espejo estoy. Si me faltan horas en el día. Si no doy, si no llego, si he podido escaparme porque Aarón se ha quedado con el crío. Vino ayer de Panamá.

—¿Panamá? ¿También los escuchan en Panamá?

—Se ve que han arrasado. Allí gustan mucho.

—¿Y te ha visto así? Con estas ojeras, con esas tetas caídas, con esos pelos en las piernas, que te voy a tener que pasar hasta dos veces la cera. Y con esas canas, que te han salido canas, Sara. Qué desastre.

—¿Canas? No me asustes, Inma, por Dios, ¿cómo me van a salir canas?

Con una velocidad propia de un Bruce Lee de la vida, me arrancó un pelo sin que pudiera defenderme y me lo enseñó. Blanco. Era blanco. Me levanté de la camilla de un salto, me acerqué a un espejo y con la habilidad de una gorila despiojando el cuero cabelludo de su cachorro, busqué cualquier indicio prematuro de vejez. Solo vi dos. Respiré aliviada.

—Esas siempre han estado ahí. Qué susto me has dado, desgraciada.

—¿Y lo de las tetas, que da pena verlas? —preguntó.

—Estoy dando el pecho. Están llenas de leche. Nunca las he tenido tan lustrosas en mi vida.

—Lustrosas. Y una mierda.

—Inma, ¿quieres parar? Lo sé y no vengo.

—No vienes y te quedas en plan simia. Nena, que Aarón va a tener que usar un rastrillo para encontrarte el chichi. Aunque entre el pelo y los kilos de más dudo que le entren muchas ganas de estar explorando.

—Eres de un agradable... Y ya adelgazaré. No sé cuál es la prisa. No soy una modelo, no tengo que salir en las revistas del corazón presumiendo de haber recuperado mi peso en dos semanas.

—Pariste hace ocho meses.

—Bueno, ¿y qué? No pienso caer en esas presiones absurdas.

Eso se lo dije con una seguridad y una certeza que no sentía. Porque cada noche al ver esos kilitos de más que seguían en mi tripa, en mi culo, me entraba un bajón que solo se me quitaba cuando Guille se ponía a llorar e iba corriendo a ver qué le pasaba. Sus lloros no dejaban que yo cayera en la autocompasión. De algo tenía que servir tener un hijo. Y aunque le daba teta, y eso debería haber sido suficiente para recuperar mi peso, o eso decían, conmigo no acababa de funcionar.

—Y Aarón me desea. Con pelos, con kilos, con todo.

—Vale, vale. ¿Y entonces por qué estás así? A mí me lo puedes contar.

—Estoy bien, Inma. Tú a la cera y listo.

—Y una mierda estás bien —insistió, tirando de la cera y dejándome media pierna en carne viva.

—¡Serás bruta!

—Es para ver si reaccionas y sueltas lo que tengas que soltar.

Cómo me conocía la jodida. Pero qué le iba a contar si ni yo sabía lo que me estaba pasando. ¿Y si era depresión posparto y no lo quería admitir? ¿Pero duraba tanto una depresión posparto? Tampoco quería darle vueltas. O no más vueltas de las que le estaba dando. Si la respuesta era fácil, ¿no? Cansancio, agotamiento, ajuste a esta nueva vida, a este ser que lo chupa todo, chupa las tetas, chupa mi mundo, chupa mi relación de pareja. Lo había hablado con otras madres y todas, de una manera u otra, coincidían en que la vida daba tal vuelco que se necesitaban hacer muchísimos ajustes. Si la vida era evolución, cuando un hijo llegaba, la evolución se volvía revolución. Ya nada era igual. Pero, a pesar del vértigo, todas concluían que era maravilloso.

—No sé, Inma. Las cosas ya volverán a su sitio.

—¿Con cosas te refieres a las tetas, a la barriga?

—También, pesada.

—¿Entonces con Aarón bien?

—Genial.

—Coño, si vas a mentirme, al menos esfuérzate en disimular. A ti lo que te pasa es que estás rallada porque te ve gorda y tienes miedo de que se acabe liando con cualquier fan latina de sus conciertos, de esas que le tiran sujetadores y bragas.

—¿Pero qué dices? Aarón me desea. Aarón es perfecto, Inma. Cuando está se

vuelca, adora al niño, me hace la vida facilísima, y me quiere.

—Entonces todo está bien y folláis todo lo que tenéis que follar.

—Cómo se nota que no tienes hijos.

—Ah, no. A mí ese tonito de madre que está por encima de las que no lo somos, no. ¿Qué tendrá que ver tener hijos con darse unos buenos meneos? Que yo entiendo que los primeros meses tuvieras aquello escocido, aunque te hicieron cesárea, así que escocerte te debió de escocer poco, pero ahora, ¿cuál es la excusa? ¿No me digas que te rehúye?

—¡Y dale! ¡Que no! Lo que pasa es que Guille duerme con nosotros, que estoy cansada y que lo último que me apetece es echar un polvo. Y que no todos los problemas en la vida tienen que ver con la falta de sexo.

—Si tú lo dices...

No le estaba contando la verdad. Y temía que lo descubriera.

—Inma, no quiero hablar de eso.

Pero ella era inasequible al desaliento.

—¿No te has tocado ni un poquito pensando en él cuando está de conciertos? ¿Y cuando está aquí no te apetece quitarle los vaqueros y hacerle...?

—¡Inma!

—¿Qué?

—¡No! ¡No me apetece! ¿Y sabes por qué no me apetece? Porque nada es igual. Aarón ha dejado de ser Aarón para convertirse en... otra cosa. Siempre pendiente del crío, siempre preocupado de qué le pueda pasar, se ha comprado todos los libros de paternidad que ha encontrado y...

—Qué mono.

—Y hasta se despierta por la noche con angustia por si el crío está bien, si no respira, si va a saber protegerlo el día de mañana, si...

—Qué mono.

—¡No!

—¿No? Debes de ser la primera mujer de la historia a la que le parece mal que su marido sea un padrazo.

—Me encanta que sea un padrazo, que se desviva por el crío. Claro que me gusta, no soy una tarada.

—¿Y entonces?

—Me encanta que sea un padrazo, pero me pone cero.

Hala, ya lo había soltado.

—¿Ya no te pone Aarón?

—El de antes sí, me sigue poniendo. Claro que sí. Pero el de ahora... no sé, no me acabo de acostumbrar...

—¿Y eso lo has hablado con él?

—Pues no, no. Claro que no lo he hablado con él. ¿Cómo lo voy a hablar con él si hasta tú, que estás hecha a todo, que no hay nada que te sorprenda, me estás mirando

como si de repente estuvieras depilando a un extraterrestre?

—¿Pero entonces en ocho meses no habéis hecho nada?

—Sí, sí. Pero a mí me ha dado un poco igual. Y he tenido que tirar de recuerdos en mi cabeza para llegar a...

—Coño.

—Y lo que es peor es que él viene con ganas y yo siempre con excusas y siempre escabulléndome, que ya no sé ni qué inventarme. Que un día se va a hartar y se va a dar cuenta de lo loca que estoy y se va a ir con cualquier fan. O se va a dar cuenta de que ha elegido a la hermana equivocada...

—Huy, el cacao que tienes encima. ¿Y ahora Lu qué tiene que ver en esto?

—¡Nada! Y que ya se me pasará, digo yo, ¿no? Ya me volverán las ganas, ya me ajustaré, ¿no?

Inma, en silencio, retomó la tortura de la cera. La había dejado muda. Y ahí me preocupé. Y a cada nuevo tirón, me torturaba un poco más, mi cabeza estaba en plena ebullición, y, sin pretenderlo, todos mis pensamientos me empezaron a salir a borbotones por la boca.

—¿Y si no me vuelven las ganas? ¿Y si ya no me pone nunca más? ¿Y si...? Ay, Inma, que no sé qué hacer. Toda la vida suspirando por Aarón y ahora que mi sueño se cumple, ahora que hasta tengo un hijo con él, se me pasa. ¿Estoy o no estoy de siquiátrico? ¿Qué coño me está pasando?

Inma, por primera vez, no supo qué responderme. Algo que nunca le había pasado. Nos quedamos en silencio.

—Vamos a emborracharnos —dijo—. Eso es lo que necesitamos para verlo todo de manera diferente.

—Le estoy dando teta al niño, Inma. No puedo emborracharme.

—Qué mal me está cayendo tu hijo.

—Oye, que él no tiene la culpa de nada. El problema soy yo. Yo.

—Ay, ya lo dijo Santa Teresa: se derraman más lágrimas por las plegarias atendidas que por las sin atender.

—¿De qué estás hablando?

—Que a veces conseguir todo lo que una desea te hace más infeliz de lo que imaginaste.

—¿Pero eso cómo va a ser cierto?

—Pues no hay más que verte.

Tocada y hundida. ¿Y si tenía razón? ¿Y si ahora que había conseguido todo lo que quería había dejado de desearlo? ¿Y si por eso mi cuerpo reaccionaba así ante la presencia de Aarón? Yo echándole la culpa a sus gemiditos que hacía como padre, a sus vocales alargadas, y lo que me pasaba era que no soportaba la idea de tenerlo todo, de ser feliz. ¿Pero se podía ser más estúpida? ¿Cómo iba a arreglarlo?

—Pero no seas burra y háblalo con él, que las cosas cuando se hablan nunca son para tanto. Hala, ya te he dejado el coño brasileño. Son treinta y cinco euros. Por la

terapia hoy tampoco te cobro. Lo barata que os salgo a todas las clientas.

Salí del centro de estética con las piernas en carne viva y el corazón en un puño.

Ocho meses dedicándome al crío y, de repente, cuando me daba por pensar, por acordarme de mí, me ponía así de tremenda. Si al final iba a tener razón mi madre cuando me había advertido el día del parto que no me olvidara de mí. Me había olvidado, por completo, y ahora que, como la Pantoja, había puesto los focos hacia mi persona, me descubría como un monstruo. Aarón me iba a mandar a la mierda.

ESCABULLÉNDOME

Llegué a casa sin haber decidido cómo abordar el asunto pero sabiendo que tenía que hacerlo. Al entrar descubrí a Aarón y Lu bebiendo cerveza y teniendo una charla animada en la cocina. Enseguida me enteré de que él había preparado para nosotros dos una escapada romántica a uno de los hoteles más impresionantes de la ciudad.

—¿Esta noche? ¿A un hotel? —pregunté—. ¿Y qué hacemos con el crío?

—Se lo queda tu hermana.

—¿Lu?

—¿Tienes otra hermana? —ironizó ella con toda la lógica del mundo.

—¿Cuántas cervezas has bebido? —pregunté, porque no iba a dejar a mi hijo con una modelo despampanante fiel seguidora de la dieta de Kate Moss.

—Una.

—Aquí hay cuatro latas —contabilicé censura.

—Dos me las bebí yo —dijo Mario, el director, entrando en la cocina con unos bocetos en la mano.

Casi me da un parraque al verlo. Aunque ya debería estar acostumbrada a sus apariciones a horas intempestivas.

—¿Estabas aquí?

—A mí este es el que más me gusta —comentó, señalando un boceto—. Háblalo con Roma y me decís.

Roma Perotti era mi nueva socia, mi *partenaire* a la fuerza, la mujer que me había puesto Mario para compartir créditos y trabajo. Ganadora de tres Goyas, de origen italiano pero afincada en España, que yo no sé cómo a una italiana le ponen de nombre Roma, imagínate a alguien a la que llaman Madrid, aunque seguro que de todo habrá en las nuevas generaciones con el fervor hacia nuestra alcaldesa Carmena. Roma, en su inmensidad, porque era una mujer enorme, alta y gorda, pero de una agilidad y soltura que desafiaba toda la lógica, había hecho todo en el cine español, y también había firmado alguna superproducción yanqui. Hablaba cinco idiomas, aunque no sé si con el mismo acento italiano que tenía en español. La Carrá y la Pausini a su lado hablaban vallisoletano. El día que Mario me la presentó a mí se me cayeron las bragas. ¿Cómo iba a aceptar ese pedazo de profesional que yo compartiera créditos con ella, que trabajáramos de igual a igual? Era absurdo solo pensarlo. Estaba claro que a partir de ese momento me iba a convertir, en el mejor de los casos, en su ayudante, o ni siquiera, sería, como mucho, un testigo privilegiado de su trabajo, yo quedaría relegada a la nada. Pero no. Roma, aparte de una profesional

como la copa de un pino, me aseguró que mis diseños le habían sorprendido, le habían gustado muchísimo, *bellissimi, de una forza incredibile*, y que la línea del vestuario de la película estaba *molto chiara*, y que había que seguir por ahí. Le gustaban mis bocetos que le había enseñado en lo que yo ya llamaba El Libro, así, con mayúscula, que no era más mi cuaderno de anillas donde yo iba metiendo y quitando los diseños e ideas para cada personaje hasta darle un orden metódico. Roma, me dijo, había entendido lo que pretendía, lo que se vislumbraba. Según ella, estaba muy bien contada la historia a través del libro. Se veía la película perfectamente. Yo me quedé patidifusa con tanto halago, porque además con acento italiano el piropo se hace mucho más hiperbólico. ¿Lo estaba diciendo de verdad o era porque Mario estaba delante? ¿Tan pronto nos quedaríamos solas, ella sacaría su verdadera cara a relucir? Cuando Mario nos dejó trabajando y conociéndonos, comprobé que ella seguía pensando lo mismo. Es verdad que me dijo que aún estábamos lejos de llegar al resultado final, pero se la veía decidida a seguir mi línea de trabajo. Como mucho aportaría, sumaría, pero siempre en mi dirección. Y cuando estuviera contratada, porque era demasiado cara para contratarla desde ya, se pondría a trabajar casi, casi a mis órdenes. Yo seguía pensando que allí había truco, pero después de unos días quedando con ella, decidí que era mejor dejar de lado cualquier tipo de sospecha y suspicacia y aceptar que Roma era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. Ocurría también otra cosa, Mario no se acababa de entender con ella, no sé muy bien por qué, si por el acento o porque el carácter romano no era compatible con el suyo, así que siempre era yo la que servía de enlace, la que me reunía con él. Y también era a mí a quien le invadía el espacio como ahora y se presentaba a cualquier hora, cargado de ideas, cargado de cambios, cargado de un entusiasmo a veces contagioso, a veces innecesario y nocivo. Como ahora. Pero me tenía que aguantar, porque al menos no me había echado de la película. Entre otras cosas, porque hasta que Luanca no invirtiera, la fecha del rodaje aún no estaba fijada y era poco más que una quimera.

—¿Me enseñas lo que lleváis de Catalina? —preguntó Mario con cierto tono de exigencia.

Aarón y Lu me miraron con cara de pocos amigos. Tenía que imponerme al director. Tenía que decirle cuatro cosas bien dichas para que no se volviera a presentar en casa a estas horas. Tenía que ser expeditiva.

—De... Catalina... aún no hay nada muy definitivo...

—A ver.

Miradas de nuevo de Lu y Aarón.

—Es que a Roma no le va a gustar que te enseñe esto así, estando tan precario.

—¿No?

Ante mi cara, y ante el gesto de Aarón y Lu, Mario empezó a darse cuenta de algo.

—¿O estoy interrumpiendo alguna cosa familiar y queréis que me vaya?

No había sido muy expeditivo que se diga, pero lo había pillado.

—Me voy.

Respiré aliviada. Hasta que Mario en vez de acercarse a la puerta de la entrada, se acercó a la puerta de la nevera y cogió otra cerveza.

—Después de esta cerveza. Es que no veas la que tengo montada en casa... Y vosotros sois mucho más entretenidos.

Y sin más, se sentó en la mesa de la cocina, al lado de Lu y Aarón.

—Qué bien se llevan tus cuñados. Les oía reír mientras revisaba tus diseños. Qué gusto, ¿no?

—Es difícil llevarse mal con Lu —añadió Aarón, no sé si para echar más leña al fuego y provocarme o para quitarle importancia—. Es la caña.

—¿Por qué crees que la metí en la peli? Si es la puta luz y arrasa por donde va, contagiando su alegría, su vitalidad y su visión del mundo.

—Claro, es la caña. No como la gorda de su hermana.

¡Lo había dicho en voz alta! Me di cuenta al ver la cara de los tres. Lo había dicho en voz alta. Se me había escapado. Pero no pasaba nada, lo podía parar ahí, podía hacer algún comentario chorra, derivarlo todo hacia la broma. Aún podía arreglarlo.

—¿Qué dices, tonta? —dijo Aarón, utilizando su tono de voz más cariñoso.

—Nada, que Lu es un chollo de chica, siempre tan feliz, tan despreocupada, tan moderna, tan sin hijos, tan delgada, tan viviendo *happy*, hoy con uno, mañana con veinte. Normal que pienses que es la caña y normal que hasta Mario la haya metido en la peli. Lo que no sé es qué haces conmigo. Si ella es perfecta y tiene una vida de ensueño. ¿Qué haces conmigo?

Pues no. No lo había arreglado. La cara de pánico de Aarón era como para protagonizar una secuela de *Saw*.

—¿Y eso a qué viene? ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿De verdad no te has dado cuenta de qué pasa?

—Sara, controla, que te vas a arrepentir. Controla. —Esa era mi hermana. Que me conocía como solo una hermana puede conocer a otra.

Pero yo ya estaba embalada, sin freno. Iba a tumba abierta, y no hay manera de parar una bola de nieve montaña abajo, no hay manera de controlar un alud.

—¿De verdad te parece que estamos bien? ¿De verdad te parece normal que llevemos meses sin echar un polvo? ¿De verdad esta vida te gusta? ¿De verdad sientes por mí algo de lo que sentías hace meses? ¿De verdad no estás arrepentido de haberte metido en todo este follón?

—¿Pero de qué estás hablando? Si estamos bien, si... follamos hace una semana... ¿no? ¿O fue hace más?

—Ni tú lo sabes... Esto es un sinsentido.

—Pero si eres tú la que siempre está agotada, la que...

—¡Ahora la culpa es mía!

¡No! ¡No, no podía estar haciendo esto! ¡No me podía estar comportando de esta

manera tan injusta, tan cobarde! ¿Qué me estaba pasando? ¿De verdad me estaba comportando como una víctima, como una loca pasivo-agresiva? Si el problema lo tenía yo, si la que no le deseaba era yo. Estaba de siquiátrico.

Aarón matizó enseguida sus palabras, ante mi estado hipersensible y alterado.

—Y lo entiendo, lo entiendo. Entiendo que estés cansada, de verdad que no es un reproche. Solo quería decir que a mí claro que me apetece, pero que ya encontraremos el momento, ya nos ajustaremos.

—¿Cómo te puede apetecer? Si da pena verme. Si estoy gorda, estoy ojerosa, con las tetas destrozadas y unos cambios de humor que no me aguanto ni yo, ¿cómo te puede apetecer siquiera desnudarme?

—Sara, corazón...

—Esto es una depresión posparto —sentenció Mario—. Los hijos solo traen problemas. Pudiendo adoptar un perro.

—¿Te quieres callar?! —le grité.

—Si es que dejar el alcohol no es bueno, no es bueno —apostilló mi hermana y miró a Mario—. Esto con dos cervecitas en el cuerpo lo veía de otra manera. Pero como no puede.

Mario, afectado por mis gritos y sin hacer caso a mi hermana, cogió su lata de cerveza, se levantó y ahora sí se dirigió hacia la puerta.

—Creo que me doy cuenta cuando sobro. Y para dramas ya tengo en mi casa. Tú recréate esta noche en la opereta italiana que te has montado, que se ve que lo necesitas, y ya mañana me cuentas qué habéis decidido con los diseños para Catalina. ¿Te parece?

Ni le contesté y él tomó mi silencio como un sí, y salió sin dar las buenas noches ni despedirse de los otros. Se ve que le habían impresionado mis desvaríos y quería alejarse de la loca cuanto antes. Aarón se levantó para acercarse a mí.

—Sara, corazón...

Pero yo se lo impedí estirando el brazo.

—¡Deja de ser tan perfecto y tan comprensivo! ¡Que me sacas aún más de mis casillas!

—¿Le pasa mucho esto? —preguntó Lu.

Aarón hizo un gesto que no supe cómo interpretarlo.

—¿Por qué no te tomas una birra o dos y te tranquilizas? Ya verás como lo ves todo de otra manera —sugirió mi hermana.

—¡No me puedo tomar una birra porque le estoy dando el pecho al crío! ¡Y no lo voy a convertir en alcohólico porque su madre haya perdido los estribos y necesite beber cerveza hasta caerse grogui!

—Decía una o dos, no toda la producción del año de Mahou.

—Lu, ¿por qué no te vas a casa? —le sugirió Aarón.

—Es que me iba a quedar cuidando del crío mientras vosotros os dabais un homenaje en el hotel.

—¿Y tú crees que yo estoy esta noche para hoteles y para homenajes? ¡Si soy un gremlin desatado!

—¿Y por qué no? —Aarón era inasequible al desaliento—. En la habitación hay un *jacuzzi* estupendo, nos podemos relajar, hablar con tranquilidad... Te mereces una noche para ti, sin los agobios del trabajo ni del niño...

—¡El niño no es un agobio! ¡Yo quiero mucho a mi hijo!

—Pues va a ser mejor que me vaya... —decidió Lu—. Si no te devuelven el importe de la habitación, que a estas horas ya lo dudo, me puedo llevar al gallego. Así alguien disfruta del *jacuzzi*.

—¡Y una mierda! —grité—. ¡Y una mierda vas a retozar tú en el *jacuzzi* con el gallego! ¡Y una mierda!

—Que también te parece mal que alguien se lo pase bien esta noche. Pues nada. Que se quede la habitación vacía.

—Mujer, deja al menos que tu hermana... —sugirió Aarón y maldita la hora.

—¿En serio? ¿En serio me ves en este estado y te sigue preocupando el bienestar de mi hermana? —Estaba desatada—. Tranquilo, que la habitación no se va a quedar vacía. Coge un par de mudas y te vas. Y disfrutas tú del *jacuzzi*, del minibar y de lo que sea.

—Pero...

—¿Qué? ¿Qué?

—¿Yo solo? Si estoy harto de hoteles. Mejor me quedo y lo hablamos con calma...

—¿Pero tú crees que yo estoy para hablar ahora algo con calma? ¡Vete!

Y Aarón, por primera vez en mucho tiempo, perdió la paciencia. Y estalló.

—¡Pero se puede saber por qué me estás echando?! ¡Sara! ¿Qué coño te pasa?

Por primera vez, se ponía a la altura de mis gritos y de mi histerismo. Y en lugar de contestarle con cierta prudencia y sensatez, en lugar de demostrarle que, a pesar de mi locura transitoria, había en mí todavía un resquicio de una persona sensata, me escabullí como una imbécil y me metí en nuestra habitación cerrando la puerta a cal y canto. Las lágrimas no tardaron en brotar, seguidas de un llanto incontrolable, que despertó al pobre de Guille. Lo saqué de la cuna.

—No pasa nada, mi vida. —Hipidos y más llantos—. No pasa nada...

Iba a ser verdad que me recreaba en la opereta italiana. Si cogiendo al niño hasta parecía Anna Magnani, sobre todo por el aspecto. Aarón no tardó en llamar a la puerta.

—Sara...

—¡Vete! Vete, por favor. Vete esta noche al hotel y mañana hablamos.

—Sara...

—Por favor. No dejes que haga más el ridículo. ¿No ves que no tengo freno? Que esta noche no me aguanto ni yo.

—Sara...

—¿Qué? ¡¿Qué?!

—Que vale, que me voy, pero déjame coger algo de ropa.

—Ah...

Le abrí la puerta. Él entró y sin dirigirme la palabra, sin apenas mirarme, se fue hasta el armario y metió un par de camisetas y de calzoncillos en una bolsa de deporte. También unos vaqueros y un jersey.

—Tampoco te estoy pidiendo que te mudes.

—Mejor no hablo contigo. Si querías caerme mal, ya lo has conseguido.

Yo me quedé muda. Aarón se acercó a mí, yo di un paso atrás, como por instinto. Pero no era de mí de quien quería nada. Besó a Guille.

—En unos días te veo, hijo. No des mucha guerra a mamá.

—¿En unos días?

—O en una semana. Pasado mañana me voy a México.

—¿Y no vas a pasar por aquí para hacer la maleta?

—No lo sé, Sara, no lo sé.

La mirada que me echó, no sé si de desconcierto o desprecio, me dejó en el sitio. Jamás lo había visto así, jamás. Un escalofrío recorrió toda mi columna vertebral. Como cuando una se mete en el agua helada de una playa gallega. Aarón se fue de casa, dejándome congelada. Lu entró en la habitación.

—Ya te vale, ya te vale.

—Ahora no, Lu.

—¿Te puedo dejar sola o vas a acabar metiendo la cabeza en el horno?

—Estoy bien. Vete.

—Mejor me quedo en el sofá.

Se quedó. Y yo poco a poco pude tranquilizarme y por fin me quedé dormida. Aunque a las dos horas unos ruidos me despertaron. ¿Era el niño? ¿Estaba bien? Me acerqué a su cuna pero dormía plácidamente. Los ruidos venían de otro lado. ¿Eran...?

Salí de la habitación y al llegar al salón lo vi. El culo bamboleante y perfecto del gallego sobresaliendo del sofá de Ikea. Los gemidos eran los de mi hermana.

—¿En serio? ¿En serio?

El gallego al oírme se incorporó en toda su desnudez y se tapó sus partes lo mejor que pudo. Y yo también estuve a punto de exclamar como mi madre. Caramba con el gallego. Martiño el Marsupilami, el animal con el rabo más grande del mundo, menudo tamaño calzaba. Ya empezaba a entender por qué mi hermana llevaba más de ocho meses con él, su relación más duradera. Y sí, seguro que había algo más que le ataba a él, además del marsupilamismo, pero eso sin duda ayudaba.

—Perdón, perdón —se excusó él en toda su galleguidad—, si ya le dije a tu hermana que no era el momento *perfeto*. Pero ella insistió.

—Da igual. Por lo menos que alguien disfrute en esta casa.

Y sin más, me di la vuelta y me encerré de nuevo en la habitación.

—Está fatal la pobre —oí que decía mi hermana.

—¿Y eso?

—Qué sé yo, que ha dejado el alcohol. Que quieras que no, te da una perspectiva mucho más relajada de las cosas. Eso, y que nadie debería vivir en estos pisos en el culo del mundo. Son peores que las casas encantadas. Aquí todo se magnifica, como está tan lejos del centro.

Y por un momento pensé que, aunque su argumento no tenía mucha lógica, no le faltaba razón. Que la enajenación mental que había sufrido con Aarón nunca me hubiera ocurrido en Malasaña, en la casa de mi abuela. Que este piso no ayudaba a mi situación, pero también tenía que admitir que echarle la culpa de todo mi desequilibrio al barrio de Sanchinarro era tan absurdo como acusar a Aarón de que no quisiera sexo conmigo, cuando lo que ocurría era exactamente lo contrario.

Tenía que hablarlo con él. O pedirle perdón por esta noche de locura transitoria. Debía pedirle disculpas y teníamos que sentarnos a hablar para decidir qué hacer con nuestro futuro, para ser sincera con él y a partir de ahí sacar las conclusiones pertinentes, por duras que fueran.

Lo llamé pero sin éxito. Le dejé mensajes y no me los devolvió. Sí que debía de estar enfadado, sí. Pasaron dos días y Aarón seguía sin dar señales de vida. Empecé a preocuparme. Llamé a mi hermana.

—¿Sabes algo de Aarón? No ha pasado por casa, no me ha llamado. Ya no sé qué pensar.

—Tú ahora tampoco le agobies, que se ha ganado dos días de enfado callado y mudo.

—¿Tan mal estuve?

—Estuviste como para que no te hable en dos meses. Y me da que no es la primera vez que le montas un numerito así, ¿verdad?

—¿Te lo ha contado él?

—Me ha contado que estás rara, que siempre pones excusas para no sentarte a hablar, que toda la complicidad que teníais antes ahora ha desaparecido y que...

—¿Qué?

—Que le rehúyes. Que siempre te estás escabullendo de él.

—O sea, que se ha dado cuenta. Y ya no me aguanta. ¿Y si lo llamas tú y le dices que estoy muy arrepentida?

—¿Lo llamo para que luego me eches en cara que me llevo muy bien con él?

—Tú dile que su hijo lo echa de menos.

—Tu hijo tiene ocho meses, solo echa de menos a su pulpo de peluche.

—Bueno, pues dile lo que quieras, pero que me llame.

No me llamó. Pero sí me dejó un mensaje: «Nos vemos a la vuelta de México».

Ay, madre, sí que estaba enfadado, sí. O harto, que era peor. ¿Y si lo nuestro ya no tenía remedio? ¿Y si la había cagado de tal manera que ya no había nada que hacer? ¿Y si se había asustado tanto de lo que había descubierto del verdadero carácter de la madre de su hijo que ya nunca querría saber nada de ella? ¿Y si acababa pidiendo la custodia compartida, o peor, la custodia completa de su hijo? Seguro que un juez se la otorgaba, seguro que Lu y Mario iban de testigos para corroborar lo que había pasado dos noches atrás. Loca, señorita, se volvió loca del coño, así sin más. Lo acusó de no quererla por gorda, por ojerosa, por absurda, cuando en realidad era al revés, era ella la que no se quería ni acercarse al chulazo del padre de su hijo.

¿Qué iba a hacer para arreglarlo y que me perdonara? Y lo peor, lo peor, lo que me rondaba en la cabeza, esta cabeza atolondrada que tenía, era una pregunta más acuciante y dolorosa. ¿De verdad quería que me perdonara?

LA OPERACIÓN ABUELA

Lo mejor para no darle vueltas a la cabeza, para no angustiarme, para no dejarme llevar por mis pensamientos funestos, era trabajar. Trabajar y trabajar. Siempre funcionaba. Pensar en exceso servía de poco ahora mismo. Torturarme hasta lo indecible barajando opciones, llegando a conclusiones precipitadas y radicales sobre el presente y el futuro de nosotros dos como pareja, no era lo que mejor me venía. Y mirar internet para ver noticias de Aarón en México tampoco. ¿Quién era esa rubia que había subido al escenario? Nadie, nadie, una fan. Guapa, sí, pero una fan. Y a Aarón lo que menos le podía excitar era una fan. Así que a olvidarlo y a cerrar internet. Trabajar. Trabajar y atender a Guille. Punto, nada más. Mario aseguraba que Luanca estaba a punto de entrar y que otros pequeños inversores se habían unido a la película. Así que la fecha de la preproducción estaba cada vez más cerca. Los presupuestos del cine siempre eran de vértigo, y pensar que yo, cuando tenía mi tienda de plumas, me agobiaba cuando no cuadraban las cuentas un mes, y aquí entre la gente del cine se asumían las pérdidas y las ganancias con una naturalidad de la que yo tenía mucho que aprender. No digo que las pérdidas de una película no supusieran una tragedia, solo que se sobrevivía a ellas. Y también tenía que admirar ese espíritu kamikaze de los productores que muchas veces arrancaban películas cuando aún no tenían todo el dinero necesario. Se entrampaban, tiraban de créditos, de compromisos a largo plazo con las cadenas de televisión, con el Ministerio de Cultura, con las comunidades autónomas, de lo que fuera, con tal de iniciar de una vez el rodaje.

Para mí cada día era un aprendizaje. Sobre todo desde que Roma estaba con un pie dentro de la película. Oficialmente, aún no estaba contratada, no se podían permitir pagar su caché hasta que no arrancara la preproducción, pero a pesar de eso ella ya había empezado a trabajar, compaginando con otras producciones, codo con codo conmigo. O mejor dicho codo a codo con ella. Porque era yo la que iba a verla a su taller, que estaba en la zona de Ópera, en la calle Ramales, en un tercero, y desde sus ventanales se veía el Palacio Real y parte del parque de Oriente. Era un sueño de sitio, y qué atardeceres. Normal que se sintiera inspirada trabajando allí. Su taller era un disparate infinito, un caos maravilloso. Lleno de vestidos de todas las épocas, de maniqués, de bocetos, de pinturas, hasta una pequeña colección de arte tenía colgada en las paredes. Dibujos del mismísimo Pasolini, un garabato en una servilleta que ella aseguraba que era de Fellini, y yo no era quién para ponerlo en duda, claro. Era feliz cuando iba a verla. Y lo hacía a menudo, más de lo que debía, porque yo sí que estaba

contratada en la película, porque les salía baratísima, muchas veces iba aunque ella estuviera enfrascada en otros proyectos. Y si me di cuenta de que les salía baratísima, fue porque un día a Roma se le escapó lo que cobraba ella a la semana. Si algún día me llegaban a pagar a mí ese sueldo, podría decir adiós definitivamente al barrio de Sanchinarro y regresar por la puerta grande a Malasaña. Ay, cómo añoraba la casa de mi abuela. Hasta Roma tenía ganas de conocer el taller de plumas, de tanto que hablaba de él.

—Por lo que me cuentas, tu abuela en Italia hubiera sido una grande. Una grandísima diva. Con esos tocados maravillosísimos. Y esa manera de *lavorare* la pluma. —Sí, le había enseñado toda la colección que tenía de mi abuela y algunas piezas mías también—. *Perro aquí le tocarron años de mierrda.*

—A mí también me tocaron unos años malísimos.

—Vas a comparar una crisis puntual, con una dictadura gris y *claustrrrrofóbica* de cuarenta años. ¡*Quarant'anni!*

—Bueno, la crisis puntual tampoco fue, que aún seguimos arrastrándola.

—*Non è vero.* Tienes tu educación, tu internet, tus museos, tu acceso a todo. ¡Incluso a mí, sin ir más lejos, tienes acceso a Roma Perotti!

Y cuando Roma decía una de esas cosas, refiriéndose a ella misma como a una gran diva, abría los brazos en toda su inmensidad, y las enormes túnicas que llevaba se convertían casi en cortinas opacas que tapaban la luz, creando un efecto dramático, operístico, muy italiano y barroco. Roma a contraluz y hablando de ella misma en tercera persona era todo un espectáculo. Cómo no iba a cobrar lo que cobraba si era la mejor embajadora de sí misma. A mí sus arranques grandilocuentes me hacían mucha gracia, pero a David no acababa de convencerle el personaje. David creía firmemente que Roma no era de fiar. Que tenía una personalidad vampírica o tóxica. Y yo le pedía que se aclarara. ¿Vampírica o tóxica? Porque eran dos cosas bien distintas. Y él, que no lo tenía del todo claro, pero que no le gustaba ni un pelo. Y que me iba a chupar el talento, la sangre. Y que así estaba de gorda por todo lo que chupaba.

—No digas burradas, David. Y ni se te ocurra juzgar a alguien por su aspecto.

—Como si no llevara haciéndolo toda la vida. Te digo que esa gorda italiana me da mala espina.

—¡Que no la llames gorda! Y que es muy nazi juzgar a alguien por sus kilos de más. Roma es buena tía.

—Yo seré un nazi, pero tú una ingenua por creer que por el hecho de que sea gorda ya es buena persona. Tu pensamiento es casi tan reduccionista como el mío, qué quieres que te diga. ¿Y has visto cómo trata a su hija? Si la tiene sometida.

Decidí parar ahí la conversación y no hacerle ningún caso. Que David cuando se equivocaba lo hacía hasta el fondo. Y no sé si por llevarle la contraria o por reafirmarme en lo que acababa de decirle, opté por dejar de lado cualquier tipo de sospecha y suspicacia y aceptar que Roma era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. Roma además era maternal, una madraza. Su hija Andrea, de más o

menos mi edad, trabajaba con ella desde siempre. Yo no veía el sometimiento por ningún lado. En todo caso, Andrea la admiraba tanto que tal vez a veces se sintiera un poco cohibida, pero ¿cómo culparla? Andrea había sido mamá hacía bien poco y en muchas ocasiones llevaba a su hija al trabajo. Roma era muy partidaria de integrar a los niños en el ámbito laboral. Algo que a mí me iba a venir de perlas.

—Si es la única manera de que nos dejen conciliar trabajo y maternidad, hagámoslo así.

Roma odiaba el sistema laboral impuesto por el patriarcado, donde las mujeres en el momento en que se convertían en madres suponían un problema en el trabajo. Y sobre todo odiaba a las mujeres que estando en puestos de poder y de mando se comportaban peor que algunos hombres y ponían pegos o boicoteaban las carreras de las mujeres que tenían hijos.

—Si no nos ayudamos entre nosotras, nadie va a hacerlo.

Así que esa estupenda italiana no podía ser de lejos un vampiro y menos alguien tóxico. Imposible. Y sobre todo cuando, aparte de sus ideas promaternidad, me lo pasaba tan bien con ella. Que daba gusto oírle hablar. Si abría la boca y yo aprendía. Y lo que me reía. Si era una fiesta. Vamos, que ya había hecho mío el título de Hemingway: *París era una fiesta*, y lo había cambiado por «Roma era una fiesta». ¿Cómo iba a tener esa mujer un carácter vampírico? Un carácter fuerte sí, arrollador, también, pero no vampírico. En todo caso, era yo la que absorbía de ella.

—Si no te conviertes en una grande, no tendrás a un Franco, ni a un Duce al que echarle la culpa. Está en ti. Tú serás la *responsabile* —continuó diciéndome Roma, con un ímpetu que casi asustaba.

—Sí, eso, ponme un poquito más de presión...

—Presión, presión... ¡La presión para las cafeteras! Y ahora al trabajo.

—¿Qué hacemos con Catalina? —pregunté, enseñándole unos bocetos que había diseñado para ella.

—Esto es porquería, porquería —dijo, partiendo los bocetos en dos. Y ante mi cara de congoja mientras recogía los pedazos, Roma reaccionó, como reaccionaría, supuse, una madre napolitana que después de una reprimenda a sus hijos se pone maternal—. Pero no es tu culpa, no es tu culpa, *cara mia*. Es de Catalina. Personaje bobo, insulso, patético... Tú preguntas qué hacemos con ella. Tirlarla de un puente. Eso haríamos con ella. Porque no tiene ningún remedio. ¿Cómo vamos a vestirla, cómo vamos a inspirarnos? Y si fuera una suicida en potencia, ¿eh? Cómo vestir a una suicida del XVI.

Una suicida. Roma tenía esa capacidad de pensar diferente. De inspirarte con una palabra. Con una idea. Catalina la suicida. Catalina tirándose de un puente. No siempre funcionaba esa manera de pensar, claro, pero, oye, al menos te ponía en otro lado, y a mí me servía a veces para desatascarme. Y otras para llegar a sitios chulísimos. Qué bien que Roma hubiera aparecido en mi vida.

—¿Qué haces? —preguntó al verme otra vez abriendo el portátil.

—Documentarme en internet.

—Mentira. Enseña.

—¿Qué quieres que te enseñe? ¿No te fías de mí?

—Aarón en América. *Verissimo*. Lo buscas más que Marco a su mamá.

—¿Te he hablado de mi novio?

—*Cara mia*, últimamente no haces otra cosa. Te falta poner un mapa con chinchetas para saber por dónde anda. Suspirar por un novio, qué decadente. Qué decadente e innecesario.

Roma exageraba. Tenía que estar exagerando. Yo no hablaba tanto de él, yo no pensaba tanto en él, yo no... Y en esas estaba yo, justificándome a mí misma, cuando sonó mi teléfono móvil. Era mi padre, desde su teléfono móvil español, cosa que me extrañó porque le hacía en China.

—Hola, papá. ¿Estás en Madrid?

—Sí, hija, por un asunto con el ayuntamiento he tenido que adelantar el viaje tres semanas. Oye, ¿sabes algo de tu madre?

—No, hace unos días que no hablé con ella, ¿por qué?

—Es que no está aquí en casa, y la llamó al móvil y nada. Y ella es siempre de contestarme, aunque esté en el cine.

—Pues... no sé, estará en la peluquería, con el secador a tope, y no se ha enterado.

—Si llevo tres horas llamándola. Tres horas. Y he notado a Rosa un tanto enigmática.

Rosa era la asistenta que llevaba en casa de mis padres media vida.

—Ya sabes que Rosa es así, un poco para dentro y muy suya.

—Más de lo habitual. No sé, aquí pasa algo.

—¿Qué va a pasar, papá?

—¿Tú no tendrás el teléfono de Ismael?

—¿De Ismael? ¿Y para qué iba a tener yo el teléfono de Ismael? Lo raro es que no lo tengas tú, con lo amiguísimos que sois los tres de repente.

—¿Tú crees que estará con él?

—¿Y a mí qué me preguntas?

—Hija, si sabes algo, cuéntamelo, por lo que más quieras.

—Que yo no sé nada de lo que os traéis entre manos, ni quiero saberlo.

—Llámala tú, anda. Que a ver si lo que pasa es que no quiere hablar conmigo. Y si te coge, dile que me llame, que empiezo a estar preocupado.

—Vale, papá.

Colgué. Roma me miraba intrigada.

—¿Todo bien?

—Familia, ya sabes. Perdona un segundo, que tengo que llamar a mi madre. Es un momento.

Pero no hizo falta que la llamara porque en ese momento sonó mi móvil. Era ella.

—Mamá, tienes a papá preocupadísimo.

—Sara, tienes que venir a casa. Y llevarte a tu padre.

—¿Cómo?

—Que vengas a Aravaca ya y te lleves a tu padre a donde sea.

—A ver, mamá, ¿qué está pasando?

—Que vengas y te lo lleves, luego te lo cuento.

—Mamá, es que estoy trabajando, no puedes meterme así de repente en tus líos.

—¿Qué líos ni qué líos? Sara, por favor, no te lo pediría si no fuera de vida o muerte. Por las veces que he cuidado de tu hijo.

—Tres veces en ocho meses, mamá.

—¿Solo? Fíjate que me parecían más. Bueno, ven. ¡Ya! ¡Y le endosas al crío y que se lo lleve al parque!

—¿Eh?

—Y tú te quedas en casa esperando mi llamada.

Antes de que me diera tiempo a seguir protestando, colgó. Miré a Roma sin entender nada.

—Me tengo que ir.

—¿Qué ha pasado?

—No tengo ni idea.

Metí a Guille en la sillita capazo del asiento de atrás de mi Fiat 500 y puse rumbo a Aravaca. ¿Qué estaba pasando entre mi padre y mi madre? ¿Y por qué mi madre me pedía ayuda para sacar a mi padre de casa? ¿Estaría encerrada en la habitación o en el baño con Ismael y no sabría cómo sacarlo de casa? Y si era eso de verdad, ¿le estaba pidiendo a su hija que se involucrara? Era de locos.

Aparqué justo enfrente de su casa. Y mi hermana llegó casi a la vez en un taxi. Me extrañó verla allí y, cuando salió del coche, me di cuenta de que ella también se sorprendió de encontrarme.

—¿No me digas que mamá te ha llamado? —me preguntó mientras yo sacaba al niño de la sillita.

—¿A ti también?

—Para que sacara a papá de casa.

—¿Y para qué nos llama a las dos? —quise saber.

—No lo sé, pero esta carrera de taxi me la paga.

—No seas cutre, que estás ganando un pastizal por dar cuatro pasitos en una pasarela.

—Menos de lo que os creéis.

—Ya, ya...

Entramos en casa y allí nos encontramos a nuestro padre, hablando con Rosa.

—Usted sabe algo, Rosa, y no me lo quiere decir.

—¿Cuántas veces le tengo que decir que yo valgo más por lo que callo que por lo que cuento?

—Esta ve demasiado los programas de cotilleos —dijo mi hermana.

—Aquí se le paga por limpiar, no por callar —gruñó mi padre.

—Yo mejor le dejo con sus hijas.

Ahí nuestro padre se dio cuenta de que acabábamos de llegar. Rosa se escabulló a la cocina.

—¿Qué hacéis aquí?

—No sé, parecías tan preocupado por teléfono —explicó Lu.

—¿A ti también te llamó papá?

—Claro... —dijo mi hermana.

—¿De verdad que no sabéis nada de mamá?

—Que no, papá, de verdad —mintió Lu.

Y yo también negué, añadiendo más tierra a la mentira. Me sentía fatal siendo desleal a mi padre. No me gustaba nada que nos obligaran a tomar partido en esta cosa rara que se traían.

—¿No la habéis localizado? ¿No os ha cogido el teléfono a ninguna?

Volvimos a negar. A mí se me estaba notando la mentira a leguas. Seguro. Le pasé el niño a mi padre, para distraer su atención.

—Mira qué grande está tu nieto.

—Guille, guapo, ¿qué tal?

—¿Por qué no te lo llevas al parque?

—¿Ahora? ¿Con la preocupación que tengo encima?

—Siempre te quejas de lo poco que lo ves.

—Yo es que ahora mismo no sé si tengo la cabeza para estar pendiente del crío.

—Que sí, hombre —aseguró Lu alegremente—. Tú lo subes al columpio y mientras lo empujas puedes pensar tranquilamente en tus cosas.

—Vosotras estáis muy raras. Aquí pasa algo.

—¿Qué va a pasar, qué va a pasar?

Como Lu hiciera una interpretación tan penosa en la película de Mario, le auguraba un futuro catastrófico en el cine. Sonó el móvil de mi padre. Él me pasó al crío para ver si era mi madre respondiendo a sus llamadas.

—Ah, no, Eric. —Cogió la llamada—. Eric, me pillas en un momento delicado. ¿Qué? ¿Ahora? Pero... Es que iba a llevar a mi nieto al parque. Ya, ya, vale, vale. Voy.

Mi padre cortó la llamada.

—Lo del parque va a tener que ser otro día. Tengo que ir al estudio. Eric estaba superagobiado, con lo tranquilo que es él. Estáis hoy todos rarísimos. Rarísimos. Me voy. Tan pronto sepáis algo de vuestra madre, me llamáis. ¿Os dejo a alguna en el centro?

—Eh... no, no, si yo he venido en coche.

—Y yo ya me voy con ella. Así disfruto un poco de mi sobrino.

—¿Tú? Lo que decía, estáis rarísimos. Todos.

Mi padre salió de casa. Y tan pronto cerró la puerta, yo me encaré a mi hermana.

—¿Así disfruto de mi sobrino? ¿De verdad?

—Lo primero que se me ocurrió.

—Mira, yo no sé qué está pasando aquí, pero esto se acaba ahora mismo. Odio que mamá me utilice, lo odio. Pobre papá, se le ve desesperado.

Rosa salió de la cocina.

—La señora las espera arriba.

—¿Arriba? O sea que está en casa. ¿En la habitación?

—Allí lleva toda la semana.

—¿Enferma?

—Peor...

—¿Peor? ¿Encerrada con el del zoo?

—A mí no me pagan por cotilla —sentenció Rosa y desapareció en la cocina.

—Ay, la madre que la parió, que está de maratón sexual y quiere restregárnoslo por la cara —dije yo.

—No creo, ¿no?

Subimos a su habitación. Llamamos a la puerta.

—Mamá...

Nadie contestó, así que entramos. La habitación estaba en penumbra. Con las persianas bajadas. Encendimos la luz. Allí no había nadie. Miramos en el baño. Nada.

—¿Mamá?

—¿Mamá?

Una voz salió de debajo de la cama.

—¿Estáis solas?

—Sí, nosotros tres. ¿Qué haces debajo de la cama?

—¿Tres? ¿Qué tres?

—Tus dos hijas y tu nieto.

—¿No se lo has dejado a tu padre para que se lo llevara al parque?

—Llamó el vikingo y se ha ido al estudio.

—Qué majo, Eric. Lo ha hecho mucho mejor que vosotras.

Mi hermana y yo nos miramos. ¿También había liado a Eric en todo esto?

—Mamá, ¿vas a salir de debajo de la cama o qué?

—Podemos hablar así —contestó.

Mi hermana y yo nos miramos interrogantes. Y sin mediar palabra, yo dejé al niño sobre la cama y las dos nos agachamos para ver qué estaba pasando con mi madre. Levantamos un poco el edredón, para poder verla.

—Mamá, ¿qué pasa?

—¿Qué haces leyendo el periódico debajo de la cama? —preguntó Lu.

Mi madre estaba con el periódico delante de la cara. La situación no podía ser

más extraña. Ella debajo de la cama leyendo el periódico y sus hijas agachadas intentando hablar con ella.

—Poniéndome al día. Qué horror los atentados yihadistas, qué horror. Una ya solo va a estar segura en su casa.

—¿Estás metida debajo de la cama por los atentados yihadistas? —preguntó Lu.

—No digas tonterías, hija.

—¿Entonces?

—Qué horror —se limitó a decir.

—Mamá, por favor, que nos empiezas a preocupar. ¿Estás enferma?

—¿Por qué iba a estar enferma? ¿Solo porque tengo cincuenta y pico y soy abuela? ¿Por eso voy a estar enferma?

—¿Pero qué dices?

—Mamá, o sales de ahí o llamo a papá. Y ahí te entiendes con él.

—Vale, vale. Qué obsesión con que salga. Con lo a gustito que estaba aquí. Hacedme sitio. Y apagad la luz.

—¿Te molesta la luz?

—Sí, me molesta. Venga, apagadla.

—Pero si la apagamos no vamos a ver. Y a Guille no le gusta estar a oscuras.

—Pues abrid un poquito la persiana, pero muy poquito.

Lu se incorporó y fue hasta la ventana. Levantó un poco la persiana y yo entonces apagué la luz. Mi madre salió de debajo de la cama, como si reptara y sin dejar de leer el periódico. Aquello ya no era raro, aquello era completamente absurdo. Se sentó en la cama, oculta tras el diario.

—Mamá, ¿se puede saber qué estás leyendo que no puedes dejarlo? —preguntó Lu.

Yo, harta ya del sinsentido, me acerqué a ella y se lo quité de golpe. Lu y yo exclamamos al unísono. Aterrorizadas y muertas de la impresión. La penumbra en vez de ocultar realizaba el espectáculo dantesco de la cara de mi madre.

—¿Qué te han hecho? —pregunté yo.

—¿Pero qué te han hecho? —preguntó mi hermana.

—Nada, un retoquito de nada.

—¡Mamá, si estás... si estás...!

—¿Muy mal? —preguntó—. Es por la inflamación, pero cuando baje voy a estar estupenda.

—Ay, mamá, ¿pero en qué peluquería de travestis te han hecho eso? —preguntó mi hermana.

Mi madre estaba deformada. Completamente deformada. Unos labios hinchadísimos, amarrotados. Unos pómulos que parecían dos bolas de pimpón y también morados, y los ojos... ¿Pero qué carnicero le había hecho semejante desastre? ¿Pero a dónde había ido a hacerse ese estropicio? ¿Por qué? ¿A santo de qué? Guille comenzó a llorar. No sé si también impactado por esa nueva abuela que

le había salido.

—Nueve días, bueno, a lo mejor un poco más, pero me dijeron que como mucho en una semana todo se asentaba. Claro que ya han pasado siete días y esto no va a mejor. Y tu padre no tenía que venir en tres semanas. Lo tenía todo calculado. ¿Qué hace aquí?

—Por eso no querías que te viera —deduje, entendiéndolo todo de golpe.

—Pues él está pensando que estabas ahí dándole con Ismael.

—¿Sí? Qué imaginación.

—Pues lo tendrás que hablar con él. ¿O vas a estar rehuyéndole hasta que te baje la inflamación?

—Si es que baja... —apostilló Lu.

—Pues claro que va a bajar. Si ya no está tan mal. Creo. Y va a quedar estupendo, ¿a que sí? —Mi madre trataba de mostrar una entereza que no sentía. Y seguro que llevaba horas repitiendo ese mantra. Va a quedar estupendo. Va a quedar estupendo —. Va a quedar estupendo —repitió.

—Eso le debieron de decir a la pobre Renée Zellweger —dijo mi hermana mirándome.

Yo le di un codazo.

—¿Esa quién es?

—La de *Bridget Jones*.

—Ah, la gordita. Muy guapa, ¿no?

—Eso es que no has visto las fotos del después —apostilló mi hermana.

—¿Del después de qué?

—Pues de hacerse lo que tú te has hecho, mamá, ¿de qué va a ser? ¿Pero tú te has visto?

—Pues claro que me he visto, claro que me he visto. —Mi madre empezaba a derrumbarse. Pero Lu no se daba cuenta porque ella seguía inasequible al desaliento.

—¿Y cuánto has pagado por... el eccehomo?

Sus labios, sus enormes e hinchados labios, empezaron a temblar. Creí intuir una lágrima bajando por su mapa... su cara.

—Hija, yo ahora mismo necesito que me digáis que voy a estar estupenda o que voy a parecer quince años más joven. Necesito un poquito de apoyo, caramba. Sobre todo con tu padre aquí.

—Lo que tú necesitas es el DeLorean de *Regreso al futuro*. Para que te lleve a la semana pasada. —Mi hermana estaba cavando su propia tumba, y yo ya no sabía si lo estaba haciendo adrede o no.

—¡Deja de hablar de cosas que no entiendo! —gritó mi madre, perdiendo los nervios—. Si habéis venido a tocarme las narices, mejor os vais por donde habéis venido. ¡Porque no estoy de humor, no estoy de humor! ¿No veis que no estoy de humor?

—Es que ahí en ese rostro se ve poco, mamá. Es tan nueva esa cara que aún no

sabemos cómo interpretarte.

Mi madre, fuera de sí, arrojó una almohada a mi hermana.

—¡Vete a la porra, desgraciada!

Fue lanzar el cojín e insultar a mi hermana y ponerse a llorar de manera incontrolable. Unos hipidos, un movimiento de cabeza, unos llantos, que daba pena verla.

—Vamos a por el martini —resolví.

—¡No puedo beber en una semana!

—Mira, está como tú, a palo seco —dijo mi hermana—. Esta familia sin alcohol no se sostiene.

Yo ahí sí que le di un capón a mi hermana en la cabeza. Y le hice una señal para que nos sentáramos en la cama al lado de nuestra madre. Necesitaba nuestro apoyo. Estaba claro. Lu por fin se dio cuenta y se acomodó a su lado. Yo hice lo mismo. Le dimos un abrazo para intentar consolarla. Sin rozar nuestra cara con la suya por temor a provocarle algún tipo de infección, o algo. Mi madre trató de hablar entre hipidos y llantos. Algo bastante difícil, costaba mucho entenderla.

—¿Qué he... qué he *becho*, *diosbío*? ¿Qué *beeehecho*? *Sí... sí... sí... me dibbberon que iba quedar mmien, si mosegubaron.*

—¿Qué dice? —preguntó Lu.

—Que no sabe por qué lo ha hecho. Que le dijeron que iba a quedar bien, que se lo aseguraron.

—Qué hijos de puta. Qué hijos de puta —profirió mi hermana con rabia—. Ahora que a estos les cae una demanda como la copa de un pino.

—Si yo solo... *bería* unos retoquitos... si yo solo *berrría*...

—Que solo quería unos retoquitos.

—Eso lo he pillado —dijo Lu con suficiencia.

Mi madre volvió a su llanto incontrolado.

—Pero ¿por qué te ha dado por...? —insistió Lu.

—¡Por su culpa! —gritó mi madre, señalando a Guille. A mi pobre hijo.

—¿Por culpa de mi hijo?

—Yo no *buiero* ser *abue*... *abueba*...

—¿Qué? —preguntó mi hermana.

—Que no quiere ser abuela. Vamos, que no quiere sentirse como una abuela. Y por eso se ha operado, para parecer más joven...

Mi madre asintió entre lágrimas.

—*Y bustarle* a tu *paaaadre*...

—Ay, mamá. Bueno, ya está. Ya verás como quedas estupenda. Y a papá le gustas siempre. Siempre. Si no has dejado nunca de gustarle.

—*Tu badre... tu badre... no me bueddde ver assí*...

—¿Qué? —preguntó mi hermana de nuevo.

—¿De verdad no lo pillas? Ya podías hacer un esfuerquito. Dice que papá no la

puede ver así.

—Más le vale. Porque va a tener pesadillas para los restos.

Al escuchar el comentario de Lu, la miró con odio, se zafó de nuestros abrazos y se levantó de golpe, saliendo de la habitación.

—¡Mamá!, ¿adónde vas?

—*A bor el barttttinni.*

—Por el martini —traduje.

—Ya, ya, que no soy lerda —dijo mi hermana con cierto tono de indignación.

—Pero, mamá, que no puedes beber.

Salimos lanzadas a impedirle que bajara hasta el mueble bar, pero no hubo manera de pararla escaleras abajo. Yo además iba con el niño en brazos y tampoco iba a jugarle la vida de mi hijo por intentar detenerla.

—Déjala, que aún se va a caer por las escaleras y la liamos más. Si quiere beber, que beba. Un martini no la va a matar.

—Pues sí. Y siempre se puede echar luego los hielos por la cara —razonó mi hermana.

Se sirvió uno bien cargado. Y se lo bebió de un trago. Cuando se iba a poner otro, yo le quité la botella.

—¿Qué haces?

—Ya, mamá... si el médico te dijo que no bebieras, vamos a hacerle caso. No vaya a ser...

—Eso, no vaya a ser que te dé una reacción alérgica o algo, y te quedas así para siempre.

Mi madre agarró a Lu de los dos brazos y la estrujó, clavándole las uñas.

—¡Cállate!

—Ay, mamá, que me haces daño. ¿Pero qué te pasa? Dile algo, Sara, por favor. ¡Quita!

—Te lo estabas ganando a pulso, la verdad.

—¿Yo?

Mi madre por fin la soltó. Y se dejó caer en el sofá con la mala suerte de que se vio reflejada en la superficie de la mesa del café. Le dio una patada con una fuerza sobrehumana, volcándola, con todo lo que había encima. El estruendo de toda una docena de vasitos de café rompiéndose en pedazos debió de llegar hasta la cocina, porque Rosa vino al momento.

—¡Ay, la colección de Limoges! —profirió alarmada—. A mí, señora, tanta presión ya me empieza a pasar factura. Que una cosa es mentirle al señor y otra, estar el día entero agachada recogiendo los daños colaterales.

—¡Vete!

—Y ahora me grita. Lo que hay que aguantar. Me voy, claro que me voy. Pero luego se cortará con los cristales rotos, ¿y quién va a tener la culpa? La Rosa, como si lo viera.

Rosa se volvió por donde había venido.

—No grites a Rosa, mamá. Que te adora —le respondió Lu.

—¿Y qué vas a hacer con papá?

—Me voy a tu casa —contestó, ya más serena y sin hipidos. El martini tenía ese efecto en ella.

—¿A mi casa?

—Dos semanas, hasta que recupere mi cara.

—Pero... ¿vas a estar dos semanas sin ver a papá, mintiéndole?

—No me puede ver así.

—Pero, mamá, en casa... con el niño... Yo... no lo veo. Y que no quiero estar ocultándole algo así a papá. No.

—Tú lo que no quieres es tenerme en tu casa.

—Habiendo hoteles... —intercedió mi hermana.

—¡Yo no voy a dejar que nadie me vea así!

—Vale, vale —dijo mi hermana, tratando de calmarla. Y luego me miró—: Que te la llevas a casa.

—Pero...

—¿Qué? A tu padre bien que lo acogiste cuando se fue de aquí.

—Era distinto. Era en la casa de la abuela, no había niño...

—¿Qué pasa con el niño? ¿Crees que se va a traumatizar por ver a su abuela así?

—Es que no me gusta mentirle a papá.

—Hija, un poco de solidaridad femenina entre madre e hija, que ya sé que te cae mejor tu padre que yo, pero te estoy pidiendo ayuda.

—¿Por qué dices que me cae mejor papá?

—Porque es así, pero no pasa nada. Ahora tienes la oportunidad de desquitarte.

Yo no quería meter a mi madre en casa. Porque me sentía fatal mintiendo a mi padre, eso era verdad, y porque yo necesitaba hacer las paces o aclarar las cosas con Aarón, y con mi madre en casa la cosa se complicaba bastante. Ella no iba a poder evitar meter las narices en todo, soltar su opinión, darme consejos, dárselos a Aarón. Y además, que tenía que darle la razón a mi madre, no es que mi padre me cayera mejor, pero puestos a tener a uno en casa, mi padre me parecía más inofensivo, menos intrusivo.

—¿De verdad no vas a ayudarme en este estado?

No pude decirle que no.

—Mamá, pero prométeme que te vas a inventar una buena excusa con papá y que le dirás pronto la verdad.

—Tú por eso no te preocupes.

—Prométemelo.

—Que sí, hija, que sí. Voy a hacer las maletas.

Y subió a su habitación.

—¿Ha dicho las maletas? ¿En plural?

—No te envidio. Pero nada de nada —concluyó mi hermana, con una sonrisa en la cara.

—A ver cuando te alquilas tú un piso y dejo yo de comerme estos marrones.

Salimos de casa a la media hora. Mi madre iba oculta tras un pañuelo en la cabeza que le cubría hasta los ojos y unas gafas de sol enormes. Llevaba dos maletas, más otra que le había endosado a Lu. Tuvimos que hacer malabares para que entraran en mi Fiat 500, sin quitar la sillita de Guille. Y justo cuando nos acabábamos de montar en el coche, apareció el coche de mi padre por la calle.

—¡Está ahí, está ahí! —gritó mi madre—. Arranca, arranca.

Mi madre se agachó en el asiento.

—Esto es un disparate —dije yo.

—¡Arranca! ¡Y ponme algo por encima! ¡Cualquier cosa! ¡Venga!

Lu se quitó el abrigo que llevaba y lo echó sobre ella. Yo arranqué y me crucé con el coche de mi padre. Él hizo un gesto para que parara, pero yo lo ignoré.

—Hija, hija... ¿Sabes algo? —gritó, bajando la ventanilla.

Pero yo ni le miré y seguí adelante. Mi teléfono empezó a sonar. Era mi padre.

—Seguro que es él, no lo cojas. Si sabe que estás conduciendo. No lo cojas. Que coger el teléfono conduciendo es una imprudencia. ¡No lo cojas!

—Vale, mamá, vale. Y ya puedes ponerte bien en el asiento.

—Hasta que salgamos de Aravaca me quedo aquí, no vaya a ser que me vea algún vecino.

—Lo que tú quieras. Haz lo que te dé la gana.

Llegamos a Sanchinarro y mi madre nada más entrar en el barrio empezó a quejarse. Que si era tristón, que si estaba lejísimos, y eso que Aravaca estaba mucho más lejos del centro, «pero al menos vivimos en chalés, no hacinados en estos pisos sin gracia», aunque el garaje del edificio lo alabó, ya que así no la tenía que ver nadie en la calle saliendo del coche.

Mi padre me había dejado cinco llamadas perdidas.

—Tengo que hablar con él —le dije a mi madre mientras cogíamos el ascensor. Ella cargada con las maletas y yo con Guille. Lu subió con nosotras para ayudar con las maletas, pero no quería quedarse más tiempo del necesario. Qué morrazo.

Entramos en casa, yo con el nene en brazos. Y mi madre y Lu con las maletas.

—¿En qué habitación me pongo?

—Arriba, en la del niño. Que por ahora está vacía porque duerme con nosotros.

Dejé a Guille en el sofá y llamé a mi padre.

—Hija, ¿qué sabes de tu madre?

—Nada.

—No te creo.

—¿Y por qué no me crees?

—Porque me estás rehuyendo. Por eso.

—¿Yo? Qué cosas tienes. Tú no te preocupes que ya verás como hoy, o a mucho tardar mañana te llama.

—¿Mañana? ¿Pero dónde está? ¿No está en Madrid?

—Que no lo sé, papá, pero tú no te preocupes. Tú no te preocupes que todo está bien.

—Eso es que has hablado con ella, ¿verdad? Pero, bueno, no me lo cuentes si no quieres. Me quedo con la idea de que está bien. ¡Dile que me llame! ¿Qué color combina con el azul marino? Es para la corbata... ¡Si es que sin tu madre no me apaño!

Colgué después de resolverle las dudas cromáticas. Mi hermana se fue sin ni siquiera ayudar a mi madre a deshacer las maletas. No la culpo porque no había manera de aguantarla. Que si el armario era muy pequeño, que si no había un espejo decente en el que cambiarse, que cómo podía vivir sin cortinas en casa, que la iban a ver todos los vecinos... Qué días me esperaban... A mi angustia por la situación con Aarón, ahora se unía la angustia de mi madre ante su cara de eccehomo. Éramos las dos la alegría de la huerta. Yo, en algún raptó de optimismo, pensé que vivir nuestras angustias respectivas bajo el mismo techo iba a servir para tener un poco de conexión con mi madre. Pero no parecía que fuera a pasar.

Si le intentaba hablar de mi situación con Aarón, ella no entendía nada, por más que se lo explicara. Aunque de eso no podía culparla, si no me entendía ni yo.

—Así que te parece mal que sea un buen padre. Tienes cada cosa, hija. ¿Tú sabes lo que a mí me costó que tu padre os cambiara algún que otro pañal, os llevara al parque o se preocupara por comprar los potitos que os gustaban? Años me costó. Y tú tienes a un hombre entregado y lo echas de casa.

—Yo no lo he echado. Se ha ido él. Y que tampoco se ha ido, que está en México de concierto. A la vuelta lo arreglamos.

—Qué especialita has sido siempre. Tú prepárale una bienvenida que no olvide.

—Y no la va a olvidar, contigo aquí...

—Yo me encierro arriba en el cuarto y ni os enteráis. Y además, hasta te puedo hacer de canguro. Para que el niño no os estorbe. Si al final hasta te voy a venir bien.

—Déjame que lo dude.

—Oye, que si vas a estar así, refunfuñona todo el rato, yo cojo las maletas y me voy a algún sitio donde me quieran un poquito.

—¿Por ejemplo?

La mirada de odio de mi madre atravesó las paredes.

—A ver si te apañas de una vez con tu músico, que estás insoportable, hija. In-so-por-ta-ble.

Y no le faltaba razón. Claro que estaba insoportable. Pero porque la angustia y las dudas no me dejaban vivir. Sentía un comecome que me estaba atacando al estómago, al ánimo, a la paciencia. No me dejaba centrarme en el trabajo, ni me permitía un segundito de relax. Y que Aarón no me devolviera ninguna de las llamadas no ayudaba. Solo de vez en cuando me dejaba un WhatsApp, cuando la *wifi* del hotel se lo permitía, en el que me decía que no me preocupara, que ya hablaríamos a la vuelta. Pero yo lo notaba muy seco, muy breve. Lacónico, incluso. ¿Cómo no me iba a preocupar? ¿Me estaba castigando para que me diera cuenta de cómo me había comportado? Si era así, su castigo estaba surtiendo efecto en mí. Aunque a lo mejor no de la manera que él esperaba. Porque por momentos me angustiaba perderlo y por momentos lo que sentía era hastío.

El martes por la noche volvía Aarón y esa mañana decidí seguir los consejos de mi madre y prepararle una cena de las que no se olvidan. Ella me había prometido quedarse con el niño, y por fin el crío se había acostumbrado a su nueva cara. O, en cualquier caso, no lloraba cada vez que ella lo cogía.

—Tu hijo no me quiere.

—No digas tonterías.

—Si se pone a llorar cada vez que me ve.

—Llora siempre que lo cogen desconocidos. No se lo tengas en cuenta.

—Pero yo no soy una desconocida, soy su abuela.

—Mamá... es que con esa nueva cara, tal vez le cueste un poquito ubicarte.

—¡Pero si soy yo! Si tampoco es para tanto.

Y el niño venga a llorar.

El que también casi llora de la impresión fue David, al verla. Y mira que le había avisado y mira que me aseguró que estaba preparado para el momento. Mi madre llevaba escondiéndose en la habitación de Guille todos los días que David y Chusa venían a trabajar. Hasta que un día decidí que ya estaba bien, que no podía seguir ocultándose como el fantasma de la ópera. Que era sentir su presencia y esa manera de esconderse de la habitación al baño, del baño a la cocina y a mí me entraba repelús. Además, como seguía posponiendo el momento de encontrarse con mi padre, pensé que si se empezaba a enfrentar a otros, si dejaba que otros la vieran y se comportaban con total naturalidad, comenzaría a coger confianza.

Creí que David, que en esta vida ya había visto de todo, o eso decía él, era el hombre indicado para ser el primero en verla.

—Nena, con todos los muertos vivientes, con todos los zombis colocados que me encuentro los fines de semana saliendo por ahí, me voy a asustar por una mujer con la cara retocada.

—Es que aún no le ha bajado la inflamación.

—Que no te preocupes, boba. Que voy a estar de fábula.

De fábula no estuvo. Porque de fábula no fue el grito agudo y de susto que pegó al verla. Intentó arreglarlo al ver mi cara de desaprobación, pero con escaso resultado.

—Ay, Berta, que no te esperaba tan... tan reluciente. Ni tan... rejuvenecida. Por eso he gritado, por nada más. De la emoción. Pero no del susto. Del susto no. Para nada. Estás ideal.

—Graaa... gracias, David.

—Ideal. Cómo me gusta que una mujer como tú se cuide. Y ya verás como en tres meses todo vuelve a estar en su sitio.

—¿Tres meses? —gritamos mi madre y yo al unísono.

—Quien dice tres meses dice tres semanas —aseguró temeroso.

Las ocho de la tarde. Yo tenía las lubinas en el horno. Empezaba a hacer la ensalada de quinoa, tipo tabulé, y le había dado ya de cenar a Guille. Y mucho, con la esperanza de que se quedara dormido pronto y no le diera mucho el coñazo a mi madre. Porque cuanto más tiempo pudiera estar a solas con Aarón, mejor que mejor. A mí no me hacía muy feliz que mi madre estuviera arriba en otra habitación mientras yo intentaba tener un momento íntimo con Aarón, pero cuando propuse la posibilidad de que me fuera con él a un restaurante y dejarla a ella a cargo del crío, entró en pánico.

—Hija, yo en circunstancias normales, de mil amores te lo cuidaba, pero estando como estoy, y que el crío aún no se acostumbra a mí, mejor tenerte cerca por si acaso...

—Vale, mamá, pero tú mejor no salgas de la habitación. Si el niño llora o necesitas algo, me lo pides por el *walkie* del bebé. O me mandas un WhatsApp.

—Que no quieres que se repita lo de David y le dé a tu novio también un parraque.

—No —mentí—, es por si nos pillas en un momento íntimo.

—Ah, vale. Tú tranquila, hija, si yo con el niño y el iPad me entretengo.

A las nueve menos cuarto yo ya tenía toda la cena preparada. Aarón tenía que estar a punto de llegar, porque su vuelo aterrizaba a las siete y yo había comprobado en la web de AENA que no sufría ningún retraso.

A las nueve menos cinco, oí la puerta del ascensor. Ahí estaba. Pero en vez de abrir con llave, llamó a la puerta. Se las habría dejado en la maleta y no las encontraba. Me acerqué con mi mejor cara. Me había maquillado un poquito y me había puesto un vestido que disimulaba bastante bien mis kilos de más. Estaba guapa. Abrí la puerta con mi mejor sonrisa. Pero no era él. La sorpresa fue mayúscula.

ADIVINA QUIÉN VIENE A CENAR

—¡Roberto! ¡No me lo puedo creer! ¿Eres tú?

—Hola, Sara —me saludó con su sonrisa tímida. Esa que tan bien conocía y casi había olvidado.

—¿Pero qué haces aquí?

Mi ex por el que lo había dejado todo y con el que me había mudado a China, pero al que luego había abandonado, o él a mí, mejor dicho, nada más pisar suelo chino; Roberto, el hombre con el que había pensado tener a mis dos hijos, Guille y Henar, pero que luego había sustituido por Aarón; Roberto, el que me había cuidado tan bien en el hospital de China cuando me rajaron de lado a lado y creía que me moría y ya no tenía por qué cuidarme porque me había dejado, pero aun así lo hizo; Roberto, el nuevo socio de mi padre en su aventura laboral en Hong Kong, al que le debía su renacer como arquitecto, Roberto, mi ex, mi cómplice, mi amigo, el hombre con el que había sido feliz tanto tiempo, estaba ahí delante. En mi nueva casa de Sanchinarro.

—Tu padre me dio la dirección. Te he llamado, pero no lo cogías... Perdona por presentarme así.

Comprobé en el móvil que tenía varias llamadas de un número desconocido. Debían de ser las de él.

—No seas tonto, pasa, pasa. Tú no tienes que pedir perdón por aparecer, solo faltaba. ¡Roberto! Qué alegría verte.

—¿De verdad?

—De la buena.

Roberto entró en casa, observando todo el espacio como solo un arquitecto sabe hacerlo. Alabó la construcción, la distribución, hasta el barrio. Roberto era, sí, majo por naturaleza, lo mismo te cuidaba una semana cuando ya no eras su novia que alababa una casa en Sanchinarro. Y estaba guapo, China le estaba sentando muy bien, más delgado, con un gran bigote *sexy*, una gran perilla y el pelo negro alborotado, más crecido que la última vez que le vi. Hacía ya casi un año. Qué alegría, pero alegría genuina de tenerlo en mi casa, aunque fuera esta casa. Al llegar a la cocina vio los platos en la mesa, las velas, sin encender aún, pero velas, los manteles de las grandes ocasiones, o sea, unos de tela que no eran de Ikea, herencia de mi abuela, y ahí se dio cuenta de que yo estaba a punto de celebrar una cena romántica.

—Creo que no me esperabas a mí.

—No. Pero no pasa nada. Siempre podemos cenar los tres.

—No, no, yo si eso te veo otro día. Me quedo dos o tres semanas como mínimo.

—Que no, no te vas hasta que llegue Aarón. Si no te resulta muy raro, claro.

—¡Qué va! Está todo bien. ¿Y tu hijo?

—Con mi madre —dije sin especificar más. Me apetecía mucho que lo conociera, pero más me apetecía tenerlo un rato para mí sola y no quería que mi madre se metiera en medio.

—¿Con tu madre? —preguntó extrañado—. Creía que estaba desaparecida.

—Ay, no me digas que te manda mi padre en plan espía.

—¿Qué dices? No, no, solo que el hombre está un poco alterado porque no la encuentra.

—Tú dile que está bien y que no se preocupe.

—¿Y hay alguna razón por la que no quiera verle?

—La hay, pero no me pidas que te la cuente. Que no quiero que tengas que ocultarle algo a mi padre o, peor, que te lo acabe sacando.

—Vale, vale. Aunque yo soy una tumba.

—Por si las moscas. ¿Una cerveza? Yo me tomo una contigo, sin alcohol, eso sí.

—Claro.

—Qué aburrida es la vida sin alcohol, Roberto —dije, sacando dos cervezas—. Aunque hoy me he vaciado bien los pechos con el sacaleches para que tuviera Guille para mañana por si hoy me daba un pequeño homenaje. Además, el niño está empezando a rechazar la teta. Y mi madre lleva unos días tratando de convencerme para que aproveche y deje de darle. Que eso de la teta es una esclavitud. «Y una tontería —solté, imitando el tono de mi madre—, que ahora creéis que solo se es buena madre si el bebé os exprime las tetas hasta el alma». —Roberto rio con la imitación—. Y que ella a nosotras no nos dio ni un solo día de mamar y mira lo estupendas que salimos. Eso dice.

—Suenas muy a tu madre, sí.

—Y el caso es que casi me ha convencido. A lo mejor hoy es un buen día para dejar de darle el pecho. ¿Estoy siendo una mala madre por decidir dejar de darle el pecho el día que me quiero emborrachar?

—No sé, pero las malas madres están en tendencia. De moda.

—¿Sí? ¿Qué me dices?

—Hay hasta blogs y pelis sobre lo bien que sienta ser una mala madre.

—¿Y tú por qué sabes de eso? ¿No me digas que tienes algo que contarme?

—Pues... sí... la verdad es que he venido porque tengo algo que contarte.

—¿Has dejado embarazada a una china?

—Eh... no, no... No es eso.

—Mejor. Que lo de los niños cuanto más se retrase mejor. Tú retrásalo, retrásalo mucho. Muchísimo. ¿Hablo como una mala madre? Ay, que no sé si beber...

—Bueno, no hace falta que tomes esta noche la decisión. Y un trago a la mía siempre le puedes dar.

—Y dos. Pero más tarde. Que si empiezo ahora seguro que te la robo y no dejo ni que la pruebes. Ay, Roberto, qué alegría verte.

Nos sentamos en la mesa y cerveza con alcohol va y cerveza sin alcohol viene nos fuimos poniendo al día. O al menos él me puso al día. Aunque yo notaba que había algo que no acababa de decir. Pero ¿cómo culparlo? Si a mí tampoco me apetecía desvelarle cómo estaba o cómo me sentía. Sobre todo cuando ya me había catalogado, gracias a mi ayuda, como una mala madre, de moda y en tendencia, tal vez, pero mala madre. Prefería que hablara él, que me contara de sus proyectos en Hong Kong, que nos riéramos juntos con las genialidades absurdas de mi padre, que me dijera cuántas novias chinas había tenido durante este año.

—No te creas que muchas, no te creas.

—Alguna habrá caído.

—¿De verdad quieres hablar conmigo de esto?

—Somos amigos, ¿no? Yo tengo un hijo con otro. Con el ex de mi hermana.

—Ya... ya... pero no me acabo de sentir cómodo contándote.

—Prueba. Empieza por el primer rollito chino.

—¿Rollito chino?

—Lo he dicho sin pensar.

Y sonrió, esta vez ya sin timidez. Y fue verlo sonreír y venirme de golpe a la mente todos los buenos ratos pasados con él. Toda la complicidad, todas las noches sin dormir en la casa de mi abuela. Los momentos pintando y arreglando la tienda de plumas, el día de la inauguración, o cuando se desnudó y se puso la pajarita para seducir o no a su profesor de arquitectura, que acabó posando con ella en un reportaje de *El País*. Y aquella vez que... Pero no, mejor no caer en la nostalgia. Era absurdo. Y muy inconveniente.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Que te has quedado alelada.

—Tu sonrisa, que ha sido proustiana.

—¿Qué?

—Que ha sido como oler la magdalena de Proust, que me ha llevado al pasado. Y me ha hecho recordar muchas cosas. Pero ya está, ya pasó. Voy a abrirme esa cerveza. Y con alcohol.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—A ver si cuando llegué Aarón te va a encontrar borracha.

¡Aarón! Se me había olvidado Aarón. Miré la hora. Las diez y veinte. ¿Por qué no había llegado? Cogí el móvil para llamarlo y ahí vi que tenía dos llamadas perdidas tuyas. ¿Pero por qué había dejado yo el móvil en silencio? Le llamé. No me contestó. Me di cuenta de que también me había dejado dos mensajes de voz.

—Perdona un momento.

Los escuché. No venía. No había conseguido pillar el vuelo y tampoco se había podido poner antes en contacto conmigo. Hasta dentro de dos días no estaría en

Madrid.

—¿Todo bien? —me preguntó Roberto al ver mi cara.

—No viene hasta pasado mañana. ¿Quieres cenar?

—¿No va a ser un poco raro?

—¿Por qué?

—Lo tenías todo dispuesto para una cena romántica.

—Con no encender las velas, todo arreglado. Y así me cuentas eso que te ronda y no te atreves a soltar. Cómo eres, siempre igual.

Serví la cena y serví vino. Un Godello que me había recomendado Martiño el Marsupilami. *Espetacular*. Que se ve que también se había hecho un cursillo de cata de vinos. Y la verdad es que estaba buenísimo. Acabamos la botella antes de rematar la cena y fui a por otra.

—¿Estás segura de abrir otra botella?

—Segurísima. Y así a ver si te sueltas de una vez y largas tu secreto.

—Tampoco es un secreto.

—Lo que sea. Alcohol marchando.

Ya era la segunda vez o tercera que le aseguraba que yo podía beber alcohol. Que todo estaba bien. Y el caso es que en ese momento me lo pareció. Mi madre tenía razón, ya estaba bien de vivir esclavizada a darle la teta al niño. Estaba en mi derecho de beber, de despendolarme una noche. Y qué mejor que esa noche de reencuentro.

—Qué bien me está sentando. Y no es solo el vino, eres tú, aquí, conmigo.

—Gracias —me dijo.

—Ay, Roberto, qué bien verte.

—Te está subiendo cosa mala —sonrió de nuevo.

—Qué va. Bueno, sí —concedí sonriendo—. Que me suba.

Y me subió, vaya si me subió. Ahora era yo la que hablaba, y cada vez me iba abriendo más, le contaba más y más de mi vida, de la felicidad o más bien de la máscara de felicidad que me ponía a diario, del trampantojo que estaba viviendo, porque yo tenía y debía ser feliz, pero no acababa de serlo. Y Roberto me escuchaba, intervenía poco, casi como un sicólogo, ahondando brevemente para que yo siguiera hablando, y yo venga a contarle. Qué bien sabía escuchar y qué guapo se volvía cuanto más escuchaba. Después de todo, iban a tener razón los que decían que se nos conquista, no solo a las mujeres, a todos en general, a través del oído. Si alguien nos escucha de verdad, si te sientes acompañada, entendida, la mitad del camino para llegar a tu corazón está hecho. El vino me estaba poniendo sentimental. Tal vez fuera él, todo lo que habíamos compartido, todos nuestros sueños que quedaron a medias, todo lo que nos quedó por hacer. Y estaba aquí, a mi lado, en ese momento tan delicado, en el que yo estaba tan frágil. Era como un regalo del destino. Era mi salvavidas en el momento en que yo me hundía. Y yo notaba que a él le pasaba lo

mismo, su manera de mirarme, su manera de abrirse a mí, estaba muy a gusto y no lo disimulaba. Y yo venga a sonreír como una tonta.

—¿El baño?

—Allí, la segunda puerta.

Fui a por la última botella de vino y comprobé con desagrado que no había en la nevera. Busqué entre los armarios y nada.

—Ya no queda alcohol —anuncié, desolada, tan pronto salió del cuarto de baño.

—Bueno, tranquila. —Miró su reloj—. Si yo creo que va siendo hora de que me vaya. Que tú tendrás cosas que hacer mañana, y el niño y...

—De eso nada, esto acaba de empezar. ¿Tú sabes la de meses que llevo sin beber? No puedo quedarme así, a medias, con lo bien que me lo estoy pasando. ¿Tú no te lo estás pasando bien?

—Sí...

—Pues ya está. Bajo a por alcohol.

—Si es que es ya bastante tarde.

—Dos cervecitas. Te prometo que solo dos cervezas más.

—Vale, pero deja que baje yo.

—No, no, que en este barrio te pierdes. O te me escapas...

—¿Y me vas a dejar solo aquí?

—Pues bajamos los dos.

Salimos a la calle. Hacía una noche estupenda. No había un alma en todo el barrio, eso sí. Y tampoco encontramos ninguna tienda cercana abierta. Ay, Malasaña, cómo te echaba de menos.

—Mierda de barrio. ¿Has venido en taxi?

—En una moto que me han dejado.

—¿Dónde la tienes?

Fuimos a por ella. Era una escúter amarilla. Sacó un casco de debajo del asiento.

—Solo tengo un casco.

—Para ti. Si no hay ni un solo coche en la calle. Y con que no corramos mucho, todo arreglado.

En un primer momento quise conducir yo, pero Roberto me aseguró que no pasaría ningún control de alcoholemia, así que le dejé a él los mandos y yo me quedé de paquete.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Adonde haya alcohol.

Roberto enfiló hacia el centro a paso de tortuga.

—Dale un poquito de vida a esto.

—No llevas casco.

—Mejor, que quiero sentir el viento en la cara, quiero sentir que estoy viva.

Alejarme por una noche a toda velocidad del olor de los pañales. Eso no lo dije, para no arruinar el momento recordándole que era madre. Una madre sin casco. Una

mala madre.

—Dale caña.

—Bueno, pero solo un poquito.

Roberto empezó a pisarle, con prudencia al principio, pero luego se fue dejando llevar. Yo me agarré fuerte a él. Sentir el viento en la cara, la calidez de su cuerpo y ver cómo las luces de los edificios y de las farolas iban pasando cada vez a más velocidad me llenó de una felicidad plena. Y ahí me di cuenta de que llevaba mucho sin sentirme así.

—Qué bonita es la vida a veces.

—¿Qué? —preguntó sin escucharme.

—Que la vida es muy bonita.

—¿Qué?

—Que estoy feliz. ¡Feliz!

Por fin me oyó.

—Ah, eso es el vino.

—Y tú, que me llevas de paseo.

Me abracé más fuerte a él. Quería alargar ese momento lo más posible. Que esa felicidad no se evaporara en unos minutos. Quería olvidar por un rato mi vida. ¿Y por qué solo por un rato? ¿Y por qué no toda la noche? ¿Y por qué solo esa noche, por qué no...?

—Yo creo que por allí —dijo.

Roberto se metió por Bravo Murillo y enseguida vimos un supermercado de los que abrían veinticuatro horas. Se detuvo.

—¿Aquí? —pregunté decepcionada de que mi momento de éxtasis, de comunión con la vida, hubiera sido tan efímero—. ¿No me llevas a un bar de mi barrio? ¿O a una discoteca?

—Dijimos una cerveza.

—Aburrido.

—Una cerveza, o te llevo de vuelta a casa.

—No te recordaba yo tan decidido. Qué bien te ha sentado China.

Entramos al supermercado y yo busqué un par de botellas de vino rico y unas cervezas artesanas. Cogí veinticuatro.

—¿Adónde vas con todo eso?

—Es para que me quede en casa. Tú tranquilo.

Pagué y salimos. Yo había distribuido las botellas en dos bolsas de plástico. Saqué una lata de cerveza.

—¿Nos bebemos una aquí? —pregunté.

—¿Aquí dónde? ¿En la calle?

No esperé a que se negara. Y abrí una lata. Le di un trago largo. Muy largo. De esos tragos en los que te bebes media cerveza. Y luego se la pasé a él.

—Acábatela.

—Sí que estabas necesitada, sí.

Se la bebió y yo abrí otra lata.

—Sara... —protestó.

—Un día es un día.

Y nos la bebimos entre risas. Qué guapo sonriendo. Qué guapo y qué hombre, y qué... Todo. Lo que se había perdido España sin Roberto. Lo que había ganado China. Yo quise abrir otra, pero no me dejó.

—Mejor te llevo a casa. Que ya vamos muy tocados. Y yo mañana trabajo. Y tú eres madre.

—Mala madre.

Se subió a la moto, sin hacer caso a mis protestas.

—Vamos, mala madre. Arriba.

—Pero qué bien te ha sentado China, cabrón —dije, admirándole. Es que estaba guapo. Ahí en la moto, tan hombre.

—Sí que estás borracha, sí. Vamos.

Me subí a la moto con las dos bolsas. Puse una en cada mano para ir equilibrándome, Roberto arrancó y esta vez fue a una velocidad moderada, vamos, lentísimo, porque yo apenas podía sujetarme. Así que la vuelta no tuvo nada del carácter salvaje y épico de la ida. Y, además, a mí me entró un hipo tontísimo.

Llegamos a Sanchinarro. Roberto se perdió entre tanta calle parecida y tuve que indicarle el camino. Con tan mala suerte que al levantar mi mano para señalarle una calle, como estaba cargando con las bolsas, me desequilibré, traté de agarrarme a él con mucha fuerza, y como no se lo esperaba perdió el equilibrio de la moto. Pánico. Empezó a trastabillar y...

—Ahhh... que nos caemos... que...

Y nos caímos. Las botellas de vino se rompieron con el impacto. La moto perdió un faro y Roberto se hizo una buena herida en el brazo y en la pierna, rasgándose el pantalón. Yo intacta, solo un pequeño rasguño en una mano.

—¿Estás bien? —pregunté, levantándome del suelo.

—Ay... sí, sí... creo. Y por eso no se puede conducir borracho.

Se tocó la herida del brazo. Se incorporó del todo y al caminar cojeó un poco.

—Que te he dejado inválido, Roberto.

—No es nada.

—Vamos a casa, allí te curo. Ha sido culpa mía, perdona.

—No ha sido culpa de nadie —dijo comprensivo. Siempre tan majo.

Roberto levantó la moto. Al comprobar que no funcionaba el faro de delante, prefirió llevarla a pie.

—¿Está muy lejos tu casa?

—A dos calles.

Yo cogí las cervezas que estaban intactas, las metí en una bolsa y caminé a su lado. Roberto seguía cojeando.

—Al llegar te miro esa pierna.

—No te preocupes.

Caminamos por la calle desierta y apenas iluminada, arrastrando la moto. Roberto cojeando y yo con hipo. Menuda estampa. El caso es que, a pesar del accidente, a pesar de los rasguños, yo estaba feliz a su lado.

—¿Una cerveza para el camino?

—Sara, empiezas a preocuparme.

—Qué va.

Abrí la cerveza. Le di un trago. Se la pasé. Bebió. Seguimos caminando.

—Si esta mañana me dicen... hip... que iba a acabar la noche así, no me lo creo... hip —balbuceé.

—Ni yo.

—Gracias... hip...

Maldito hipo.

—¿Gracias por qué?

—Por esta noche.

Llegamos al portal. Saqué las llaves y abrí la puerta. Entré y vi que Roberto se quedaba al lado de la moto.

—Vamos.

—Yo mejor me voy ya, Sara.

—No. No voy a dejar que te vayas así. Tienes que curarte esas heridas... Hip... Y tenemos un botiquín en casa espectacular. —Era verdad. Aarón estaba obsesionado con todas las posibles maneras en que un niño se podía hacer daño. Y más que un botiquín era toda una farmacia—. Vamos.

—Bueno, vale. Y así te digo de una vez lo que venía a contarte.

—Muy bien.

Le cogí de la mano y lo metí en el portal. Llamé al ascensor.

—No le he puesto candado a la moto.

—Hasta aquí no llegan los ladrones... hip...

Entramos en casa. Y fui al baño a buscar alcohol y vendas.

—Vete abriendo unas cervezas —le pedí.

Volví bien aprovisionada de tiritas y betadine. Roberto no estaba en la cocina. Lo encontré en la sala. Miraba los paneles de trabajo de la película.

—¿Y todo esto? Menudo curro hay aquí.

—El vestuario de la película... hip... Pero aún falta mucho.

Se fue fijando en cada prenda, en cada foto. Y yo sin apenas darme cuenta empecé a explicarle lo que estaba tratando de hacer.

—Qué maravilla, ¿no? Es increíble. ¿Y todo lo has diseñado tú?

—No. Algunas cosas sí, otras son alquiladas, o compradas, o... hip... *customizadas*.

—Es precioso. Y me encanta que estés trabajando con tantas plumas.

—Claro.

—Y lo miro y es como... no sé, como levantar una catedral, ¿no?

Sonreí plena. Esa era la misma expresión que me gustaba utilizar a mí. Cómo me conocía, cómo conectábamos. Roberto iba de un boceto a otro. Observando cada detalle. Traté de ver los paneles a través de sus ojos. La verdad es que el trabajo en conjunto parecía tener sentido.

—¿De verdad te gusta?

—Qué talento tienes. Bueno, no sé de qué me sorprende. Siempre lo has tenido.

Roberto me dedicó una sonrisa cómplice. Esa sonrisa encerraba tantas cosas. Tanto pasado compartido, tanta vida. Qué bien nos entendíamos. Y supe que estábamos en el mismo punto. Yo con un niño y él viviendo en China, pero... conectábamos. Nuestros relojes marcaban la misma hora.

—¡Desnúdate!

—¿Qué? —preguntó asustado.

—Digo, que te quites el jersey, para curarte ese brazo. Y los pantalones, y vemos por qué cojeas.

—Me los puedo remangar.

Roberto trató de remangarse el pantalón, pero era tan *slim* y tan pitillo que apenas pudo hacerlo.

—O te lo puedes quitar. Ya te he visto desnudo más de una vez... Por si no lo recuerdas.

—Ya... pero no hace falta. Y que... a ver, que yo venía a otra cosa.

—Roberto, por favor. No me hagas ahora sentir mal. ¿No creerás que hago esto porque quiero verte desnudo?

—¿No?

—Por favor —fingí indignación—. ¿Tú has visto desnudo a Aarón? ¿Crees que necesito otra cosa?

Roberto accedió, se quitó primero el jersey y se quedó en camiseta. Y, con cierta timidez, trató de quitarse los pantalones, pero al ser tan estrechos le costaba. Llevaba unos bóxer rosas.

—Siéntate ahí —dije, indicándole una silla—. Y te ayudo.

Roberto se sentó y yo tiré de sus pantalones. Vi la herida que se había hecho en la pierna, no parecía grave.

—¿Alcohol o agua oxigenada? —pregunté—. Mejor alcohol... hip... Que escuece más y eso siempre da confianza.

—¿Tú crees?

—Dale un trago a la cerveza.

Me obedeció.

—Y ahora pásasela... hip... a la enfermera.

Me pasó la lata, bebí y me puse a la tarea.

—Ahh... —protestó al primer contacto de la gasa empapada de alcohol con su

piel.

No atinaba muy bien, debido a todas las cervezas ingeridas. Roberto volvió a protestar.

—No seas nena... Que estoy llevando mucho cuidado. Y no te muevas que es peor. Y tápate ese paquete, que me descentras. Mira que venir en calzoncillos rosas.

Automáticamente se tapó con las dos manos.

—Eres tú la que me has desnudado.

Una vez limpiada la herida, traté de concentrarme para ponerle unas gasas y un esparadrapo. Hice lo que pude, considerando la tajada de alcohol que llevaba.

—Ya está.

Volví a beber de la lata. Y se la pasé a él.

—Ahora ese brazo.

Me puse a su altura. Estaba muy cerquita de él. Limpié la herida. Volvió a protestar.

—Shhh.

Me sonrió. Dios, qué guapo estaba. Y qué desnudo, y qué maravilla tenerlo ahí tan cerca y mirándome así. Y al lado de todo mi trabajo. Si es que daban ganas de seguir desnudándolo o de vestirlo con alguno de los trajes de época. Que pasara lo que tuviera que pasar. Si la vida nos regalaba a los dos este momento, seríamos imbéciles si no lo aprovecháramos.

—Sara...

—¿Qué?

—Me estás levantando la camiseta.

—Para ver si tienes más heridas.

—No tengo.

—Déjame ver...

—Sara...

—¿Qué?

—Me estás acariciando el pecho.

—No, estoy comprobando si hay alguna contusión.

Sonrió incómodo.

—Mañana nos vamos a arrepentir.

—¿Por qué?

—Porque sabremos que fue culpa del alcohol.

—Bendito alcohol. ¿Sabes que mi hermana cree que nuestra familia está falta de alcohol? Y que deberíamos volver a beber. Para recuperar la cordura.

—Sara... Que yo venía a otra cosa, a contarte algo...

—¿El qué?

—Es que ahora mismo y así como que no es el mejor momento, no me va a salir. Sara. Para. Para.

—Huy, tú has empezado a hacer deporte, ¿no?

—Un poco.

—Un poco mucho... hip...

—Sara... eso es mi ombligo...

—¿Sí?

—¡Sara!

Roberto se levantó bruscamente, como si se hubiera llevado un calambrazo. Al parecer, le había intentado meter la mano por debajo del pantalón. Juro que no me acuerdo. Lo juro. Y en ese preciso momento mi madre entró en la sala con el niño en brazos. Y con unas gafas de sol enormes y un pañuelo cubriéndole la cabeza.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó alarmada.

Roberto al verla se sobresaltó. Como si hubiera visto un fantasma. Y a mí se me pasó el hipo de golpe.

—¿Tú quién eres? —preguntó Roberto.

Roberto se puso pálido. Debido supongo a mi acoso alcohólico y a esa presencia extraña. Empezó a ponerse los pantalones lo más aprisa que pudo.

—Roberto, soy yo.

—¿Quién es esta señora? ¿Qué hace aquí? —El pánico no le dejaba pensar.

—Es mi madre —expliqué yo completamente azorada.

—¿Tu qué...? —Y ahí se fijó bien, se tranquilizó un poco y se dio cuenta de que era su exsuegra, sí—. Ah, Berta... sí, claro, perdona... Yo... ella... Me estaba curando una herida y... —Miró al niño—. Y este es tu hijo.

—El hijo de mi hija, que yo ya no estoy para tener hijos.

—A eso se refiere, mamá. —Miré a Roberto—. Guille, sí. Le he llamado como le íbamos a llamar al nuestro, ¿te acuerdas?

Vale, no fue el comentario más atinado, después de todo lo que estaba pasando. Pero me salió sin pensar. Y supongo que esa nueva salida de tono sirvió para detonar las ganas de huir de Roberto. No le culpo, yo también lo hubiera hecho.

—Yo mejor me voy.

Se puso a toda velocidad el jersey.

—No, espera.

Pero no me dio tiempo a convencerle de que se quedara. Antes de que pudiera seguir hablando, él se escabulló de la sala y echó a correr hacia la puerta.

—Roberto, espera.

El portazo debió de sonar en todo el edificio.

—Qué raro ha sido este chico siempre —puntualizó mi madre—. ¿Por qué estaba tan asustado? ¿Y qué hacía medio desnudo? ¿Y por qué no me reconocía? ¿Tiene memoria de pez o qué?

—Mamá, que has salido con las gafas de sol y ese pañuelo en la cabeza que parecías una madre de la plaza de Mayo.

—Yo creo que ya me ha bajado la hinchazón, ¿no? ¿O no? ¿Tan irreconocible estoy?

—Que no, mamá.

—¿Qué estaba pasando aquí?

—Nada, que se cayó con la moto y le estaba curando las heridas...

—¿Cuánto has bebido? —preguntó, oliendo mi aliento.

—¿Yo? Nada. Ni he bebido nada, ni ha pasado nada.

Mi madre se acercó con parsimonia hasta el intercomunicador vigilabebés.

—No hace falta que me lo cuentes —dijo mientras le daba más volumen y se oía un ruido estático—, que ya me he enterado de casi todo. Qué mal beber tienes, hija mía. Qué mal beber.

Me puse colorada solo de pensar que mi madre había escuchado toda la conversación.

—Qué manera de alardear de intimidades. Eso es muy de vuestra generación y muy innecesario. Y más con un ex. Un ex que te dejó tirada en la China. Nada más llegar tú allí. Por si se te había olvidado. Qué manera de ponerte en ridículo. Menos mal que he llegado a tiempo, menos mal. Porque si no ibas a pasarte media vida arrepintiéndote.

—Yo...

—Qué cacao tenéis en la cabeza. ¡Pero qué cacao! Menos mal que tu hijo aún no se entera de nada, porque cuando lo haga... ¡qué cruz!

Y sin darme tiempo a replicar, mi madre salió de la cocina con el niño.

—Pero, mamá, si no iba a pasar nada, y tampoco he hecho tanto el ridículo, ¿no? ¿No? —El silencio fue su respuesta. Y ahí me indigné. Porque no hay nada que más indigne que el silencio de una madre como respuesta—. Y que me lo digas tú, que estás con papá y con el otro. ¡Yo solo sigo tu ejemplo! ¡Soy digna hija de mi madre! Todo eso me lo has inculcado tú, ¡que lo sepas!

Una voz salió del intercomunicador.

—Deja de decir tonterías. Y vete a dormir la mona.

Casi me meo del susto. ¿Pero cómo había llegado tan rápido a la habitación?

Traté de dormir, pero no pude pensando en todo lo que había salido por mi boca, en todo el acoso y derribo a Roberto, tan inoportuno, tan innecesario, tan a destiempo, y encima sabiendo que mi madre había estado de testigo a través del intercomunicador de toda mi aproximación etílica. Qué bochorno. ¿En qué rayos estaba pensando? ¿Cómo me había dejado arrastrar por esa especie de lujuria absurda que de repente había sentido por Roberto? Sé que no era la primera en la historia de la humanidad en confundir sentimientos, en dejarme llevar por la nostalgia del pasado, o más que nostalgia, por un deseo que ya crees enterrado y que, sin más, vuelve a surgir de una manera tonta e inconveniente. Había leído mucho al respecto, había visto mucha película *indie* donde eso le ocurría a los protagonistas. Pero desde luego nunca había creído que eso me iba a pasar a mí. Pero si lo analizaba no tenía ninguna importancia. El alcohol, haber estrenado hacía unos meses maternidad, sentirme un poco perdida con Aarón, esa última discusión en la que él por primera

vez se había enfadado de verdad y que justo en ese momento llamara Roberto a mi puerta... Todo eso lo metes en una batidora y el resultado bien podría ser sin duda que me diera por meterle mano. Vamos, que bien mirado era hasta una consecuencia lógica. Lógica e intrascendente. Fruto del momento y de la situación. Coyuntural y no estructural. Por eso debía hablar cuanto antes con Roberto y explicárselo. Que no creyera que yo volvía a sentir algo por él. Y si él volvía a sentir algo por mí, pues mala suerte, pero no podía ser. Todo esto tenía que decirle. Y cuanto antes lo hiciera mejor.

EL DESCUBRIMIENTO

Roberto no me cogió el teléfono ninguna de las siete veces que lo llamé a lo largo del sábado. Pude seguir insistiendo, pero si ya la noche anterior había quedado retratada como una mujer que no estaba en sus cabales, temía que si seguía llamándole, la imagen que se había hecho de mí empeorara. Traté además de aplicar una lógica de libro de autoayuda, si un mando a distancia ha dejado de funcionar, por más que aprietes el botoncito de encendido no se va a encender. Mejor cambiar las pilas o levantarte del sofá y darle al *on* en el propio televisor. Eso decidí hacer. Probar otra estrategia para llegar hasta Roberto. O sea, presentarme en el hotel o donde se estuviera quedando y así disculparme cara a cara. Pero no tenía ni idea de dónde se hospedaba, así que llamé a mi padre para ver si él lo sabía.

—¿Sabes algo de tu madre?

—No, papá, no te llamo para eso.

—Ah...

—Vino Roberto contigo, ¿verdad?

—No sé si tengo permiso para contártelo.

—No digas tonterías, si estuvo ayer conmigo en casa.

—Ah...

—¿Sabes dónde se queda estos días?

—Pues...

—Papá, es importante.

—También es importante que yo sepa dónde está tu madre y no me dices ni palabra.

—Porque no lo sé.

—Pues yo tampoco sé dónde se hospeda Roberto.

—Papá, por favor, que tengo que hablar hoy con él como sea. Yo... te juro que tan pronto sepa algo de mamá te lo digo. Te lo prometo.

—No sé si fiarme. ¿Y qué tienes que decirle a Roberto? No me lo descentres, que tenemos dos semanas muy importantes por delante.

—Papá, que soy tu hija.

—Por eso.

—Papá, dímelo.

—Vale, vale, sé que se quedaba en un apartamento de estos de Air B and B, en la calle Pérez Galdós.

—¿No sabes el número?

—Bastante es que me acuerdo de la calle, hija.

—Vale, con eso me apaño. Gracias.

—Gracias no, espero que me llames hoy para decirme dónde está tu madre.

Se lo tuve que prometer antes de colgar. Me metí en internet en la página de Air B and B, para ver cuántos pisos se alquilaban por días en la calle Benito Pérez Galdós, y descubrí que solo había cuatro. Y dos estaban disponibles y vacíos, así que ahí no podía estar. La búsqueda por tanto se reducía a los otros dos. Conseguí las direcciones exactas y decidí plantarme allí. Con la esperanza de encontrarlo y poder explicarme, sin que sintiera que de nuevo trataba de acosarlo. Desde mi sobriedad, un poco resacosa, pero sobriedad, esperaba conseguirlo sin demasiados problemas. Y aclararle que todo estaba bien entre nosotros y que podríamos retomar una amistad sin ningún tipo de tensión sexual por el medio. Antes traté de convencer a mi madre para que llamara a su marido.

—No. Aún es pronto para verlo. ¿No viste que ayer Roberto ni me reconoció?

—Porque ibas camuflada.

—No sé... no sé...

—Prométeme al menos que lo vas a llamar. Aunque no lo quieras ver todavía. Prométemelo o le cuento yo que estás en mi casa.

—Te parecerá bonito chantajear a tu madre...

—Llámalo.

Salí de casa. Quería haberle dejado el niño a mi madre, pero no coló. Me estaba acostumbrando demasiado rápido a que me hiciera de niñera. La verdad es que en ese sentido era maravilloso tenerla en casa. Eso de poder entrar y salir sin preocuparme, como cuando no era madre, era una sensación increíble, liberadora.

Pero esta vez ella me dijo que no. Insistí. Pero nada. Que ella no iba a hacerme de niñera siempre que a mí me saliera del papo. Eso dijo. Que me desprendía con demasiada alegría de mi hijo y que no podía ser. Que no lo hubiera tenido. Así que decidí llevarlo conmigo, pero como no quería cargar con el carrito, me lo puse en modo canguro. Bien pegadito a mi pecho y equilibrándolo bien para que no me pesara demasiado.

Llegué hasta la calle Benito Pérez Galdós, situada entre Chueca y Malasaña, mi añorado barrio, agotada. Sintiendo que no había sido buena idea no haber cogido el carrito. Ya era tarde. Pero bueno, fue salir del metro, respirar el aire contaminado del centro y se me olvidó el cansancio. Qué ganas de volver a vivir allí. Cómo lo echaba de menos. Si hasta añoraba la suciedad, las latas de cerveza tiradas en la calle de madrugada, los grafitis, el olor a orín de los edificios y de las calles, fruto del alivio de todos los que bebían en las calles. Si lo pensaba fríamente, tenía que admitir que puede que fuera mejor criar a un niño lejos de tanta suciedad y bullicio, en un barrio como el de Sanchinarro, pero, por otro lado, ¿no había decenas de padres que estaban criando a sus hijos en Malasaña? Tan malo no podía ser.

—¿A que te gusta, Guille?

Me devolvió una sonrisa como toda respuesta. Últimamente le daba por sonreír a todas horas. Excepto cuando lo cogía mi madre. El pobre seguía sin acostumbrarse a su cara.

Mi idea era ir directa hasta la calle del piso de alquiler, pero ya que estaba allí no me pude resistir a acercarme al piso de mi abuela. Estaba al lado. Cuando lo vi me llevé un sofocón, porque apenas lo reconocí. Estaba rodeado por un andamio y varios obreros picaban sin piedad sobre la fachada de ladrillo. Solo esperaba que lo dejaran como antiguamente. Quería volver a ese piso cuanto antes. Quería recuperar mi antigua vida. Sin tienda, sin Ave del Paraíso, pero con todo lo demás. Con Aarón, con mi hijo, con mis plumas y mis diseños, aunque no fuera para poner un negocio, siempre podría utilizar el local como estudio para trabajar. Eso si conseguía que mi padre me lo alquilara, claro. El taller no tendría las vistas que el de Roma, pero estaba igual de bien situado. Y yo le tenía mucho más cariño. Y si hacía carrera en el mundo del cine, podría pagar el alquiler sin problemas. Todo con tal de no ver convertida mi tienda de plumas en un Starbucks.

Enfilé por la calle Benito Pérez Galdós y enseguida di con el primer edificio que buscaba. Curiosamente, también estaba rodeado de un andamio verde. Madrid, ciudad eternamente en obras. Y ahí recordé lo que siempre decía mi padre: la otra opción es que no haya obras y la ciudad se vaya cayendo a cachos como Lisboa o La Habana. Entré con Guille en el portal. Había portero, pero no me preguntó adónde iba, supongo que porque estaba acostumbrado al trasiego. El piso de alquiler estaba en la quinta planta. No había ascensor. Me cago en...

—Pues nada, a patita, Guille.

Un poco de ejercicio no me iba a matar. En el tercer piso cambié de idea. Iba ya sofocadita. Cuando llegué al quinto, sentí que no me llegaba aire a los pulmones y que el corazón me iba a mil por hora. Guille ni se inmutaba ante los sofocos de su madre. Se limitaba a sonreír.

—Si es que vas muy cómodo tú ahí.

Tenía que pensar seriamente en volver a hacer algo de deporte. Llamé al timbre y esperé a que alguien me contestara. Pero nada. Cuando ya estaba a punto de llamar de nuevo, la puerta se abrió de par en par y salieron dos chicos que no conocía. Ni me miraron. Y cuando les pregunté si ahí vivía Roberto, me di cuenta de que eran alemanes y que no me entendían. Yo a ellos tampoco.

—Roberto. *Young architect, handsome, with moustache...*

O no sabían ni papa de inglés o mi pronunciación dejaba mucho que desear. Tal vez una mezcla de ambas. Uno de los alemanes me sostuvo la puerta para que entrara y yo decidí hacerlo y averiguar por mí misma si estaba allí.

Atravesé la primera estancia con cierto temor. Era un piso antiguo, de techos altísimos, de espacios amplios y reformados de una manera barata pero efectiva. Llamé a Roberto pero sin levantar demasiado la voz. Al fin y al cabo, no era mi casa y probablemente ni siquiera estuviera allí. Vi un pasillo largo y me adentré en él. Las

puertas de dos habitaciones estaban abiertas, con las camas deshechas y nadie en ellas. La tercera puerta estaba entornada, así que llamé con los nudillos.

—Roberto...

Abrí con prudencia la puerta y vi a dos hombres durmiendo desnudos, boca abajo y abrazados en una cama. Enseguida me di la vuelta.

—Perdón...

Pero cuando estaba saliendo, una maleta me llamó la atención. La conocía. Dirigí de nuevo mi vista hacia la cama.

—¿Roberto?

Uno de los chicos sacó su cara de entre el costado del otro. Era Roberto. ¡Era Roberto!

—¡Roberto!

—¿Eh?...

Estiró el brazo hasta la mesilla para coger sus gafas. Se las puso y al verme se quedó pálido.

—Sara... ¿Qué haces aquí?

—¿Yo? ¿Y tú? ¿Qué haces durmiendo abrazado a un chico?

Instintivamente le tapé la cara a mi hijo para que no viera la escena. Como si le fuera a importar al pobre.

—Sara... Verás...

Así que todas mis sospechas del pasado, todas las sospechas que yo creía infundadas, por las que me hizo que me avergonzara, eran verdad. ¡Roberto era gay! ¡O se había vuelto gay en China! Entonces yo no estaba tan loca. Tenía razón. Yo tenía razón. Me puse a hiperventilar. Tuve que agarrarme de hecho a la pared para no caerme de la impresión.

—Roberto, no, no digas nada... Sí, mejor yo... yo...

Él miró hacia la cama, hacia el otro chico que aún dormía. Se apartó un poco de su lado.

—No, si ya no hace falta que disimules... Si además entre tú y yo ya la cosa terminó hace mucho, que ni tienes que darme explicaciones, ni hacer como que no, si no pasa nada, si todo está bien, si uno tiene derecho a reconsiderar su opción sexual y...

Y en ese momento se oyó un ruido de cisterna que salía del baño contiguo a la habitación. ¿Había alguien más con ellos? ¿Estaban en plan orgía? ¿Roberto había aprovechado sus días en Madrid para alquilarse un piso en Chueca y subir a todos los que encontrara en la calle? Y yo, su ex, ahí plantada, con un niño en brazos.

—¿Cuántos van a salir de ahí? —pregunté alarmada.

—¿Eh? —Roberto no entendió mi pregunta. Evidentemente, no había seguido el hilo de mis pensamientos.

La puerta del baño se abrió. Pero no salió un chico. Era una chica en bragas. Y al verla mi corazón se encogió. Casi me desmayo.

—¡Lu!

Guille, al ver a su tía y reconocerla, echó los brazos hacia ella. Haciendo aspavientos y sonriendo. La adoraba.

—Hola, mi vida —le contestó Lu con la mejor de sus sonrisas. Mi hermana hizo ademán de ir a cogerlo, pero yo se lo impedí.

—De ahí no te muevas. El niño se queda conmigo.

—Vale, vale. Qué siesa es tu madre, Guille.

Yo trataba de recomponerme. De entender lo que estaba pasando. ¿Qué hacía mi hermana ahí?

—¿Qué haces aquí?

Lu miró a mi hijo y sonrió traviesa.

—Vaya, creo que tu mamá nos ha descubierto.

—¿Qué?

Mi cara debía de ser un poema. Tenía que ser el reflejo perfecto de la estupefacción que estaba sintiendo.

—Sara, si te lo íbamos a contar —dijo como si tal cosa. Sin darle la mayor importancia.

La tía es que ni parecía incómoda. Yo diría que hasta estaba disfrutando del momento. Y yo mientras sin reponerme.

—¿Qué... qué está pasando aquí? —pregunté de la manera más calmada que pude. Sobre todo para no darle la satisfacción de que me viera comportarme como una histérica. Y que encima no me quería creer nada de lo que veía.

—A ver, hay una explicación racional —intentó decir Roberto.

El chico que estaba a su lado por fin despertó. Y tardó dos segundos en hacerse una composición de lugar mirando a unos y a otros. Mirándome a mí.

—*Perfeto*. La que faltaba. —Era Martiño, el novio gallego de mi hermana—. Hola, Guille —añadió, sonriendo al niño.

—¡Dejad de saludar a mi hijo! ¿Pero me vais a explicar qué es todo esto? —insistí.

Lu se metió en la cama entre los dos chicos. Y le pasó un brazo por el hombro a cada uno. Y sonrió. Yo quería pellizcarme, yo quería despertar de esa pesadilla. Pero nada, por más que me machacara el brazo a pellizcos seguía ahí. Lo que estaba ocurriendo no era un sueño. Era real. Y mi hermana venga a hablar de la manera más natural del mundo.

—Roberto se empeñó en ir a contártelo ayer a casa, quería ser él quien te lo dijera, porque no sabía cómo te lo ibas a tomar. Pero, al final, y como me temía, no fue capaz. Pero mira, mejor así. Que contigo siempre es mejor una política de hechos consumados.

—¿Qué... qué estás diciendo? ¿Qué está pasando?

—Estamos juntos —explicó Roberto.

—¿Quiénes estáis juntos? —Mi cerebro estaba tardando mucho en procesar la

información—. ¿Quiénes estáis juntos?

—Los tres. Yo creo que hasta tu hijo lo ha entendido.

Guille, ajeno al drama y encantado de ver a su tía y al gallego, sonreía sin parar. Y yo ahí procesando.

—¿Cómo que los tres? ¿Pero esto ha pasado más de una vez? ¿Pero desde cuándo? ¡Si Roberto vive en China, si acaba de llegar!

—¿Te suena el poliamor? —preguntó el gallego con un acentazo que se me quedó clavado en la sien—. Lo de explorar nuevas relaciones sin ningún tipo de prejuicio, experimentando a dos o tres bandas, o de cualquier manera que a uno se le ocurra. Al principio cuesta, pero cuando abres tu mente y te acostumbras es una cosa *espetacular*. Y tampoco creas que es una cosa reciente, ya en los setenta en el norte de Europa y en Estados Unidos con la revolución sexual...

—No nos des ahora una clase, cariño —le pidió mi hermana.

—¿Poliamor? ¿Pero qué disparate es este?

—A ver, Sara, tranquilízate, que no es para tanto —dijo mi hermana—. Aprende de tu hijo. Míralo qué zen. Los padres tenéis mucho que aprender de los niños. Hasta él se da cuenta de que esto no es nada del otro mundo.

—¡No metas a mi hijo en esto! Si está zen es porque no se entera de nada. Pero ya verás cuando se lo cuente a los catorce. Ya verás. Lo va a flipar.

—Te dije que no se lo iba a tomar muy bien, que teníamos que ir paso a paso —aseguró Roberto—. Sara, yo te lo quería contar ayer, de verdad que sí, pero luego pasó lo que pasó y...

—¿Qué pasó? —quiso saber mi hermana intrigada.

—Que mamá apareció y que con su cara nueva este se llevó un susto. Eso pasó —atajé a toda velocidad.

—¿Aún no le ha bajado nada la hinchazón?

—Muy poquito, la verdad.

—Pobrecita, te voy a dar el nombre de una pomada para que le compres. Es buenísima, ya verás.

—Vale. —Y de repente reaccioné—. ¡Y que no me cambies de tema, que eres especialista! Yo mejor me voy.

Y sin pensármelo más, salí de la habitación, de ese piso y con el niño a cuestas me puse a bajar los escalones de esas cinco plantas como una poseída. Huyendo, pero con cuidado de no caerme, que una vida dependía de mí.

—¡Sara! ¡Sara! ¡Espera! Vamos a hablarlo.

Ese era Roberto, que me gritaba desde las alturas del quinto piso.

—¡Sara! No seas tonta, que tú enseguida te obcecas. Ven.

Y esa, mi hermana, que no contenta con acostarse con mi ex encima me llamaba tonta.

—Pero, mujer, si lo piensas tampoco es para tanto.

Ese era el gallego.

Y venga a decir que no era para tanto. Pero, vamos a ver, que los acababa de descubrir a los tres ahí encamados. Y que a ellos les parecería todo lo normal que quisieran, pero no lo era. Claro que no lo era. ¿A mi hermana no le bastaba con tirarse a un gallego de tranca larga? ¿Al Marsupilami Martiño? ¿También tenía que liar en todo esto a mi ex? ¿Y cómo lo había logrado? Si el otro estaba en China. ¡En China!

¿Qué había hecho mal para que me estuviera pasando todo esto? ¿Por qué la vida me trataba así? Pero no. La culpa no era de la vida, ni del karma. La culpa era de mi hermana. Esto lo hacía ella para joderme, si es que no había otra explicación. Se estaba vengando de que yo le hubiera robado a Aarón. Era eso. Ella, que presumía de que todo estaba bien. ¡Y una mierda! ¡Así me demostraba lo bien que estaba! ¡Rastrera! Pero a mí me daba igual, yo iba a estar por encima de todo eso, yo iba a estar a la altura, yo iba a reaccionar de maravilla...

—¡Sara, espera!

—¡Que os vayáis a tomar por culo! —grité.

Vale, esa no era la mejor manera de reaccionar. Me estaba comportando de la forma en que ella esperaba que lo hiciera. Por eso tenía que huir de ahí. Callarme. No darle el gusto de explotar o de seguir explotando. Yo me iba a ir a casa e iba a actuar con ella como si no pasara nada. Porque, si lo pensaba bien, tampoco pasaba nada. ¿No? Roberto ya no formaba parte de mi vida, y si quería ser el juguetito de mi hermana, que lo fuera. Si quería ser el vértice de ese triángulo bizarro, si quería joderse la vida con los experimentos modernos de mi hermana, allá él. Eso pensaba mientras seguía bajando las escaleras con el niño a cuestas. Y si Lu quería jugar así sus cartas, si esa era su manera de tramar una venganza, sirviéndola en plato frío un año después, pues allá ella. A mí me daba igual. Igual, igual, igual.

Oí pasos a mi espalda. Me seguían al galope. Mierda.

—¡No me sigáis! ¡Degenerados!

Pero me seguían. Y cada vez se acercaban más. Lo notaba por el ruido *in crescendo* de sus pisadas sobre la madera ajada de las escaleras.

—Sara.

—Sara...

—Espera.

—¡Que me dejéis en paz! Volved a la cama y a lo que estuvierais haciendo.

Pero ellos nada. Empeñados. Yo no quería hablar más con ellos. En todo caso, debía procesar a solas todo lo que acababa de descubrir. No necesitaba la presencia de los tres para que me trataran de convencer de que lo que tenían era de lo más normal y que yo era una cateta, una paleta y una antigua por no saber entenderlo. Cuando encima sabía que era todo producto del maquiavelismo de mi hermana. Que lo había planeado a conciencia, que había ido tejiendo su red y habían caído los dos como imbéciles. Ella era la sirena que había llevado a la cama a Ulises. A Ulises y a toda la tripulación. Un cantito de mierda y los había seducido.

Logré llegar al portal y salí del edificio a toda prisa. Miré un momento para atrás

y los vi salir. Iban en ropa interior. Y me seguían. Los viandantes, que en Madrid están acostumbrados a casi todo, empezaron a mirarnos. Normal. Debíamos de ser todo un espectáculo. Una mujer con cara de susto con un niño en brazos, huyendo de dos chicos y una chica en ropa interior. Los tres guapísimos, eso sí, la que huía menos. El niño un primor sonriente. Algunos seguro que pensaron que éramos parte de una *performance*, o de una campaña publicitaria. Es lo malo de relacionarse con modelos, que cualquier momento lo convierten en un anuncio de la tele. Malditos guapos. Malditos cuerpos diez. Maldita juventud de insultante perfección.

—¡Sara! ¿Quieres parar de una santa vez? —gritó mi hermana.

Yo no le hice caso. Roberto echó a correr y se puso delante de mí. Y abrió los brazos como para no dejarme pasar. No tuve más remedio que echar el freno. Enseguida llegaron Lu y Martiño.

—¡Por fin!

Los miré. Traté de sonreír, pero solo me salió una mueca absurda.

—No quiero hablar con vosotros. Está todo bien. En serio. Me parece estupendo, solo que me ha pillado por sorpresa. Y ahora no quiero hablarlo.

—¿Sí? —preguntó esperanzado Roberto.

Mi mirada debió de ser tan elocuente que mi ex bajó la cabeza.

—A ver... Si tampoco es para tanto —volvió a repetir mi hermana.

Yo no quería saltar, de verdad que no, pero a mí no me la daba.

—¿No? ¿Y si no es para tanto por qué narices me estáis siguiendo en pelotas por la calle?

—No estamos en pelotas, estamos en paños menores —matizó el gallego.

—¿Paños menores? ¿Paños menores? ¿Eso lo has sacado de la película de Carlos V? ¿O es que a los gayumbos en Galicia se le llaman paños menores? Tan guapo como ridículo. No eres más listo porque le pongas a los gayumbos nombres absurdos.

Martiño se quedó en el sitio, impresionado por la dureza de mis palabras. Roberto miró a Lu, derrotado.

—Ya te dije que la estrategia de quitarle importancia no iba a servir.

Por fin escuchaba una frase con sentido.

—Así que habíais discutido la manera de encarar esta situación conmigo. O sea que un poquito os preocupaba. Menos mal —respondí yo.

—Pues claro que nos preocupa —admitió Roberto.

—A mí no tanto, pero porque te conozco menos —dijo con acentazo el gallego—. Pero pensé que serías como tu hermana, porque entre las hermanas, aunque no lo parezca, siempre hay un vínculo que va más allá de lo puramente sanguíneo y entronca con lo ideológico y emocional.

—Tú calla, pesado. Que contigo no va la cosa —contesté.

—Pues si no va con él, deja de maltratarlo —me exigió Lu.

—Si es que por eso prefiero irme. Para no tener que maltratar a nadie. Está todo bien, de verdad. De verdad que sí. —Miré al gallego—. Perdona, Martiño. De verdad

que está todo bien.

—Gracias. Qué enrollada —dijo el gallego, sorprendido de mi arranque generoso. El muy ingenuo se lo había creído.

—Este es tonto —respondí yo sin apenas pensarlo.

—¿Por qué me insulta? —preguntó desconcertado ante mi carácter desequilibrado.

—Martíño, porque no la conoces. Porque no está nada bien. Porque se va a quedar rumiándolo hasta el infinito como no lo aclaremos aquí y ahora.

—Pero si no hay nada que aclarar —aseguré yo—. Si está todo clarísimo. Estás liada con el gallego y con mi ex. Lo de mi ex aún no me explico cómo ha pasado. Pero está claro que ha pasado.

—¿Te acuerdas del viaje que hice a China por trabajo hace cinco meses?

—¡No quiero que me cuentes nada!

—Fuimos los dos —añadió el gallego.

—Nos trataron fatal en los desfiles. Los compañeros de pasarela, un horror. Y vivimos una primera semana de pesadilla, y un día se me ocurrió llamar a papá, que justo acababa de llegar, y vino con Roberto...

Yo me llevé las manos a las orejas. No quería escuchar más y me puse a tararear. Mi hermana me quitó las manos de la cabeza.

—No seas ridícula. Ahora me escuchas.

—¿Por qué?

—¡Porque tienes que saberlo!

—Que no.

—Que sí. Roberto nos trató de maravilla. Nos llevó a cenar, nos sacó por ahí...

—Y para agradecérselo, acabasteis en su cama. Que las cajas de bombones ya están muy vistas como regalo de agradecimiento.

—No fue así —intervino el gallego.

—Si es que no quiero saberlo, no quiero saberlo. Yo mejor me voy.

—Fue como una película de la Nouvelle Vague —continuó diciendo el gallego.

—¿Cómo una película de la Nouvelle Vague? Pero qué guantazo tienes. —No daba crédito a tanta tontería.

—Pues sí, hasta bromeamos durante la última semana con la posibilidad de venderle la idea a un guionista —añadió mi hermana.

—Como una película de la... —repetí.

—La verdad es que un poco sí —respondió Roberto—. A veces no sabes por qué las cosas se dan de cierta manera y lo mejor que puedes hacer es dejarte llevar. Por muy absurdo que parezca.

—Tan absurdo como acabar en la cama de estos dos. De mi hermana y de su novio. Precioso. ¿Y vosotros dos también... también...? —Hice un gesto con los dedos señalando a los dos que indicaba el apareamiento—. No. No me lo contéis. No quiero saberlo. Y que todo me tenga que pasar a mí. Todo. Hasta lo imposible me

tiene que pasar a mí.

—¡Que esto no tiene nada que ver contigo! —gritó mi hermana.

—¿No? ¿Y entonces qué hacéis aquí dándome explicaciones?

—Te damos explicaciones para que lo entiendas —contestó mi hermana—. Si nos escucharas, hasta tú lo ibas a entender.

—¿Hasta yo? —chillé—. Mira, ya sé lo suficiente. Y el resto me lo imagino. Una copita lleva a otra copita, ¿allí qué beben? ¿Sake? Pues un sake llevó a otro sake, o tal vez os acabasteis probando quimonos en alguna tienda, o un masajito en el barrio chino y una mano, a otra mano y... no necesito más detalles. Me hago una idea, sobre todo si tú estás involucrada. Cómo iba a acabar todo si tú estás en el medio. No sé ni de qué me sorprende.

—Lo que tú digas.

—Eso y que tenías ganas de devolvérmela.

Mi hermana abrió la boca como si acabara de decir la mayor burrada del mundo. Como si no fuera capaz de relacionar lo que yo acababa de decir con lo que había pasado.

—¿Yo? ¿De devolverte el qué?

—Lo sabes perfectamente. Devolverme que me quedé con tu novio. Y que necesitabas demostrar que tú podías hacer lo mismo, cuando te diera la gana y como te diera la gana. Aunque ya tuvieras pareja y aunque Roberto estuviera en China. Que mira que ya es difícil. ¡Que estaba en China! Pero tú lo consigues todo. Fíjate si lo consigues, que hasta eres capaz de meter al gallego en tu plan maquiavélico.

—Oye, que yo lo hice por mi propia voluntad —aseguró Martiño.

—¿De verdad te crees que esto es una especie de venganza? ¿De ajuste de cuentas?

—¿No?

—Sara, ni se me había pasado por la cabeza.

—Pues perfecto entonces —dije sin creérmelo y sin hacer el más mínimo amago de que me lo estaba creyendo—. Todo aclarado. Me voy. Que seáis muy felices y sigáis viviendo vuestra película de la *nouvelle cuisine*.

—Vague... Nouvelle Vague —puntualizó el gallego.

Comencé a caminar. Roberto quiso seguir hablando, pero mi hermana se lo impidió.

—Déjala, está imposible. Y si quiere imaginarse tonterías, que se las imagine. Es su problema.

Yo ni me di la vuelta para mirarlos. Y caminé hasta el metro.

Al meter el billete de metro en el torno para acceder a las vías, me di cuenta de que estaba gastado, de que ya no tenía más viajes, así que fui hasta la máquina expendedora para sacar otro bono de diez. Y no sé cómo se tragó mi tarjeta de crédito y no me la devolvió. Frustrada, enrabieta y fuera de mí, me lie a golpes con la máquina. No fue una palmada o dos, las que das a una máquina expendedora de

chocolatinas cuando el producto que quieres se queda enganchado. No. Me lie a golpes como una poseída. Guille ni se inmutó. Yo creo que ya se estaba acostumbrando a los arranques de su madre. De hecho, se había quedado sopa durante la caminata. La gente que estaba entrando al metro empezó a asustarse. Hasta vinieron dos guardias de seguridad.

—Señorita, ¿está bien? ¿Le ocurre algo? —Y yo venga a aporrear la máquina expendedora—. Señorita, tranquilícese.

—No me puedo tranquilizar. ¿O es que no lo ven? ¡No me puedo tranquilizar!

—Cuéntenos qué le pasa.

—¡Nada! No me pasa nada. Está todo de puta madre. No me pasa nada.

—¿Y entonces?

Los miré un segundo, pero en vez de responderles seguí dando golpes.

—¡Devuélveme mi puta tarjeta! ¡Devuélveme mi puta vida! Mierda de máquina.

No sé si fui consciente en ese momento o fue mucho más adelante. Pero ahora sé que ese día marcó el principio del fin. El día en que comenzó a desmoronarse todo mi mundo. El inicio de una cuesta abajo que me llevaría a profundidades desconocidas. Lo iba a perder todo, absolutamente todo. E iba a arrastrar a muchos en mi caída a los infiernos.

De ahí mi reacción exagerada con la máquina expendedora y con los guardias. Estos me pidieron amablemente que dejara de dar golpes. Que pensara en la máquina y sobre todo en el niño que llevaba conmigo. No les hice caso. Ellos insistieron. Yo les repetí que de allí no me movía hasta que esa maldita máquina no me devolviera la tarjeta. Y venga más golpes. Asusté hasta a dos bebés gemelos que pasaban en un carrito. Se pusieron a llorar al unísono. Y mi hijo nada, sin despertarse. Qué capacidad. Qué manera de abstraerse, y nosotros en casa como tontos yendo de puntillas para no despertarlo de sus siestas. Así que seguí dando golpes.

—Señora, por favor.

En vez de reconsiderar mi postura aporreadora, seguí a lo mío. Los guardias acabaron por sacarme a rastras hasta la calle.

Yo pataleaba y berreaba y ellos me llevaban en volandas escaleras arriba.

—Sara...

Una sorprendidísima Inma se acababa de cruzar conmigo, mientras bajaba hacia el metro.

—Inma... —Ahora no puedo hablar, que estos señores me tienen ocupada —dije, aparentando una normalidad que por supuesto no existía—. Ya luego te llamo. Tranquila.

—Pero...

—Luego hablamos. Vete, vete.

PREDICTOR

Tuve que coger tres autobuses para ir a Sanchinarro. Al llegar a casa, mi madre me notó alterada y eso que yo creía que ya se me había pasado el sofoco entre tanto autobús y tanto tiempo para relajarme.

—A ti te pasa algo.

—Nada. No te preocupes.

—¡Sara!

De la cocina salió Mario. Llevaba una cámara de vídeo pegada a su cara con la que estaba grabando. Casi me da un patatús del susto.

—¡Luanca se mete en la película! ¡Pone millón y medio!

—¿Qué me dices?

—¡Sí! ¡Sí! Con eso ya tenemos toda la financiación. Así que arrancamos. Fecha de inicio de rodaje: 3 de agosto.

Yo no reaccioné. O no reaccioné como él esperaba. A través de la cámara de vídeo con la que estaba grabando me preguntó.

—¿No te alegras? ¡Que arrancamos por fin! Que la peli es una realidad. ¡Alégrate! Que estoy grabando este momento para el *making of*.

—Eh, sí... sí... claro que me alegro.

Dejó de grabar.

—¿Estás bien? Te veo pálida. ¿Te ha impresionado que empecemos tan pronto?

—No, no, es que el metro no funcionaba y...

—Vale, ¿qué tal si lo grabo otra vez? Salgo de la cocina y te lo suelto. Y tú te alegras.

—¿De verdad?

—¿Qué? ¿No te parece buena idea? Chica, que empezamos la peli y quiero que todo el mundo esté loco de feliz e involucrado. Y que se vea.

—¿Y tienes que hacerlo conmigo? ¿No hay otros directores de equipo más importantes? O qué sé yo, hazlo con los actores.

—Como a veces estás con ellos, pensé en matar varios pájaros de un tiro. ¿Qué te parece la fecha? Que arrancamos el 3 de agosto. Ya hemos contratado a Roma. Está a *full* con la peli. Claro que con el pastizal que cobra, para no estarlo. ¿Qué te parece la fecha? —insistió.

—¿El 3 de agosto? —por fin reaccionaba—. Pero para eso solo faltan tres meses y medio, ¿no?

—Tiempo de sobra. Bueno, de sobra no, pero si apuramos máquinas llegamos.

¿No? Dime que por tu parte llegamos.

—Yo...

—Si además ya tienes la peli aquí montada —me dijo, señalando los paneles que ocupaban media sala y en los que se veían parte de los bocetos y los cambios para cada actor. Es verdad que estaban llenos de propuestas, de ideas, pero yo aún lo veía todo bastante en pañales. Cada día cambiaba de idea y quitaba y ponía o trastocaba el orden de mil trajes. Aún estaba todo muy verde, pero tampoco quería hacérselo saber a Mario para que no se agobiara o para que no pensara que era una incompetente.

—¿Qué? ¿Llegas o no?

—Sí, tendremos que verlo Roma y yo. Pero si ella ya está contratada y cree que llegamos...

—Sabía que podía contar contigo. Oye, un segundo...

Mario me metió en la cocina para que mi madre no se enterara de lo que quería contarme.

—Tu madre me ha pedido un papelito así sin frase, y a ver... si tuviera la otra cara, la de antes, no me hubiera importado, pero así, con eso que se ha hecho, como que no va a colar. Del siglo XVI no da. Ya le dices tú que no puede ser, ¿vale?

—Eh...

—Sabía que lo ibas a entender.

Mario salió a la sala y yo le seguí.

—Oye, ¿tu hermana y el gallego no están por aquí?

—No.

—Lástima. Bueno, pues ya los llamo para decirles cuándo arrancamos. Que quería comentarle unos cambios de guion. Venga, te dejo. A currar. Y que no pare la máquina —dijo, haciendo un ademán hacia los paneles llenos de fotos y bocetos—. ¿Seguro que estás bien? ¿No estarás preñada de nuevo, ni nada? Nada de disgustos a estas alturas, por Dios.

—¿Cómo voy a estar preñada? Que no, que todo está bien. Yo ahora me centro y no hago otra cosa que peli, peli y peli.

Mario salió y yo me quedé mirando un poco pasmada los bocetos de la pared y dándome cuenta de que estaba todo aún muy pillado con alfileres. Que el trabajo por hacer era titánico, que la mitad de las propuestas no servían, y que no sabía de dónde iba a sacar el tiempo y la energía para hacerlo. Y encima con la cabeza como la tenía, inundada de imágenes de Roberto y Lu y el gallego... Pero tenía que centrarme. La película era lo único importante. De repente sentí una angustia tremenda. Algo empezó a rondarme en la cabeza. Algo que había dicho Mario. Era una locura, era un sinsentido, pero y si...

Me encerré en el baño a buscar como loca un predictor. Estaba segura de que alguno quedaba. Habíamos comprado muchos en su momento y no me sonaba que los hubiera tirado. También estaba convencida de que no podía ser, no podía estar embarazada. Pero... No. Imposible. Es verdad que de la última regla había pasado

más de un mes, casi dos. Ay... Revolví todos los armarios mientras los pensamientos más funestos hacían presa de mí. La posibilidad de un embarazo era casi más terrible que Roberto con el gallego y con Lu. Vale que siempre había querido tener dos niños, vale que ya tenía sus nombres pensados, vale que los había imaginado con Roberto, pero después había ocurrido el milagro de haber tenido uno con Aarón. Y vale que no me arrepentía de ser mamá, pero desde luego tampoco había sido como lo había soñado. Cuando una fantasea con tener una familia, solo imagina los buenos momentos, solo imagina que todo sale perfecto y de anuncio, lo que una no visualiza o mejor dicho no percibe es la sensación abrumadora una vez que coges al niño entre tus brazos de que aquello es irreversible, de que aquello es para siempre. Y según van pasando los meses, y por más feliz que estés, te vas dando cuenta de la cadena que supone ese crío. Depende de ti. Eso es así. Depende de ti para todo y a ti no te queda otra que tenerlo en cuenta en cada decisión que tomes en la vida. Ya no solo decisiones vitales, sino hasta en las pequeñas cosas, no puedes salir sin más a comprar el pan sin pensar qué haces con él. Y ya no puedes pensar en marcharte a lo loco un fin de semana a donde sea, sin antes organizar todo lo referente al niño. ¿Lo llevas, será un sitio adecuado para él, o si no, con quién lo dejas?

Por eso la posibilidad de haberme quedado embarazada, y esta vez sin buscarlo, era terrible. Y más estando las cosas como estaban con Aarón, en un punto raro. Encontré un predictor y después de dudar durante un minuto o dos, decidí enfrentarme a la verdad. Mientras me bajaba los pantalones y me inclinaba en la taza del váter, recé al Dios en el que no creía, imploré al karma que tan mal me trataba, para que por una vez se apiadara de mí.

Esperé los tres minutos de rigor con el alma en vilo. Además de implorar, también hice el ejercicio de ponerme en lo peor y aun así ser positiva, es que tres minutos dan para mucho. ¿Qué iba a pasar si estaba embarazada? Seguro que había cosas peores, ¿no? Además, si ya tenía un niño, tampoco iba a cambiar tanto si tenía otro. Mi vida ya era otra, ya conocía los sinsabores y las alegrías de la maternidad, ya no me iban a pillar de nuevo. ¿No?

Tenía que saber ponerme en modo Aarón, o sea, quitarle importancia a las cosas o mejor dicho otorgarle la importancia justa. Me acuerdo del día en que me dio por confesarle mis miedos, hablarle sobre mi sensación de irreversibilidad al ser madre. Él casi se ríe de mí. Y le dio por ponerse filosófico.

—¿Irreversible? ¿Y qué más da, Sara, que sea irreversible? Si lo piensas, la vida no es más que un destello entre dos oscuridades. Venimos de la oscuridad, de la nada, y vamos hacia la nada. Nuestra vida no es más que una millonésima de segundo, un espacio de luz infinitesimal, entre la abrumadora oscuridad. ¿Y qué importa que hagamos cosas irreversibles? ¿No se trata de eso además? De vivir ese destello intensamente, haciendo lo que nos plazca, lo que nos llene, lo que nos transforme. Es como cuando me decían que no me hiciera un tatuaje, que era para siempre. ¿Para siempre? Si nuestro siempre es ridículo, nuestro siempre es la nada en el orden del

universo. Marquémonos la piel para siempre, sin miedo, tengamos hijos, hagamos cosas irreversibles, que nuestro destello sea luminoso, joder. Ya que vamos a arder, ardamos a lo grande, con todas las consecuencias.

Por algo componía canciones, supongo. Sabía cómo desarmarme con su punto de vista y su elocuencia. Además, habrá que admitir que la filosofía sirve para eso, para otorgar otra medida a nuestros problemas. Y bajo su punto de vista grandilocuente o pequeñísimo, según se mire, a mi novio no le faltaba razón. Bien mirado, dentro del vasto universo, del tiempo infinito, que yo fuera madre o no era una ridiculez. ¿Qué importan nuestros agobios minúsculos si los miramos desde otro planeta, desde otra galaxia, desde el tiempo inabarcable del universo? Vale, sí. Como idea no estaba mal, pero luego había que seguir cambiando pañales.

Por eso, por más que intentaba animarme, por más que trataba de ver el lado positivo, o el lado filosófico aaroniano, no había manera. La idea de volver a estar embarazada me aterraba. Por favor, por favor, por favor, querido destino, por favor, yo prometo ser buena, yo prometo querer y desear a Aarón por encima de todas las cosas, yo prometo ser la mejor madre del mundo para Guille, y no descarto que en un par de añitos, o tal vez menos, o tal vez más, le queramos dar y le demos un hermanito o una hermanita, o gemelos, fíjate, pero por favor, por favor, ahora mismo, ahora mismo no. Que aún tengo mucho lío en la cabeza, que aún tengo una carrera por hacer, que aún tengo un Roberto y una hermana a los que echar de mis pensamientos, y que esto no me va a ayudar, por favor...

El resultado del predictor por fin se hizo visible. Y casi me desmayo de la emoción. No estaba embarazada. Grité, grité y volví a gritar.

—¡Bien, bien, bien! Gracias, gracias, gracias...

En un impulso besé el predictor y enseguida me di cuenta de las sustancias con las que había estado en contacto, o sea, mi orina, y lo retiré lo más rápido que pude de mis labios. Qué ascazo, yo no sé cómo a algunos les gusta la lluvia dorada...

Salí del baño emocionada. Mi madre se extrañó al verme tan contenta. Sobre todo cuando me había visto tan alterada unos momentos antes.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Nada, que la vida puede ser muy perra y muy maravillosa en el mismo día, mamá.

—Si tú lo dices.

En ese momento sonó mi teléfono. Inma. Lo cogí.

—Hola, Inma.

—Cuéntamelo todo.

—¿Que te cuente el qué?

—¿Qué va a ser? ¿Por qué los guardias de seguridad te llevaban en volandas? ¿O es que te pasa todos los días y tienes un historial punki que a mí me habías ocultado?

—Ah, eso. No fue nada.

—¿Cómo que no? A mí no me despachas con un no fue nada.

—De verdad que en otro momento te lo cuento, con un café por delante. Pero ahora por teléfono no. Ay, Inma, ¡que no estoy embarazada!

—¿Eh? ¿Y por eso te arrastraban los guardias?

—Que no, que no, que eso fue otra cosa. Te dejo.

Y colgué. Mi madre me había escuchado.

—¿Cómo que no estás embarazada? ¿Había una posibilidad de que lo estuvieras? Tú estás muy mal. ¿Pero no te llega con uno? ¿Pero no estáis tomando medidas? Que el músico se haga la vasectomía ya.

Llamaron al timbre. Era un mensajero. Un paquete para mi madre. Cuando se lo iba a dar, me di cuenta de que había desaparecido del salón. Qué velocidad. Se había metido en la cocina. Se lo llevé hasta allí. No pesaba mucho. Estaba intrigada.

—¿Qué es?

—Eh, nada, nada, cosas mías.

Y subió a la habitación sin darme más explicaciones. Qué rara estaba mi madre. Cogí a Guille en mis brazos. Y me alegré tanto de que fuera por ahora hijo único que lo tuve que compartir con él.

—Ay, Guille, qué bien, por ahora sigues siendo el único rey de esta casa. ¿No te alegras? Yo mucho. Que tu mamá ya tiene bastante con lo que tiene. Así solo estarás tú y el trabajo. Y tu papá, claro. ¿No te alegras?

Yo me alegraba tanto que casi se me había olvidado la faena que me había hecho mi hermana. Mejor. Eso es que tampoco me importaba tanto. Y menos que me iba a importar. Yo ahora solo me iba a dedicar a trabajar para sacar adelante la película y llegar a la fecha, para llegar con todo hecho al 3 de agosto. Trabajar y trabajar. Bueno, trabajar y dedicarle tiempo a Aarón. Que tenía que hacer las paces con él. Trabajar, trabajar, y centrarme en Aarón. Y en mi hijo. Aarón y mi hijo.

Bueno, y en echar a mi madre de casa de una vez. Que se arreglara con mi padre, que me dejara en paz y que se fuera con él. Trabajo, trabajo, Aarón, mi hijo y arreglar a mi padre y a mi madre...

Sonó el teléfono. Era Roberto. Lo ignoré. Y eso pensaba hacer durante mucho tiempo. Ignorarlo. Yo me tenía que centrar en el trabajo, en la película, en Aarón, en mi hijo y en mis padres. Nada más.

EL ARMISTICIO

Estaba en el parque infantil que había a unos metros de mi piso, balanceando a Guille en su columpio favorito, rodeada de madres que disimulaban su aburrimiento jaleando las piruetas de sus hijos o charlando entre ellas sin hacerle demasiado caso a su proge. ¿Cómo podía ser que los momentos del día más felices de nuestros hijos fueran los más aburridos para nosotros, los padres? En cualquier caso, yo sentía eso. Pero no me atrevía a comentarlo con ninguna otra mamá. Ni tenía confianza para hacerlo ni quería que me tomaran por una mala madre. Que ya bastante complejo y remordimiento tenía yo al respecto, como para sentir las miradas acusadoras de las otras. Qué poco se habla de la parte aburrida de criar a un niño, esas horas infinitas en los parques, esa repetición sistemática de todas las pautas, de todas las palabras, de todos los comportamientos para convertirlos en hombrecitos y mujercitas que, hayas hecho lo que hayas hecho, pillarán su primer colocón a los trece años. Ya da igual todo lo que te esfuerces educándolos, que a los trece, con suerte a los quince o dieciséis, vomitona y vitamina B12. Vale, me estaba adelantando unos añitos, torturándome antes de tiempo. En esas estaba, cuando noté cierto revuelo a mi alrededor. Cuchicheos, miradas, algunas madres sacando el móvil...

—¡Guille! ¿Cómo está mi campeón?

Era Aarón. Más guapo que de costumbre. Le había dado el sol caribeño y llevaba un collar de cuero al cuello con la camisa desabotonada que dejaba ver parte de sus pectorales. Dios, y que aquello fuera mi novio, y que yo llevara una temporada sin ganas de él, era para colgarme. Pero le iba a poner remedio enseguida. Si él me dejaba hacerlo, claro. Porque esa era otra, después de lo imbécil que había estado con él, era capaz de mandarme a la mierda definitivamente.

—Aarón, ¿cuándo has llegado? ¿Qué haces aquí?

Como no me esperaba encontrarlo ahí, me quedé sin saber si besarle en los labios, abrazarle o simplemente saludarlo. No sabía bien cómo estaban las cosas entre nosotros.

—¡Cómo pesas! ¿No me digas que has crecido? —le preguntó, cogiéndolo en brazos.

Me asombraba que Aarón pudiera sacarlo del columpio sin problemas y que Guille no se pusiera a llorar. Yo tenía que hacer verdaderas virguerías para convencerlo y que no me montara un drama. Guille le sonrió tan pronto Aarón le empezó a hacer monerías. Estaba claro que los dos pasaban de mí. Así que insistí.

—¿Cuándo has llegado?

—Acabo de dejar la maleta ahora mismo en casa. Y he flipado un poco. Oye, ¿no crees que deberías consultarme estas cosas?

—¿Qué cosas?

—Que hayas contratado a una señora de la limpieza tan... integrista.

—¿De qué hablas?

—A ver, que a mí no me parece mal que tenga sus creencias, y que si tiene que parar a ciertas horas para rezar a Alá pues estupendo, pero...

—Yo no he contratado a nadie.

—... lo del burka dentro de casa me parece excesivo.

—¿Burka? ¿Burka? ¿Pero qué dices? —Y ahí caí, o intuí lo que había pasado—. La madre que la parió. Está loca. ¿De verdad que llevaba un burka? ¿No te lo estás inventando?

—No.

—Está de siquiatra. ¿Pero de dónde coño lo habrá sacado? Vamos.

Eché a andar a toda prisa y Aarón tuvo que hacer esfuerzos, con el niño en brazos, para seguir mi paso. Y por más que me preguntaba qué pasaba, yo no soltaba palabra.

Entré en casa echa una furia, odiaba que mi madre me estuviera fastidiando mi reconciliación o mi reencuentro con Aarón. Ya bastante difícil lo tenía como para que ella me boicoteara con sus locuras. Porque una cosa era dejarla vivir allí unos días y otra muy distinta que se le fuera la pinza de esa manera. Allí estaba y, efectivamente, fregaba los platos con un burka en la cabeza.

—¡Mamá! Pero tú estás fatal. ¿De dónde has sacado eso?

—¿Es tu madre? —preguntó Aarón incrédulo—. ¿Se ha liado con un talibán y por eso ahora lleva un burka?

Mi madre no dijo ni palabra.

—¡Mamá! ¿Me quieres contestar? ¿De dónde lo has sacado?

Por fin habló.

—Hija, de internet, de dónde va a ser.

—¿Y a santo de qué?

—Tendré que salir de casa en algún momento, pues para sacarte al niño, o para hacer la compra o para que me dé el aire. Y como no quería que nadie me viera por ahora...

—Decidiste cubrirte la cabeza con lo primero que se te ocurrió.

—No fue lo primero. Está muy pero que muy pensado. Mejor un burka que una máscara de carnaval, ¿no? O que una bolsa en la cabeza.

—Haz el favor de quitártelo. Que casi matas de un susto a Aarón.

—No. Mejor me lo dejo puesto, que así me voy acostumbrando. Y así ya nadie me juzga ni dentro de esta casa. Cuando te acostumbras, hasta tiene su punto. No son nada tontas las que lo llevan.

—Mamá, quitatelo. O llamo ahora mismo a papá y le digo dónde estás. Y lo

trastornada que te ha dejado la cirugía.

Mi madre, ante mi amenaza, dudó pero acabó dando su brazo a torcer.

—Chantajista. Está bien, acepto. Pero que tu novio cierre los ojos.

—¿Qué pasa? —quiso saber Aarón preocupado.

Mi madre se dio la vuelta, dándonos la espalda, y se quitó lentamente el burka.

—¿Qué tal, Aarón, qué tal el último concierto? —preguntó como si nada y sin moverse de posición, o sea, de espaldas a nosotros.

—Mamá, por favor...

—¿Qué?

—¡Que te des la vuelta!

Por fin me hizo caso y giró lentamente. Saludó a Aarón con un hola.

—¿Qué pasa? —preguntó Aarón sin entender nada.

—Su cara... que está... algo cambiada —le traté de explicar.

—Ah... Eso. ¿Por eso te cubrías? Si yo te veo estupenda.

—¿Sí? —exclamó mi madre esperanzada.

—Sí, en cuatro meses se te baja la hinchazón. Ya verás. Yo estoy muy a favor de que la gente haga con su cuerpo y con su cara lo que quiera. ¿Tú has visto mis tatuajes?

A mi madre le cambió el gesto, bueno, o eso creí intuir, volvió a ponerse el burka y subió por las escaleras para desaparecer de allí.

—¿Y por eso se cubría la cara?

—Está llevando un poco mal su operación de cirugía —la justifiqué—. Y tampoco quiere que mi padre la vea, por eso me ha pedido asilo aquí.

—Cómo os gusta tomaros las cosas a la tremenda en vuestra familia.

—Así ya sabes a quién salgo. Yo no me he puesto un burka, pero creo que reaccioné de manera igual de exagerada contigo antes de que te fueras. Lo siento. Lo siento mucho, de verdad.

Aarón me miró sin decir nada.

—Te he echado tanto de menos —continué—. Pero tanto. Ni te lo imaginas. Estaba deseando que llegaras, claro que lo último que quería es que te encontraras con la loca de mi madre así. Soy una cretina. No sé ni cómo me aguantas. Pero te prometo que me voy a comer todas mis inseguridades y mis tonterías. De verdad.

Aarón seguía sin contestar a nada. Apenas reaccionaba. Me lo iba a poner difícil. Bueno, estaba en su derecho, supongo, después de todo lo que me había aguantado. Después de mis cambios de humor, de mis cabreos, de mis dudas, de mi actitud pasivo-agresiva llevada hasta el paroxismo.

—Aarón, he pensado mucho en ti, en nosotros. ¿Sabes el accidente de avión que hubo hace unos días?

—Sí.

—Pues me dio por pensar que podías haber ido tú ahí dentro.

—¿Pero no se estrelló en Turquía? Yo vengo del Caribe.

—Ya, ya, pero igual que se estrelló el de Turquía le podía haber pasado al tuyo. ¿O no? Accidentes pasan todos los días. E imaginé que te morías, bueno se morían todos los pasajeros, claro. Y yo tenía que ir a reconocer tu cadáver, y luego el entierro y luego toda la vida sin ti. Y que tendría que criar a Guille sola, que crecería sin su padre. El mejor padre del mundo y...

Me estaba metiendo tanto en el papel que casi no me salían las palabras y las lágrimas empezaban a brotarme.

—Pero si estoy aquí, tonta.

—Ya, ya. Llámame otra vez tonta.

—¿Por qué?

—Porque cuando me lo llamas así, de esa manera, es que me derrito. Llámame otra vez.

—Pero...

—Llámame.

—Tonta. Que eres muy tonta.

—Bueno, no lo has dicho tan cariñoso, pero vale.

—Así que te imaginabas que moría —dijo de buen humor—. No sé yo cómo tomármelo.

No le faltaba razón. Sobre todo porque no le estaba contando la verdad. O no toda la verdad. Vale que me había imaginado su muerte en un accidente aéreo. Vale que había imaginado que iba a reconocer el cadáver y el entierro y que me quedaba sola. Pero también había imaginado que ante mi soledad, todos se apiadaban de mí, incluso Roberto, que al verme así, tan sola, tan frágil, tan perdida, venía a visitarme, día sí y día también, y poco a poco, volvía a surgir algo entre nosotros y él acababa dejando a Lu, que tenía a su Martiño Marsupilami, y me pedía que volviéramos a intentarlo y yo le decía que no, que no podía ser, que yo estaba viuda de Aarón, y que jamás podría traicionar su memoria. Roberto lo entendía, pero aun así seguía viniendo a verme, y, poco a poco, la intimidad cada vez era mayor, hasta que un día ocurría lo inevitable. Y todos, todos lo entendían. Hasta Aarón desde el más allá nos daba su bendición.

Sí, todo eso había imaginado. Pero, por supuesto, no se lo iba a contar. Por no contarle ni quería decirle que Roberto y Lu se habían liado.

—¿Qué te pasa, te has quedado muy callada?

—No, nada. ¿Estamos bien entonces?

—Yo nunca he estado mal.

—Hombre, te fuiste un poco enfadado.

—Creo que tú tuviste un poquito que ver.

—Ya, por eso te pido perdón. Si me perdonas, te juro que no te voy a montar ningún número como aquel. Te lo juro. Yo quiero estar contigo. —Lo dije queriéndolo decir. E insistí—: Yo quiero estar contigo.

Porque quería dejarle claro, a él, y sobre todo a mí, que apostaba por él, que a

pesar de mis fantasías mortuorias, mis delirios de una vida paralela en la que él se moría y todo el universo conjuraba para que acabara en los brazos de Roberto, no era más que eso, una fantasía absurda. Un dejarse llevar. Una tontería que no tenía la más mínima importancia. Aarón era el hombre de mi vida, mi amor de adolescencia, mi gran amor presente, el padre de mi hijo, el chico más guapo sobre la faz de Sanchinarro y alrededores, el cantante de éxito que me componía canciones de amor y que, además, quería estar conmigo. Y vale que yo estaba en una fase rara, complicada, que la maternidad me tenía algo ofuscada y que tenía que hacer unos pequeños ajustes, pero eso era todo. Yo quería estar con él, yo era la mujer más afortunada del mundo. Y por eso lo había matado en mi fantasía, para darme cuenta de lo que lo quería, de lo que lo necesitaba. Que luego se hubiera colado Roberto era algo coyuntural, era por culpa de habérmelo encontrado allí en la cama con... los dos. Pero nada más. Roberto no estaba en mi vida, Aarón sí. Y ahí quería que siguiera.

—Y yo quiero estar contigo, tonta.

—¿De verdad?

—Qué cosas tienes, pues claro.

Y me besó. En ese momento sonó mi móvil de la manera más inoportuna. No le hice caso. Seguí besando a Aarón. El teléfono volvió a sonar.

—Cógelo, no vaya a ser algo importante.

Miré el móvil.

—Es mi padre. Seguro que para preguntar si ya sé dónde está mi madre. El pobre está preocupado.

—¿No sabe que está aquí?

—Ella no quiere que la vea hasta que su cara esté en su sitio.

—Pues va para largo.

—Ya. ¿Sabes qué? Que voy a acabar con esto ya. —Cogí el móvil—. Papá, oye, que ya sé dónde está mamá. Está conmigo.

—¿Contigo? —me preguntó con incredulidad—. ¿Pero desde cuándo está contigo? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Eso da igual. Si quieres, ven a verla.

—La llamo ahora mismo.

—No, mejor ven y dile que eres el del contador del gas y cuando abra la puerta y veas a una señora con un burka no te asustes: es ella.

—Pero, Sara, ¿de qué me estás hablando?

—Tú ven y deja que ella te cuente. Y papá...

—¿Qué?

—Trata de entenderla.

—Yo siempre trato de entender a tu madre.

—Es que esta vez lo necesita más que nunca. Y piensa que lo ha hecho por ti. Equivocadamente, pero lo ha hecho por ti.

—¿Qué ha hecho? Me estás preocupando mucho, Sara.

—Todo va bien. Te dejo, papá. Adiós.

Colgué. Miré a Aarón.

—Tenía que habérselo dicho el primer día. ¿Dejo al niño con mi madre y nos damos un homenaje?

—¿Te acuerdas de aquel hotel al que me querías llevar?

—Sí.

—Pues mira si hay habitación. Que nos vamos ahora mismo —dije—. Yo lo pago.

—Pero nos podemos quedar aquí.

—No, que con mi madre aquí, no me apetece. Y menos sabiendo que va a venir mi padre y seguro que nos acaban envolviendo en su sicodrama. Paso.

Con mi madre allí no iba a poder entrar en situación. Ni con ella, ni con mi padre, ni con Guille cerca, ni sus juguetes, ni los pañales, ni... O tal vez sí, tal vez ya había superado esa fase absurda y ya era capaz de follar con el padre de mi hijo y ya no me importaba que se comportara como un padrazo y que incluso me ponía. Pero, por si las moscas, mejor tenernos a nosotros solos, lejos de allí, de los pañales y de Sanchinarro, y así entregarnos a la pasión, a la lujuria, y echar un polvo épico. Uno o cuatro, los que fueran. Y que ese polvo nos atara bien, nos anclara bien en la tierra y en nuestra relación. Un polvo épico que no dejara dudas de que Aarón era el hombre de mi vida y yo la mujer más afortunada.

Pero en la habitación del hotel de cinco estrellas, ese que estaba en una de las cuatro torres, de los cuatro rascacielos de Madrid, a pesar de las vistas magníficas de toda la ciudad y de la sierra, a pesar del lujo, del *jacuzzi* con burbujas, a pesar de las sábanas de raso, de la moqueta mullida e increíble del suelo, a pesar de estar solos, de tenernos el uno para el otro en esa burbujita obscena de abundancia, como de cuento de princesas, las cosas no fueron tan bien como me hubiera gustado. Y esta vez yo no tuve la culpa. Vamos, que yo me lancé, salté sin paracaídas, sin red, yo estaba dispuesta a todo, a entregarme salvajemente a sus brazos. A recrear si hacía falta cualquier escena de *Las edades de Lulú*, nuestra versión patria y mil veces mejor y adelantada al tiempo que las *Cincuenta sombras de Grey*. Todo con tal de que Aarón supiera que yo estaba ahí para él, que mi deseo había vuelto o que, como mínimo, iba a hacer lo que estuviera en mi mano para que volviera, y que estaba ahí para él, que era suya y solo suya.

—No sé, Sara, debe de ser cosa del *jet lag*.

—Tranquilo, si no hay prisa. Nos tomamos una copa de champán o unas cervezas... —dije, abriendo la puerta del minibar y quedándome helada al ver los precios—. Doce euros por una lata de cerveza. Bueno, un día es un día.

—¿Pero vuelves a beber?

—Es que ya no le voy a dar teta al niño. ¿Te parece bien?

—Eh, sí, claro. Vamos, no sé, es más cosa tuya, ¿no? Y si Guille ya no la pide.

—Menos, la pide menos —contesté, sin estar del todo convencida—. ¿Una

cervecita entonces? Ya verás como nos relajamos.

—Venga.

Nos bebimos la cerveza, intentando que no se notara demasiado el momento incómodo que estábamos viviendo. Era la primera vez en nuestra historia en la que Aarón no estaba a la altura. Vamos, que no se le levantaba.

—¿Qué tal?

Pregunta absurda que nunca se le debe hacer a tu pareja después de un gatillazo, por mucho que estés en un hotel de cinco estrellas y con una cerveza de doce euros en la mano.

—¿Mejor? —insistí.

—Sí. ¿Nos bebemos otra?

—¿Otra de doce euros?

—Pago yo.

—Si no es por eso. Que tampoco quiero abusar con el alcohol, prefiero ir poco a poco —dije, obviando las que me había tomado con Roberto unas noches atrás.

—Bueno, pues al lío entonces —sentenció él.

—¿Al lío?

—Era una manera de hablar.

—Aarón, que tampoco tenemos por qué hacer nada. Si estamos aquí muy a gusto los dos. Solos, sin niño, sin mi madre, sin pensar en el trabajo. Disfrutemos de nosotros. ¿Te parece bien?

—Claro.

—A mí ya estar aquí tirados sin pensar me parece un lujo.

—Sí...

Nos tumbamos en la cama. Sonreímos incómodos. Hicimos un par de bromas. Sin mucho éxito. Nos estábamos esforzando demasiado en aparentar normalidad y el elefante rosa que había en la habitación era demasiado grande y demasiado rosa como para disimular su presencia. Obviar su gatillazo nos estaba costando mucho esfuerzo. Y a mí me pasaba que además de tratar de animarlo, tenía que conseguir controlar mi mente, que ya estaba disparada. ¿Por qué no se le levanta? ¿Ya no siente nada por mí? ¿Le he decepcionado tanto que me odia? ¿Tanto marearle ha causado este efecto? ¿O es porque me ha visto a plena luz del día, con mis kilitos de más, mis estrías, mis tetas y ya no hay manera de que me desee?

—¿Y qué tal el concierto? —pregunté, más que nada por acallar mi mente.

—Guay. La gente entregada. El público de América se entrega como ninguno.

—Un día me tienes que llevar.

—Estás más que invitada. Eres tú la que no quieres venir.

—El trabajo...

—Ya.

Silencio. ¿Qué nos estaba pasando? Nos comportábamos como dos extraños. No parecíamos nosotros. ¿Qué mierda de conversación era esta?

—¿Guille estará bien con tu madre?

—Claro. Nos crio a mi hermana y a mí. Sabe lo que se hace.

—También es verdad.

—A pesar del burka —bromeé.

Pero no se rio. Silencio.

—Se me hace raro estar sin Guille —confesó.

—¿Sí? —pregunté.

—No sabes cómo lo echo de menos cuando estoy fuera.

¿Y a mí? ¿A mí no me echas de menos?

—A mí me gusta echarlo de menos —le dije.

—¿Y eso?

—Estoy todo el día pegada a él.

—Si quieres podría llevármelo alguna vez de gira, pero aún es muy pequeño, ¿no?

—¿Llevártelo? ¿Pero cómo te lo vas a llevar? No, no... ¿Por qué ibas a querer llevártelo?

—No sé.

—¿Pero en plan custodia compartida o cómo?

—¿Qué dices de custodia compartida?

—No sé. Ha sonado a eso. A que ya tenías pensado dejarme y querías probar a ver qué tal con el niño de gira.

Aarón se incorporó en la cama.

—¿De verdad ha sonado a eso? ¿Cómo puedes sacar semejante conclusión de lo que he dicho?

—Perdona, me he dejado llevar, pero es que después de este simulacro de polvo y que digas eso.

—¿Simulacro? Te he dicho que estaba cansado, que es culpa del *jet lag*.

—Ya, ya...

—¿No me crees?

—Sí, no sé. Ya sabes que estoy un poco insegura de mí misma desde el embarazo.

—Ya, Sara, pero no me parece del todo justo. Yo he estado a tu lado sin cuestionarme por qué me rehuías durante meses, y tú, a la primera ocasión en la que no estoy a la altura, ya te imaginas divorciándonos.

—No he querido decir eso. Perdona.

—Pero lo has dicho.

—Si lo he dicho, lo retiro. Estoy siendo muy injusta, es verdad. Tú dime solo si está todo bien entre nosotros.

—Yo quiero que esté todo bien. ¿Tú?

—Claro —contesté.

—Pues ya está.

—O sea que los dos queremos, pero no está todo bien.

—¡Sara! —protestó.

—¿Qué? Es solo para saber el terreno que pisamos.

Aarón se levantó de la cama y se puso a vestirse.

—Es mejor que nos vayamos a por Guille.

—No, hablemos.

—Estoy cansado del viaje, Sara, de verdad. A veces no hace falta hablarlo todo. O no en todo momento. Vamos a estar bien. Lo vamos a superar.

Me quedé helada. Lo vamos a superar. Eso acababa de decir.

—¿Ha pasado algo en el Caribe?

—¿A qué te refieres?

—No sé, ¿alguna fan? ¿Algo que quieras contarme?

—¿De verdad me lo estás preguntando en serio?

—No, no... O sí, bueno, los músicos sois como sois y estáis mucho tiempo fuera y... vamos, que estoy en el mundo, que podría entenderlo, no digo que me gustara, claro, pero podría entenderlo. Y mejor que no pase ni que haya pasado, claro. Pero si ha pasado y quieres contármelo... Puedes contarme lo que sea. De verdad. Lo que sea.

Aarón me miró con una seriedad que me dejó paralizada en el sitio.

—Sara, no me he empalmado porque has estado un pelín sobreactuada, ¿vale?

—¿Sobreactuada? ¿Yo? ¿Sobreactuada?

—Sí, esa manera de desnudarte, de gemir, como si estuvieras en una película porno. Que no parecías tú.

—Era para ponerme en situación, no sé, ya que estábamos aquí en el hotel, pero habérmelo dicho y...

—Te lo dije, pero ni caso.

—¿Me lo dijiste?

—Sí, que no había cámaras, que no tenías que actuar para nadie.

—Ah, no te entendí.

—Eso parece.

—¿O sea que no era culpa del *jet lag*?

—También. Y no quería herir tus sentimientos.

Tarde. Ya los había herido. Reflexioné sobre lo que me acababa de decir. No me parecía justo. Para nada. Vale, a lo mejor yo no daba la talla como actriz porno, pero nadie se me había quejado al respecto. A ver qué había de malo en jugar un poquito. Claro que a lo mejor había detectado que mi impostura poco tenía que ver con el juego y mucho con ocultar mi miedo a no sentir lo que debería sentir o no estar todo lo excitada que debería. Pero en vez de sincerarme atacué.

—O sea que es culpa mía. No te has excitado por mi exceso de pasión. La próxima vez me hago la muerta.

—La próxima vez con que pruebes a ser tú, la de siempre, me vale —soltó como un latigazo.

El tío sabía cómo acabar una discusión. Y me conocía, caramba si me conocía. Estuve a punto de contestarle y decirle que ya no era la de siempre, que ahora era madre, y él tampoco era el de siempre, pero para qué, no iba a servir de mucho, solo para estropearlo más. A veces una huida a tiempo, o un callarse a tiempo, es una victoria. Así que me callé.

Aarón acabó de vestirse. Yo salí de la cama y recogí las prendas de ropa tiradas por el suelo. Mi conjunto más sexy, un poco dado de sí. Me puse el sujetador, que apenas contenía mis tetas.

—¿Lo tienes todo? —preguntó.

—Qué pena desperdiciar la habitación.

—Te puedes quedar.

—¿Yo sola? No, no.

Salimos de allí. El polvo épico que iba a arreglarlo todo se había quedado en intento fallido que había puesto en evidencia el momento raro que estábamos viviendo. Un desastre absoluto, vamos.

Mierda.

En el ascensor Aarón se dio cuenta de mi cara de funeral. Y decidió cambiar de actitud. Sonrió cariñoso.

—Sara...

—¿Qué?

Me pasó el brazo por el hombro.

—Que no es para tanto, tonta. Va a estar todo bien, ¿ok?

Ya se le había pasado su enfado, y me di cuenta de que los reproches que me había lanzado ya eran agua pasada o que para él no tenían la importancia que yo le daba. Él era así, elocuente pero relajado. Impulsivo, de no dejarse nada dentro, pero una vez que se vaciaba se quedaba nuevo. Y aunque yo le sacara de quicio, era una experta en eso, enseguida se le pasaba. Por eso lo nuestro tenía que funcionar, nos complementábamos. Éramos el yin y el yang. La que se agobiaba, la que le daba vueltas a todo y el que se dejaba llevar. La que se ahogaba en un vaso de agua y el que nadaba sin cansarse lo que hiciera falta. Si se cansaba, pues descansaba, si se peleaba conmigo, pues lo arreglaba. Así de sencillo. Al menos para él.

—¿Sí? ¿Está todo bien? —pregunté esperanzada.

—Pues claro. Somos nosotros.

—Ya... —dije, sin estar del todo, o nada, convencida.

—Solo hay que agarrarse bien.

Le miré sin entender. ¿De qué hablaba?

—Ante los baches, solo hay que agarrarse bien, para no soltarse, para que no nos separen, y listo.

Vale, la frase era un poco cutre. La frase era como una de sus canciones. Pero reconozco que me gustó. Lo abracé con fuerza y me dejé embriagar por su olor. Qué pequeña era a su lado y qué protegida me podía llegar a sentir.

—¿Así de fuerte?

—Más.

Sonreí. Y me di cuenta de lo afortunada que era teniéndolo. Me quería, me aguantaba, le quitaba importancia a mis paranoias, y sí, vale, que fuera tan perfecto y yo tan insegura, que fuera tan padrazo y yo tan inútil, que fuera tan cariñoso y yo tan arisca, que no dudara de nada y yo de todo a veces me desesperaba. Pero si esos eran nuestros problemas, benditos problemas. Todo iba a salir bien. Todo. Porque ante los baches nos íbamos a agarrar muy fuerte. Y porque yo tenía que ser muy obtusa, para cagarla con este pedazo de hombre que la vida me había regalado.

UN BURKA POR AMOR Y UNOS BOMBACHOS

Llegamos a casa y nos encontramos a mi padre en la puerta del piso llamando al timbre de manera histérica.

—Papá, ¿qué pasa?

—Tu madre, está ahí dentro y no quiere dejarme entrar. Me abrió abajo porque hice lo que me dijiste y le dije que traía un paquete. Pero ahora me ha visto por la mirilla y se niega. —Aporreó la puerta de nuevo. Se iba a hacer sangre—. ¡Sé que estás ahí, Berta! ¡Abre!

En ese momento salió una vecina del piso de al lado.

—Ya está bien de jaleo. Menuda matraca. Si no le quiere abrir, se aguanta.

—¡Es mi esposa!

—¿Y? Algo le habrá hecho. Maltratador.

—¿Yo? ¿Yo? ¿Pero esa mujer qué dice?

—Déjalo, papá. —Miré a la vecina—. Ya abro yo, perdone la molestia —dije, sacando las llaves.

Con cara de pocos amigos la vecina entró en su piso y dio un portazo. Yo abrí la puerta, pero cuando quise entrar nos dimos cuenta de que mi madre había puesto la cadena para impedir la entrada.

—¡Mamá, ¿quieres quitar la cadena?!

Nadie contestó.

—Mamá, por favor. ¡Abre ahora mismo!

Nada.

—Mamá, que estoy oyendo al niño llorar.

—¿Está llorando? —preguntó preocupado Aarón.

Yo negué.

—Es para ver si así se ablanda.

—¡Berta, mi hijo está ahí dentro! Nos estamos preocupando. ¿Te ha pasado algo? ¿Tenemos que llamar a la policía o a los bomberos? —preguntó Aarón. Y cogió el móvil—. Te estoy llamando por si acaso no te pudieras mover.

—Se puede mover perfectamente —asegué yo.

Por supuesto, no le cogió el teléfono a Aarón.

—¡Berta, deja de hacer el tonto! —gritó mi padre—. Que esto es serio.

—Si nos estás escuchando y puedes abrir, hazlo, Berta. Mi hijo está contigo...

—¡Eso se puede considerar un secuestro! —gritó mi padre.

—Qué secuestro ni qué secuestro —vociferó por fin mi madre desde dentro de

casa—. ¿Cómo voy a secuestrar a mi nieto? ¿Y en casa de mi hija? ¿Y para qué iba a secuestrarlo?

—Mamá, por fin. Abre.

—No, hasta que no se vaya tu padre. Traidora, que eres una traidora. ¿Por qué le dijiste que estaba aquí? Mala hija.

—Mamá, porque ya está bien de tonterías. Y porque me tienes preocupada.

—No sé por qué.

—¿Que no sabes por qué? Mamá, por favor, que llevas rehuyendo hablar con papá demasiado ya y necesitabas un empujoncito.

—¿Me meto yo en tu vida? ¿Te doy yo empujoncitos? ¿Le cuento yo a tu novio lo que pasó aquí la otra noche, eh? ¿Se lo cuento? No, porque yo soy fiel a mi hija. Aunque no te lo merezcas.

—¿Qué pasó la otra noche? —preguntó Aarón.

—Nada, delira. Está tratando de desviar la atención.

—¿Que deliro? Sara, no me tires de la lengua, no me tires de la lengua.

Cabreada y para que se callara, empujé la puerta con todo el peso de mi cuerpo.

—Mamá, ¡abre! Papá, llama a la policía. Llámala.

Seguí empujando la puerta con todo mi cuerpo y esta vez cogiendo carrerilla. Ahora sí que el niño empezó a llorar.

—¡Está llorando, mamá! Por lo que más quieras, abre la maldita puerta.

Volví a coger carrerilla desde más distancia y con la mala suerte de que mi madre abrió en ese momento la puerta y yo salí disparada hacia dentro, chocando con el sofá y cayéndome al suelo de manera estrepitosa. Menudo golpe.

—¿Estás bien? —preguntó Aarón, corriendo a mi lado.

—¡Sara! —gritó mi padre.

—¡Hija! —se lamentó mi madre.

Desde el suelo miré hacia arriba y vi un bulto negro que me hablaba. Era mi madre, con el burka y... ¿qué era eso que colgaba del burka?, ¿plumas rosas?

—¡Mamá, quítate eso de la cabeza!

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Mi padre en ese momento se dio cuenta de que mi madre llevaba un burka. Y dio un respingo.

—¡Berta! ¿Por qué llevas eso en la cabeza? Ay, que te has hecho de una secta...

—¿Por qué le has cosido plumas? —pregunté.

—Porque era un poco fúnebre. Y vi las plumas que tenías por ahí y decidí darle algo de color.

Guille volvió a llorar. Estaba en el parquecito que habíamos instalado en la sala y fui a por él, sin dejar de escuchar la conversación.

—Ay, que se ha hecho de una secta... —repetía mi padre.

—¿Una secta? ¿Tú crees que el islam es una secta? ¡Ignorante!

—¿Islam? Ay, que se ha hecho musulmana. Me voy a China y se hace musulmana

radical.

—Que no digas tonterías, Arturo. ¿Cómo me voy a hacer musulmana radical? ¿Tú me ves a mí rezando a Alá? ¿Tú ves a una musulmana radical *customizando* de plumas rosas el burka?

—¿Y entonces? ¿Por qué llevas eso puesto? ¿Y por qué no me quieres ver? ¿Por qué me huyes? ¿Por qué tenías secuestrado al niño?

—¡Que yo no he secuestrado a nadie! Estáis sacando las cosas de quicio.

Me acerqué con el niño en brazos. Ya había dejado de llorar.

—Mamá, cuéntaselo de una vez.

—No. ¡Que se vaya!

—¿Pero cómo se va a ir así? ¿Tú crees que se va a poder ir sin que le digas por qué llevas eso en la cabeza?

—Soy una mujer libre con todo el derecho del mundo a llevar lo que me dé la gana.

—El burka como símbolo de libertad, tócate las narices —dijo Aarón—. Tu madre es muy grande.

—Gracias —replicó ella toda seria.

Yo ya no aguanté más y lo solté:

—Papá, mamá se ha operado.

Mi padre nos miró sin entender.

—¿Se ha operado? ¿Qué se ha operado? ¿Estás enferma?

—¡No! Estoy perfectamente. Sana como una rosa. —Me miró, o al menos giró la cabeza tapada hacia mí—. Y tú calla.

—La cara, se ha operado la cara —expliqué, ignorando la orden de mi madre—. Una cirugía estética.

—¡Berta! ¿Era eso? ¿Y...? ¿Por qué lo has hecho?

—Por ti, por qué lo va a hacer. Porque se sentía insegura. Lo de ser abuela le ha sentado fatal.

—Lo he hecho por mí. Solo por mí y para mí. ¡Para nadie más!

—Ya... —dije yo sin creerla.

—¿Y tan mal ha quedado que no te quieres mostrar? —preguntó mi padre.

—Está guapísima —aseguró Aarón.

—Gracias —volvió a repetir mi madre—. Menos mal que hay alguien con buen gusto y sensible en esta casa.

—¿Y si estás guapa por qué llevas eso puesto? —quiso saber mi padre completamente perdido.

—¡Porque me da la gana! Tanta pregunta, tanta pregunta. Tenía que haberme ido a casa de Ismael. Él no me habría montado este juicio sumarísimo.

—¿A casa de Ismael? Pero...

—Tranquilo, que tampoco querría que la viera así —dije yo.

—¿Pero tan mal está? —insistió mi padre, cada vez más horrorizado.

—Que no. Que se siente un poco incómoda —expliqué yo—. Es que aún le tiene que bajar la hinchazón para que todo vuelva a su sitio.

—¿Te ha preguntado a ti? ¿Eh? Lo que te gusta largar por esa boca. ¿Largo yo? ¿Eh? ¿Eh? ¿Cuento yo todo lo que he visto en este dúplex inhóspito y alejado del mundo?

—Mamá, por favor, no delires.

—¿Pero qué ha visto?

Aarón empezaba a mosquearse.

—¡Nada! ¿Qué va a ver? ¿A que no has visto nada, mamá?

—Yo mejor me voy, no vaya a ser que no aguante la presión del interrogatorio y acabe largando —dijo ella, impostando una dignidad regia—. Porque yo sé cuándo estar callada. No como otras. Y si no sé, me voy. El niño ya ha cenado. Aunque le costó tragar del biberón, como has decidido quitarle la teta de golpe —me recriminó con toda la maldad de la que fue capaz.

—Pero serás...

Y con el burka puesto, con las plumas rosas colgando a modo de flecos, salió del piso. Nos quedamos paralizados al verla enfilarse hacia la puerta, abrir y salir dando un portazo.

—¿Y adónde va? ¿Y con eso en la cabeza? ¿Qué hago? ¿La sigo?

—Déjala. Si no va a tener narices de salir a la calle así.

—¿Seguro?

—Pues claro. ¡Cómo va a salir así! Ven, vamos a ver si se lo ha quitado.

Nos acercamos a la ventana los tres. Y aguardamos a que saliera por el portal. Mientras esperábamos a verla, mi padre se lamentaba.

—¿Y por qué se ha operado? Si tu madre estaba estupenda. Es que no lo entiendo. ¿Ha quedado muy mal? Decidme la verdad.

—No... —dije yo con la boca pequeña.

—Ay, que ha quedado deforme.

—Que no, Arturo, que está estupenda. Se ha quitado lo menos cinco o seis años de encima...

—¿Y qué necesidad?

Me miró buscando la verdad en mi gesto.

—Hija, dime la verdad.

—¡Deja de mirarme así! Tú la vas a querer igual, ¿verdad? Esté como esté.

—Sí, no sé... Supongo.

—¡Papá!

—¿Qué? ¿Tú estás segura de que querrías a tu Aarón si viniera con la cara de otro?

—¿Y por qué iba a venir con la cara de otro?

—Tranquilo, Arturo, que tu mujer tiene la misma cara. La misma.

—No sé, no sé...

—¡Ya sale! —dije, señalando hacia la calle—. La madre que la parió.

Llevaba el burka puesto. Salió decidida del portal y se puso a caminar.

—Ay, que la he perdido para siempre —se lamentó mi padre—. Ay, que nunca me debí ir a China. ¿Y adónde va?

—No digas tonterías. Tú lo que tienes que hacer es quererla, mucho. Y demostrárselo. Y sobre todo no te asustes cuando la veas.

—¿Y si se va a casa de Ismael? ¿Y si a él le da igual cómo haya quedado? ¿Y si...?

—¿Pero vosotros no llevabais un rollo de compartirla?

—¿A tu madre? ¿Estás loca?

—Pues entonces vete a por ella y no seas huevón —insistí—. Y demuéstrole que para ti es la misma de siempre. No dejes que se te adelante el otro.

—Sí, voy a por ella.

Pero no se animaba a salir.

—Ánimo, Arturo. Que es peor lo que imaginas que la realidad.

—¿Sí?

—Vete —grité—. Vete antes de que la apedreen por llevar eso puesto, que en este barrio nunca se sabe.

Mi padre por fin se decidió, se despidió de nosotros y le dio un beso a su nieto.

—En esta familia no te vas a aburrir nunca, Guille.

Salió del piso. Y ahí nos quedamos los tres. Aarón cogió a Guille en brazos.

—Esos son tus abuelos, sí.

Aarón alzó al niño y lo columpió para provocarle la risa. Y el niño respondió con una gran carcajada. Qué comunicación tenían, qué complicidad.

—¡Cómo te puedo querer yo tanto!

Los observé con un puntito de envidia y un mucho de culpabilidad, ¿por qué yo no acababa de sentir lo mismo que ellos? Yo claro que quería a mi hijo, mucho, pero esa cara de felicidad que se les ponía a los dos al estar juntos, esa conexión yo no creía sentirla. Y qué rabia me daba. Él era el mejor padre del mundo mundial y yo la madre renegada. Él sentía pura felicidad al estar con su hijo y yo iba por la vida agotada, sin llegar a todo, robándole horas al día, al trabajo, al niño, sin arrepentirme de haberlo tenido, claro, pero sin ninguna gana de repetir.

Aarón me miró.

—¿Y qué era eso que tu madre iba a largar sobre ti?

—Eh... nada. Nada.

Roma Perotti se convirtió en un torbellino desde que Mario puso fecha de inicio de rodaje. Por fin estaba contratada de verdad, con su sueldo estratosférico y supongo que necesitaba demostrar cada euro que valía. Roma era caótica en su manera de crear. En eso no nos parecíamos, yo quería siempre trabajar con método, pasito a

pasito. Asegurando cada tramo del camino. A cada pequeña decisión que tomaba le daba una y mil vueltas. Algo que desesperaba a la italiana.

—No tengas miedo. Suéltate. Suéltate.

—Si yo me suelto, si lo intento.

—Tienes miedo al caos. No tengas miedo al caos. En el caos está la creación. Dios creó el mundo del caos. El demiurgo lo creó todo del caos. En el caos nos encontramos, Sara.

Y mientras lo decía cambiaba los bocetos de lugar en el panel, mezclaba telas, conceptos, personajes, a distintos cambios para distintos momentos de la película le daba la vuelta. Y yo contemplaba todo ese torbellino entre la admiración y el miedo. ¿Se estaba cargando todo mi trabajo? Pero no, para nada. Lo que parecía caótico, lo que parecía imprevisible, acababa por tener un sentido. Mejoraba sin duda lo que yo proponía. Gracias a su método caótico llegaba a lugares que yo ni me había atrevido a imaginar. Lo que aprendía con ella. Aunque sintiera vértigo cada vez que se acercaba al panel y le daba la vuelta a todo. Y yo apurando para registrar en el ordenador y en mi libro cada cambio, cada hallazgo.

A través del caos, Roma llegaba a la esencia. A lo que ella llamaba «el tema principal».

—Al igual que en una banda sonora hay unos temas principales sobre los que se articula el resto de la música —decía.

Ella consideraba que en el vestuario había que lograr algo parecido. Un par de trajes, o un par conceptos que sirvieran como pilar para articular todo el resto del trabajo. Una vez conseguido eso, el resto del caos gravitaba sobre ellos hasta conseguir un orden, una armonía perfecta que le diera sentido a todo. No siempre era fácil de encontrar ese pilar fundacional, pero cuando se conseguía, el rumbo de la película ya estaba marcado. Y creía que en nuestra película estábamos muy cerca de lograrlo. Gracias a todo mi trabajo intuitivo previo.

Yo me impacientaba porque notaba que me faltaban recursos, experiencia, y eso me parecía un impedimento para llegar a buen puerto, para llegar a esa esencia de la que hablaba la italiana. Roma entonces me tranquilizaba.

—Tranquila. Llegará. Aparecerá. Es verdad que no tienes experiencia, pero tienes talento. El talento te sobra. Solo hay que domarlo, solo hay que reconducirlo para que explote.

Ahora ya casi siempre trabajábamos en su taller, allí íbamos a diario David, Chusa y yo, aunque había muchos trajes que yo me empeñaba en confeccionar en mi casa, más que nada porque así estaba cerca de Guillermo. A Roma le encantaba tenerlo por el taller, pero yo trataba de llevarlo lo menos posible. Entre otras cosas, porque Andrea, la hija de Roma, era de esas madres que más que madres son superheroínas, capaces de estar a todo, de desvivirse por sus hijos y de no perder comba en el trabajo. Yo me comparaba y salía perdiendo por goleada. Y me entraban muchísimos complejos cuando me preguntaba cosas relacionadas con la crianza de

mi hijo. Por ejemplo, por el percentil del niño. Yo, muda. Porque nunca recordaba lo que era el percentil, tenía cierta capacidad para borrar de mi memoria o para no quedarme con ningún término nuevo que hiciera referencia a la infancia, no sé por qué. O cuando se extrañaba porque no tenía uno o más grupos de WhatsApp con otras madres del parque infantil o de la guardería. ¿Y por qué iba a tener un grupo con mujeres desconocidas con las que solo compartía el hecho de ser madre? Bastante espacio y energía ocupaba mi hijo en mi día a día, bastante monopolizaba e infantilizaba mis conversaciones como para rodearme de adultos que solo hablaban de los Cantajuegos y de *Dora la Exploradora*. Y de vacunas y de chupetes orgánicos y de...

Por supuesto, estas cosas no las comentaba con Andrea, pero sí con Roma. Ella me entendía y me decía que no le diera importancia. Que había muchas maneras de ser madre, y que no solo la de Andrea era la correcta. De hecho, ella había sido una madre inconstante, relajada, una madre muchas veces ausente por culpa del trabajo y de sus viajes, y sus tres hijos habían salido estupendos.

Lo que aprendía de ella. Sobre la vida y sobre el trabajo. Lo que me tranquilizaba. Lo que me divertía. La capacidad de Roma para estar a mil cosas a la vez, con veinte diseños sobre la mesa, y en distinta fase, vestidos que aún solo eran bocetos, otros que ya estaban en el patronaje, y algunos de los que solo faltaban ciertos detalles para rematarlos, era increíble. Roma parecía haber inventado el término multitarea. Todo lo que me quedaba por asimilar de su experiencia, su energía, y esa capacidad infinita de estar a todo sin perder ni un solo bit de información. Es verdad que tenía un ego como una catedral, pero ¿y qué? Esta profesión estaba llena de egos gigantes. Nada nuevo bajo el sol. Y yo estaba dispuesta a tolerar el ego de la gente si me podían enseñar parte de lo que sabían, si podía aprender a su lado. A veces me podía desesperar su caos, su indecisión. O mejor dicho, que solo se animara a tomar decisiones muy al final, cuando ya una pieza o un vestido estaba a punto de ser rematado. De repente, no lo acababa de ver y lo echaba para atrás. Pero como sus argumentos solían ser acertados, no me quedaba más remedio que descartar la pieza o rehacerla. Roma estaba embarcada también en la producción de una obra de teatro, uno de los musicales más ambiciosos de la Gran Vía de la nueva temporada. Consumía muchas de sus energías y también de su dedicación. A veces parecía que estaba completamente obsesionada con esa obra, transida. Y era su hija la que le tenía que recordar que también la habían contratado para la película. En más de una ocasión las había oído discutir. Y Andrea se ponía de un humor taciturno cuando sacaba a relucir el tema del musical. Hasta le temblaba la voz. Qué mal lo pasaba enfrentándose a su madre, qué lucha más desigual. Había algo que se me escapaba, no entendía muy bien cuál era el meollo de la discusión, pero como yo no estaba contratada para esa obra, tampoco me iba a meter donde no me llamaban. Eso sí, Roma siempre contaba con mi beneplácito, y aun sin saber el verdadero tema o el verdadero conflicto de sus discusiones, yo me ponía del lado de la diva. Me entendía

mucho mejor con su divismo y con su caos que con el servilismo de la hija. Que yo no sé por qué le imponía tanto su madre si era maravillosa.

A Mario no le hacía muy feliz que Roma se repartiera entre las dos producciones, pero como me tenía a mí, lo había acabado aceptando. Al fin y al cabo, de mi cabeza había partido casi todo el figurinismo de la película, Roma era una socia, mi *partenaire*, pero yo era la líder, la cabeza de cartel. A veces se lo tenía que recordar, porque con su energía, su manera de trabajar, me podía llevar por delante.

David apareció con unos bocetos en la mano.

—Sara, ¿has puesto tú estos bombachos del rey en el cambio cuatro del personaje de Elena?

—¿Yo? No, ¿por qué iba a haber hecho eso?

—Pues habrá sido cosa de la italiana.

—La italiana se llama Roma. Pregúntale.

—¿Yo? Ni muerta —dijo él, utilizando el femenino para referirse a sí mismo. A veces cuando estaba nervioso o cuando estaba haciendo mucho el payaso se feminizaba.

Moví la cabeza con desaprobación, cogí el boceto que me mostraba David y me acerqué hasta Roma, que trabajaba con su hija Andrea.

—Roma, ¿estos bombachos no eran para Carlos V? Es que no sé si se habrán traspapelado en el vestuario de Elena.

—Perdona, *cara mia*, perdona. Ayer por la noche tuve una revelación y decidí que irían mejor para Elena.

—¿Los bombachos? —preguntó su hija.

—¡Sí, sí, sí! Qué mañana me estás dando —protestó, perdiendo la paciencia con su hija—. ¿Algún problema con los bombachos?

—Lo que tú digas, mamá.

Roma ignoró a Andrea y se dirigió a mí con un tono mucho más amable. Ay, las relaciones materno filiales.

—Piénsalo... En la secuencia veintitrés, le podíamos proponer que ella se vistiera con la ropa de él. Acaban de hacer el amor, ella se levanta y si en las pelis actuales las chicas se ponen las camisas de ellos, ¿por qué no darle ese gesto contemporáneo a su personaje?

—Eh... Habría que proponérselo a Mario.

—Pero solo si a ti te parece bien.

—Es una idea estupenda, Roma.

Le dije entre la admiración y la rabia de que no se me hubiera ocurrido a mí. Qué buena era. Cuánto por aprender.

—*Cara mia*. Se la venderemos al director como si fuera la *tua* idea.

—No hace falta.

—Yo ya no necesito más medallas. Y tú estás empezando. Llama a la actriz y lo probamos sobre ella.

—¿Crees que es necesario llamar a la actriz?

El personaje de Elena lo interpretaba mi hermana. Y prefería evitarla durante unos días.

—¡Claro que es necesario! Le hacemos foto y así convencemos a Mario. Que él es un poquito obtuso y necesita lo visual. ¿La llamas?

—Claro —accedí, porque no le faltaba razón y no iba a dejar que mis problemas personales interfirieran en la buena marcha de la película y en mi relación con Roma.

Me acerqué a David y le convencí de que los bombachos irían perfectamente para el personaje de Elena.

—¿Qué? ¿No te parece una buena idea?

—La verdad es que sí.

—Entonces, ¿por qué esa cara?

—Porque ya se nos podía haber ocurrido a nosotros.

Lu apareció cuarenta minutos más tarde de la hora a la que la habíamos citado. Pidió disculpas a todo el equipo con su mejor sonrisa y todos, empezando por Roma, que no soportaba la impuntualidad, la perdonaron quitándole importancia. David hasta le hizo fiestas, como si fuera un perrillo saludando a su amo después de semanas sin verlo. Así era mi hermana. Podía llegar tarde, podía quitarle el exnovio a su hermana y todo estaba bien. Y si no lo estaba, la culpa no era de ella, sino del otro, de la otra, por no entender su punto de vista, por no haber tenido paciencia o por otorgarle a las cosas una importancia que no tenían. ¿Qué más da cuarenta minutos de retraso? ¿Qué más da ignorar los sentimientos de los demás?

—Sara, perdona la tardanza de verdad, pero es que...

—Tranquila, lo importante es que hayas llegado —le dije de una manera serena. Estaba dispuesta a comportarme con ella de la mejor forma posible.

—¿No me vas a montar un número?

—¿Y por qué iba a montar un número? Qué tontería.

Lu me miró un tanto desconcertada. Y miró a David, pero este no sabía de qué iba la cosa porque yo no me había sincerado con él. No le había contado nada de nada. Me había costado, pero no lo había hecho. Supongo que Lu no se esperaba mi reacción, ella venía dispuesta a la pelea o preparada para aguantar mi malhumor, y mi calma la dejó fuera de juego. Mejor.

—Vale. ¿Qué es lo que me tengo que poner? ¿Estos pantalones?

—Sí. Para la secuencia veintitrés. Para después del polvo, son los pantalones del rey.

—Si no te gustan, háblalo con Roma —le sugirió David.

Yo entonces le pedí a David que fuera a encargarse de otra cosa, que no quería tenerlo pululando por allí. Me hizo caso a regañadientes.

Lu se lo pensó un par de segundos mientras los cogía y los miraba.

—Ah... me pongo su ropa —dijo, entendiendo lo que pretendíamos—. Qué total. Me encanta. Es una ideaza.

Empezó a desnudarse y se quedó en bragas. La miré sin querer mirarla. Maldito cuerpo delgado y perfecto. Y que todos los genes buenos le hubieran tocado a ella. Pero yo *supercool* con todo. Hasta con el puñetero destino que le había otorgado a ella todos los dones de la tierra. Y a mí unos pocos menos. Pero yo relajadísima y feliz.

—¿Entonces todo bien? —me preguntó—. Entre nosotras, digo.

—Todo perfecto. Si el otro día me comporté así fue porque me pilló por sorpresa. Perdóname. Es tu vida y tienes que vivirla como te parezca.

—¿Sí? —Lu no se lo acababa de creer, como si hubiera truco.

—Claro.

—Yo pensé que...

—¿Qué?

—No sé, como no me has cogido el teléfono estos días y tampoco a Roberto.

—No he parado, Lu. Entre que Aarón estaba aquí, mamá seguía dando por saco, el niño con fiebre y el rodaje, que ya tiene fecha de inicio... no he tenido tiempo.

—Vale. ¿Entonces entre nosotras todo guay?

—Que sí, pesada. Eres mi hermana, ¿no? Mejor aceptarte como eres y ya está.

Lu en un impulso me abrazó feliz.

—Ay, qué guay, cómo me alegro. Que ya creía que no me perdonabas más. Ay, gracias.

—De nada. Tú eres así. Y ya se te pasará la ventolera, supongo.

—¿Qué ventolera?

—Tampoco voy a darle más vueltas y hacer un drama de algo que será un capricho —seguí diciendo sin escucharla—. Y que te durará medio telediario.

—¿Un capricho? ¿Por qué dices que es un capricho?

—Pues como todo lo tuyo, Lu. Que te enamoras del hombre de tu vida como te desenamoras en un tris. Así que esto, lo del poliamor con el gallego y mi Roberto, también será así.

—¿«Mi» Roberto? ¿Has dicho «mi» Roberto?

Mierda. Mierda. Mierda. ¿Acababa de decir «mi» Roberto? Ay, que lo había dicho.

—No, yo...

Lu me miró primero sin acabar de creérselo y luego sonrió. Como si hubiera descubierto una fisura en mi actitud calmada.

—Que no se entere Aarón que le llamas «mi» Roberto. Por eso estabas tú tan cabreada conmigo, porque aún lo consideras de tu propiedad.

—Mi ex, quería decir. Mi ex. Que ya sé que solo es eso. Que lo de mi Roberto fue una manera de... Vamos, una confusión, sin más.

Lu parecía encantada de verme tan azorada. Capulla.

—¿Se lo has contado? —preguntó.

—¿Si le he contado qué a quién?

—Que estoy con Roberto y el gallego. A Aarón, ¿a quién va a ser?

Pues no, no se lo había contado. ¿Para qué se lo iba a contar si ya había decidido que lo de esos tres no iba a durar? ¿Para qué le iba a ir con el cotilleo a Aarón? No, no se lo había contado y no se lo quería contar. Porque no quería darle importancia, porque no quería que él creyera que le daba importancia. Y porque no soportaba la idea de que él le acabara dando importancia. Por eso no se lo había contado. Pero por supuesto no le iba a dar todas esas razones a Lu. No me daba la gana.

—Vamos a centrarnos en el trabajo, Lu.

No quería seguir hablando de todo esto. No quería perder la calma que tanto me había costado encontrar. Y sabía que entrando en ese terreno, mi estado de ánimo zen peligraba un poquito. Solo un poquito.

—Nos centramos, nos centramos —accedió Lu—, pero de algo tendremos que hablar mientras me pongo estos pantalones imposibles. ¿Se lo has contado?

—A ver, Lu, ¿por qué quieres saber si se lo he contado?

Yo tenía claro los motivos por los que no había querido contárselo. Pero no acaba de entender la necesidad de mi hermana.

—Por curiosidad, nada más. ¿Lo has hecho?

—¿Querías que se lo contara? ¿Para qué? ¿Eh? ¿Para qué? ¿Me quieres decir para qué?

Me di cuenta de que estaba a punto de perder la calma. Y me juré que no iba a ir a más.

—Bueno, vale, tranquila.

—Estoy tranquilísima.

Me acerqué a ella y le ajusté los pantalones con dos alfileres. Y con uno, sin querer, de verdad que sin querer, le pinché.

—Ay, no seas bruta. Que ya lo he pillado. No hablo más del asunto.

—Ha sido sin querer. Perdona.

—Sí, claro, tú con unos alfileres no tienes peligro ni nada.

—Que ha sido sin querer.

Roma se acercó hasta donde estábamos.

—¿Qué tal esos pantalones?

Lu dio una vuelta sobre su eje para que Roma la viera.

—*Bellissima*.

—¿A que sí? —preguntó retóricamente mientras se miraba al espejo encantada de conocerse.

Y yo pensando que no le gustaban.

—Comprado —decidió Roma.

—¿Tú crees? —pregunté yo—. No sé si lo acabo de ver...

Y lo dije porque realmente no lo veía. No sé si acababa de gustarme. Pero no porque estuviera arrebatadoramente guapa y eso me fastidiara, no. Era porque una vez puestos como que no le encontraba del todo sentido. Creo.

—¿E che cosa? È una prima donna.

—Ni caso, Roma —dijo Lu—. Mi hermana no va a querer que salga guapa. Y menos ahora.

La miré odiándola muchísimo.

—¿Ma... por qué no iba a querer explotar esa *bellezza*?

—Asuntillos familiares. Cosas de hermanas... Nada grave —respondió como si tal cosa. Ella sí sabía cómo lanzar la piedra, esconder la mano y hacer como si nada, calmadita perdida—. ¿A que sí, Sara? —Sonrisa angelical.

¿En serio? ¿En serio? Tranquila, Sara... Tranquila. Tú *cool*, tú sin estallar, tú por encima de estas niñerías, tú eres toda una profesional.

—¿A que te cuesta admitir un poquitín que estoy guapa?

—¿Pero qué dices...? —protesté—. Pero... —Me mordí la lengua. No, no, no. No iba a poder conmigo. Y no iba a permitir que sus caprichos, su actitud infantil me sacara de quicio. De eso nada—. Mejor me callo.

—Ah, no, los problemas familiares se quedan *fuori dalla porta* —sentenció Roma.

—Eso es lo que pienso yo —convino mi hermana con una sonrisa luminosa. Sonrisa de arpía—. Aquí tenemos que ser profesionales.

Qué poco le gustaba perder, qué poco le gustaba que yo no me comportara como ella esperaba. Pues que se fastidiara. Porque esta vez ganaba yo. Ganaba yo. Ganaba yo. Chínchate, que gano yo, que no pierdo la calma. Que no tienes poder para provocarme. Gano yo. Yo. Yo.

—Probemos una cosa —dijo Roma.

Cogió otro par de alfileres y ajustó con dos puntadas los pantalones al cuerpo de Lu.

—Ahora sí. —Lu sonrió—. Si es que la experiencia es un grado.

Ese era otro dardo envenenado que me mandaba.

—Es verdad —dije para fastidiarla y muy, pero que muy calmada. Qué bien lo estaba haciendo—. Ahora sí. Ya no se nota la estría. Roma es una artista del trampantojo. Sabe cubrir todos los defectos.

—¿Qué estría? —preguntó alarmada mi hermana—. Si no tengo ni una.

—Ya, ya, ya —intervino Roma, levantando las manos en son de paz—. Yo la veo estupendísima. Pero es tu decisión, *cara mia*. ¿Le hago foto y se la mando a Mario?

—Sí —dijo Lu—. Mándasela. Si está decididísimo.

—¿Eres tú la figurinista jefe de esta película o solo una modelo venida a actriz en su primer papelito? —pregunté con toda la mala baba que me salió, pero sin perder la compostura. Porque yo la compostura no la iba a perder. No. No. No.

—Vale, vale, si yo he venido aquí en son de paz —aseguró Lu.

—En son de paz y puntual, ¿no? Así has venido tú. Menuda carrera vas a hacer tú en el cine.

Lu buscó la complicidad de Roma mirándola de manera compungida. Si parecía

el gato con botas de la película de *Shrek*, con esos ojazos de no he roto un plato. Desgraciada. Lo malo es que Roma se la creyó y me recriminó.

—*Ma...* ¿cómo tratas así a una de las estrellas de la película? —protestó Roma.

—Es mi hermana. No te preocupes.

—No, no, no, ¿qué hemos dicho de la familia? *Fuori dalla porta*.

—Eso, Sara, *fuori dalla porta* —repitió Lu.

—¡Tienes un guantazo! —dije, tratando de reprimir mi genio.

Lo iba a conseguir al final, la desgraciada. Iba a conseguir que acabara explotando.

—Mira, ya te salió el genio. Me estabas preocupando.

—¿Pero de qué vas? —pregunté casi gritando—. ¿Pero por qué estás empeñada en que pierda la paciencia? Encima que me comporte como si no hubiera pasado nada, encima que te digo que está todo bien, encima que me trago todo lo que pienso, encima que...

—¿Ves? ¿Ves? ¿Ves? —dijo, señalándome de manera triunfal.

—¿Que vea qué? ¿Que vea qué?

—Que te estás tragando lo que piensas. Y eso es lo que no quiero. Eso es malísimo. Que no quiero que te tragues lo que piensas y menos conmigo, que de ahí solo salen tumores, Sara. Por eso te pincho, para que sueltes lo que piensas de verdad. Solo así lo podremos solucionar.

—¡Que está todo bien! —grité—. ¡Está todo de puta madre!

—*Ma...* ¿*Che cosa...*?

—¿Sí? ¿Y entonces por qué te vuelves loca del coño? —me reprochó Lu.

—¿Yo? ¿Yo?

—Sí, tú, ¿a que sí, Roma?

—No metas a Roma en esto, por lo que más quieras. No la metas.

—Es que ya está metida. Está aquí delante. Y estamos en su taller. —Miró a Roma—. Dime qué te pasa. ¿Qué es lo que te molesta exactamente de que sea feliz, de que esté explorando mi sexualidad, de que esté buscando otra manera de entender las relaciones? ¿Tu mente estrechita no lo puede entender? ¿Es eso lo que te fastidia, que esté mucho más evolucionada que tú?

No tenía un guantazo, tenía una paliza. Se merecía a cuatro marines tarados torturándola.

—Si a mí me parece muy bien que quieras ser feliz, que estés más evolucionada, que explores tu coño y lo que sea, pero es que es mentira. Tú te lías con mi ex para echármelo en cara, o para darle celos a Aarón y demostrarle que puedes conseguir a quien quieras, incluido al ex de tu hermana.

—Huy, qué lío tienes en la cabeza... Pero qué lío más grande. ¿De verdad crees que yo necesito demostrarte algo? ¿A ti? —Me observó como si yo fuera un mosquito y ella un elefante inmune a sus picaduras—. Qué pena me das.

Qué pena me das. Eso me acababa de decir. Y con el mayor desprecio del que era

capaz. Y mi hermana despreciando es una campeona. La reina del desprecio.

La miré de arriba abajo. Tan altiva, tan mirándome por encima del hombro, tan guapa y sexy con esos pantalones. Y ahí sí que me volví loca del coño. Ahí sí.

—¡Quítate esos pantalones ahora mismo!

—¿Por qué?

Sí, yo tampoco tenía muy claro por qué me estaba dando por ahí. Pero me estaba dando.

—¡Quítatelos! ¡Por encima de mi cadáver vas a llevar esos pantalones! ¡Por encima de mi cadáver! ¡Antes abandono la película que tú lleves esos pantalones!

Lu me observaba negando con la cabeza y haciendo cómplice a Roma.

—Tú estás mal, tú estás fatal —dijo, mirando a la italiana—. Está como una regadera, la pobre.

—¡Que te los quites!

Y me abalancé hacia ellos. Con ánimo de quitárselos, de desgarrárselos. ¿Por qué? No sé. Supongo que no soportaba que estuviera ahí contando mis intimidades, frivolisando, despreciándome y encima así de guapa, con los putos pantalones que había diseñado yo para el rey, y que, una vez más, se estaba quedando ella como la cosa más natural del mundo. Porque todo lo conseguía, llegar tarde y que a nadie le importara, hacerse con trabajos que no le correspondían, quedarse con los exnovios de otras y hasta arrebatar el vestuario al pobre Carlos V, que ya bastante tenía con el mentón que tenía. ¡Zorra!

—¡Quítatelos!

Lu echó a correr para que yo no la alcanzara. Y yo, en vez de parar, en vez de calmarme, en vez de reaccionar como la mujer adulta y profesional que era, salí corriendo detrás de ella. Se metió entre los burros cargados de ropa, entre las mesas y los maniqués, y yo detrás. Y cada vez que estaba a punto de cogerla, Lu me lanzaba algún maniquí para impedir que la pillara.

Roma contemplaba todo el espectáculo, toda esa persecución sin acabar de creérselo. Al igual que David, que, al vernos así, corriendo por todo el taller como poseídas, decidió sacar el móvil para grabarnos.

—¡Ma...!

—¡Lu! ¡Quítate esos pantalones! —gritaba yo.

—Que no me da la gana, loca.

—¡Lu! Te voy a...

—¡Estás loca!

—¡Tú, tú me vuelves loca! ¡Eres tú!

Nos insultábamos mientras seguíamos corriendo, Lu me lanzaba más y más objetos, hasta vestidos. Estábamos poniendo el taller patas arriba, hasta que de repente un sonido atronador hizo que nos detuviéramos de golpe. ¿Qué había sido eso? ¿Qué había sido ese trueno, ese impacto?

—Maricón —chilló David.

Paralizadas, miramos hacia donde había provenido el sonido. Roma acababa de disparar con un trabuco de época al techo. ¿De dónde había sacado esa pistola? ¿Por qué había disparado?

—¡La italiana nos quiere matar! —gritó David—. Yo así no puedo... ¡Yo así no puedo!

—Tranquilo, es de fogueo —aseguró Roma.

—¿De dónde la has sacado? —pregunté yo, tratando de recomponerme de la impresión.

—Regalo de Fellini.

—¿De quién? —preguntó mi hermana.

—Inculca. Que eres una inculca.

—¡Shhh! A callar.

Dejó el trabuco en una mesa y se acercó a nosotras y nos obligó a sentarnos. Primero cogió a mi hermana, que estaba más cerca, y luego a mí. Y nos llevó hasta dos sillas. David la observaba con la boca abierta.

—*Ma perché l'hai fatto?* —Nosotras mudas—. *Perché l'hai fatto?* —insistió.

—Es que si hablas en italiano como que no... —dijo mi hermana.

—¡Calla! —le espeté.

—*Sorelle... sorelle...* ¿Qué voy a hacer con vosotras?

—Nada, que lleve los pantalones si quiere —accedí—. Si tanto le gustan, os gustan, no hay más que hablar.

—Pues a lo mejor ahora no quiero llevarlos.

Salió fuego de mis ojos. Miré a Roma.

—¿Es o no es para volverse loca?

Roma señaló a Lu.

—Tú, *indossare i vestiti*. Y tú —dijo señalándome a mí—, te tomas el día libre. Solucionas tus asuntos y nunca más problemas al trabajo. ¿*Capisci?*

—Entendido —contesté yo.

—Pues vale —aceptó mi hermana.

—¡Y ahora *fuori!*

—Roma, que he quedado en un rato con Mario para hablar de este personaje.

—¿Y pretendes recibirlo en ese estado? Ya me encargo yo.

David negó. No quería que la dejara sola con el director. Me acerqué a él.

—Tiene razón. Yo ahora no sería capaz de tener una reunión coherente con él. Ni de mostrarle nada. Es mejor que tú y Roma os encarguéis. Luego me cuentas.

Lu y yo nos fuimos cada una por nuestro lado. Sin cruzarnos palabra. Yo odiándola, y sin saber si quería perdonar que me hubiera puesto en ridículo delante de Roma. ¿Cómo había conseguido que perdiera los papeles de esa manera? Justo lo contrario de lo que pretendía. Aunque en algo tenía que darle la razón. Si me afectaba así, si

había montado ese numerazo, era porque la cosa no estaba resuelta. Que estuviera liada con Roberto me dolía y me dolía demasiado. Y mi actitud de dar carpetazo al asunto, de pasar por encima de él como si no me afectara no era lo mejor que podía hacer para solventar esa situación. Tampoco es que creyera, como decía mi hermana, que si no lo hablaba, aquello se me iba a enquistar hasta generar un tumor cancerígeno. Pero lo que estaba claro es que no podía hacer como si nada. Tenía que encontrar la manera de aceptarlo. Eso o esperar a que a mi hermana se le pasara el capricho, la tontería esa del poliamor. Sí, eso quizás era lo único sensato que podía hacer. Ponerme a cubierto y esperar a que escampara. O sea, no coincidir demasiado con ellos, y aguardar a que las cosas cayeran por su propio peso. ¿No había ocurrido lo mismo en el pasado? Yo torturada porque empezaba a sentir cosas por Aarón, escapando de él, yéndome hasta China, y a ella, que había proclamado que era su gran amor, el hombre de su vida, le había faltado tiempo para cambiar de idea y meterse en la cama con el vikingo. Porque sí, porque de repente se había desenamorado. Pues lo mismo iba a pasar con Roberto. Al igual que le había dado por él, en cualquier momento se le pasaba. Y además él pronto se volvería a China y las aguas volverían a su cauce. ¿Para qué dejarme arrastrar por todo ese vendaval? Solo tenía que ponerme a cubierto.

Y aunque tomé esa resolución de camino a casa, cuando llegué al piso, Aarón notó que me pasaba algo. Además de extrañarle que volviera tan pronto del trabajo. Pero yo no quería contarle nada de lo que había ocurrido. No sabía por dónde empezar. Y, por otro lado, ya había decidido cómo resolverlo. ¿Para qué hurgar en la herida? Así que me inventé la primera excusa que me vino a la cabeza.

—Ha habido un problema en el techo del taller de Roma, con la escayola, y hasta que no lo arreglen no podremos trabajar allí.

Supongo que se me ocurrió la tontería de la escayola porque cuando Roma pegó el tiro yo instintivamente miré hacia el techo esperando un boquete que no se produjo porque la pistola era de fogeo.

—Así que durante un par de días trabajaré aquí en casa.

—Genial. —Me besó en los labios—. Iba a bajar al parque con Guille. ¿Quieres venir?

—No, mejor me pongo ya a trabajar.

—Vale. ¿De verdad que va todo bien?

—Claro.

—Ah, ha llamado tu padre. Mañana nos invitan a una barbacoa en casa. Creo que quiere celebrar que ya ha arreglado las cosas con tu madre.

—¿Han invitado a Lu?

—Supongo, no sé. ¿Por qué?

—Por nada. No sé si podré ir. Es que tengo un follón en el curro.

—Como veas, pero si no vamos, llama tú y se lo cuentas.

Aarón salió de casa con Guille. Yo cogí el teléfono para decirle que no contara

con nosotros, que estaba liadísima.

—Venís y punto. Que cuanto antes normalicemos la nueva situación, mejor.

—¿Qué nueva situación? —pregunté alarmada.

—Pues la cara de tu madre, hija. Cuanto antes se acepte como es, mejor. Que es capaz de pasarse encerrada cuatro meses. Tenemos que demostrarle que todo está bien, que todo es como antes. ¿De acuerdo?

—Yo creo que no hace falta, papá.

—Claro que hace. Venís. No se hable más.

LA ÚLTIMA CENA

Pensé, durante el resto del día y parte del día siguiente, en poner a Aarón al corriente de la situación sentimental de mi hermana. Sobre todo por si a Lu le daba por soltar la bomba delante de mis padres. Porque, aunque yo estaba convencida de que se iba a cuidar muy mucho de hacerlo, con ella todo era posible.

Busqué el momento para hacerlo; es más, hasta ensayé delante del espejo mi mejor entonación, mi mejor manera de contarle, como quien no quiere la cosa, que a la imprevisible de mi hermana no se le había ocurrido mejor idea que liarse con Roberto. Sí, Roberto, mi ex. Y por supuesto sin renunciar a la retranca y a la tranca del gallego. ¿Por qué iba a renunciar a algo si lo podía tener todo? Ella era así. Ella iba a por todas. Y encima al muy pavisoso del gallego le había parecido *perfeto* y al muy atontado de mi ex la situación le habría puesto hasta cachondo. ¿Cómo lo había logrado Lu? ¿Cómo coño habían acabado esos tres en la cama? ¿Y cómo y cuándo habían decidido alargar ese momento un día y otro hasta convertirse en una pareja de tres?

Es verdad que no quería darle vueltas, es verdad que yo no quería pensar en ello, no era de mi incumbencia, no era asunto mío, pero lo hacía. Lo hacía de una manera tortuosa, con rabia, con ¿envidia? No, no, envidia no. En todo caso no tenía envidia de que mi hermana hubiera conseguido a Roberto, sino de que se atreviera a todo y que todo le saliera bien. Vamos, envidiaba lo que envidiaban todos de ella. Su libertad, su locura, esa manera de vivir intensamente sin prejuicios, abierta a lo que surgiera. Exprimiendo la vida a tope, disfrutando sin pensar en las consecuencias, a tumba abierta, mientras a mí no se me ocurría dar un paso sin pensarlo y volverlo a pensar.

Y por eso no encontraba la manera ni el momento de poner al corriente a Aarón del nuevo estado sentimental de Lu. Porque temía que se me acabara notando ese torbellino que yo vivía por dentro cada vez que pensaba en mi hermana, en Roberto y en el gallego.

Lo intenté en la cena, lo intenté mientras bañábamos a Guille, y después, cuando Aarón trabajaba en una de sus canciones, más tarde cuando yo estaba con el ordenador ultimando un diseño y él lo alabó, y por último ya en la cama. Pero nada.

—Sara...

—¿Sí?

—¿Tú me quieres contar algo?
—¿Yo?
—Sí, llevas todo el día con ganas de contarme algo.
—Ya...
—¿Y me lo vas a contar?
Quise arrancar, de verdad que sí.
—Mañana. Mañana te lo cuento.

Durante todo el día siguiente fui incapaz de hacerlo, pero, cuando ya llegábamos a casa de mis padres para la cena, por fin lo solté, mientras Aarón sacaba el carrito del niño del maletero y yo desataba a Guille de la silla de bebés del asiento de atrás.

—Lu está teniendo una relación a tres.
—¿En serio?
—¿Cómo te quedas?
—Si alguien podía hacerlo era ella —dijo sin disimular cierto orgullo de cuñado.
Qué poco me gustó su respuesta.

Entramos en la casa de Aravaca. Me sorprendió ver a Roberto y al vikingo allí. Estaban con mi padre. Enfrascados en unos planos que habían extendido por la mesa del salón. ¿Qué hacían trabajando a esas horas y por qué no estaban haciéndolo en el estudio de arquitectura? Mi padre, al vernos, miró el reloj.

—¿Ya es la hora de la cena? Se nos ha echado el tiempo encima. —Se acercó para besar a Guille y cogerlo en brazos—. ¿Cómo está mi nieto preferido?

—Es el único que tienes, papá —le contesté, echando una mirada a mi ex.

Roberto me saludó con un movimiento de cabeza un tanto torpe.

—Coño, Roberto, no sabía que estabas en Madrid —dijo Aarón y se acercó a darle un abrazo efusivo.

—Hola, ¿qué tal?

—¿Tú sabías que estaba aquí? —me preguntó Aarón.

—Eh, sí, sí, ¿no te lo había dicho?

—Qué va. —Afable, volvió a dirigirse a Roberto—: ¿Todo bien? ¿Has visto cómo está Guille de grande? Tío, te tienes que venir a nuestra nueva casa un día a comer o a cenar. Y así la conoces.

Roberto me echó una mirada incómoda.

—Eh, sí, sí, claro.

Roberto y Aarón habían coincidido un par de veces desde que yo había roto con él y no habían tenido ningún tipo de mal rollo ni de resquemor entre ellos. Cosa que era de agradecer, aunque a mí ahora mismo me resultaba un tanto violento ver que se llevaban tan bien. Tampoco eran necesarios esos abrazos ni que le invitara a comer.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Bueno, tenemos que presentar este proyecto al ayuntamiento y luego iremos

viendo.

—¿Qué es? —preguntó Aarón con un interés genuino.

—Un concurso de mobiliario urbano. Hemos pasado la primera y la segunda fase. Ya solo quedamos cuatro estudios. Tenemos posibilidades reales de hacernos con él. Pero para eso debemos atinar del todo. Ofrecer un mejor desarrollo y ajustar presupuesto. Aún hay mucho trabajo y muy poco tiempo.

—Vamos a ganar —sentenció el vikingo—. *We are the best*. Vamos a convertir Madrid en la ciudad más *cool* de Europa.

—Solo son bancos, Eric. Tampoco lo flipes —replicó Roberto—. Se viene arriba con nada.

—Pero tiene razón, podemos cambiar la fisonomía de la ciudad. Mira, Aarón, a ver qué piensas —dijo mi padre, señalando uno de los planos—. ¿Cómo ves esto?

Aarón se acercó interesado y observó con detenimiento los distintos planos con alzados y plantas de un par de bancos.

—¿Qué material es?

—Madera y acero.

—Lo que pretendemos es buscar una estructura cómoda, plegable, prácticamente irrompible y muy estética, que se integre en la tradición de Madrid, pero llevándola hacia el futuro, hacia la modernidad —explicó Roberto.

—Nos hemos inspirado en varias obras en las que hemos estado trabajando en China —señaló mi padre—. Ha sido cosa de Roberto. Es... brillante. En China se le ha expandido la mente, en poco más de un año ha madurado muchísimo como arquitecto. Tiene todo el futuro del mundo por delante.

—Calla, Arturo —dijo un azorado Roberto.

Yo no pude evitar sentir un orgullo brutal por Roberto. Claro que era un buen arquitecto, claro que se estaba convirtiendo en una promesa. Yo nunca había dudado de su talento. Y lo mejor era su humildad, que no se acabara de creer lo bueno que era. Estaba tan encantador sin saber cómo encajar halagos. Y qué bien se llevaba con mi padre, y qué bien le había venido a su carrera casi acabada de arquitecto ese revulsivo chino. Si no se hubiera cruzado con él, mi padre ahora estaría viviendo una madurez mortecina, sin ilusión y sin futuro. Qué grande y qué generoso había sido Roberto abriéndole el mercado chino. Si es que era tan buena gente, siempre pensando en los demás, siempre pendiente de todos. Siempre procurando que los demás estuvieran felices, ayudándoles a crecer, como hizo conmigo con la tienda cuando fue capaz hasta de tontear con uno de sus profesores de arquitectura para que se pusiera una pajarita mía de plumas y la sacara en un reportaje en *El País*. Lo fundamental que había sido eso para el despegue de mi tienda.

Y aquí estaba ahora, en la casa de Aravaca, contagiando energía a mi padre y ayudándole a hacerse con un concurso millonario. Y pensar que yo le había echado de mi vida. A un arquitecto prometedor, buena gente, generoso, divertido, guapo, que se desvive por los demás...

—Es la *fucking* verdad, bro. *It's amazing* —corroboró con el mismo entusiasmo Eric—. Si consigo reducir el *budget*, el presupuesto, el concurso es para nosotros.

—Son cojonudos.

Me acerqué a donde estaban y también le eché un vistazo.

—No tenía ni idea de que estabais concursando...

—Sería un sueño ganar —dijo mi padre—. Por no hablar del impulso que supondría para el estudio.

—Y lo que supondría para Madrid, Arturo. Que transformaríamos la ciudad.

Roberto me pasó una mano por el hombro de la manera más natural mientras yo me agachaba a ver los planos.

—¿Cómo lo ves? —preguntó.

Sentí su mano cálida sobre mi hombro. Y me gustó. Era una sensación tan familiar, tan agradable, tan... ¡Sara! Roberto no está contigo. Roberto está con tu hermana. Sí, se lo ha llevado la guarra de tu hermana, para compartirlo con otro. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás sintiendo? Así que me aparté de su lado lo más rápido que pude. Roberto también debió de darse cuenta de todo lo que había supuesto ese gesto y enseguida escondió su mano.

—Bien... bien... Muy bonito. Pero seguro que podéis seguir mañana, ¿no? Digo, que mamá ya debe de estar impaciente esperándonos para cenar, ¿no? ¿Dónde está?

—En el jardín. Con tu hermana. Ha traído al chico este con el que sale. El *perfeto* —dijo mi padre sonriendo—. A ver si este le dura.

—¿Lo ha traído?

Miré a Roberto, esperando una reacción por su parte que no se produjo porque bajó la vista.

—Bueno, vosotros ya os vais, ¿no?

—Eh... supongo —contestó Roberto.

—No, hombre, de eso nada, con la hora que es ya os quedáis a cenar. Si hay comida de sobra.

—*Great!* —exclamó Eric, el vikingo.

—No, no... No los lías, papá. Que van a tener que aceptar por compromiso.

—¿Compromiso? ¡No! Yo ceno feliz —aseguró el vikingo—. Feliz. Cena familiar, *I love it!* —El maldito vikingo parecía un anuncio del McDonald's irradiando tanto entusiasmo y felicidad. Si solo era una puta cena—. *I love dinner with you, guys.*

—Vale —acaté con cierto fastidio y enseguida miré a Roberto—, pero si tú tienes planes, vete sin problemas.

—Eh... —musitó Roberto.

En ese momento entró mi hermana a la sala. Radiante, guapísima. Qué raro.

—¿Ya estáis aquí? Estupendo.

Se acercó a nosotros y le dio un beso a Aarón.

—Hola, Aarón, hola, hermana. —Sonrisa al canto—. Fíjate que pensé que no

vendrías. ¿Cenamos? —Lu se dirigió a mi padre—. ¿O vas a seguir explotando a tus trabajadores?

—Vamos, vamos a cenar. Si ya nos estábamos despidiendo de Roberto —dije yo con toda la intención. Quería dejar claro que daba por hecho que se iba.

—Pero si se queda a cenar —aseguró mi hermana—. ¿A que sí?

Roberto nos miraba a las dos, sin saber qué hacer.

—Eh...

—¿O tienes algún problema en que se quede, Sara? —preguntó mi hermana con muy mala leche a pesar de su sonrisa angelical.

—¿Yo? Yo no. Si es él, que a lo mejor tenía planes, ¿no, Roberto?

—Eh...

—¿No sabes decir otra cosa? —le espeté. Empezaba a estar harta de su indecisión.

Lu se acercó a Roberto, lo cogió del brazo, de la manera más natural para llevarlo hasta el jardín.

—Tú te quedas. Ni caso a tu ex, que ya sabes lo arisca que se pone.

Roberto me echó una mirada que no supe cómo interpretar. ¿Me estaba pidiendo ayuda? ¿Estaba implorando que le librara de este momento? Pues que no se hubiera quedado a cenar. Y ahora se fastidiaba. Que no se hubiera liado con mi hermana. Que no le hubiera dado por la más frívola y más desequilibrada de la familia. Esas cosas tenían consecuencias, cuanto antes lo aprendiera mejor.

Vi como salían del salón hacia el jardín. Aarón aprovechó que ya no nos escuchaban para hablarme.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes algún problema con Roberto?

—¿Yo? ¿Pero por qué iba a tener ningún problema con él?

—No sé... como lo querías echar.

—Para nada.

—¿Y entonces a qué venía tanto decirle que se fuera?

—Que no. Si se lo decía por... porque en esta familia siempre están decidiendo qué tienen que hacer los demás. Y a lo mejor los demás tienen planes.

—*Barbecue!* —gritó el vikingo, viendo la parrilla a rebosar de carne y de pinchos morunos.

—Pero si están encantados de quedarse, ¿no ves?

En el jardín había un fuerte olor a *curry* que lo invadía todo. Busqué a mi madre, con miedo de verla con el burka en la cabeza, porque esta era muy capaz de seguir con él puesto. Pero no la encontré por ningún lado, ni cerca de las bebidas, ni en la mesa plagada de velitas y de incienso y de cestas con pan naan, ni en la barbacoa. Había un gran foco con un trípode en la entrada de la casa iluminando hacia el jardín. Yo nunca lo había visto.

—¿Y mamá?

—Habrà subido a cambiarse —dijo mi padre.

—¿Le habrás escondido el burka?

—Tranquila, que ya está todo bien. Me costó convencerla, pero lo conseguí.

—No sé —dudé, sin acabar de creérmelo.

—Si esta cena casi ha sido cosa de ella. Bueno, de los dos. Pero la persuadí para que se mostrara cuanto antes y sin complejos. Es como su salida del armario. Y a mí también me va a venir bien un poco de apoyo. Así que, por favor, actuemos todos con normalidad y nada de hacer bromas ni...

—Que sí, papá. ¿Qué tal tiene la cara?

Tardó en responder.

—Bien, bien. De perfil ya casi es ella. Prométeme que va a ir todo fenomenal, ¿vale?

Yo miré hacia donde estaba Lu, que en ese momento le estaba dando una palmada en el culo al gallego y le pasaba un brazo por el hombro a Roberto. Tragué saliva.

—Fenomenal, sí.

Me acerqué a la mesa de las bebidas y me puse un *gin-tonic*. Una vez decidida a no darle teta a Guille, ya me podía lanzar a la bebida sin problemas. Y que solo iba a beber uno, además. Lo necesitaba. Sobre todo para una noche como esta. Con tanta estrella invitada, con tanto figurante de lujo, con tanta ebullición en el ambiente. Aarón vino a por una cerveza con el niño en brazos.

—Cariño, cenamos y nos vamos prontito, ¿vale? —le dije—. Que yo estoy muerta y mañana tengo mucho trabajo.

—Tranqui, tú no te agobies. Nos va a venir genial relajarnos un poco. Que en esta vida no todo es trabajar. ¿Estás bebiendo alcohol?

—Pero muy poco cargadito —mentí.

Martiño se acercó a por una cerveza. Y sonrió al ver la marca de las botellas.

—Cómo me gusta que tus padres tengan Estrella Galicia —exclamó cogiendo un botellín.

—En tu honor —dije yo con cierta mala baba.

—¿Qué tal, Sara? ¿Recuperada del susto? Ya lo siento que fuera así...

—Hoy estamos aquí para la salida del armario de mi madre, es lo único que importa.

—¿Qué salida del armario? —preguntó asustado. Yo creo que el pobre se esperaba cualquier cosa de nuestra familia. ¿Cómo culparlo?

—La de su nueva cara. No hace falta que hablemos de nada más. ¿Vale?

El gallego me pidió disculpas con un gesto y se alejó con su botella de Estrella Galicia.

—¿De qué habla? ¿Con qué te asustaste? —preguntó Aarón.

—Es un poco largo de contar, pero no fue nada. Y que no me asusté, tranquilo.

Aarón me echó una mirada que no supe cómo descifrar.

—Estás un poco rara...

—Soy rara. Deberías saberlo ya. —Aarón se quedó callado como dándome por

imposible—. Y que estoy algo nerviosa con mi madre. A saber cómo aparece.

Y justo en ese momento, ni que lo hubiéramos pactado, entró en el jardín de una manera triunfal, como si fuera una diva de Hollywood. Iba vestida con un sari indio de un color amarillo casi fosforito. Alzó los brazos para saludarnos. Y ahí entendí lo del foco. Lo había puesto ella, estratégicamente. Se había colocado entre el foco y nosotros para que su cara estuviera a contraluz y para que solo pudiéramos fijarnos en el amarillo chillón de su vestido.

—¿Cómo estáis, queridos? —preguntó. No se movió ni un paso más. Se quedó plantada entre el foco y nosotros.

—¿Tu madre nos ha llamado *queridos*? —advirtió Aarón.

—Eso parece. No soy la única que está nerviosa por lo que se ve.

—¿Y qué hacéis así vestidos? ¿Arturo no os dijo que era una cena temática? Una noche en la India.

—¿Yo? Primera noticia —aseguró mi padre—. ¿O me lo dijiste?

—Claro, y aparte el *curry*, el incienso, los pinchos morunos, el arroz hindú y el pan naan te debieron de dar una pista.

—Pues yo he llenado la barbacoa de hamburguesas.

—Vuestro padre siempre en las musarañas.

—¿Y desde cuándo hacemos cenas temáticas? —preguntó Lu.

—Renovarse o morir —explicó mi madre.

—Dijo la que se ha remodelado la cara entera —le susurré a Aarón. Él me dio un codazo—. ¿Un martini, mamá? —grité, enseñándole un vaso. A ver si así se decidía a moverse, porque la tía no había avanzado ni un paso.

—Claro, hija. ¿Y las velas no deberían estar ya encendidas? Lu, Martiño, en la mesa hay un mechero, encendedlas. Si es que tengo que estar en todo.

Mientras Lu y el gallego la obedecían, mi madre se acercó hasta los interruptores de la luz del jardín y la apagó, dejándonos casi en penumbras.

—Así mucho mejor.

—No vamos a saber ni lo que nos llevamos a la boca —protesté yo, caminando casi a tientas hasta la mesa.

Mi padre me susurró:

—En la cama ahora igual, siempre con la luz apagada. Pero mira, casi mejor, así me voy acostumbrando.

—¡Papá! —protesté.

Mi madre por fin se movió hasta la mesa de las bebidas y se sirvió un martini generoso. Luego vino a paso lento, supongo que porque veía tan poco como el resto y temía tropezar, hasta la mesa principal. Se sentó y enseguida apagó de un soplido la vela que tenía más próxima.

—Es para que la llama no me queme la manga del sari. Que no veáis la cantidad de accidentes que se producen con las velas.

—Si han sido idea tuya —dijo mi padre.

Aarón, con una capacidad asombrosa, y a pesar de la oscuridad, consiguió colocar a Guille en la trona. Era capaz de hacerlo hasta con los ojos cerrados. Los demás nos fuimos acomodando como pudimos, palpando las sillas más que viéndolas. Una vez sentados y de manera más o menos disimulada, tratamos de escudriñar la cara de mi madre. ¿Estaría menos inflamada, los pómulos estarían asentándose, las cejas habrían vuelto a su sitio? Apenas vimos nada, solo que había algo que brillaba en su rostro.

—¿Qué te has puesto en la cara, mamá? —preguntó Lu, señalándola.

—Un par de lunares indios de purpurina.

—¿Un par? —se extrañó mi hermana contándolos—. Cinco, querrás decir.

—¿A que son divinos?

Asentimos porque era lo mejor que podíamos hacer. Mi padre sirvió al vikingo una tajada de carne generosa.

—Mmm... *tasty*.

Y todos fuimos cogiendo un poco de pan naan y sirviéndonos vino. Empezamos a comer, alabando la comida, el vino y lo buena noche que se había quedado. Todo bien, todo civilizado, todo muy familiar. Mi madre feliz de que no se estuvieran haciendo referencias a su cara y encantada de tener a toda la familia y allegados allí. Así llamó al vikingo y a Roberto, allegados. Y yo feliz de que Lu no soltara la bomba de ese amor a dos bandas. Y que estuviera conforme con el término allegado para Roberto. Aunque yo la observaba con temor. Cada vez que le hacía una caricia al gallego o reía de manera cariñosa un comentario de Roberto, mi corazón se sobresaltaba. Por favor, que no dijera nada, que no lo soltara aquí y ahora. Que ya bastante teníamos con aguantar el paripé de que la cara de mi madre era perfecta.

—¿Qué tal la gira, Aarón? —preguntó mi madre.

Esa era una buena pregunta, bien. Por ahí podía transcurrir la cosa.

—Alucinante. En México ha sido una locura maravillosa.

Mi madre hizo un par de preguntas más al respecto y Aarón empezó a explayarse. Hasta que Lu decidió cambiar la conversación. Cómo no.

—A Mario le encantaron los bombachos para mi personaje —dijo.

No sé si pretendía reabrir nuestro episodio bochornoso o cerrarlo definitivamente. Porque yo, a pesar de los disgustos que me da mi hermana, siempre espero lo mejor de ella.

—Ah, qué bien... Algo me contó —mentí.

—¿Cómo va la preparación de la película, hija? —preguntó mi madre. Supongo que ya cansada de la perorata de Aarón sobre México y los mexicanos. Y agarrándose a la vía que había abierto Lu.

—A mil por hora. Pero ahí vamos. Yo creo que llegaremos. —Traté de reconducir la conversación—. Aarón, cuéntales lo bien que te trataron en Chiapas... y lo...

—¿Entonces te parece bien que me los quede? —insistió mi hermana—. Los bombachos, digo.

—Claro —aseguré—. Era una buena idea.

Yo estaba dispuesta a darle la razón a mi hermana y así cambiar rápido de tema, pero no, Lu no quería soltar la presa.

—¿Sí? No sé, como te volviste tan loca.

—Lu, por favor... —le imploré.

—La teníais que haber visto. Le dio un arrebató de loca total.

Estaba claro que no lo iba a dejar.

—¿Y eso? —preguntó Aarón.

—Perdona, pero yo no me volví loca. En todo caso eres tú, que tienes una capacidad increíble para sacarme de mis casillas.

—Por eso estabas tú tan rara. Porque te habías peleado con tu hermana —concluyó Aarón—. ¿Qué ocurrió?

—Nada. Diferencias creativas. Y ya sabes cómo es Lu —atajé—. Pero no hablemos de trabajo.

Mi hermana vio un filón para la pelea y decidió seguirlo.

—¿Cómo soy, a ver? —preguntó.

—Vamos a dejarlo. —Me llevé un trozo de brocheta a la boca—. Mamá, está todo riquísimo, de verdad. ¿Lo has hecho tú o te ha ayudado Rosa?

—Yo, yo. Todo yo.

—Deberías cocinar más, mamá. En serio.

—¿Cómo soy? —insistió mi hermana.

—Lu, aquí estamos muchas personas, no hace falta que todo gire en torno a ti.

—Es que has sido tú las que has dicho con un tonillo horrible: «Ya sabes cómo es Lu». Y me gustaría que lo aclararas.

—Era una manera de hablar.

—De eso nada. Lo dijiste con toda la intención.

—Déjalo estar, mujer —le pidió el gallego a mi hermana—. Con lo *perfeta* que iba la cena. Y lo bonito que debe de ser México. Aarón entonces en Chiapas...

—No —le interrumpió Lu—. Que se explique. ¿Cómo soy? Venga, di. ¿Cómo soy?

Vale, ella lo había querido. Lo estaba pidiendo a gritos. Pues nada, lo iba a tener.

—Caprichosa, tocapelotas, inconsciente, veleta, alocada, promiscua. Así eres. ¿Contenta?

—¿Promiscua?

—¿Qué? ¿No sabes lo que significa? Búscalo en la Wikipedia. Seguro que aparece tu foto.

—¿Me estás llamando promiscua como algo negativo?

—Sara... Lu... vamos a dejarlo aquí —trató de intervenir Roberto.

Y ahí yo me volví loca del todo. Lo reconozco.

—Tú a callar, precisamente tú te callas la boca. Lo que faltaba ahora, que volvieras de China para liarlo todo y encima pedir que me calle.

—¿Pero qué ha liado el pobrecito? —preguntó mi padre.

—Roberto tiene todo el derecho a dar su opinión como cualquiera en esta mesa —dijo Lu con un tonillo que la quise matar.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué tiene derecho a dar su opinión? Venga, dile a todos por qué.

Silencio tenso. Notaba cómo a Lu se le hinchaban las venas del cuello. Estaba a puntito de estallar, solo necesitaba el golpe de gracia.

—Venga, dilo, doña promiscua, ¿por qué Roberto puede dar su opinión?

—Que no me llames promiscua.

—¿Te gusta más... golfa?

—A mí tú no me llamas golfa, a mí tú no me llamas golfa o... o...

—¿O qué?

Lu no sabía qué hacer, ni qué decir, e impotente acabó por coger un zanco de pollo de su plato, bien untado en salsa de *curry*.

—O te tiro esto a la cabeza. ¡Retira lo que has dicho!

—Venga, lánzame, si tienes huevos. Venga.

—*War* entre *sisters*... uhh... Cinco euros a que el *chicken flies* —dijo el vikingo.

Mi padre se levantó y estiró las manos pidiendo orden.

—Pero ¿qué está pasando aquí? Hala, vamos a calmarnos todos.

—Yo estoy muy calmada —gritó mi hermana con el zanco en la mano.

—Y yo. Y yo —dije.

Mi padre desconcertado miró a Roberto.

—¿Tú sabes de qué va esto?

—Eh...

Mi padre entonces miró a Aarón.

—¿Y tú?

—Ni idea.

—Venga, ¿a qué esperas, valiente? —insistí—. ¡Tíramelo! Si se te va la fuerza por la boca.

Lu no aguantó más mi provocación y me tiró el zanco de pollo, pero con tan poca luz, no dio en la diana. El pollo pasó de largo y no pude evitar reírme.

—Ja. Inútil.

Pero la carcajada se me heló al instante cuando sentí un gran impacto en todo el pecho. La muy guarra me acababa de lanzar todo su plato de comida. Un gran chorretón de *curry* se impregnó en toda la tela alrededor del pecho. Noté cómo llegaba hasta mi piel la humedad pringosa de la salsa.

—Pero... Mi vestido nuevo... ¿Y si le llegas a dar al niño? ¿Eh? ¿Y si le llegas a dar al niño?

—¡El niño está al otro lado!

Cogí mi plato, dispuesta a tirárselo. Aarón se debió de dar cuenta de que era muy capaz de lanzárselo y decidió intervenir.

—Sara. Ya —dijo, obligándome a dejar el plato en la mesa—. Se acabó.

Cogió una servilleta y trató de limpiarme.

—Eso, tranquilízate un poco, bonita —me pinchó mi hermana.

—¡Putá! —le grité, apartando de un manotazo la servilleta de Aarón.

—¡Que no me llames puta! Papá, dile que no me llame puta.

—¿Y por qué no te lo voy a llamar? ¿Eh? ¿Eh? Si en esta mesa te los has tirado a todos. A todos. —Y ahí me di cuenta de que no estaba siendo del todo exacta—. Bueno, excepto a papá, a mamá y a mi hijo. Y a mi hijo dale tiempo.

—Eres...

—¿Qué soy? ¿Qué soy?

Estaba disfrutando de mis segundos de gloria.

—¿Cómo que a todos? —preguntó mi madre y en penumbras fue haciendo recuento, señalándolos con el dedo—. A Aarón, sí, al gallego, claro, y... ¿ya, no?

A mi hermana le salía fuego por los ojos. Pero yo ya estaba embalada y no pude parar. De verdad que no pude.

—A Aarón le puso los cuernos con el vikingo, mamá. Y al gallego con Roberto.

—¿Qué? —exclamó mi padre con los ojos como platos—. ¿Eso es verdad, Roberto?

Entonces puntualicé, con toda la mala leche, que era mucha, de la que fui capaz.

—Ah, no, perdón, lo de Roberto no son cuernos, lo del Roberto y el gallego es poliamor.

—¿Poli... qué? —preguntó mi padre.

—Po-lia-mor —repetí separando las sílabas—. Algo muy moderno, muy de tu hija pequeña. ¿No querías salida del armario, papá? —grité—. Pues tu hija, el gallego y mi ex están liados. Bueno, liados no, liadísimos. Viviendo una historia de película de no sé qué, ¿no era así?

—De película de Nouvelle Vague... pero que era una forma de hablar —dijo el gallego.

—De película más bien es esto —remató Roberto.

—*Fucking yeah* —aseveró el vikingo.

—No jodas —exclamó Aarón—. ¿El tercero era Roberto? —Casi se le escapó la risa—. Pero qué grande eres, Lu.

Quise asesinar a mi novio con la mirada.

—¿Grande? ¿Grande? ¿Pero a ti te parece normal? ¿Pero a vosotros os parece normal que se haya liado con Roberto? ¿Con mi ex, teniendo al gallego con su... su... tranca?

—Trancaza, hija, trancaza —puntualizó mi madre, sin disimular su admiración.

—A ver... —trató de explicar Aarón.

—No lo es. No es normal —atajé—. ¿A que no, mamá? ¿A que no, papá?

Silencio. Un silencio que me mosqueó. ¿No me habían escuchado? ¿No me iban a dar la razón?

—¿A que no es normal? —insistí.

—Bueno, hija, ya sabemos cómo es tu hermana —intercedió mi madre—. Y cada uno tiene que buscar la felicidad como pueda.

—¿Qué? —Yo estaba estupefacta. Miré a mi padre, buscando ayuda.

—Y Roberto es muy buen chico —continuó mi padre—. Y si en la cama él se entiende también con el gallego, pues más entretenido será. —Mi padre se dirigió a Roberto—: ¿Porque vosotros os tocáis y hacéis cosas?

—Eh... —Roberto no sabía dónde meterse.

—¡Papá! —grité—. ¿En serio?

Yo no daba crédito. Esto no podía estar pasando. ¿Pero qué estaba sucediendo? ¿De verdad mi padre le estaba preguntando a mi ex si follaba con el gallego?

—No sé —se disculpó mi padre—. Yo pregunto, porque siempre se aprenden cosas nuevas. A mí China me está abriendo la mente.

—No me lo puedo creer, ¿de verdad vais a estar de acuerdo con este disparate?

Mis padres se miraron entre ellos, levantando los hombros. ¿Acaso ellos estaban explorando también su sexualidad con el del zoo y por eso lo veían hasta natural? ¿Era eso? ¿Se habían vuelto todos locos menos yo? ¿En serio estaban todos de acuerdo en esa mesa? Mis padres, Aarón y hasta el vikingo parecía conforme, sí. Era el mundo al revés. Yo era Alicia a través del espejo, estaba en una dimensión paralela y no me había dado cuenta.

—Ya ves, la única que parece que no lo soporta eres tú —dijo mi hermana—. ¿Y sabes por qué no soportas que me haya tirado a tu ex y haya empezado una relación con él? Porque tienes un lío en la cabeza de no te menees, porque aún lo sigues considerando de tu propiedad y aprovechas la mínima ocasión para meterle mano.

¿Acababa de decir lo que acababa de decir? ¿Cómo podía lanzarme un golpe tan bajo? Eso era mucho peor que arrojarme un zanco de pollo.

—¿Qué? —preguntó Aarón—. ¿Eso es verdad?

—No... no... —mentí.

Estaba odiando tanto a mi hermana, pero tanto. ¿Cómo podía hacerme esto? ¿Cómo podía irse de la lengua de esa manera? Qué injusta, qué vil, qué cerda.

—¿Ah, no? ¿Le preguntamos a Roberto? ¿Le preguntamos qué hiciste nada más verlo? Roberto, cuéntalo.

—A ver... yo...

Quería morirme, quería matarla, quería... Arggg... Estaba a punto de estallar y provocar un cataclismo de dimensiones épicas.

—¿Creías que no me lo iba a contar? Entre nosotros no hay secretos.

—Hija, ¿le metiste mano? —preguntó mi padre—. Si eres madre de familia. Si tú ya tienes a Aarón...

—A ver... él también quería.

—¿Yo? —preguntó Roberto.

—Estás chiflada —aseguró mi hermana.

Esto no estaba pasando. No podía ser verdad que Lu otra vez consiguiera salirse

con la suya, que fuera capaz de darle la vuelta a esto. Y que yo acabara siendo la mala, la loca, la irresponsable. ¿Yo? ¿Yo? Pero esto había llegado a su fin. Aquí se acababa todo. Para siempre.

—Eres... eres... —exploté. Exploté a la manera del *big bang*, porque era lo único que podía hacer—. Una gran hija de puta, eso es lo que eres. Para mí estás muerta. Muerta. —Todos se quedaron en silencio ante lo que acababa de soltar—. Para mí estás muerta —repetí por si no había quedado claro.

Me miraron con cierto temor. Como si estuvieran viendo al mismísimo demonio, supongo. Mi hermana negaba disgustada y acongojada, Aarón intentó tocarme la mano y yo la aparté. El gallego y Roberto no sabían dónde meterse. Mi madre mirando a unos y a otros. Y mi padre se puso a recoger los restos del plato que Lu me había tirado.

—Pero, mujer, ¿cómo dices eso de tu hermana? Venga, vamos a calmarnos y...

Guille en ese momento se puso a llorar. No sé si por mis gritos, por la tensión del momento, o porque llevaba mucho tiempo sin que le hiciéramos caso.

Me levanté, y a tientas, como pude, saqué a mi hijo de la trona y cogí su bolsa enorme de aseo.

—Voy a cambiarle el pañal.

—Se lo cambié yo antes de salir de casa —dijo Aarón con cierto temor.

—¿Y? ¿No se ha podido mear en este rato? —Me dirigí hacia el baño, atravesando el jardín a oscuras, tratando de que mi hijo no se manchara con la salsa de *curry* de mi cuerpo. Sin darme cuenta tropecé con un seto y casi acabo con el niño en el suelo—. ¡Y que alguien encienda una luz, joder!

Me encerré en el baño. Me miré en el espejo. El vestido estaba inservible. Pringoso y asqueroso. Ese *curry* no se iba a ir nunca. ¿Qué acababa de pasar? ¿De verdad le había deseado la muerte a mi hermana? ¿Por qué me había dado por desenmascararla? Si era lo último que quería hacer. ¿Y por qué encima me había salido al revés y todos se habían aliado con ella?

Unos golpes sonaron en la puerta.

—Ocupado.

—Sara, soy yo —dijo Aarón—. Abre.

—Ya me apaño yo sola con el pañal. No te preocupes.

—Abre, por favor.

No quería abrir. Quería pasar por ese trance yo sola. Necesitaba un par de minutos para estar alejada de todos, para recomponerme. Pero tampoco quería montar más número del que ya había montado y que Aarón pensara que yo ya no tenía remedio. Así que saqué a toda prisa un pañal de la bolsa, lo extendí sobre la piedra del lavabo para que viera que estaba cambiando al niño y abrí la puerta para dejarle entrar.

—¿Había hecho caca?

—Un poco...

Observé mi vestido a través del espejo.

—¿Has visto cómo me ha puesto? —Aarón me lanzó una mirada acusadora—. Se ha vuelto completamente loca tirándome el plato... —seguí diciendo.

—¿Ella?

Supongo que la estrategia de echarle la culpa no servía de mucho. Mejor cambiaba de actitud cuanto antes.

—No sé qué me ha pasado —me disculpé—. Yo...

—¿Desde cuándo lo sabes?

Me hice la loca como si no supiera de qué estaba hablando.

—¿Desde cuándo sabes que tu hermana está liada con Roberto?

—¿Qué más da? Hace unos días. No creo que eso sea muy importante ahora mismo. La verdad.

Aarón buscó las palabras adecuadas, con miedo a no encontrarlas.

—¿Tú has visto la que has montado ahí fuera?

—Mi hermana también se ha quedado a gusto, ¿o no?

—Sara, es que ya te vale.

—¿Ah sí? ¿A ti te parece normal que Lu se líe con mi ex?

—Hombre, no creo que nosotros seamos los más apropiados para opinar, basándonos en nuestro historial.

—¡Lo nuestro fue distinto! ¡Esto ella lo hace para joder!

—Tu hermana nunca hace las cosas para fastidiar a nadie.

—¿La vas a defender?

—No la estoy defendiendo, Sara. Simplemente te digo lo que hay. Es verdad que tu hermana no piensa mucho en los demás, pero nunca tiene mala intención. No es rencorosa, ni vengativa, no es su estilo.

—¡Pero si me ha tirado un plato encima! ¡Que me podía haber matado!

—Lo estabas pidiendo a gritos.

Me puse a peinar a Guille con los dedos.

—Eso. Ponte de su parte.

—Sara, es que no tienes razón. No tienes ninguna razón para ponerte así. Lo siento mucho.

—¿Pero a ti te parece normal que se líe con Roberto? Porque será que no hay hombres en el mundo, será que no hay tíos estupendos con los que liarse para acabar con Roberto. Coño, si ya tenía a un gallego guapísimo, con acentazo, con conocimientos enciclopédicos y una polla kilométrica. ¿Qué más quiere?

—¿Y a mí me tiene que parecer normal que le metas mano?

Miré a Aarón a través del espejo. Azorada, avergonzada. Tocada y hundida.

—No... no fue así... No fue así para nada.

—¿No?

—Que fue una tontería, que estaba borracha y que no le metí mano...

—Tú sabrás lo que haces. Si no te estoy pidiendo explicaciones.

—Mejor.

—Joder... —dijo, dándome por imposible.

—¿Qué?

Estaba agotada. Quería irme de allí, quería borrar esa noche de mi biografía. Y sobre todo quería dejar de hablar.

—Sara, ¿qué coño te pasa?

Buena pregunta.

—De verdad que lo último que necesito es que vengas a tocarme las narices. Vamos a dejarlo, Aarón. Por favor.

Nos quedamos en silencio. No quería tener esa conversación. No ahora. No era lo mejor. Y que no se diera cuenta, que viniera a hurgar en la herida no era lo más sensato.

—Sara, no pasa nada si de repente tienes sentimientos encontrados. —Trataba de ser comprensivo, esa era su intención—. A veces con las exparejas ocurre. Sobre todo cuando los ves con otros, felices.

—¿Ah sí? ¿A ti te ha pasado con Lu?

Aarón resopló.

—Tienes razón. A lo mejor no es el momento para que hablemos —concluyó.

—Ahora me contestas.

—Qué cansina eres a veces, por Dios...

—¿A ti te ha pasado con Lu? —insistí.

—Empiezo a estar harto de tanta inseguridad. Estoy contigo, te quiero a ti. Tu hermana me cae bien, pero jamás de los jamases volvería a tener nada con ella. ¿Te queda claro?

Moví la cabeza asintiendo.

—Y no sé por qué coño te estoy dando explicaciones cuando has sido tú quien le ha estado metiendo mano a su ex.

—Y dale.

—Es que es obvio que tú sí sientes algo por él. ¿Si no por qué le has montado ese pollo a tu hermana?

—¿Y ahora quién es el inseguro? ¿En serio crees que Roberto y yo...? —traté de mostrarme indignadísima—. ¿Que yo aun siento algo por...? Por favor. Por favor. Por favor. Serás ridículo. Si se fue a China, si me dejó allí, si... Hay que ser muy... muy... para pensar que yo y él... Ridículo.

Aarón me miró como si estuviera viendo un caso perdido. Porque no se estaba creyendo nada de mi actuación.

—Va a ser mejor que me vaya, sí. ¿Me llevo al niño?

—El niño se queda, que lo estoy cambiando.

—No lo estás cambiando.

—Sí lo estoy cambiando —dije mientras me ponía a desnudarlo de manera torpe.

Guille reaccionó llorando.

—Deja que lo haga yo, anda.

Aarón trató de ponerse con el pañal, pero no le dejé. Estábamos forcejeando por cambiarle el pañal al niño. Inaudito.

—Sé cambiar un pañal, perdona —protesté toda digna.

—Ya, pero no voy a dejar que mi hijo sufra por culpa de que su madre se haya puesto histérica.

—¿Histérica yo? ¿Histérica yo?

Con tanto vaivén, el pobre Guille dio con su cabeza en el lavabo y un objeto salió expulsado con fuerza de debajo de su cabeza. Aarón rescató el objeto del suelo. Era una cuchilla de afeitar desechable. ¿Se había golpeado su cabecita contra una cuchilla? Guille empezó a llorar con todas sus fuerzas. Nos miramos impotentes. Aarón palpó su cabeza y...

—Está sangrando.

—¿Cómo va a estar sangrando?

Me enseñó sus dedos. Había sangre, sí. Poca, pero había. Aarón se apoyó en el lavabo, mareado, le impresionaba la sangre. Yo actúe a toda velocidad. Comprobé que la herida era apenas un rasguño.

—No ha sido nada...

—¿Nada? Está sangrando. Tu hijo. Mi hijo. Nuestro hijo.

—Que sí, que sí...

—Por tu culpa, si no te pusieras histérica, si no lo sacaras todo de quicio.

Él me atacaba, mareado pero me atacaba, mientras yo abría como una loca los armarios para buscar agua oxigenada, betadine, tiritas, gasas, lo que fuera. Empecé a tirarlo todo, sin ninguna consideración, como si fuera la policía y estuviera haciendo el registro de la casa de un vendedor de droga.

—Si pensaras las cosas, si...

—¡Calla, así no ayudas!

—Pobrecito, pobrecito —se lamentaba Aarón—. Si es que antes de que hubiera niño podía ser hasta gracioso que te comportaras así, pero ahora hay una vida que depende de nosotros. Y hay que pensar las cosas, y hay que... Ahora somos padres.

—¿Y crees que no lo sé? ¿Crees que no lo sé? Si no somos otra cosa. Padres. Putos padres. Y venga padres. Que parece que llevamos un cartel luminoso encima, que nos impidiera ser otra cosa más que padres.

Por fin encontré las tiritas y el agua oxigenada. Me acerqué a Guille para curarlo, pero Aarón intervino.

—Trae.

Me quitó el agua oxigenada y las tiritas de la mano. Seguía mareado, pero quería hacerlo él.

—Aarón, por favor, sé cómo ponerle una tirita a mi hijo.

—Déjame que lo dude.

Aarón hacía esfuerzos por aguantar su mareo mientras echaba un poco de agua oxigenada sobre la cabeza de Guille. El niño estaba peligrando con tanto mareo. Si apenas podía cogerlo.

—Pero si te estás mareando. Lo hago yo.

—No. Quita. Habrá que llevarlo al hospital.

—No seas exagerado, por favor.

—No estoy exagerando nada. Se ha dado un golpe en la cabeza.

—Sí, pero no se ha caído de un quinto piso. Los niños tienen el cráneo muy duro.

—Tú qué sabrás.

—¿Qué pasa? ¿Que aquí el único que lo hace bien con el niño eres tú? ¿Que aquí el superhéroe eres tú? Qué hartita estoy, de verdad, pero muy hartita.

—¿Tú? ¿Tú estás harta? ¿Tú? Mira, mejor me llevo al niño de aquí. Antes de que diga algo que no quiero decir o antes de que le pase algo al pobrecito.

—¿Pero qué le va a pasar? ¿Qué le va a pasar? ¿Qué estás insinuando? ¿No soy buena madre? ¿Es eso? ¿Me lo estás recriminando?

—Vámonos, Guille.

—Eso, vete. Huye, que eso lo haces muy bien. Y de paso ya les cuentas a todos que tú eres un padrazo y yo un cero a la izquierda como madre. Y una histérica que mete mano a sus ex. Porque eso es en lo que me he convertido, ¿no?

—Tú te lo dices todo.

—¿Sí? Pues mejor no digo en lo que te has convertido tú. En un sobreprotector, en un asexuado, en un... ¡cambiapañales!

Noté su desprecio. Noté su desprecio infinito en el gesto con que me obsequió. Creo que noté cómo se estaba desenamorando de mí. Le estaba ocurriendo allí mismo, todo su amor, toda su dedicación, todo su cariño, se desvanecía por segundos.

—Vete un poquito a la mierda, Sara.

Cogió al niño, las tiritas, el agua oxigenada y salió.

Yo me quedé petrificada. ¿Salía corriendo detrás de él? ¿Le dejaba que se fuera? Mejor sí. Mejor no liarla más, que yo aún era capaz. ¿Le había llamado cambiapañales? ¿Le había llamado asexuado? Ay, Dios, que ya le veía pidiendo la custodia del niño.

Abrí el grifo y me mojé la cara con agua fría. Y luego la mancha del vestido. Y traté de frotar sin mucho éxito porque lo único que hacía era expandir la salsa. Y hasta pensé en darme una ducha con la ropa puesta para que se fuera la mancha. Pasaron los minutos y yo no me decidía a salir. Sin saber cómo reaccionar, ni qué hacer. Avergonzada perdida. No quería enfrentarme a Aarón, ni a nadie, porque la había cagado con todos. Solo desaparecer. Volatilizarme.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Aarón? —pregunté.

—Soy mamá. Te he traído un vestido mío. Porque esa mancha por más que frotes no se va a ir.

—Ah, gracias. Déjalo en la puerta.

—Ábreme.

—Mamá...

—Que me abras.

Obedecí. Mi madre entró y vio los armarios abiertos, las cosas por el suelo... Pero prefirió no comentar nada. Me pasó el vestido.

—Creo que te quedará bien. Aarón se ha ido con el niño y el coche. ¿Le ha pasado algo al niño? Llevaba muchas tiritas en la cabeza...

—¿Muchas? Pero qué exagerado, si no ha sido nada.

—Nos pidió que te llamáramos un taxi cuando te quisieras ir.

—¿Y los demás?

—Ya se van.

No sabía qué decir. Aunque el cuerpo me pedía preguntarle si de verdad le parecía bien todo lo de mi hermana. Pero algo había aprendido esta noche, a fuerza de cagarla. Tenía que cerrar la boca de una maldita vez.

—Estás muy guapa. —Mi madre no reaccionó a mi halago—. Y he arruinado tu cena. Lo siento mucho.

—Ya habrá otras cenas.

—¿Me puedo quedar a dormir aquí?

NANA

Esa noche dormí poco, más bien nada. Estaba sumida en un pozo negro. No sabía qué iba a ser de mí, ni si tenía un futuro con Aarón, ni si lo que nos iba a unir a partir de ahora era solo nuestro hijo. ¿Cómo había dejado que se deterioraran las cosas de esa manera entre nosotros? ¿Cómo había ocurrido?

Harta de dar vueltas en la cama, de contar ovejas, de repasar el vestuario de la película y que no sirviera para conciliar el sueño, decidí invocar a mi amiga Inma. Porque a veces me servía para aclarar la cabeza. Tener charlas imaginarias podía ser tan útil como tener conversaciones reales con ella. O más.

—Hola, Inma.

—Ya estamos, mira que te cuesta coger el teléfono y llamar.

—Es que son las cuatro y media —dije, mirando el reloj del móvil—. Y tampoco quería molestarte.

—A ver, pesada, ¿qué te pasa?

—Está todo mal, Inma. La he cagado. He tocado fondo. Me he peleado con mi hermana, pero pelearme de verdad, vamos, que la he apartado de mi lado. Y he quedado en ridículo delante de toda mi familia y Aarón cree que soy la peor madre del mundo y que me gusta Roberto. Se ha llevado al niño. Y yo soy él y también me lo hubiera llevado. Soy lo peor.

—Qué melodramática. ¿A eso le llamas tocar fondo? Una buena guerra y una buena posguerra te hacía yo vivir a ti. Con su muerte, con su hambruna, con su exilio, con su miseria moral, con su grisura y con su escasez de todo.

—Tú no has vivido ninguna posguerra, Inma.

—Pero he visto muchas películas. Una posguerra o un buen cáncer terminal, y te ibas a enterar.

—¿Tu manera de ayudarme va a ser decirme que lo ponga todo en perspectiva, que hay cosas peores? Ya sé que hay cosas peores, ya lo sé, pero eso ahora no me vale. Le he llamado cambiapañales, Inma.

—Supongo que hay insultos peores.

—Y le he dejado que se fuera con mi hijo malherido, como si no me importara. Y claro que me importa. Si mi hijo es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¿Seguro? Suena a frase hecha.

—Bueno, lo mejor y lo peor que me ha pasado en la vida.

—Eso me gusta más.

—¿Sí? ¿Tú crees que eso tiene sentido?

—No sé. Yo no soy madre.

—Qué poco me ayudas. Antes me ayudabas más. ¿Qué hago, Inma? ¿Por qué no puedo ser feliz con lo que tengo? Si lo tengo todo: a Aarón, a mi hijo, un trabajo que me gusta... ¿Por qué no me basta? ¿Por qué no soy feliz?

—Sara, ¿y en qué momento creíste que por conseguir al chico, por tener un hijo iba a ir ya todo bien? ¿Por qué creíste que ibas a ser feliz por decreto?

—¿No?

—Que pava eres a veces.

—Ya sé, ya sé que la felicidad es una quimera, que solo existe al final de los cuentos y que por eso se acaban ahí, que si continuaran veríamos que la princesa tiene problemas con el príncipe, que no aguanta a la suegra, que el bebé llora mucho, y yo qué sé.

—La felicidad es una aspiración legítima. Pero ya. No hay que obsesionarse, ni frustrarse si no aparece, porque es intermitente, esquiva, puñetera y hay que trabajársela y ganársela día a día. Y aun así, nadie te garantiza que aparezca.

—Si todo eso lo sé.

—Claro, como que te lo estás diciendo tú.

—Si al menos Aarón me valorara como antes, si viera más allá de lo mala o buena madre que soy. ¿Sabes que Roberto, la noche que vino a verme, se quedó admirando mis paneles?

—¿Tus qué?

—Donde tengo todo el trabajo de la película. Y Aarón ni los ve. Solo tiene ojos para Guille.

—Exageras.

—No. Le da igual todo lo que va más allá del niño. Me he convertido en una mamá y nada más que en una mamá.

—Pero si eres tú quien ya solo le ve como un padre. Que por eso no te pone. Que él te verá como una mamá, pero todavía tiene ganas de hincarte el diente. Y para lo estropeada y estresada que estás, ya tiene mérito el hombre.

—Eso, tú húndeme más.

—No haberme invocado cuando estás deprimida, hija.

—¿Sabes? Fue tan agradable que Roberto me volviera a ver como... como una mujer con talento, trabajadora, como una mujer...

—Borracha.

—Sexy, iba a decir.

—¿Te vio sexy?

—Claro. Me había arreglado para Aarón. Estaba total.

—¿Y Aarón no te hubiera visto sexy si hubiera aparecido?

—No apareció.

—Ahora también va a tener la culpa de que su avión se retrasara.

—Bueno, pues seguro que de haber aparecido hubiera ido directo a hacerle

ñoñerías a su hijo.

—Huy, que estás celosa de tu hijo. Qué mal.

—Que no es eso. Que yo quiero a mi hijo. Yo quiero mucho a mi hijo.

—Y por eso es lo peor que te ha pasado.

—¡Y lo mejor! Vale que me encantaría no estar pegada a él todo el día, vale que me encantaría que no definiera cada hora de mi vida, pero...

—¿Qué?

—Que ahora no está y lo echo de menos. Lo echo mucho de menos. ¿Y si lo he perdido para siempre? ¿Y si Aarón se lo lleva al extranjero?

—Eso sería un secuestro y tu novio compone regular y cada día es más hortera, pero un secuestrador no es.

—¿Por qué dices que cada día es más hortera?

—Te recuerdo que me estás invocando.

—¿Y?

—Que todo lo que sale de mi boca lo estás pensando tú.

—¡Pues no es hortera! ¡No es nada hortera!

—Vale, vale. Qué carácter. Y entonces, si está bueno, si no es hortera, si te quiere, ¿por qué te da por desnudar a Roberto, por qué te da por volver a suspirar por él?

—Porque... —me costaba encontrar una razón, hasta que di con algo—, porque soy humana, supongo.

—¡Aleluya!

—¿Qué pasa?

—Por fin. Es la primera vez en toda esta conversación que no te compadeces de ti misma. Eres humana, bienvenida al club. No eres perfecta, bienvenida al club. Tienes fallos como madre, bienvenida al club. Tienes dudas con tu pareja, bienvenida al club. No tienes ni fuerzas, ni tiempo para ser feliz, bienvenida al club. Has tenido una recaída con tu ex, bienvenida al club. De repente sientes celos de la libertad de tu hermana, bienvenida al club. ¿Sabes cómo se llama el club?

—Ya he perdido el hilo con tanta bienvenida.

—Se llama el Club de No Pasa Nada. El Club de Así Estamos Todas. El Club de Mantén la Calma. El Club de Mañana Será Otro Día.

—Sí que tiene nombres el club ese.

—Sara, ¿no te está entrando un poco de sueño?

—Un poco.

—Pues duérmete, que no pasa nada. Y que mañana será otro día.

—¿Tú crees? Ay, Inma, qué bien me vienes siempre. Buenas noches.

Y por fin pude dormir. Con sueños y con mil pesadillas, pero dormí. A la mañana siguiente, desperté bastante descansada y de mucho mejor humor. Llamé a Inma para darle las gracias. Ella enseguida intuyó por qué se las daba.

—¿Me has vuelto a invocar?

—Solo un ratito.

—¿Y por qué rayos no me llamas?

—Es que eres tan lista cuando te invoco.

—Serás zorrón.

—No, humana. Soy humana.

—¿Y qué vas a ser, un robot?

Le mandé un beso y me despedí de ella. Bajé las escaleras y entré en la cocina.

Mi padre estaba preparando el desayuno.

—Buenos días, papá.

—Hola, hija. ¿Tostadas con tomate? A tu madre le estoy preparando una infusión de cardamomo. Le ha dado por ahí. Dice que es buena para la hinchazón. Yo creo que por mucho que beba, eso no va a tener arreglo, pero por si acaso. ¿Quieres?

—Mejor me voy a casa. Que tengo que hablar con Aarón.

—Y con tu hermana.

—Primero lo primero.

—Bueno, pero no dejes que lo de tu hermana se enquiste. Que le dijiste cosas muy feas.

—Lu sabrá perdonarme —dije, quitándole importancia.

—A tu hermana las cosas también le duelen.

—Ay, papá... —protesté, sin ganas de entrar en ese tema.

—¿Qué?

—Que ya veré. Y que aún no sé si quiero hacer las paces con ella.

Mi padre cogió el plato con las tostadas y vi cómo le temblaba la mano.

—¿Estás bien?

—Ah, sí, sí. Que entre el *jet lag* y tu madre he pasado la noche en vela y estoy sin fuerzas.

—¿No me digas que la nueva cara ha surtido efecto y habéis estado dale que te pego?

—No. Toda la noche discutiendo.

—¿Por qué? ¿Por mí?

—No. Es porque yo no acabo de acostumbrarme... a esa nueva cara. Y ya sabes cómo es tu madre de impaciente, que lo quiere todo y lo quiere ya. Y como me conoce, sabe dónde pinchar para sacarme de mis casillas. Que si al otro, a Ismael, le ha mandado una foto y la ve estupenda, que si él sabría valorarla...

—Va de farol. Ni caso, que con el del zoo no se atrevería a mostrarse así.

—¿Y conmigo sí?

—A ti también te rehuía. Fui yo quien la delató.

—Ya, ya... Pero con tu madre nunca se sabe. ¿Y qué quieres que te diga, hija? Desde que está así de insegura es agotadora. Agotadora. Que yo vuelvo de China sin saber lo que me voy a encontrar y me paso las horas en el avión imaginándome lo peor.

—Solo es mamá.

Mi padre le dio un mordisco a la tostada.

—Qué malo es envejecer, hija.

—Aún os falta mucho para que seáis viejos. Sobre todo a mamá, que ahora con esa cara se ha quitado lo menos siete años.

—Muy graciosa.

—Y tú siempre te puedes poner otro *piercing* y quitarte como mínimo cinco, ¿no? Me miró dándome por imposible. Me acerqué a él, le di un beso y me despedí.

Durante el camino a casa, tuve que coger un autobús, el metro y luego el metro ligero, mi buen humor, o mejor dicho, mi estado animoso y positivo, se fue nublando. Porque una cosa es que la Inma imaginaria me convenciera de que el asunto no era para tanto y otra muy distinta lo que pudiera pensar Aarón. Así que después de tanto transbordo llegué a Sanchinarro con el corazón encogido. Sin saber muy bien si me iba a encontrar la casa vacía y una nota de despedida, o si Aarón estaría haciendo las maletas y con un abogado y con los de servicios sociales para quitarme al niño.

Metí la llave en la puerta. La giré y entré.

Aarón estaba en la sala, con su guitarra y el ordenador portátil encendido, cantando con una voz cálida y casi susurrante una nana a Guille, que le miraba desde el parquecito encantado. La estampa de la paternidad moderna.

—Aarón, qué bien que estés aquí. Ya me estaba imaginando la casa vacía. —Pero en vez de saludarme, o al menos de dirigirme una mirada, siguió cantando—. Aarón...

Por fin me miró, frunció los labios e hizo una señal para que me callara. Vale, me estaba dejando claro que esa nana era más importante que yo, que todo lo que tuviera que ver con su hijo, una vez más, era más importante que yo. Pero supongo que me lo tenía merecido, que después de todo lo que había soltado por mi boca la noche anterior, que si asexual, que si cambiapañales, me lo tenía más que merecido. Así que me callé y esperé a que la canción terminara. Se me hizo eterna. Porque anda que no tenía estrofas la nana. Y si Aarón esperaba que con eso Guille se quedara dormido iba listo, si lo único efectivo para que le entrara sueño a esas horas es que yo le diera teta. Solo después de succionarme como un caníbal podía quedarse frito. Así que me acerqué hasta la cuna y con toda la naturalidad, es lo que tenía llevar ocho meses haciéndolo, saqué mi pecho derecho por encima de la camiseta. Guille, en cuanto la vio, extendió sus brazos hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja. El poder hipnótico de un pecho. Aarón entonces se dio cuenta y al verme con el pecho al aire casi le da un parraque. Tiró la guitarra al suelo.

—¿Qué haces? —preguntó escandalizado.

—Solo es una teta.

Aarón cerró de golpe el ordenador, con tanta fuerza y tan poco tino que salió disparado de la mesa.

—¡Que estaba transmitiendo en directo para los fans de Latinoamérica!

—¿Qué? ¿Me han visto sacar una teta? ¿Y por qué no me avisas? ¿Y por qué les cantas una nana? ¿Cuántos había conectados? ¿Muchos? Dime que pocos.

—Joder, Sara...

—¿Qué? Yo qué sabía que compartías estos momentos de intimidad con tus fans. Las nanas se cantan a los niños, no a los fans.

—¡No era una nana! ¡Era una canción de amor!

—¡Pues te había quedado como una nana! Tú verás si es así como quieres enfocar tu carrera. El rockero lullaby.

—Pues los padres rockeros tienen mucho tirón, para que lo sepas. A muchas y a muchos les gustan.

Preferí no entrar al trapo. Que no estaba el horno para bollos. Y se trataba de hacer las paces con él, no de cabrearle más.

—Y que hayan visto esta teta así... pffff... —La toqué con cierto desprecio. Ya no era un apéndice *sexy*, era solo una bolsa de leche—. ¿No lo puedes borrar?

—¡Era en directo, Sara! Se va a acabar haciendo viral. La teta de la novia de Aarón, ya verás.

—Siempre podemos explicar que le iba a dar de mamar a Guille. Es la cosa más normal del mundo. Habrá que normalizar la idea de dar el pecho, ¿no? A lo mejor hasta te conviertes en un referente.

—Seguro —dijo sin creérselo—. ¿Y tú no habías decidido ya destetarlo?

—Sí, pero hay que hacerlo poco a poco. A un yonqui no le puedes quitar su dosis de buenas a primera. Sería muy cruel.

—Comparar al niño con un yonqui, tienes cada cosa.

—Ay, era una manera de hablar.

Guille protestó, quería teta. Y con toda la razón. No podía ponerle delante de sus narices el paraíso alimentario y luego quitárselo. Lo saqué del parque. Me senté en una silla y lo puse a amamantar. Enseguida me invadió una sensación placentera. Le sonreí a esa carne de mi carne, a ese tragón.

—Te gusta, ¿no, gordito?

Aarón se quedó mirándonos. A Guille daba gusto verlo chupar. Y la verdad es que a pesar de la esclavitud que suponía estar constantemente con el niño agarrado a mis pechos, en muchas ocasiones yo lo disfrutaba casi tanto como él.

—Yo creo que aún no se la voy a quitar. La teta, digo. Le gusta demasiado.

—Muy conveniente.

No entendí por qué lo decía. Y se me debió de notar en el gesto.

—Eres como un libro abierto, Sara.

—No sé de qué hablas.

—Ahora quieres demostrar que eres una madraza. Ahora que tienes miedo de que me lo lleve, decides que necesita el pecho.

—¿Y por qué te lo ibas a llevar?

Todas mis alarmas se dispararon. Así que yo no estaba exagerando cuando notaba que la cosa entre nosotros estaba mal. Él también estaba pensando en dejarme.

—No me lo voy a llevar. Pero tú piensas que me lo voy a llevar.

—Si lo pienso será por algo. Y yo no te culparía, de verdad. Si hasta lo entendería. Si estoy insoportable.

—Sara...

—¿Qué?

—¿No ves que es muy cansado eso de que estés continuamente poniéndome a prueba, metiendo la pata y luego pidiendo perdón de esa manera encantadora?

—¿Es encantadora?

—Las primeras doscientas veces lo fue. Pero hace mucho que dejó de serlo.

Vaya. La cosa estaba mal. La cosa estaba fatal entre nosotros.

—Lo siento mucho, Aarón. Pero meto la pata, sí. Soy humana.

—Soy humana. ¿Eso no es un disco de Chenoa?

—Estoy tratando de disculparme, de tener una conversación seria contigo.

—Sara, es que no me puedes liar la que me liaste ayer y ahora venirme con un lo siento, soy humana. ¿Esa es tu excusa, tu disculpa, tu solución? Soy humana.

—Pues...

—Le digo que soy humana y el bueno de Aarón me perdonará sin más.

—Tío, estoy admitiendo que he metido la pata. Perdona.

—Ya sé que has metido la pata. Y ya sé que todos la metemos, joder. No es eso.

—¿Cómo que no?

—Que esto ya no es una metedura de pata, Sara. Esto es un puto patrón. Que lo nuestro va como el culo. Que ni me miras, que ni me deseas, que solo discutimos y que prefieres tirarte al paquete de tu ex, antes de darme un beso a mí, joder.

—Por favor, que no te entre ahora un ataque de celos, que era lo que me faltaba.

—¿No? ¿Y por qué no? ¿Eh? Si junto todos los elementos, si me pongo a sumar todo lo que has hecho estos meses y la conclusión es...

Se calló. Decidió guardarse para él la conclusión.

—¿Cuál es la conclusión?

—No quiero tener esta discusión mientras le das la teta al niño, Sara.

—No se me va a cortar la leche, tranquilo.

—Es que ya no quiero tener más discusiones. Es lo único que hacemos.

—Eso no es verdad.

—¿No? Dime, cuándo fue la última vez que tú y yo hicimos algo que no fuera discutir. Y yo tengo paciencia, yo me digo, venga, es una mala racha, aún nos estamos ajustando con el crío, ella lleva la peor parte, ella se queda sola, ella lo está haciendo todo, ella... ¿Pero sabes qué? Que tampoco es verdad. Porque yo hago mucho. Y que conste que no te lo digo para echártelo en cara, ni para ponerme medallas. Solo digo lo que hay. Me encanta hacer mucho, me llena, me gusta, es cansado y a veces agobiante, pero me lo paso bien con el crío.

—Y yo —dije con un hilillo de voz no demasiado convincente.

—Y me gustaría que lo pasáramos bien los tres. Como una familia. Pero no hay manera. Tú me apartas.

—No...

—Sara, sí. Llevas meses apartándome. Y no sé por qué. A lo mejor lo nuestro tenía fecha de caducidad. Al menos por tu parte. Y a lo mejor solo queda acabarlo.

—No...

—Y si tú ya has dejado de quererme, hablemoslo. Admítelo. Va a ser duro, claro. Pero es mejor enfrentarse a ello. Hagámoslo bien. Tenemos un crío en común... Y... Esto es una mierda, joder.

—Ya...

—Sara, no quiero hacerte el trabajo sucio. Si quieres romper conmigo, tienes que ser tú la que lo haga.

—Yo... yo... no... yo no...

—¿Qué? Dilo.

Y yo muda. Esto no podía estar pasando. Esta conversación no tenía que haber ido por estos derroteros. Por supuesto que no. ¿Pero entonces por qué no le ponía remedio de una vez? ¿Por qué no la reconducía con fuerza?

—Sara, ¿me quieres?

—Eh... pero... ¿Qué clase de pregunta es esa? No me puedes preguntar eso.

—¿Por qué no?

—Porque no. No estamos en una de tus canciones. Tenemos un hijo en común. Tenemos que ser adultos.

—Ya sé que tenemos un hijo en común y el niño va a estar bien aunque nos separemos. No va a ser el primero ni el último que se cría con unos padres separados y sabremos hacerlo. Así que no metas al crío en esto. ¿Tú me quieres?

—Yo... yo quiero quererte.

No era la mejor respuesta. Pero era una respuesta. Que hablaba de mi intención de intentarlo, de seguir intentándolo. Sé que no era la respuesta que buscaba, pero era mejor que un «No te quiero». Era mejor que un «Esto se acabó». Debía bastarle. Tenía que bastarle. Al menos por ahora.

Un claxon en la calle empezó a sonar de manera atronadora e insistente. Aarón miró su reloj. Me miró a mí.

—Creo que son los del grupo. —Aarón se acercó a la ventana. La abrió y gritó—: ¡Bajo! —Cerró la ventana—. Me tengo que ir al estudio.

—¿Vamos a dejar esta conversación así?

—Creo que ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir, ¿no?

Aarón cogió el portátil y la guitarra, le dio un beso a Guille y se dirigió a la puerta.

—Aarón, ¿qué vamos a hacer?

—No sé. Hoy acabaremos muy tarde. Así que a lo mejor me quedo a dormir en

casa de alguno de estos. Y mañana es el concierto.

No recordaba nada de ningún concierto.

—Le pedí a tu madre que mañana nos cuidara al crío, por si querías venir... Aunque no sé si es el mejor momento.

—Claro, claro que voy. Estaré en la primera fila, coreando como una fan enloquecida.

Aarón no reaccionó a mi tontería. Abrió la puerta y se fue. Me quedé allí sola, en ese piso de mierda, en ese barrio de mierda, y con Guille agarrado a mi teta. Él era lo único que no era una mierda en todo esto, pero no mejoraba gran cosa cómo me sentía.

Llevé al niño a la guardería. Habíamos decidido empezar a llevarlo por las mañanas ahora que yo ya estaba a tope con la película y ya había fecha de inicio de rodaje. Fue un drama dejarlo allí, como lo era todos los días. Él se agarraba a mí, me chantajeaba con sus lloros, con sus caritas de pena, y yo tenía que cerrar los ojos, dejarlo en brazos de una de las *profesoras* y marcharme corriendo.

Llegué tarde, cómo no, a trabajar. Y al entrar al estudio de Roma noté a todo el mundo muy atacado, trabajando frenéticamente, o más que trabajando yendo de un sitio para otro. Roma trataba de capitanear el follón.

¡¡*Questa qui, presto!*!

—Ya te vale, bonita, menudas horas, y con el día que tenemos —me regañó David.

—Menudo lío. Si es que yo ya no encuentro ni la mitad de las cosas... —protestó Chusa—. ¿Dónde has metido el traje de Catalina de la secuencia veintiuno?

—Supongo que tiene que estar en la mesa... ¿Qué pasa? ¿Por qué estáis todos tan alterados?

—¡Sara! Que tenemos que presentar todo el vestuario mañana a los socios de Luanca.

—¿Perdón? Pero eso cómo va a ser... pero... si aún está todo en pañales... si...

—¿No te ha avisado Mario? ¿O Roma?

—No...

—¿No? Esa te hace luz de gas, te lo digo yo. Te lo llevo diciendo desde el principio —murmuró David.

Me acerqué a Roma.

—¿Roma? ¿Qué está pasando? ¿Por qué no me has avisado? ¿Qué es eso de que hay que hacer una presentación del vestuario?

—¿*Non si guarda el telefono? ¿Tu non mira el tuo movile?* Tres mensajes, tres te dejé. Llama al *tuo* Mario... y convéncele de que esto es una *follia*, un disparate, una catástrofe.

Llamé a Mario por teléfono.

—Mario, ¿qué es esto de la presentación?

—Nada, nada, puro trámite. Que los de Luanca han estado mirando el plan de preproducción y la fecha de rodaje y creen que vamos muy justos y que no llegamos.

—¿Y?

—Que bueno, como vuestro departamento es el que va más adelantado, gracias sobre todo al currazo que te has metido, se me ha ocurrido llevarles de visita al taller y que vean que si con el vestuario, que es de lo más complicado de esta peli, llegamos, con todo lo demás vamos a poder también.

—Mario, pero si aún estamos muy en bragas, si aún no tenemos ni el *leitmotiv*, el hilo conductor, el estilo claro. Si aún estamos probando.

—Ay, Sara, no te me pongas artista, claro que lo tenéis. Si ya casi está.

—¡No! ¿Por qué no retrasas la visita, qué se yo... tres semanas? Te prometo que para entonces lo tenemos.

—Huy, qué va, si ya están viniendo de Francia. No, no, mañana.

—Anúlalo, por favor.

—Si les va a encantar, ya verás. Y que no puedo anularlo, si no los convengo mañana de que podemos empezar en esta fecha, tendríamos que retrasar un año. Que esta peli necesita exteriores de verano y otoño. Necesitamos días largos y necesitamos los árboles con las hojas doradas.

—¿Me estás diciendo que depende de mí, del vestuario, que la peli no se retrase un año?

—No lo expreses así. Que te conozco y te agobias. Tú piensa que con todo lo que lleváis creado ya hay de sobra para convencerles. Si yo lo he visto y es más que suficiente.

—Mario, si lo que hay solo son bocetos, solo hay catorce o quince trajes. En una peli de ciento veintisiete.

—Pero los de Luanca no saben que son tantos. Que te vas a apañar muy bien Sara, tranquila. Mañana nos vemos. Te quiero.

Y me colgó. Miré a todos lados, el caos frenético, el desorden, las prisas, Roma gritando, David yendo de un lado para otro, Chusa rebuscando el traje perdido y me puse a hiperventilar. Era imposible que para mañana tuviéramos mínimamente organizado esto. Era imposible. Por mucho que inventáramos, engañáramos, sobredimensionáramos el curro, no iba a colar.

Pero tenía que hacerlo, tenía que capitanear el equipo, tenía que lograr centrarme en el trabajo, aparcar todos mis problemas con Aarón, con mi hermana y con Roberto y sacar adelante el trabajo. Quedaban veinticuatro horas, si no dormíamos, si pedíamos comida a domicilio, si nos organizábamos, si conseguía que alguien se hiciera cargo de mi hijo o me lo trajera hasta el trabajo, si... Eran muchos condicionantes, lo sé. Pero no me quedaba otra, no nos quedaba otra. Yo no podía fracasar también en lo único que más o menos tenía controlado, o sea mi trabajo. Había apostado muy fuerte por esto, muchos meses, mucha ilusión, mucho curro

invertido como para ahora tirar la toalla. Así que, con todo el ánimo y la voluntad de que fui capaz, me puse a ello. Había muchísimo por hacer: organizar los trajes que ya llevábamos hechos, intentar acabar como mínimo tres de los que teníamos a medias, definir mejor la línea de los protagonistas, porque ahora mirando los paneles lo que veía no me convencía nada, ¿cómo podía ser que la semana pasada aquello tuviera sentido y ahora no se lo encontrara por más que lo intentara?

Puse a todo el mundo a mis órdenes, distribuí tareas de la manera más eficaz que pude, aunque las prisas y el ansia me podían y a veces mandaba cosas contradictorias, pero es que era mirar El Libro desordenado, en el que no encontraba parte de las páginas que en teoría debían estar desparramadas por la mesa, o echar un nuevo vistazo al panel de los protagonistas y venirme abajo.

—David, ¿no teníamos dos trajes más para Carlos? ¿O me lo estoy inventando?

—Ay, ya no sé, Sara. Entre que estás como estás y la otra que lo cambia todo sin preguntar.

—Vamos a centrarnos. Teníamos una casaca de plumas de faisán. ¿O no? ¿O no lo hicimos? ¿O la llevé a casa?

—Eso ha sido Roma, seguro.

—Por favor, David. Vamos a dejar de echarle la culpa a Roma de nuestra incompetencia. Que esto es un desastre, que ya teníamos que llevarlo todo más adelantado, o más ordenado, o más...

—Sara, tranqui. Que nadie imaginaba que mañana íbamos a tener que hacer una presentación. ¿De acuerdo? —Se acercó a mí para hablarme entre susurros—: Y ya sé que no lo quieres escuchar, pero esa gorda italiana no ayuda. No ayuda nada. Estoy deseando que abras los ojos de una vez.

—Se acabó. Ya empiezo a estar harta de tus celos de Roma.

—¿Yo celoso?

—Sí, David. Que no soportas que tenga a una mentora, que nos llevemos de maravilla, que disfrute con ella, que tengamos un código común y que compartamos muchas cosas, entre ellas que las dos somos madres.

—¿De verdad crees que estoy celoso? ¿De qué? ¿De que no tengo un coño con el que parir como el vuestro? Lo que me faltaba por oír. Que crees que estoy jodido porque no me incluís en vuestro *lobby* de la maternidad.

—No sé, David. A veces me da la impresión de que eso es lo que te pasa.

—Pues nada, nada. Yo mudo a partir de ahora.

—Que no es eso. Yo solo quiero que comprendas que si logramos sacar esto adelante es porque tenemos a Roma en el equipo.

David hizo un gesto de cerrarse la boca con una cremallera, y aunque no me hizo muy feliz, no insistí. Nos pusimos a trabajar. Como locos. Fueron pasando las horas a una velocidad de infarto. Y yo sentía que por más que tratáramos de avanzar, de

solucionar, de tomar decisiones prácticas, útiles o provisionales que sirvieran para salir del paso, el panel con los vestidos, la propuesta en general no se sostenía. Ya solo veía lo que nos faltaba, no lo que teníamos. Cada vez que miraba el panel me parecía que tenía más huecos, y sentía que me faltaban piezas fundamentales que yo creía tener avanzadas.

«¿Dónde está el boceto del miriñaque de Elena? Teníamos varias fotos de referencia además, ¿no?».

«Habíamos hecho unas hombreras con plumas de codorniz y guacamayo para la armadura de Rodrigo, ¿o no?».

«¿Y el corpiño de pedrería de Rosaura? ¿No habíamos quedado en ponerle unas plumas de ave del paraíso? ¿O ese lo rechazamos? Ah, sí... creo que sí, ¿no?».

David y Chusa estaban más bloqueados que yo, iban exhaustos de un lado a otro. Y David quería seguir echando las culpas a Roma, pero cada vez que iba a abrir la boca, yo se lo impedía. Olvídate de Roma, ¿dónde está el miriñaque? ¿Qué plumas habíamos decidido para el casco? Y no siempre tenían respuesta para mis preguntas. También consultaba con Roma. Pero Roma, aunque eficiente y profesionalísima, se volvía un volcán en situaciones límite y acababa gritando más agobiada que yo.

—¡*Erres... Erres...* me estás estresando, *cara mia!*

Mi madre me llamó por teléfono en medio de la vorágine. Le habían avisado de la guardería. Que por qué no había ido a buscar al niño. Miré la hora, tardísimo. Se me había olvidado mi hijo. Le pedí que fuera a por él. Ella no quería, aún no estaba preparada para que el mundo la viera con esa cara.

Y yo no tenía a quién acudir, no podía pedírselo a mi hermana después de todo lo que le había dicho, no podía pedírselo a Aarón porque no quería que pensara que no podía hacerme cargo de Guille. Probé con mi padre, pero estaba en una reunión con el ayuntamiento, probé con el vikingo pero estaba en la misma reunión. Probé con Inma, pero no podía salir del trabajo. Así que volví a llamar a mi madre.

—Mamá, tienes que ir tú.

—Yo no puedo, hija, de verdad que no... Yo aún no estoy preparada para enfrentarme al mundo.

—Pero si ayer fue tu salida del armario, si ya te vimos todos en casa.

—Pero erais familia. Aún no estoy preparada.

—Mamá, pues ponte el burka, pero vete, por favor. Quítale las plumas rosas, eso sí. Que eso desconcierta demasiado.

—¿Me estás pidiendo que me ponga un burka? ¿A tu madre?

—No, te estoy pidiendo que vayas como sea a buscar a mi hijo. Por favor. Y mamá, ¿te puedes quedar al niño toda la noche?

—Hija mía, te tienes que hacer responsable de tu hijo. Ser madre implica eso. Y si no haberme hecho caso cuando yo te dije que te lo pensaras antes de tenerlo.

—Mamá, por favor, necesito ayuda. Por favor.

Por fin accedió. Y yo llamé a la guardería para avisarles de que tal vez fuera mi

madre, o tal vez fuera la chica que tenía en casa, una mujer musulmana majísima, pero un poco talibana. Roma escuchó parte de esa conversación.

—¿Cuida de tu hijo una integrista?

—Ahora no tengo tiempo para explicártelo.

Y volví al trabajo. Y las horas siguieron pasando, y yo veía que no, que no llegábamos. Que faltaban piezas, o que yo las había diseñado de otra manera... ¿O no? ¿O me estaba volviendo loca? Si es que no estaba centrada, si es que todo me superaba, si es que así no se podía trabajar. David acusaba a Roma con la mirada.

—Que no, David.

Pero de tanto acusarla hasta empecé a tener dudas. Y casi estuve a punto de preguntarle si me estaba boicoteando sin querer, de una manera inconsciente, que tal vez su ego se había apoderado de ella, y sin hacerlo adrede me estaba anulando. Pero justo cuando estaba a punto de sondearla, Roma tuvo una idea estafalaria, tremenda, absurda, pero que tal vez pudiera funcionar. ¿Por qué no llamábamos a unos cuantos actores, los que estuvieran disponibles, y los teníamos probándoles ropa mientras los productores franceses estaban aquí?

—¿Para qué? Van a crear más caos que otra cosa.

—Pero es bueno. El caos es bueno.

—Ya, ya... el caos es bueno tal vez para crear, pero no para hacer una presentación donde nos jugamos la película.

—Hazme caso. Los tenemos por aquí, los vestimos y los desnudamos, que los productores vean un poco de carne. Cuerpos jóvenes, caminando medio desnudos por el estudio. Eso nunca falla.

—No sé, Roma.

A lo mejor no le faltaba razón, pero me parecía un poco... deshonesto, y sobre todo no sabía si los actores se iban a prestar a semejante cosa. Que sonaba casi a prostituirlos.

—Pídeselo a tu hermana y al novio, el guapo del acento gracioso. Y yo llamo a la niña de las tetas grandes y a cualquier trozo de carne más.

—A mi hermana yo no le puedo pedir nada en este momento, Roma.

—¿Pero no lo teníais todo solucionado?

—Bueno.

—Ya la llamo yo.

—De verdad que es mejor no contar con ella ahora mismo —insistí.

—¿Quieres que esto salga bien?

—Sí, y por eso no sé si llamar a mi hermana es lo mejor.

—Ella es loca por hacer la película. Claro que nos ayudará.

Tenía mis dudas. Pero era cierto lo que decía Roma, Lu mataría porque esta película se hiciera. Si para mí era importante y un paso fundamental en mi carrera, para mi hermana aún lo era más. Se había volcado como jamás se había volcado en nada. Había descubierto su nueva vocación con esta película y por nada del mundo lo

iba a dejar pasar.

—Vale, pero te encargas tú de vestirla, ¿de acuerdo?

—Hecho.

Roma puso a todos, menos a mí, a llamar a los actores. Ellos aceptaron pasarse al día siguiente, excepto Lu. O sea, Lu estaba dispuesta, pero si se lo pedía yo.

—Espera tu llamada —me anunció Roma.

—Qué desgraciada —musité.

—Llámala ahora mismo.

Sabía que Lu estaría disfrutando en este momento de su poder. Tenía que llamarla y pedirle perdón y rogarle que viniera. Me la imaginaba relamiéndose. Roma aguardaba a que marcara su nombre en la agenda de mi móvil. No me quedó más remedio que hacerlo.

—Lu... hola.

—¿Quién es?

—Yo, Sara.

—¿Quién?

—Lu, por favor, soy tu hermana.

—Yo no tengo de eso. De hecho la que tenía me deseó la muerte. O algo así.

—Lu, ¿podemos aparcarnos nuestras diferencias por un día? Esto es importante, tú tienes más ganas que yo de que salga la peli.

—¿Me estás pidiendo perdón?

—¿Quieres que te lo pida?

—Tú sabrás.

—Lu, por favor, perdóname, ¿podrías venir a ayudarnos?

—Me lo estás pidiendo con la boca pequeña.

—Te lo estoy pidiendo con la boca que tengo. Pero oye, si no quieres venir, ya nos apañamos sin ti.

—Ah, estupendo. Pues nada, entonces. Adiós.

—Lu, por favor, ven. Te necesitamos. Y, por favor, por favor, aunque no me perdones, ¿podríamos hacer una tregua por un día? Las dos nos jugamos la carrera en esto.

—Te salva que soy un pedazo de pan. Eso te salva. Y más te vale ponerme guapa. Colgué el teléfono. Roma esperaba mi respuesta expectante.

—Vendrá.

—¡Bellissimo! ¡Maravilloso! ¡Espléndido!

Yo no compartía la euforia de Roma, entre otras cosas porque no las tenía todas conmigo respecto a mi hermana. Y además, el hecho de ponernos ahora a vestir a los actores complicaba aún más las cosas. Porque eso suponía dedicarles mucho tiempo, un tiempo que no teníamos, a ellos.

—Sobre todo hay que desnudarlos. Mucho corpiño, mucho salto de cama, mucha pluma y mucha carne —insistía Roma—. ¡Carne!

Apenas dormimos. Para ser exactos, nos turnamos para hacerlo en los dos sofás enormes que Roma tenía en su taller. Mientras trabajaba, de vez en cuando, me asaltaba la imagen de Aarón cantándole una nana a Guille y yo enseñando una teta. ¿Se habría hecho viral? Pero no podía ser, si la imagen había sido captada en directo, no habría quedado constancia en la red. ¿No? A no ser que alguien lo hubiera estado grabando en ese momento... Decidí buscarlo en internet. Busqué en YouTube. Ahí descubrí que había varios vídeos de Aarón cantándole nanas a Guille. ¿Pero cómo no me había pedido permiso? Aunque a nuestro hijo no se le veía, como mucho una piernecita o una mano. Pero no sé, podría habérmelo comentado. Si es que ya no teníamos ni comunicación. Si es que la cosa estaba claro que no funcionaba, que se había ido deteriorando. Seguí buscando vídeos, con el temor de que mi teta se colara en cualquier momento, pero no encontré nada. Mi anatomía, mi integridad estaban a salvo. Aun así en un par de ocasiones más me acerqué al ordenador portátil para rastrearlo. David me miraba intrigado.

—¿Qué buscas?

—Nada. Nada.

—¿Y todos esos vídeos caseros de Aarón? ¿Estás nostálgica?

—Se ve que le canta nanas al niño. —De repente me sobresalté. Ahí estaba, lo había encontrado—. Ay... ay...

—¿Qué pasa?

Era yo. Era mi teta en segundo término acercándose a la pantalla. No. No. Bajé la tapa al segundo.

—¿Eras tú?

—¡No! ¿Cómo se borra eso?

—¿Te canta canciones cuando estás desnuda y lo sube a YouTube?

—¡No! Le estaba cantando una nana al niño en una conexión en directo y yo no lo sabía. —A David se le escapó una sonrisa—. Deja de reírte y dime cómo lo borro.

—¿Entonces es una captura de alguien? Vamos, que no lo habéis colgado ni tú ni él.

—¿Pero cómo vamos a colgar semejante cosa?

—Pues entonces es más complicado. Tienes que denunciarlo a YouTube y lo quitarán si viola alguna de sus normas.

—Las viola todas, no ves que salgo en tetas.

—¿Cuántos visionados lleva?

No lo sabía. David se empeñó en que lo comprobara. Dos mil trescientos veintitrés. Bueno, podía ser peor.

—¿Si mando esa denuncia, mañana lo habrán quitado?

David no supo contestarme. Y yo decidí, una vez denunciado, olvidarme de ese vídeo y de mi teta. Que ya bastante tenía con lo que tenía. Me centré en el trabajo. Fui la última en echar una cabezada. A las seis de la mañana, muerta de cansancio y sin

saber muy bien qué estábamos haciendo, me tumbé en el sofá. Y mis ojos no tardaron en cerrarse. Soñé con trajes, con Aarón vestido de plumas regañándome, echándome en cara que estuviera enamorada de Roberto y yo le gritaba y le llamaba ridículo y celoso compulsivo, soñé con Guille amantado por mujeres con burka, soñé con mi teta en todos los ordenadores del mundo, soñé con vestidos que se perdían en agujeros negros, soñé con mi hermana riéndose de mi trabajo mientras se paseaba por el taller semidesnuda mientras Roberto y el gallego puntuaban como si estuvieran en un concurso de belleza los modelitos de mi hermana, y luego se besaban entre ellos, se devoraban...

A las nueve y media de la mañana me desperté. Olía a café y a chocolate con churros. Todos estaban ya trabajando. Algunos de los actores estaban allí, riendo, desayunando, felices y ajenos al drama. Lu y el gallego aún no habían llegado. Mejor. Estarían dale que te pego con Roberto. No lo pienses, no lo pienses. Ahora no puedes perder el tiempo con eso. Miré a los paneles esperando que hubiera ocurrido un milagro, que durante mis horas de sueño, unos duendecillos mágicos hubieran acabado el trabajo. Pero no. Aquello seguía sin tener sentido. Aún quedaban tres horas y media para que los de Luanca aparecieran, así que algo podríamos hacer. Teníamos tres horas para salvar los muebles. Seguro que con un poco de organización y trabajo podríamos hacer lo necesario para salir del paso. Iba a salir bien, tenía que salir bien. Me levanté animosa del sofá. A por todas. Reconocí una voz, ¿era la de Mario? ¿Ya había llegado? ¿Qué hacía aquí si a los de Luanca no los esperábamos hasta dentro de tres horas?

Me acerqué a mi mesa, que estaba oculta por unos burros cargados de ropa, y allí lo vi, a Mario con mi hermana, el gallego, Chusa y David. Al verme, David empezó a revolver la mesa, ¿para demostrar que estaba trabajando?

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, bella durmiente —dijo David algo nervioso—. Ya está aquí el director...

—Ya lo veo, David. —Miré a Mario preocupada—. ¿Qué haces aquí tan temprano? No me digas que los de Luanca llegan antes.

—No, no. Es que quería pasarme para ver si os podía ayudar.

—Ah, muy bien.

También lo noté un poco extraño. Azorado. ¿Qué estaba pasando? En ese momento entraron Lu y Martiño.

—Buenos días a todos —dijo mi hermana con una sonrisa radiante.

Yo miré la hora. Como siempre llegaba tarde, pero no era el mejor momento para regañarla. Mi hermana besó a todos menos a mí. Solo me saludó con un gesto de desprecio. Empezábamos bien.

—¡Roma! —grité—. Ya tienes aquí a mi hermana. Hoy te viste ella. ¿Te parece bien? —le expliqué.

—¿Tú no quieres?

—Pensé que estarías más cómoda.

—Pues sí. Mejor con una profesional de verdad. Buena idea —contestó digna—. Y todo esto lo hago por la película, no por ti.

—Ya...

Busqué unas miradas de apoyo en David, en Chusa y en Mario, pero no se produjeron. ¿Qué les ocurría? ¿Por qué tenían esa actitud? ¿Les habría contado mi hermana todo lo que yo había armado en la cena?

—¿Y a mí quién me viste? —preguntó el gallego.

—Al guapito de cara lo vestís vosotros —dijo Roma—. Pero no lo vistáis mucho.

La italiana no disimulaba lo poco que le gustaban los actores y actrices que habían llegado a trabajar solo y exclusivamente por su físico. Sabía que era algo que pasaba mucho en la profesión, pero no lo llevaba bien. Y claro, Martiño notaba su desprecio y se desvivía por demostrarle que era más que una cara bonita.

—¿Y por qué no quiere vestirme mucho? —nos preguntó Martiño—. Si soy el único actor de esta producción que se ha esforzado en estudiar la época y en...

—Ella cree que tú ganas mucho sin ropa —le interrumpió David.

Miré a David sin poderme creer lo que acababa de soltar. Como si él no creyera también lo mismo. Qué valor.

—No le hagas ni caso —contesté—. Contigo vamos a empezar por...

Me acerqué a mi mesa de trabajo, vi los bocetos revueltos, las telas, las gasas, los patrones, el guion con las páginas arrancadas con miles de notas, mi libro abierto con la mitad de las hojas desparramadas, las revistas de moda de referencia amontonadas en dos columnas desafiando las leyes de la gravedad. Y me puse a buscar las fotos con las prendas que le íbamos a poner al gallego. Pero no encontraba nada. El cansancio y la falta de sueño no ayudaban. ¿No teníamos ya un par de chaquetas decididas? La pila de revistas se me vino encima. Traté de colocarlas. David, al verme, trató de impedir que siguiera moviéndolas. Al igual que Chusa. La noté pálida.

—¿Qué haces? —gritó David.

—Buscar el boceto del primer cambio de Martiño.

David y Chusa se miraron asustados.

—Ya lo hago yo —aseguró Chusa.

—¿Qué os pasa? Seguid con lo que estabais —dije mientras cogía las revistas.

—¡Nooo! ¡Que ya lo hacemos nosotros!

—¿Ya la ha visto? Dije que la tirarais, inútiles —gritó Roma, acercándose.

—¿Qué tenía que ver? ¿Qué teníais que tirar?

—Nada —sentenció Roma—. Venga, vamos a vestir a los chicos. No hay tiempo que perder.

—Que no, que ahora me lo decís. ¿Qué hay aquí?

—Ya está mi hermana montando el numerito —intervino Lu.

La ignoré. Me puse a mirar entre las revistas. Las conocía de sobra. Números de

Vogue, de *Elle*, de *Vanity Fair*, de *Monocle*... Hasta que de repente vi un *Cuore* entre tanta biblia de la moda.

—¿Y este *Cuore*? ¿Por qué traéis revistas de cotilleos al trabajo?

—Ha sido Mario —le acusó David—. Que a quién se le ocurre, un director de cine famoso comprando esas cosas.

—Me desestresan —se justificó—. Y que no tengo que dar explicaciones de por qué leo el *Cuore*.

Yo empecé a mirar la portada. ¿Por qué me la querían ocultar? ¿Qué había?

—¡Trae! —ordenó David, tratando de cogérmela. Pero yo fui más rápida y me la quedé.

En la portada había lo de siempre, famosos medio en bolas con sus «*arggs*» correspondientes, es decir, las onomatopeyas y bocadillos con que los de la editorial de la revista trataban de resaltar los defectillos físicos con un tono irreverente o malicioso. Y de pronto, en una esquina, lo vi. Era Aarón, besando a una chica.

—¿Qué? ¿Esto qué es?

—Es solo un beso, no le des importancia —dijo Chusa.

—Eso, ninguna importancia. ¿Qué es un beso? Si lo piensas, nada —insistió David.

—Nada —aseguró Mario.

Mi hermana me arrancó la revista de las manos. Martiño también la miró.

—Menos que nada. Y *defetos* tenemos todos. Nadie es *perfeto* —dijo el gallego.

—Joder, con mi cuñado.

Le arrebaté la revista a Lu, la abrí y pasé a toda velocidad las páginas hasta dar con lo que buscaba. Y ahí estaba, Aarón a toda página besando a una chica. Y esa chica no era yo. Estaban en el concierto de México, era la fan que ya había visto, se besaban. Y luego más besos en una playa de arena blanca y agua turquesa.

—¿Un beso? Son muchos besos, muchos besos.

Pasé las páginas y había más fotos y más besos. Siempre con la misma y en distintas ocasiones. No me lo podía creer. Aarón con otra. Besándola, teniendo una aventura. Y el muy hijo de puta yendo de padrazo, echándome en cara que yo le había intentado meter mano a mi ex. Y por eso se hacía el comprensivo y por eso él mismo le había tratado de quitar importancia. Cogí el teléfono hecha una furia. Pero no me lo cogió. Saltó el contestador.

—Soy Aarón, deja tu mensaje después del pitido. Que no sea muy largo, *please*.

—Serás hijo de la gran puta. Serás malnacido. Así que haciéndote el santito, haciéndote el padrazo y luego poniéndome los cuernos en el Caribe con la primera tetona. De verdad... ¿Y encima tienes los cojones de hacerme quedar a mí como la mala, como la loca, como la irresponsable? Mucho: «¿Me quieres, Sara? ¿Por qué no me quieres?». Y luego vas tú y, y... Si es que soy imbécil, joder. Tanto torturarme, tanto remordimiento, tanto echarme la culpa por no estar a la altura de tu amor, y vamos, el único que no ha estado a la altura eres tú. ¡Vete a tomar por culo! ¡Y no vas

a ver al niño en tu puta vida! ¡Es mío, mío!

Y colgué. Me salía humo por los ojos. Lo juro. Volví a ver las fotos, quería que me doliera, quería retorcerme de amargura, quería... quería... leerlo todo, quería saber quién era ella, cómo se habían conocido, cuántos polvos habían echado. Bueno, eso seguro que en la revista no lo ponía, pero me podría hacer una idea. Así que me puse a leer, mientras David, Chusa, Roma y sus ayudantes, el gallego y mi hermana me miraban sin dar crédito a mi estallido.

—Joder, mi hermana, sí que va fuerte —le dijo Lu a Roma.

—Pobre *cara mia*.

—Apártate de ella, Martiño —le gritó mi hermana al gallego—, que es mejor estar lejos de animales rabiosos. Que ya sabes cómo se pone.

—¿No tenéis nada que hacer?! Os recuerdo que tenemos una presentación que preparar. Que llegan en tres horas. Y está todo... a medio hacer. ¡Venga a vestirse!

Y volví a clavar la vista en la *Cuore*.

—¿Por qué no te olvidas de la revista hasta después de la presentación? —preguntó Mario con su mejor tono—. Es que nos jugamos mucho.

—¡No haberla traído! —grité.

—¿Quieres una tila o...? —preguntó David.

—¿Por qué? Si estoy estupendamente. Estoy de maravilla, estoy liberada, estoy eufórica, estoy... —Mientras gritaba iba leyendo—. Venga, a trabajar todo el mundo.

Yo seguía leyendo. Aunque lo hacía sin centrarme, leía entre líneas, casi en vertical, hasta que di con algo que no entendí. Tuve que volver atrás y releerlo. Los miré a todos. Estupefacta. Volví a posar la vista en el artículo. No. No podía ser. Ay, Dios...

LIARLA PARDA

Pasaba las hojas de la revista hacia delante y hacia atrás. Supongo que para tratar de deshacer lo que había ahí escrito o para retrasar el tiempo unos minutos, los suficientes como para no dejar el mensaje que había dejado en el contestador de Aarón.

—Pero... pero...

Miraba la revista y luego miraba a Mario, a David, a todos, para posar otra vez mis ojos en el texto.

—¿Pero nadie ha leído este artículo?

—Con detenimiento, no, que tampoco queríamos ser cotillas —dijo David.

—Mario, ¿tú no has leído este artículo? La revista es tuya, ¿no?

—Yo solo leo los *arggs* —se justificó Mario—. ¿Qué pasa?

—¿Que solo lees los *arggs*? —grité. Grité tanto que me debieron de escuchar hasta en el Palacio Real—. ¿De verdad nadie lo ha leído?

—¿*Ma* qué sucede? —preguntó Roma, acercándose.

—Sucede, sucede que en este artículo pone que está rodando un videoclip. Que son imágenes de un puñetero videoclip. ¿De verdad que nadie lo sabía?

—¿Pero qué dices? —preguntó David, quitándome la revista y leyendo—. Es verdad. Qué desgraciados. Hacen creer que tiene una aventura para luego en pequeñito...

—¿Qué? ¿Pero pueden hacer eso? ¿Es legal? —preguntó Mario.

—Yo os mato, os mato, ¿pero sabéis el mensaje que le acabo de dejar a Aarón? ¿Pero lo habéis escuchado? Que le he llamado de todo menos bonito. Que le he declarado la guerra por teléfono. Que le he dicho que es lo peor, que...

—Claro que te hemos escuchado, como para no escucharte —dijo David—. Que yo pensé que te iba a sentar mal ver las fotos, pero no que perdieras el oremus de esa manera. Que te veía yo más liberal...

—¿Más liberal? ¿Más liberal? Claro que puedo ser liberal, sobre todo si me hubierais dicho que era un maldito videoclip. ¿Y ahora qué hago? ¿Ahora qué hago? ¿Eh? ¿Eh? ¿Me pego un tiro?

—Pero después de la presentación —insistió Mario.

—¿Qué?

—Que digo que hagas lo que quieras, pero después de la presentación.

—Mario, no puedo dejar que escuche ese mensaje. No lo puede escuchar. No lo puede escuchar. ¿Qué hago?

Los miré buscando ayuda, una respuesta, alguna ocurrencia magnífica. Pero nadie habló. Todos callados. ¿Y si lo intentaba en el teléfono de casa? A lo mejor sí había ido a dormir. Lo llamé, pero nada. ¿Qué podía hacer? Trataba de pensar a toda velocidad, utilizando la lógica, si es que era capaz de hacerlo.

—A ver, si no me ha cogido el móvil probablemente es porque lo tiene apagado o lo tiene en la mochila. Y él solo se aparta del teléfono en los conciertos o cuando está grabando. Sí, estará en el estudio. Me voy.

—¿Cómo que te vas? ¿A dónde te vas? No te puedes ir. ¿Cómo te vas a ir ahora?

—Sí, me voy a su estudio.

—No, no, no, de eso nada. Los de Luanca están a punto de llegar. No te puedes ir. Pero yo no atendía a razones. Estaba ciega de determinación.

—Tiene que estar grabando. Con un poco de suerte está grabando, y su móvil fuera, en la mochila, y puedo cogerlo y borrarle el mensaje. ¿Quién me presta su coche? ¿O su moto? Sí, una moto es mejor, más rápido, ¿quién?

—¡Que no te vas! —ordenó Mario—. Decidle algo.

—Está todo bajo control, Mario. En una hora estoy de vuelta. Hora y media a lo sumo. De verdad. Voy al estudio, cojo el móvil, borro el mensaje y vuelvo. No tardo. Lo juro.

—Sara...

—¿Qué? Si lo piensas ha sido culpa tuya. Tú has traído esa revista al trabajo, si no la hubiera visto, si no la hubiera ojeado, o si vosotros la hubierais leído hasta el final.

—No me puedes hacer esto. ¿De verdad vas a interponer tu vida personal al trabajo? ¿Otra vez?

—¿Cómo que otra vez? Es la primera vez que hago algo así.

—¿Sí? ¿Y en el *teaser* qué pasó? También me dejaste tirado. También interpusiste tu vida personal.

—Estaba de parto, Mario. Teniendo a mi hijo. Rompí aguas. Eso no se puede programar.

—¿Cómo que no? Los norteamericanos los programan. Programan sus partos.

—¿De verdad estamos teniendo esta conversación?

—Me prometiste, me juraste que esto no iba a volver a pasar. Que te ibas a centrar en el trabajo. Que nada, ni nadie lo iba a interrumpir. Y hoy, precisamente hoy, cuando nos lo jugamos todo, te quieres ir.

Lo miré desesperada. Era verdad que se lo había prometido. Pero no esperaba que me pasara algo así. Esto era muy importante. Tenía que impedir que Aarón escuchara el mensaje, si quería tener una mínima oportunidad de salvar lo nuestro, tenía que impedirlo. Si escuchaba el mensaje, ya no habría vuelta atrás. Sería el final de los finales. El final definitivo.

—Lo siento, Mario. Lo siento mucho. Pero, de verdad, te juro por lo que más quieras que en hora y media estoy aquí. Y que los de Luanca se van a caer de culo

cuando vean lo que les tenemos montado. ¿Quién me deja su moto?

Tenía una hora. Hora y media a lo sumo, para conseguir arreglar el desaguisado. Volvería al taller y me centraría en la presentación. Podía hacerlo. Lo iba a hacer. Yo era capaz de eso y de más. Claro que sí. Todo iba a ir bien. Todo tenía que ir bien. Pero pronto me di cuenta de que la moto no había sido buena idea. Yo me había imaginado corriendo rauda y veloz entre los coches, sorteándolos, saltando los semáforos en rojo con tal de llegar en veinte minutos al estudio de grabación. Pero a la segunda curva, antes de entrar en Bailén y de alejarme del Palacio Real, calculé mal la inclinación de la moto y estuve a punto de caer y de estrellarme contra unos peatones. Así que decidí que lo más sensato era bajarme, aparcarla y coger un taxi. ¿Cuánto podría tardar en taxi? No más de media hora. Seguro que no. Me bajé de la moto, la aparqué malamente al lado del parque de Oriente y levanté la mano para que el taxi que estaba libre y pasando me cogiera. Bien. Era una buena señal que justo pasara uno a mi lado y me parara. Bien.

—A Conde de Casal.

—Eso está hecho. ¿Por dónde la llevo?

Odio que me pregunten eso los taxistas. ¿No es su trabajo? ¿Le pregunto yo a mis clientes, a mi director, cómo pegar las plumas, cómo cortar un patrón?

—Por donde lleguemos antes.

—Uh, eso nunca se sabe. Porque por la M30 la cosa está regular. Y por el centro es como apostar a caballo perdedor.

—¿Y entonces?

—Lo que usted me diga.

—Es que usted es el taxista...

—Y a mucha honra.

—Si lo que le digo es que decida usted.

—¿Para que luego me lleve yo la bronca? Na.

—Por el centro.

—Uh, ¿por el centro? ¿Está usted segura?

—¿Por la M30?

—Uh, mire la cola de entrada. No me gusta mucho.

—¿Y entonces? Mire, es que tengo muchísima prisa.

—Qué raro. Quién no. Prisas, prisas, en esta ciudad todos son prisas y el tráfico es el que es.

—Por el centro, por el centro.

—Vale. Usted manda. ¿Le gusta el fútbol? ¿O prefiere música clásica?

—Música clásica.

—Marchando.

Manipuló la emisora de la radio buscando un canal de música clásica y puso los

40 principales.

—Ya está.

En esos momentos sonaba una canción de Shakira. *La bicicleta*.

—¿Eso es música clásica?

—¿Algún problema con Shakira? Esta canción se convirtió en un clásico desde el día en que salió —dijo, dándose la vuelta y mirándome—. Qué parejaza con el Carlos Vives.

—Vale, vale, usted céntrese en conducir.

—No, si estamos parados, esto de ir por el centro ya le dije yo que no...

—Oiga, usted me dijo que...

—¿Qué?

—Nada, nada.

Shakira dio paso a Aarón. Sí, a mi Aarón. El locutor lo presentó como el cantante revelación del año. Que estaba arrasando en Latinoamérica y que esa tarde actuaría en la sala Sol. Que no nos lo perdiéramos. La canción empezó a sonar. Era la canción de amor que me compuso cuando descubrimos que estaba embarazada. Y yo no quería escucharla, no era el mejor momento.

—Oiga, ¿no le importaría poner otra cosa?

—¿También tiene un problema con esta canción?

—Un clásico no es. ¿O también le parece un clásico?

—Un clásico no, pero muy sentida. Que hay que ver la manera de querer. En eso los músicos nos llevan ventaja. Una cancioncita de esas y, como dice un amigo, no hay bragas que se resistan. Perdóneme la ordinariez. Pero así las llama él, «canciones bajabragas». Que no lo digo yo. Pero algo de razón, algo de razón tiene.

—Si usted lo dice. ¿Pero la puede apagar?

—Pero deje que suene, mujer, que ahora viene el estribillo... y engancha. Ya verá.

—Por favor.

—Uh, ¿fútbol?

Asentí. Fue cambiando de dial y dio con otra emisora de música.

—Mire, qué casualidad, la misma canción del chaval este. Qué bien me cae.

—Por favor, apáguelo.

—Y yo que creía que este gustaba a todas. Ha sido papá hace poco, ¿sabe usted? El tráfico no avanzaba. Pero nada.

—Padrazo. Que un día me lo encontré yo por la calle con el crío. Padrazo.

—Mire, ¡déjeme aquí!

—¿Aquí? Pero si no hemos avanzado nada, y estoy en doble carril y...

Saqué diez euros de mi cartera.

—Tome, quédese con el cambio.

—Pero muchacha...

Abrí la puerta y bajé, con tan mala suerte que un motorista pasó a mi lado y casi

me lo llevo con la puerta.

—¡¡Hija de puta!!

—No, si aún me desgracia la puerta. Y eso no hay diez euros que lo paguen.

Cerré la puerta de un portazo y me metí entre el tráfico para llegar a la acera. ¿Y ahora qué hacía? Decidí volver a la moto. Si total, estaba a unos metros de allí. Era la mejor opción. Moto. Moto. Sí.

Corrí hasta la calle donde la había aparcado. Pero no la encontré. ¿No la había dejado allí?

—¿Dónde está la moto? ¿Dónde está la moto?

La busqué en las calles adyacentes, por si me había confundido y no la había dejado allí, aunque estaba segura de que no me equivocaba. Nada. Ni rastro de la moto. ¿Me la habían robado? No le había puesto ningún tipo de seguro, ni de candado, esa era la verdad, pero tampoco esperaba que en tan poco tiempo alguien se la hubiera llevado. ¿Qué hacía? ¿Iba a comisaría a denunciar el robo? ¿Volvía al taller y le contaba al chico que me la había dejado que ya no había moto? Pero no tenía tiempo que perder. Ya me enfrentaría a todo eso más tarde. Después de hablar con Aarón y después de la presentación para Luanca. Ahora lo único fundamental era conseguir borrar el mensaje del contestador, antes de que él lo escuchara. Me dirigí a la parada de metro de Ópera, que era la más cercana. Tendría que hacer dos transbordos, calculé que veintisiete minutos, con suerte, más unos ocho o diez caminando, bastarían para llegar al estudio. Tardé casi una hora. Soy mala calculando distancias, se ve.

Llegué al estudio de grabación con el corazón en la boca, sudando como una bellaca.

—Hola —le dije a la chica que estaba en el mostrador de entrada—. Tengo que ver a Aarón.

La chica, llena de *piercings* y con un aire a la novia cadáver de la peli de Tim Burton pero bastante menos agraciada, la pobre, me echó una mirada de desprecio. Supongo que estaba harta de tratar con fans desesperadas que llegaban hasta el estudio. Así que traté de explicarme.

—Soy Sara Escribano, su mujer, bueno, la madre de su hijo, y su novia, su compañera... Sé que no tengo ninguna manera de demostrarlo, bueno, sí, seguro que en el móvil llevo una foto de los tres, de él, de mi hijo y mía... Déjame que busque —y mientras buscaba no dejaba de hablar—, pero es muy importante que entre allí, pero por favor, no lo llares, que... prefiero darle una sorpresa. Vale, esto dicho así suena fatal...

—Un poco.

—Pero de verdad que tengo que pasar. —Seguía tratando de encontrar una foto nuestra en la carpeta del móvil—. ¿Dónde rayos tengo fotos de los tres? Te aseguro que tienen que estar por aquí. Seguro. —Nada, no daba con ninguna, los nervios, las prisas, supongo, y que ya podía tener yo alguna foto destacada en una carpeta de

favoritos, ¿por qué no me la había hecho para poder acudir a ella en una situación de emergencia como aquella? Claro que quién iba a imaginar que iba a necesitar una de esas fotos de manera urgente y desesperada—. Bueno, aunque no la encuentre, puedes comprobar en Google que soy su novia, alguna foto habrá de los dos, aunque yo no soy muy de alfombras rojas, pero alguna habrá y... Míralo. Por fa.

—Huy, qué pereza.

—Por favor, de verdad que tengo que pasar...

—Para darle una sorpresa —dijo con cierta ironía, sin creermelo.

—No. No le quiero dar ninguna sorpresa —me sinceré. Quizás fuera mejor usar una nueva estrategia, una sincera—. Le acabo de dejar en su móvil un mensaje horrible, acusándole de cosas que no ha hecho y no puedo dejar que lo escuche. Hace un rato vi unas fotos en la *Cuore* y me hicieron creer que estaba con otra y resultó que no... Y...

—Apasionante.

—Por favor, yo no sé si tienes novio, o novia, o ambos, incluso a la vez...

—¿Qué dices?

—Que yo sé que eso ahora está a la orden del día. Si yo no me asusto, ni me escandalizo, si yo te contara, ja. Pero, bueno, que seguro que algo tienes, porque viéndote, con lo bellezón que eres, seguro que estás emparejada y ya sabes cómo son las cosas de la pareja, ¿no? Que hay altibajos y que a veces metes la pata hasta el fondo, te ciegas, te ciegas... y como no borre ese mensaje y lo escuche va a ser el fin. Mi hijo se va a quedar sin padre. O bueno, él no se va a quedar sin padre, pero yo me voy a quedar sin Aarón. Por favor, déjame pasar.

—Ufff...

Estaba claro que no conseguía llegar a su corazoncito helado de novia cadáver.

—Mira, se me ocurre otra cosa, para comprobar que no miento, ¿por qué no avisas a cualquiera de la banda? A Gerard, o a Fermín o a Jacobo. Que venga uno de ellos y así te dirán que me conocen y corroborarán que soy su novia. Por favor, llama a alguno, pero a Aarón no.

—No.

—¿No? Tía, por favor. Apiádate, entre mujeres nos tenemos que ayudar, ¿no? Que me he desnudado emocionalmente aquí delante de ti, que me he abierto en canal.

—A ver, que yo los llamaría, pero no están.

—¿Cómo?

—Que hoy no han venido a grabar.

—¿No?

—No.

—¿Y entonces por qué me has dejado que te contara la historia de mi vida?

—Tú solita te has embaldado.

—¿Pero por qué no me has parado, tía? ¿De verdad que no están?

—Pasa y lo compruebas.

—¿Me vas a dejar pasar así sin más?

—Yo es que ya no sé lo que quieres que haga. Pasa si quieres. Pero hoy están todos los estudios vacíos.

Me quedé pegada al suelo.

—Eh, no, no. Me voy, gracias.

Y al dirigirme a la puerta para salir, la novia cadáver me llamó.

—Sara, ¿verdad?

—Sí. —Me di la vuelta sin saber qué esperar.

—Te hubiera dejado pasar solo con que me hubieras dicho que eras su novia. Hasta aquí nunca vienen fans. Y menos desde que la música está como está.

—Ah... Bueno es saberlo. Para otra vez.

Me di de nuevo la vuelta.

—Y la verdad es que le pegas mucho a Aarón.

—¿Tú crees? —dije esperanzada volviéndola a mirar.

—Siempre le han gustado así, loquitas del todo.

—Gracias, supongo.

Salí de allí muerta de vergüenza. ¿Y ahora qué hacía? ¿Dónde lo buscaba? Miré la hora. El tiempo pasaba rápido. En poco más de hora y media los de Luanca llegarían al taller de Roma. Tenía que conseguir encontrar a Aarón, o más bien a su móvil en menos de una hora. Volví a llamar a casa. Nada. Llamé a mi madre. ¿Había pasado Aarón a buscar al niño? ¿O al menos la había llamado y le había dicho dónde estaba? Pero no. Nada. Ni una llamada.

—Hija, yo no es por nada, pero ¿cuándo vas a venir a por el crío? Por mucho que digas que le has destetado, sigue con ganas de teta. Que mira las mías como si fueran un tesoro. La de tiempo que no me miraba las tetas nadie con tantas ganas. Y yo venga a darle potitos, pero al niño le cuesta...

—Mamá, te prometo que esta tarde paso a por él.

—¿Esta tarde? Pero... No, no, no.

—Mamá, después de comer estoy por allí. Te lo juro. Aguántamelo hasta esa hora, por favor.

—Lo que hacemos las abuelas no está pagado, ni reconocido en ningún sitio. Que tenemos un mérito... y yo tampoco quería ser esta clase de abuela. Que no sirvo, que no me va y que no me pega.

—Que sí, mamá, que sí, que tienes razón, pero te tengo que dejar, ¿vale?

Fue colgar y tener una idea. ¡En la sala Sol! Seguro que estaban en la sala Sol probando el sonido para el concierto de esa noche. ¡Claro! ¿Cuál era la manera más rápida de llegar? ¿Me arriesgaba con otro taxi? ¿Metro? ¿Autobús? ¿Uber?

Sonó el móvil. Era David.

—¿Por qué no estás ya aquí? ¡Han pasado casi dos horas! Y esto es un lío. Roma está enloquecida, arrancando fotos como loca del panel, cambiándolo todo, preguntando histérica por vestidos inexistentes. Y los actores están asustados, te

quieren a ti. Y yo también te quiero a ti. ¡Ven ya!

—En media horita estoy, David, ya verás.

—No me lo creo. Lo has dicho sin sentirlo. ¿Cuánto vas a tardar? Di la verdad.

—Poco, pero... si llegaran los de Luanca antes, ¿los puedes entretener?

—¿Yo? ¿Cómo?

—No sé... ¡Lánzales a mi hermana!

—¿Cómo que les lance a tu hermana? Como quien lanza una pelota, ¿o cómo?

—Ella y el gallego seguro que los pueden camelar un rato. Estoy convencida.

Vamos, lo que ellos no consigan, créeme que sé de lo que hablo. Te dejo. Adiós.

—Pero...

Colgué.

La sala Sol estaba cerrada. Las persianas de metal bajadas. Las golpeé por si acaso estaba alguien dentro. Y las volví a aporrear, por si acaso no me habían escuchado.

—¿Hay alguien? ¿Hay alguien? ¿Hay alguien?

Nada.

Tenía que admitir mi derrota. No lo había conseguido. Aarón escucharía mi mensaje. Decidí hacer lo único sensato que podía hacer. Volver al taller e intentar centrarme en la presentación. De la sala Sol a la calle Ramales no había demasiada distancia, en trece o catorce minutos llegaría caminando. Si me daba un poquito de prisa.

Al pasar por la Puerta del Sol me encontré con una multitud que apenas me dejaba avanzar. Me extrañó esa cantidad ingente de personas a esas horas de la mañana. La plaza donde está el mítico kilómetro cero, de ese punto parten todas las carreteras de España, es de los lugares más populosos y frecuentados de la ciudad, pero tampoco era habitual esa marabunta. Claro que con mi suerte no sé ni por qué me extrañaba. Por más que quisiera colarme entre la gente, solo encontraba obstáculos que me obligaban a bajar la velocidad. Y entonces lo vi, al otro lado de la plaza. Era Aarón con los de su banda. Bajaban de la calle Preciados y venían hacia donde yo estaba, cerquita de la baldosa que señalaba el kilómetro cero. Pensé en cómo proceder. ¿Le llamaba a gritos? ¿Me acercaba a él y trataba de sisarle la mochila para cogerle el móvil y así borrarle el mensaje? ¿Lo seguía hasta donde fuera, seguramente hasta la sala Sol y ahí trataba de robarle el teléfono? ¿O me enfrentaba directamente a él, como una adulta y le rogaba que si por favor no había escuchado mi mensaje, me dejara borrarlo? Sí, eso era lo más sensato. En un día cargado de insensateces, mejor optar por la opción adulta. Me dispuse a cruzar la calle para ir a su encuentro pero dos autobuses turísticos pararon justo en medio del paso de cebra impidiéndome cruzar y tapándome la visión de Aarón. Cuando los autobuses arrancaron comprobé con estupor que Aarón había desaparecido. Miré hacia un lado y hacia otro. Al norte y al sur. Traté de escudriñar entre la gente. ¿Dónde estaba? No se podía haber volatilizado. Crucé a todo correr la calle, sin

esperar a que el semáforo se pusiera en verde, dos conductores tuvieron que esquivarme y tocaron el claxon visiblemente enfadados.

—Perdón, perdón.

Llegué al otro lado de la plaza, busqué arriba y abajo, di vueltas sobre mi eje. Grité su nombre con impotencia, porque así era como me sentía, impotente e incrédula. Tanto lo llamé, tanto me desesperé que uno de los mimos estatua habituales de la plaza, el que iba disfrazado de Alien, con un realismo y una asquerosidad muy real, cómo se lo curraban los mimos estatua, me preguntó:

—¿A quién buscas? ¿Se te ha perdido tu hijo?

—No, busco a Aarón. El cantante, Aarón Humilde. ¿Lo conoces?

—Eh...

—Mira, ¡es ese! —le dije, señalando un cartel en una marquesina que anunciaba el concierto de esa tarde y donde se veía a mi novio en plano medio—. ¿Lo has visto?

El alien negó con la cabeza.

—¿Seguro? Es así de alto —expliqué, alzando mi mano—, y llevaba una guitarra... y...

—Que no, tía. Que no todos los famosos pasan por Sol, por muchas ganas que tú tengas de encontrarlos.

—No es famoso. Es mi novio. El padre de mi hijo. Y estaba aquí hace un momento.

—Que sí, que sí. Y ahora déjame trabajar, que espantas a la gente.

—Yo no espanto a nadie. ¡A nadie!

—Que te vayas.

Le estaba dando explicaciones a un alien. Un alien me estaba regañando. Yo apenas había dormido, y me había puesto a discutir con un alien. Era todo demasiado desconcertante. Taxistas hablando de mi novio, recepcionistas como la novia cadáver poniendo en duda mi relación, o así lo creí en un principio, y ahora un alien decidía que estaba loca por asegurar que Aarón era el padre de mi hijo. Tanto me ponían en duda que hasta yo empezaba a dudar. ¿Cuánto había de real o de alucinógeno en todo esto? ¿Había visto a Aarón en la plaza o me lo había inventado? ¿Le había dejado ese mensaje horrible y loco o no? La falta de sueño, el cansancio después de una noche agotadora con los nervios a flor de piel, la ansiedad, los remordimientos por estar en medio de la calle tratando de solucionar de manera acuciante mi vida sentimental, en vez de estar en el taller de Roma demostrando que era la mejor profesional del mundo, me estaban jugando una mala pasada. Me fui de allí. Pero en lugar de tirar rauda y veloz hacia el taller decidí regresar a la sala Sol, en algún momento tendría que pasar Aarón, si es que de verdad lo había visto en la plaza, si es que de verdad se dirigía hacia aquí. Pero después de esperarle veinte minutos, recibí una llamada de Mario.

—Como no estés aquí ya, estás despedida. Y como los de Luanca por tu culpa decidan retrasar la película un año, voy a tu casa y me como a tu niño. No sé si me he

expresado con claridad. ¡Ven ya!

Entré jadeando y al borde del colapso al taller de Roma. Con ganas de olvidar por unas horas mis problemas con Aarón y demostrarle a Mario, a los de Luanca, a Roma, a todos, que estábamos preparados para arrancar la película en la fecha prevista. Que éramos la avanzadilla del resto de los equipos artísticos y técnicos de la película.

Pero las cosas se torcieron un poco. Solo un poco.

LAS COSAS SE TORCIERON

No sé qué tipo de productores imaginaba que serían los de Luanca. Lo que nunca pensé es que se comportaran con una eficiencia tan fría y ejecutiva. Ni tan censora, ni tan inquisitorial. De poco sirvieron mis sonrisas, ni mis explicaciones generales contándoles de manera apasionada, tal vez un poco torpe, pero apasionada, el concepto de vestuario de la película. De poco sirvió que el gallego, Lu y los demás se pasearan casi en bolas delante de ellos. De poco sirvió la música que Mario decidió poner como si aquello fuera un desfile para crear un ambiente propicio, ni las botellas de vino que a Roma se le ocurrió abrir. Los tres productores de Luanca solo entendían de números, de fechas, no querían más que respuestas precisas a sus preguntas concretas. Que todo eso de las plumas estaba muy bien, que todo eso del concepto sensual atrevido estupendo, pero ¿cuánto habíamos tardado en hacer esos diecisiete trajes que les estábamos enseñando?

—Eh... más o menos un mes y medio... —dije, sin saber si era la respuesta acertada.

—Con un poquito más de personal, de presupuesto... la cosa mejoraría muchísimo. Pero ahora todo es escasez. *Porca miseria*. Ah, los tiempos de Cinecittà —aseguró Roma.

Mario me hizo un gesto para que callara a la diva. Porque desde que yo había llegado estaba intentando sacudir el bolsillo de los productores para que invirtieran más, algo que a Mario le estaba sacando de sus casillas.

—De personal estamos bien, con la mano de obra que tenemos llegamos de sobra —dije.

—¿Cuántos trajes le faltan por crear?

—Sesenta y siete —respondió Roma.

—Si han necesitado mes y medio para diecisiete, necesitarían entonces unos... ¿seis meses para los que les faltan?

—Eh... No, no... —aseguré—. Si hay más de diecisiete confeccionados. ¿Verdad, David? Tenemos por lo menos el doble.

—Sí, sí...

Mario se acercó a nosotros.

—Pues enséñalos. Sácalos ahora mismo. Y espero que sean más barrocos, más vistosos, más complicados, y sin tanta transparencia y tanto minimalismo. Que esto no luce nada.

Asentí. Me fui a la parte de atrás del taller. Los busqué desesperada entre los

vestidos de los burros. Mario y David me siguieron. Estábamos fuera de la vista de los productores.

—¿Dónde está el de la casaca de Carlos? ¿Y el vestido de noche de Elena? —pregunté a David, mientras revolvía los burros buscándolos.

—Pregúntale a Roma. Yo no sé si se los come...

—¿Pero no los habíamos acabado la semana pasada? ¿O me estoy volviendo loca? ¿Y esta noche solo acabamos los que estaban ahí delante? ¿Por qué está todo con tanto desbarajuste?

—Sara, si no te hubieras ido... —protestó Mario.

—Yo he hecho todo lo que he podido, pero la italiana, la italiana lo está jodiendo todo —se excusaba David.

—¡Deja de echarle las culpas a Roma! —chillé.

Mario empezaba a sudar.

—Sara, por favor, lo que menos necesitamos es que esto parezca un caos, o que nadie capitanea este departamento. Por favor, organízate de una vez. Contesta a todas las preguntas con decisión, y si hay que mentir, miente. Pero que no se note, coño.

—Vale, vale. Tú dales de beber, mientras los buscamos. O que Lu los entretenga. Que se ponga el corpiño sexy.

—Estos creo que son más del gallego —dijo David.

—David, no es el momento para convencernos de que todo el mundo es gay.

—Que no es eso. Yo solo te digo que Lu ya ha pasado dos veces desnuda y nada. Ni se han inmutado.

—¿De verdad? Pues desnuda al gallego entonces. O no, mejor ponle los leotardos y que marque paquete. Que sugerir siempre da más morbo que mostrar. Y si es necesario, dile a Lu que le anime un poco, si ven su tamaño nos dan un millón más fijo. —Miré a Mario—. Tú dile que vas a hacer muchos primeros planos.

—¿En serio? ¿En serio? —preguntó Mario—. ¿Esa es tu mejor idea?

—Lo de desnudarlos fue cosa de Roma —aseguró David—. Lo de sugerir de Sara, mucho más inteligente.

—No me lo puedo creer, esto no puede estar pasando. Nada de marcar paquete, nada de rabos erectos. —Mario empezaba a cambiar de color y todo del sofoco—. ¿Pero habéis visto lo serios que son?

—Sí, como productores son un poco siesos —convine—. ¿Saben en la película que se están metiendo?

Mario ya no quería seguir hablando conmigo.

—Sal ahí y convéncelos de que en dos meses tenemos el puto vestuario acabado. ¡Convéncelos como sea de que sois serias y profesionales! —gritó Mario, perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

Así que salí y seguí contestando a preguntas. Les aseguré que muchos de los trajes estaban encargados y a punto de llegar, que había otra remesa que alquilaríamos, y otros que simplemente *customizaríamos*. Todo esto lo iba

intercalando mientras ellos preguntaban por nuestro calendario. Y por nuestro presupuesto. ¿Por qué la partida de complementos y accesorios era tan elevada? ¿Por qué necesitábamos doscientos trajes de alquiler para los figurantes, no se podía hacer un apaño infográficamente? Yo intentaba contestar de manera coherente y prudente, mientras Roma se salía una y otra vez del tiesto. Que ella no estaba aquí para que la fiscalizaran. Que a ella ya le habían prometido un presupuesto. Y que no acababa de entender tanta pregunta, que ella siempre había cumplido los plazos. Que ella era Roma, la grande. La grandísima.

—Pero por lo que entendemos hay dos cabezas de equipo. Usted tal vez tenga la intención de cumplir, ¿pero ella? —dijo uno de los productores, señalándome.

—Tranquilos, que yo ya cubriré su falta de experiencia. Tiene talento, tiene entusiasmo. Es un potrillo salvaje, pero yo la voy a domar. Está bajo mi ala.

No sé si acababa de gustarme esa respuesta maternalista y protectora, aunque supuse que lo hacía con la mejor intención. Y eso que lo de potrillo salvaje casi me había ofendido.

—Ustedes confíen en Roma. ¡En Roma! —gritaba mientras levantaba las manos—. Y relájense, disfruten de la magia, del encanto, de la sensualidad y la armonía de nuestra propuesta. Es una cuestión de piel. No de números. De piel.

En ese momento salió el gallego negando, muy alterado, poniéndose una gran camisola con mucho vuelo.

—Ah, no, no y no...

—¿Qué pasa?

—Que no, que yo ya más veces desnudo no salgo. Que me quiere poner una pluma en toda la... Y no. Yo me vuelvo a mi veterinaria.

Lu salió detrás.

—¿Para eso nos has traído? ¿Para humillarnos? ¿Para seguir castigándonos? Lo tuyo es muy fuerte. Muy fuerte. Pensé que estábamos aquí por la película, no para seguir con tu *vendetta* personal.

Me acerqué a toda velocidad hasta ellos.

—¿Pero qué dices? ¿De qué hablas? Por favor, por favor, vamos a tranquilizarnos. ¿Qué ha pasado?

David salió detrás con una pluma rosa en la mano, atada a una goma. Martiño señaló la pluma.

—Eso ha pasado. ¿Sabes dónde me la quieren poner, sabes?

—Tranquilo, Martiño, tranquilo. Nadie te va a poner una pluma ahí... ¡David, ¿en serio?!

—Ha sido Roma, de verdad que ha sido ella —trató de decirme David.

—Pero si yo os dije que sugirierais, no que remarcarais. Martiño, de verdad, tú ponte lo que quieras, como si te pones la armadura y no vemos ni un centímetro de tu piel. Una vuelta más y ya hemos acabado, de verdad.

—Vámonos de aquí —gritó Lu.

—Lu, te juro que esto ha sido un malentendido. Que yo quiero que salga la peli tanto o más que tú. Te lo juro. Créeme. Por favor... Martiño, díselo tú.

Martiño miró a mi hermana.

—Parece sincera.

—Si es que ya no sé ni qué pensar contigo —dijo Lu, empezando a flaquear.

—Por favor, solo un pase más. Solo uno y ya se habrá acabado. Por favor.

Lu miró a Martiño.

—¿Qué hacemos?

—Vale, pero yo pienso ir muy pero que muy vestido. Que ya estoy harto de que solo me valoren por lo de siempre.

—Otros matarían por esa joya que tienes ahí —aseguró David.

—Yo soy actor. Actor. Yo me desnudo si lo justifica el guion. Odio los desnudos gratuitos.

—¿Prefieres tener que pagar por los desnudos? ¿Qué hay de malo en las cosas gratis, en los desnudos gratis, en el sexo gratis? —preguntó David con una lógica un tanto retorcida y absurda.

—No es el momento, David.

Mario se acercó a nosotros.

—Estamos dando el espectáculo, por favor. Que esto se va a pique. Por favor... Mira a los productores, mira sus caras, se están impacientando demasiado. Y no me extraña.

Roma me cogió de la mano y me arrastró hasta donde no nos oyeran.

—Necesitamos un golpe de efecto. Algo. Algo espectacular, algo que hable de nuestro trabajo, de nuestro talento. Algo que vaya más allá de desnudar a los chicos.

—Pero si fue idea tuya.

—¿Me estás cuestionando? —gritó.

—No, no —dije con vocecilla—. Si yo solo lo señalaba.

—Si lo sugerí fue porque pensé que iba a funcionar. Pero podemos estar aquí repartiéndonos las culpas o reaccionar.

—Vale, vale, tienes razón, perdona. Pero ¿qué hacemos?

—Piensa, tú eres la genia, la joven promesa. Piensa.

Pero yo estaba agarrotada, superada, si es que ya no daba más de mí. Roma miraba a todos los lados buscando una inspiración que no llegaba... hasta que vio un ramo de rosas en la mesa.

—Pétalos de rosa. ¡Eso necesitamos!

Arrambló con los dos ramos de rosa que había en el taller y me llevó hasta el lugar donde se cambiaban los actores. Y les indicó que entraran.

—¡Presto! Todos a deshojar las rosas. ¡Rápido!

—¿Para qué?

Roma empezó a hacerlo y empezó a meter los pétalos dentro de los trajes de los actores.

—¿Qué estás haciendo, Roma?

David me miraba negando. Con su gesto me daba a entender que Roma había perdido el norte. Ella, ignorándonos, metía pétalos entre el cuerpo de los actores y los vestidos mientras no dejaba de darles instrucciones.

—Al salir ahí fuera yo iré subiendo la música y a su ritmo os besáis, os peleáis salvajemente con pasión y finalmente rompéis vuestros vestidos. Los desgarráis. Y los pétalos rojos serán una explosión de color, de vida, de sangre...

Los actores me miraban un tanto desconcertados. Lu negaba.

—Lu, ni siquiera es idea mía, es de Roma. ¿De ella no desconfiarás también?

—Yo qué sé...

—Esto es un disparate —afirmó David.

—Esto es arte, cine, vida, verdad, simbolismo. Lo es todo —aseguraba Roma.

Roma estaba enloquecida de pasión y amaneramiento.

—¿Tú estás segura? —pregunté, dudando de la propuesta—. Que veo yo a los productores muy poco artísticos e impresionables.

—Luz, color, rabia, dolor, pasión. Algo tenemos que hacer, Sara. Que los perdemos. Pero si tienes una idea mejor...

—Bueno, venga, que sea lo que Dios quiera.

Roma puso la música y la fue subiendo. Lu y el resto de actores me miraban con cierto temor, sin tener muy claro lo que tenían que hacer. Yo me acerqué a mi hermana y le dije que ella podía. Que si alguien podía hacerlo era ella. Le pedí que tomara la batuta, que los contagiara con su entusiasmo y energía.

—No lo hagas por mí. Hazlo por Roma, por Mario, por la peli.

—Esto va a ser un churro.

—Estamos en tus manos, hermana.

Lu por fin asintió. Cogió de la mano a dos de los actores y salieron. La otra actriz los siguió. Y ahí, delante de los productores, empezaron una especie de coreografía improvisada, violenta y sexual. Mi hermana era buena, sin duda. Besos, abrazos, empujones y por último una pelea sexy donde acabaron por desgarrar los vestidos para que los pétalos rojos salieran al ritmo de una música ya atronadora.

Lo malo es que el efecto no fue para nada espectacular, ni lo que Roma esperaba. La explosión de color se había quedado en una cosa bastante cutre e incomprensible. Y los productores no estaban entendiendo nada.

—Pero... ¿por qué rompen los vestidos? Si tienen muy pocos acabados.

—Esto a cámara lenta será precioso, puro arte. El tejido mezclado con la fuerza de las flores. Las texturas diferentes, los colores... —trataba de justificarse Roma.

Mario se abalanzó hacia nosotras.

—¿Pero qué hacéis? Estáis locas.

—La niña —dijo Roma, señalándome—, ya sabes cómo es con sus ideas, pero es una idea fresca.

¿Por qué me echaba a mí las culpas?

—¿Esto es cosa tuya? —preguntó Mario.

Yo muda de la impresión y del desconcierto.

—Claro que es suyo. Porque es maravilloso. Una maravillosa locura —decía Roma, elevando las manos—. Hasta estos tristes tienen que verlo.

Yo miraba a Mario, miraba a los productores, miraba a los actores, que los pobres ya no sabían qué hacer con los trajes rotos, si retirarse, si tirarse los pétalos de flores por el cuerpo...

Los productores se acercaron al director.

—Apagad esa música. Mario, yo creo que ya hemos visto suficiente.

—Nos vamos —dijo el otro.

—Estamos en contacto, ¿sí? —aseguró el tercero y se dirigió a nosotros—: Gracias a todos por el esfuerzo... creativo.

Y salieron de allí sin más preámbulo. Mario no daba crédito a lo que había pasado. Estaba furioso, pero también estaba hundido. Igual que yo. Por eso apenas gritó.

La única que parecía ajena al drama, la única que se mantenía pletórica era Roma.

—Los tenemos en el bolsillo.

—¿Tú has visto sus caras? —pregunté yo.

—¿Pero qué has hecho, Sara? —se lamentaba Mario—. ¿Qué has hecho?

—A ver lo de las flores... —Yo trataba de justificarme.

—Lo de las flores es lo de menos. Es todo. Todo. Ha sido... ha sido patético. Ha sido un puñetero desastre. Si es que tenía que pasar, si es que no estabas centrada, si es que nos has dejado tirados unas horas antes. Y si lo salvamos, si salvamos algo de esto, no va a ser gracias a ti. Menos mal que estaba aquí Roma, menos mal, si los de Luanca siguen va a ser gracias a ella.

—Ah, no riñas a la pobre. Está empezando. Tiene talento, tiene visión, tiene caos, tiene calle. El resto se aprende —aseguró Roma—. Todo va a ir bien, Mario. Todo.

Y ahí sí, por primera vez. Creo que miré a Roma con odio.

Lu se acercó a mí.

—Esto ha sido patético, humillante. No sé cómo he vuelto a confiar en ti.

—Pero que no fue cosa mía...

—Ahora que como la película no salga, Sara, como la película no salga, yo sé a quién le voy a echar las culpas —siguió diciendo mi hermana—. Porque toda esta cagada es culpa tuya. Y a mí nadie me va a convencer de que no lo hayas hecho adrede solo para joderme.

—¿Pero qué dices? ¿Pero cómo puedes pensar eso?

Cuando todos se marcharon derrotados, David y Chusa me arrastraron hasta el bar de al lado del taller de Roma. Yo estaba muerta de cansancio, hundida. Jodida. David bebía indignado una cerveza tras otra. Yo ni quería ni me veía capaz de seguirle el

ritmo. Chusa lo intentaba.

—Esta hija de puta no solo te ha hecho luz de gas. Te ha arruinado la presentación. Y lo ha hecho a posta. Primero escondiéndonos los vestidos, luego asegurando que lo de desnudarlos era buena idea y por último las rosas. Y encima te ha hecho responsable de todo. Y no digas que no. No digas que no.

—Si yo ya no digo nada, David.

Porque era verdad. No decía nada porque no sabía qué pensar. Por primera vez, dudaba de ella. ¿Por qué se había comportado así, por qué me había vendido?

—Qué manera de apropiarse de todo, qué manera de hacer que la cagaras. Te ha endiñado todas sus malas decisiones. La muy hija de puta. Es mala, es un mal bicho...

—Y si yo no me hubiera ido, si yo hubiera estado aquí pegada.

—Eso también.

Yo no dejaba de mirar el móvil esperando una llamada o un mensaje de Aarón, porque aunque esto de la presentación había sido un desastre, mi verdadero drama se representaba o se iba a representar lejos de aquí, donde estuviera Aarón y cuando descubriera, si no lo había descubierto ya, mi mensaje volcánico.

Le llamé por teléfono. Pero seguía apagado o fuera de cobertura. A lo mejor aún no había visto el mensaje, o a lo mejor lo había visto y había decidido cortar toda comunicación...

—¿No vas a aclarar las cosas con Roma? —preguntó Chusa.

—Debería, ¿no?

—Lo que deberías hacer es mandarla a la mierda. Eso es lo único que tendrías que hacer.

Salí del bar. Y cuando me dirigía al taller, la vi saliendo del portal con el teléfono en la mano.

—¡Roma!

—Sara, qué alegría. Te estaba llamando.

Me enseñó el móvil para que comprobara que era verdad.

—No quería que te fueras así. Perdona lo que dije arriba. Tal vez pienses que no fui leal diciendo que lo de los pétalos había sido cosa tuya.

—No sé muy bien por qué lo hiciste.

—Porque quería hacerte responsable. Quería hacerte responsable de todo, de lo bueno y de lo malo. Que Mario no dudara de que esta es tu película.

—No sé si te entiendo.

—Esta es tu visión, estos son tus trajes. Yo solo soy la garantía que necesitaba Mario para que los productores te permitieran estar en el film. Yo soy solo el accesorio. Un carcamal.

—No digas eso.

—No lo digo lamentándome. Sé lo que hay. Es tu película, y por eso tiene que quedar claro que tomas todas las decisiones. Incluso las malas.

—Sí, pero por esas malas decisiones me pueden echar de la película. Ya has visto a Mario.

—Por eso me he quedado hablando con él. Para asegurarme de que le quedaba claro que tú eras la única que puede hacerlo.

—¿Sí? ¿Y qué ha dicho?

—Estaba demasiado enfadado y nervioso para decir nada con sentido. Pero no te preocupes.

—Ay, Roma, que ya me veo fuera.

—¡No! Y no te preocupes. Mario ahora sabe que si te echa a ti, yo también me voy.

—¿Le has dicho eso?

—*Cara mia*. Somos un equipo. Pues claro que se lo he dicho. No te preocupes de nada. De nada.

—¿Pero no crees que los de Luanca nos van a mandar a la mierda?

—¡No, ¿*ma* qué dices?! Como mucho querrán que se retrase unas semanas, y listo. Tú ahora olvídate. Y vete. *Andare* a solucionar tus problemas de *amore* con tu cantante.

La abracé y la besé. Y pensar que por un momento me había dejado liar por David y me había dejado arrastrar hasta su lado oscuro. Roma era maravillosa. Con sus defectos, claro, ¿quién no los tenía? Y con sus actuaciones cuestionables, pero era de una pieza. Podía y debía confiar en ella.

Decidí ir a casa de mi madre, para invitarla a comer. Tenía que convencerla de que se quedara una noche más con el crío. O hasta que durara el concierto por lo menos. Si no lo conseguía, debía hacerme con una canguro. Las dos que habíamos tenido, y por muy poco rato, al fin y al cabo el niño estaba atado a mi teta cada tres horas, no acabaron nunca de gustarle a Aarón. Bien es verdad que ahora la opinión de Aarón a ese respecto me daba un poco igual. Si tanto le preocupaba con quién dejábamos el crío, que no se fuera de conciertos.

—¿Una noche más? Hija, ¿no crees que esto ya es un abuso y roza lo irresponsable? El niño necesita a su mamá. Y sus dos tetas.

—Tanto decirme que lo destetara y ya te estás arrepintiendo. A las doce o como muy tarde a la una estoy de vuelta. Y fíjate, si ya las agarra sin demasiada ilusión...

—mentí, mientras Guille succionaba con ganas mi teta derecha. Qué manera de tragar.

—Yo también tengo planes con tu padre.

—Mamá, tengo que hablar con Aarón, tengo que salvar lo nuestro como sea.

—Si vienes más tarde de la una, dejo al niño en la puerta.

—No digas esas cosas, mamá.

—Tú pruébame y verás.

—Te traigo al niño a las siete y antes de que te des cuenta ya habré venido a por él. Lo juro.

El concierto era a las ocho de la tarde. Y hasta esa hora no recibí ninguna llamada de Aarón. Intenté localizarlo repetidas veces pero su móvil seguía sin dar señales.

Me puse guapa. O lo intenté. Pero no tenía yo uno de mis mejores días y el espejo no acababa de devolverme una imagen que me convenciera. ¿Probaba con tacones para realzar un poco más mis piernas? Pero tacones para un concierto no eran la mejor idea, si apenas sabía caminar sobre ellos, como para estar horas de pie soportándolos. Opté por un zapato bajo mono, que sí, que existen, y un vestidito vaporoso que disimulaba mis kilitos. Algo de rímel, un poco de sombra de ojos y *gloss* para los labios. El resultado distaba mucho de lo que yo habría querido, pero mejor aceptar que no iba a conseguir nada mejor por más que me lavara la cara y empezara de nuevo, o por más que rebuscara en el armario para encontrar un vestido que me convirtiera en una sílfide.

Salí de casa con el firme propósito de convencer a Aarón de que a pesar de mi mensaje de loca, yo merecía la pena, lo nuestro merecía la pena, y Guille se merecía unos padres que lucharan por lo que tenían. Desde mi antigua casa hubiera llegado andando a la sala Sol en veinte minutos, desde Sanchinarro no me quedó otra que el transporte público. Pasaba de llevar el coche y de buscar durante horas aparcamiento.

Inma me esperaba en la puerta de la sala, donde el público ya empezaba a agolparse. Había quedado con ella porque necesitaba estar acompañada para enfrentarme a lo que venía. Le resumí todo lo que había ocurrido, el mensaje, cómo me había vuelto loca, el mal día que llevaba...

—El chocho que tienes encima. Tú estás fatal. Hala, vamos a beber, a ver si se te pasa un poco la tontería.

En la puerta temí que Aarón no hubiera dejado dos entradas para mí, como siempre hacía, y al decir mi nombre, mientras el chico buscaba mi apellido, sentí que los peores presagios se apoderaban de mí. Agarré fuertemente la mano de Inma, como si estuviera en un concurso de la tele aguardando el veredicto de la audiencia sobre si sería yo la expulsada de la casa o no. Mi amiga no entendió a qué venía la presión.

—Sara, ¿qué pasa?

El chico siguió buscando hasta que lo encontró.

—Sara Escribano más uno. Aquí está. Ah, y os tengo que dar dos pases VIP.

Sacó dos tarjetas plastificadas con un cordón de tela y nos los entregó.

—Gracias.

La sala ya estaba casi llena de gente. Se notaba la excitación y las ganas de concierto. Observé al público, que no podía ser más variopinto. Chicas jovencitas con camisetas de Aarón, mamás y papás de familia, con sus hijos de cuatro a diez años,

algún que otro madurito y madurita con pinta de no venir mucho a conciertos, y mucho *hipster* treintañero. Aarón y su grupo estaban logrando la cuadratura del círculo, cada día tenían un *target* más amplio de fans, el sueño de cualquier discográfica. Le pedí a Inma que nos pusiéramos delante, cerquita del escenario, pero no en primera fila. Porque aún no tenía muy claro si quería que Aarón me viera o no. Inma señaló su pase VIP.

—¿No vamos a ir al *backstage*? Seguro que tienen bebidas.

—Es que no sé si quiero que me vea antes del concierto.

—¿No quieres intentar borrar el mensaje?

—¿Y si vas tú sola?

—¿Quieres que le robe el móvil?

—O que tantees el terreno...

Inma no sabía qué contestarme. Dudaba. Pero acabó por claudicar.

—Lo que hay que hacer por una amiga.

Le di un beso de agradecimiento, le indiqué el camino y ella se metió en el *backstage*. Aguardé impaciente a que volviera. Entre la multitud conseguí ver a mi hermana, no sabía si saludarla o no, y cuando por fin iba a hacerlo me di cuenta de que venía acompañada del gallego y de Roberto. Así que preferí hacerme la despistada y darme la vuelta. Si ella me veía y quería acercarse, perfecto, pero no pensaba ser yo la que provocara ningún encuentro incómodo.

Los minutos esperando a Inma se me hicieron eternos, busqué entre la sala algún que otro conocido, pero sin mucho afán, para no tener que cruzar la mirada con mi hermana, y entre la gente vi que alguien alzaba la mano para saludarme.

—¡Sara! ¡Sara! ¡Aquí!

Era el vikingo. Con su mejor sonrisa se acercó y me dio dos sonoros besos.

—*I can't wait* por el concierto. *Amazing* la gente aquí. Loquísima. —Me ofreció el mini de cerveza que llevaba—. ¿Quieres?

Acepté y le di un buen trago.

—Hey, están allí tu hermana y Roberto y el guapo *galician*. ¡Aquí! ¡Aquí! —les gritó, antes de que yo pudiera reaccionar y pedirle que nos los llamara.

Mi hermana, Roberto y el gallego no estaban por la labor de acercarse, pero ante la insistencia del vikingo no les quedó más remedio.

—Todos juntos, *great!* —dijo Eric con entusiasmo, mientras abrazaba a Roberto con efusividad. Roberto también le devolvió un abrazo cariñoso. Y pensar que cuando Roberto lo trajo a Madrid por primera vez yo pensé que había compartido algo más que una amistad. Quién me iba a decir que, dos años después, Roberto estaría ahora liado no con un vikingo, sino con un gallego y con mi hermana. La vida.

Roberto y yo nos besamos de manera torpe. Aunque acabó por darme también un abrazo muy cariñoso que duró demasiado.

—¿Cómo estás? Ya me ha contado Lu que la presentación regular...

—Tirando a muy mal, más bien.

Roberto volvió a abrazarme, y otra vez un abrazo largo y sobre todo fuera de lugar, si ya me acababa de abrazar hacía unos segundos. Miré a mi hermana para ver cómo reaccionaba, pero parecía una estatua de cera. Qué capacidad para ignorarme. Roberto seguía pegado a mí.

—Roberto, estoy bien. No te preocupes.

—Ya, ya, pero el calor humano nunca viene mal.

—Le está subiendo la pastilla —me aclaró el gallego.

—¿Qué pastilla?

—Un amigo me trajo unos éxtasis buenísimos de Vigo. De fliparlo. Y hemos tomado un poquito para ponernos a tono.

—¿Te han drogado, Roberto? —pregunté con preocupación.

—Solo un poquito —me aclaró con una sonrisa bobalicona.

—¿Has visto a Mario? —preguntó mi hermana de manera cortante.

—¿También iba a venir? Aarón ha invitado a todo el mundo, ¿o qué?

—Tú sabrás, es tu novio —contestó mi hermana muy seca—. ¿No lo has visto entonces?

—No.

—Estoy deseando saber si ya tiene noticias de los de Luanca.

—No creo que hasta dentro de unos días den señales, Lu.

—Ya... La cosa pinta mal —dijo el gallego—. Tanto desnudarse y tanto marcar rabo para nada. Si ya sabía yo...

—¿Nos volvemos a donde estábamos? Se veía mejor —dijo mi hermana. Estaba claro que no quería estar cerca de mí.

—Eh... —Roberto nos miró a las dos, no sabía qué hacer.

—¿Qué tal el proyecto del ayuntamiento? ¿Entregado?

—Ahí vamos.

—*It's amazing, amazing.* Lo vamos a ganar —aseguró el vikingo—. ¡Madrid llevará nuestra firma! *It will be a fucking locura!*

Sonreí tratando de contagiarme de su entusiasmo pero con escaso resultado. Por fin Inma apareció entre la gente. Y yo me separé del grupo para dirigirme a ella.

—¿Qué tal? ¿Has recuperado el móvil? ¿Has hablado con él? ¿Cómo está? ¿Había escuchado el mensaje?

—Lo siento, están encerrados en el camerino y no me han dejado pasar. Pero he robado esto...

Inma sacó una botella de tequila de debajo de su chaqueta. El vikingo la vio desde lejos.

—Tequila, *great!*

El vikingo estaba *on fire*. Las luces de la sala se apagaron. Sonaron los primeros acordes y los integrantes de la banda fueron saliendo al escenario. La gente empezó a aplaudir enfervorecida. El último en entrar fue Aarón, tocaba la guitarra. El público se volvió loco. El vikingo más. Lu había conseguido escaparse de nuestro lado con el

gallego y Roberto, que al alejarse me echó una mirada de disculpa.

—Aquí, estamos aquí. Yeah —gritó el vikingo a Aarón.

Yo traté de calmarlo, no quería que Aarón me tuviera localizada, o al menos no tan pronto, pero ante los aspavientos y gritos entusiastas de Eric, enseguida nos vio. Movi6 la cabeza para saludarnos. Yo traté de sonreír. Aunque no sé si fue una sonrisa lo que dibujé en mi rostro.

Aarón saludó y agradeció a todo el mundo su presencia y aseguró que iba a ser un concierto mítico. Es más, habían decidido grabarlo, porque tenían intención de sacar un disco en vivo y les parecía que hacerlo en Madrid y en la sala Sol era la mejor idea del mundo. Aplausos, silbidos, gritos de éxtasis entre el público. La posibilidad de quedar immortalizados en un disco les entusiasmaba y así lo hicieron saber.

Arrancó con una de sus canciones míticas y enseguida se metió a todos en el bolsillo. Siguió con uno de los éxitos más potentes de su último disco y consiguió que la gente ya entregada se pusiera a cantar y bailar. El vikingo me cogió las manos para que las moviera al ritmo de la música y las alzara cuanto más arriba mejor. Maldita la gana que tenía yo de dejarme arrastrar por el entusiasmo colectivo, pero tampoco quería ser una arisca y menos con Eric, que no se merecía mi mal humor. Así que traté de contagiarme de la buena energía del concierto, pero el temor de no saber si Aarón había escuchado mi mensaje o no me tenía sumida en un torbellino que no me dejaba disfrutar. Con la siguiente canción, Inma, que debió de notar que yo no me relajaba, me pasó la botella de tequila y no me lo pensé demasiado, le di tal lingotazo que casi vomito de la impresión. Se me había olvidado lo fuerte que era el tequila. Pero en vez de asustarme, le di otro lingotazo mayor.

—*Easy, easy*, la noche es joven —aseguró el vikingo.

Le iba a pasar el tequila cuando a lo lejos vi a mi hermana bailando muy pegada entre el gallego y Roberto, ¿de verdad? ¿Iban a dar el espectáculo allí delante de todos? ¿Qué necesidad de restregarles a todos su relación modernísima y poliamorosa? Y si Roberto se dejaba llevar en público era porque lo habían drogado, ¿si no de qué? Y cada vez bailaban más pegaditos y cada vez se tocaban más. Ascazo. Ante esa visión, decidí no soltar la botella y llevarla de nuevo a mis labios. Inma, preocupada ante mi ingesta alcohólica repentina, trató de quitármela, pero fui más rápida que ella y se lo impedí.

—¡Trae! Que es para todos.

—Un traguito más.

Y mientras me aferraba a ella, y para olvidarme de lo que estaba pasando a unos metros, para olvidarme de mi hermana manoseando a mi ex, me puse a tararear a pleno pulmón el estribillo de la canción.

—«Solo sé que quiero más / te echo de menos cuando tú no estás / ahí...».

—Sara, dame la botella, que nos conocemos, y a este ritmo acabas subida al escenario bailando en bolas. Y esto no es un karaoke.

—«No puedo negar lo que siento por ti, / en todas mis letras yo te veo ahí».

Eso cantaba Aarón en ese momento sobre el escenario y todos coreaban con él. Yo también. Y ahí caí en algo que era obvio, que estaba delante de mí y no veía, preocupada o despistada por la visión de mi hermana pegada a Roberto. Esa canción estaba dedicada a mí. Aarón la había compuesto en su momento para decirme que había veces que no sabía explicarse, que no sabía lo que sentía, y eran sus letras las que se lo acababan por contar. Así era él. Así eran los artistas, los músicos, muchas veces tirando de manera inconsciente de sus composiciones, para explicarle al mundo, pero sobre todo a ellos mismos, cómo se sentían. Y por eso que la estuviera cantando ahora, que me la estuviera cantando a mí, era una señal, solo podía ser una señal, de que todo estaba bien. De que me quería, de que me quería a pesar de mis mensajes absurdos y agresivos al contestador, de que seguía pensando en mí...

—«Cada vez, cada vez, te quiero más / cierro los ojos y ahí estás».

Me volví loca coreando. Yo también, Aarón, yo también. Te quiero, de verdad, que sí. Perdóname. Perdona mi mensaje de loca, perdona que no te haya valorado, perdona que lleve meses escabulléndome de ti, perdona que solo te vea como un padrazo, perdona que le metiera mano a Roberto, que, míralo, aquí está, feliz haciéndose un sándwich entre mi hermana y el gallego, y mira cómo bailan, y cómo se contonean, y cómo se tocan y cómo se besan los muy... desgraciados, que ya podían dejar de dar el espectáculo y llevar su poliamor a la intimidad, que hay cosas que tampoco hay por qué restregar al resto de los mortales y hay que dejar en la intimidad, pero que a mí me da igual, mira, a mí plin, a mí me la sopla, me la bufa, porque yo te quiero a ti. A ti.

—«Quiero el beso que nunca te di, / alientas mi mundo y nunca lo vi. / Cada vez, cada vez, te quiero más, / cierro los ojos, y ahí estás. ¡Cierro los ojos, y ahí estás! / Cada vez, cada vez, te quiero más...».

Estaba coreando como una fanática, en éxtasis. A pleno pulmón. Y animaba a todo el mundo a que cantara a voz en grito. Más alto. Más alto. Venga, vikingo, que se nos escuche, arriba Martiño, deja los labios ventosa de mi hermana y canta conmigo, con todos, Roberto, arriba, que en China no se canta así, aprovecha.

—«Cada vez, cada vez, te quiero más / cierro los ojos y ahí estás».

Y ahora sí, Inma me quitó la botella.

—Sara, Sara, un poquito de contención, que ya sé que has tenido un día duro, que tienes los chacras un poquito descolocados, y que el barullo emocional te lleva a este tipo de descontrol, pero relaja. Relaja, que como sigas gritando no van a poder utilizar esta canción para el disco en vivo que graban.

—Me quiere, Inma, me quiere a pesar de todo. Me quiere a pesar de estos —dije, señalando en dirección a los tres mosqueteros poliamorosos, pero sobre todo al tontolaba de Roberto, que, míralo, ahí en medio de esos dos, qué poquita vergüenza, qué poquito sentido del ridículo y del decoro, y que ya no tienes edad, hombre de Dios, que ya no tienes edad de estar haciéndote el adolescente, que esas cosas a los quince aún... bueno, que es cuando se prueba y se experimenta, que es cuando le

puedes echar al alcohol la culpa de todo, pero ahora, de verdad, de verdad... Qué poquito sentido común.

—Se les ve bien, sí —admitió Inma.

—¿Bien? Bien ridículos se les ve, pero a mí me da igual, allá ellos. ¡Sed felices! ¡Sed felices!

Poco a poco me había ido acercando a ellos, no sé ni cómo, juro que no estaba siendo consciente, pero ya los tenía cada vez más cerca.

—Qué bien, ¿eh? Roberto. ¡Qué bien! Quién te iba a decir que te ibas a ver en esta. Yohoooo, viva el amor, y el poliamor y el rabo kilométrico del gallego, ese rabo marsupial.

Lu me quiso asesinar con la mirada.

—Relaja un poquito, Sara, bonita. Que estás dando el espectáculo.

—¿Yo? ¿Yo? Yo no soy la que está en plan sándwich, revolcándose y metiendo mano, que yo no sé cómo os aclaráis con tanto brazo.

—Yo creo que me está subiendo la pastilla —explicó Roberto, no sé si a modo de aclaración o de disculpa.

—No hace falta que lo jures —dije sonriendo.

—Ay, qué gustito, que no se acabe nunca este concierto.

Y Roberto trató de abrazarme y yo traté de desembarazarme, aunque tampoco puse mucho empeño. No era desagradable.

—Shhh... —dije sin perder la sonrisa—. Ahí tienes a esos dos para abrazarte. ¿O no te basta?

—Me sobra amor que dar.

—Es que el éxtasis es buenísimo —insistió Martiño—. Qué subidón. Yo estoy que quiero tocar a todo el mundo.

Y ni corto ni perezoso se puso a sobar al vikingo y a Inma. Y los dos se dejaron con una alegría y un descoque que yo ya no sabía cómo tomarme. Pero no perdí la sonrisa. ¿Para qué? Y Roberto venga otra vez a acariciarme.

—Roberto, por favor. —Me estaba dando la risa—. Que están tu novia y tu novio ahí, y el mío en el escenario.

—Si solo es un abrazo de amigo.

Me dirigí a mi hermana. No sabía si admirarla por lograr que Roberto estuviera así o echárselo en cara.

—¿Y a ti te parecerá lo más normal del mundo drogarle y que se ponga en plan osito amoroso? —Se lo dije sin ninguna acritud. Porque ya estaba cansada de hacerme la indignada, y ahora que sabía que Aarón me quería, y me cantaba desde el escenario, tampoco es que me molestara toda esta situación.

—Como sabíamos que te íbamos a encontrar, hemos necesitado la ayuda de químicos para soportarte —aclaró mi hermana.

Yo le sonreí. Tenía gracia la puñetera. Y hasta me entraron a mí ganas de meterme un éxtasis, de pedirle al gallego que compartiera el material traído de Vigo, pero

pensé que con el tequila era suficiente. Y además tenía un niño al que regresar.

—¿Y para mí no hay? —preguntó Eric al gallego, leyendo mi pensamiento.

Martiño partió con sus dientes una pastilla que sacó del bolsillo y se la metió en la boca y se la pasó con un beso, largo, porque fue largo, al vikingo.

—¿Quieres, cuñada?

Estuve tentada de aceptar. Y que me besara también a mí delante de mi hermana a ver qué cara ponía. Y como no le acababa de decir que no, Inma vino al rescate.

—Vamos al baño —dijo, cogiéndome del brazo y pasándole la botella al vikingo—. Bébetela o escóndela, pero que no esté cuando volvamos.

—Si yo no quiero mear, si yo estoy de concierto, feliz. Y sin necesidad de éxtasis. Que mi éxtasis está ahí arriba —aseguré, señalando a Aarón—. Me quiere, me quiere.

—Que sí, que sí. De verdad, qué mal beber —se lamentó Inma—. Y que siempre se me olvide. Pero a ti antes no te afectaba así, ¿no?

—Si estoy bien, si estoy de maravilla. Y no quiero ir al baño, si yo...

—¡Que vamos! —gritó Inma, perdiendo la poca paciencia que le debía de quedar.

—Vale, vale. Qué carácter, y luego soy yo la que tiene mal beber.

En el baño tuvimos que hacer cola, porque, como siempre, el de chicas estaba a reventar.

—Vámonos de aquí, que nos estamos perdiendo el concierto. Y yo no quiero mear.

—Espera, que yo sí —insistió Inma.

Después de unos minutos y ver que la cola no avanzaba, la cogí y la llevé al de chicos. Todos meaban pegaditos a la pared. Envidia de la mala. Esperamos a que una de las cabinas quedara vacía y entramos. Yo no dejaba de tararear la canción mientras Inma meaba.

—Estás eufórica, ¿eh?

—¿A que ha sido bonito que me cantara esa canción? Y que luego Martiño, el novio Marsupilami de mi hermana, me quisiera besar con medio éxtasis en la boca. Porque yo si quisiera le podría robar el gallego a mi hermana. Como hizo ella con mi Roberto.

—A ver, no es por bajarte de la nube, pero Martiño ha besado a media discoteca para pasarle éxtasis.

—Exagerada. Pero, bueno, si yo estoy feliz por la canción que me ha dedicado Aarón, es lo único que me importa. Me quiere.

—Aarón siempre canta esa canción, es de las que más le piden, ¿no?

—Pero no la ha cantado porque se la pidieran, sino porque me vio en primera fila. Era para mí. Era un mensaje. Alto y claro. Ay, qué bien, ay, qué alivio. ¿Sabes? Me siento como cuando estás esperando un análisis de sangre para comprobar que no tienes ninguna enfermedad venérea y de repente te dan el resultado y está todo bien.

—¿Te has hecho muchos análisis de esos?

—¿Tú no?

—En la vida.

—Qué estoica. Y qué inconsciente, con lo que tú has sido. ¿Has acabado de mear?

Inma se incorporó subiéndose las bragas.

—Prisitas. —Inma tiró de la cadena—. Venga, vamos, pesada.

—Espera —le dije, sujetándome de pronto a la pared.

—¿Qué pasa?

—Que todo empieza a darme vueltas. Ay...

—¿Quieres mear?

Tuve que abrir rápidamente la tapa del baño para que el vómito cayera dentro de la taza. Estuve unos veinte segundos que se me hicieron eternos agarrada al váter. Qué angustia y qué manera de evacuar.

—La madre que te parió. ¿Estás bien? Pero Sara...

—Estoy bien. La emoción...

—Sí, que mezcla fatal con el tequila. Ya veo.

Me levanté y cogí un poco de papel higiénico para limpiarme la boca.

—¿Tienes un chicle? Que como tenga que besar a Aarón con este aliento... Qué desastre.

Inma rebuscó en su bolso y encontró un paquete de chicles de hierbabuena.

—Gracias. Vamos.

—¿Seguro que estás como para continuar de concierto?

—Inma, yo ahora no me puedo ir. Tengo que estar ahí en primera fila, disfrutando de Aarón, disfrutando de todas sus canciones, de todos sus mensajes... ¿No ves que va a ser una reconciliación por todo lo alto? Épica y con todo el público de testigo. Vamos. ¿Y sabes qué? Ya estoy curada.

—¿Ya no te mareas?

—No, que ya no me afecta ver a Roberto ahí haciendo el ridículo dándose el lote con el gallego y Lu.

—No se han dado el lote.

—¿Cómo que no? ¿Pero tú los has visto? Tan pegaditos, tan relamiéndose, tan dando el espectáculo.

—Pero si solo estaban bailando...

—¿A eso lo llamas tú bailar? Pero si ni con un desatascador los podías separar. Tan abrazados, tan sensuales, tan chupándose.

—El tequila te nubla la vista.

Salimos del baño y entramos a la sala. La gente seguía entregada a sus canciones. El ambiente no podía ser más electrizante, más contagioso. Ay, qué bien tener un novio músico, un novio músico que conectaba tan bien con su público, que les hacía vibrar, cantar, soñar. Y era mi novio, y era para mí. Y yo, tonta de mí, dudando de ese pedazo de hombre, de ese sueño hecho realidad. Si es que a veces era tonta, pero tonta, tonta.

Aarón dio los últimos acordes a su guitarra, para finalizar la canción que sonaba y se acercó al micrófono que estaba en medio del escenario entre aplausos.

—Gracias, muchas gracias. Ayer por la noche compuse una canción, y no pensaba cantarla hoy, no me gusta estrenar lo recién compuesto de un día para otro, soy de los que prefiere dejarlas descansar un rato, pero, no sé, creo que necesito compartirla con todos. Se titula *Quiero quererte*. Y está dedicada a la madre de mi hijo.

Agarré la mano de Inma, emocionada. Me había compuesto una canción. Y me la iba a cantar. Delante de todos. Ay... estaba pasando. ¿Era o no era maravilloso compartir tu vida con un músico? Ay, Dios, que me iba a morir de emoción y de felicidad y de nervios. Aarón arrancó con la melodía, unos acordes tranquilos, melosos, casi tristes, podían parecer una nana, pero no, seguro que era una canción de amor.

Aarón comenzó a cantar mientras Inma y yo avanzábamos entre el público para llegar a primera fila, al lado del vikingo y los demás. Yo pedía a todos silencio, para no perderme ni una estrofa, ni un verso, ni una sílaba de la canción.

—«Encontré el valor de preguntarle/¿Me quieres? / Y ella encontró el valor / Para contestar / Quiero quererte. / No hay nada más cruel que una respuesta en la calma / Que no se dice para herir pero te mata. / Quiere quererme y no sabe cómo. / Quiere quererme, responde a todos. / Quiere quererme, no encuentra el modo. / Quiere quererme, me sabe a poco. / Y yo ahora sé la verdad. / No quería verla. / Y ella sabe la verdad,/aunque la niega./Porque ella es buena. / Pero ya no quiere vivir / en una canción que no calienta. / Así que tomo las riendas. / Debemos seguir. / Y te digo adiós / Ya está, amor, / te dejo ir».

Aarón se calló, ya no había más versos, pero sus dedos siguieron rasgando la guitarra. Y poco a poco se fueron apagando los acordes. La gente se quedó un segundo en silencio, supongo que tratando de digerir la canción, lo que acababa de cantar, esos versos llenos de dolor y de desamor, y luego rompieron a aplaudir. A mí se me acababa de cortar la respiración y la borrachera. Busqué ayuda en Inma, aunque apenas me moví. Eran mis ojos los que la buscaban, porque yo estaba petrificada. Congelada. Aturdida. Muerta en vida. ¿Había escuchado lo mismo que yo? ¿Qué acababa de pasar?

—Inma...

—Ay, corazón.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué me ha cantado?

—Sara...

—¿Me está dejando? ¿Me acaba de dejar en una canción delante de todos? ¿De verdad acaba de pasar? Se declaró con una canción y me deja con otra. ¿De verdad?

—No sé...

—¿Pero cómo puede ser tan cruel? ¿Tan hijo de puta, tan...? ¿Pero por qué me hace esto?

—No sé... tal vez... solo es una canción.

—Con él nunca es «solo» una canción. Él es así —contesté fúnebre.

—Vámonos de aquí, vamos hasta la barra.

Me guio como a una zombi. Notaba que la gente se apartaba a mi lado, de repente me sentía como Moisés abriendo las aguas del mar Rojo, pero no en plan milagro, sino que yo repelía a la gente.

—Inma, me la ha dedicado a mí. Una canción de desamor. Para cortar conmigo. Para cortar con la madre de su hijo. Soy yo. Sabe que estoy aquí, y me dice adiós, me deja ir. Y me lo dice desde un escenario, sin derecho a réplica, mientras todos le aplauden. ¿Qué está pasando?

—Pero... pero... ¿qué le has hecho? —me gritó Lu, viniendo hacia mí, la seguían de cerca el gallego, Roberto y Eric, todos con cara de circunstancias, no era para menos—. ¿Qué le has hecho al pobrecito?

—¿Yo? ¿Yo? No sé... —Estaba tan aturdida que no podía decir más.

—Se ha hartado, normal —concluyó Lu.

—No es el momento, Lu —dijo Inma.

Y ahí me di cuenta de algo que estaba flotando en el ambiente desde que había empezado el concierto.

—Ha escuchado el mensaje, supongo —concluí. Sí, solo podía ser eso.

—¿Qué mensaje? —preguntó Eric.

—Lo ha debido de escuchar. ¿No dijo que la había compuesto ayer pero que no pensaba cantarla? —deduje—. Y si se decidió a hacerlo es porque hoy tuvo que escuchar mi mensaje de lunática perdida y se está vengando.

—¿A ti te parece una canción de venganza? Deja de distorsionar la realidad. Te está dejando de la manera más elegante que ha encontrado —dijo mi hermana.

—¿Elegante? ¿Humillarme delante de todos es elegante?

—No te está humillando. Te está dejando de la única manera que ha encontrado. Se lo habrás puesto imposible. Sara, ¿no te das cuenta? Roberto se marchó a China porque no encontraba la manera de deshacerse de ti y Aarón ha hecho algo parecido.

—A ver... Que eso tampoco fue así —trató de puntualizar Roberto.

—Y si lo piensas es hasta bonito —intervino el gallego.

—¿Qué hay de bonito en esto, por favor? —preguntó Inma.

—Se declaró con una canción de amor y te deja con otra canción —concluyó Lu.

—Lo mismo que yo te he dicho, Inma —dije.

—¿No ves la belleza? Si los hombres se despiden de ti con grandes gestos es porque les has marcado. Eres la musa que inspira a los poetas. Todos mataríamos por algo así, por haber marcado a alguien profundamente, por haberles tocado el alma —dijo Martiño con toda su elocuencia gallega.

—Pero... que no me puede estar dejando. —Me negaba a aceptar la realidad—. Y que yo no le dejo que me deje.

—¿Ves? —insistió mi hermana—. Normal que lo tengan que hacer delante de todos. Es que los vuelves muy locos. Primero, al pobre lo ignoras durante meses, te

escabulles, le haces la vida imposible, hasta le metes mano a tu ex, pero eso sí, te sigues aferrando a él. Como te aferraste a Roberto, y claro, los pobres, ya no saben qué hacer, y acaban tomando medidas radicales —sentenció mi hermana.

—¿Sí? —pregunté de manera sincera—. ¿Es eso? —Miré a Roberto—. Roberto, ¿eso es verdad? ¿Tan loca te volví? ¿Tan loca que te fuiste a China y ahora has acabado en la cama de mi hermana y del gallego?

—No metas tú caos sentimental en nuestra relación, que esto no tiene nada que ver —contestó mi hermana.

—¿No? ¿Seguro, Roberto? ¿Que te líes con mi hermana no es el último acto de venganza hacia mí? Dime que no es eso, dime que no te jodí tanto la vida que por eso has acabado con mi hermana.

—Huy, la batidora que tienes en tu cabeza —dijo Inma.

—No, Sara, tranquila —respondió Roberto con un movimiento de mandíbula preocupante. El éxtasis le había subido pero mucho—. Está todo bien. Todo. Flotemos.

—Vamos a que nos dé el aire. —Inma me cogió del brazo para alejarme de toda esa locura.

—Vale —asentí—. Pero luego volvemos. Luego volvemos, que tengo que ir al *backstage*, porque si me quiere dejar, me lo tiene que decir a mí, a la cara, sin cancioncitas por el medio. Que me lo diga como un hombre, que no me lo diga como un cantante.

—Hala, sí. Venga. Volvemos.

Inma me sacó de la sala. A todo esto la música no había dejado de sonar. Y Aarón ahora estaba cantando otro de sus éxitos pegadizos. El tío soltaba la bomba en modo de canción y luego seguía el concierto como si nada y me dejaba ahí recogiendo los pedacitos, quitándome la metralla de mis extremidades medio amputadas.

—Qué cabrón, pero qué cabrón. ¿Pero cómo puede cantar ahora esa canción animosa? ¿Pero y yo qué? Que estoy aquí abajo herida de muerte, un poquito de consideración, que soy la madre de su hijo, que vale que le he dejado un mensaje horrible, pero qué cabrón.

Salimos a la calle y maldije no fumar porque hubiera sido un gran momento para un cigarro. O para un porro, un porro jamaicano, de esos enormes que se ven en las películas de universitarios norteamericanos.

—¿Un porro no tenéis? —les pregunté a dos chicos que había en la entrada.

—Somos policías. Creo que no deberías preguntarnos por sustancias estupefacientes.

—¿Policías? Anda ya. ¿Y por qué no lleváis uniforme?

—Policías judiciales.

—Ah... ¿Y esos pueden detener a cantantes?

Inma intervino antes de que la cosa degenerara.

—Mi amiga está un poquito alterada, no le hagan caso.

—Es que me acaban de dejar delante de dos mil personas. ¿O cuánta gente había ahí dentro? Que tampoco quiero exagerar.

—No sé, pero déjalos en paz. Ven. Vamos a dar un paseo.

—No. No me quiero alejar. No quiero que Aarón se me escape.

—Hasta la esquina nada más.

—Vale.

Mientras nos dirigíamos al final de la calle, un vendedor ambulante pasó vendiendo latas.

—¿Le compramos a este chino unas cervezas? Con el tequila va bien, ¿no?

—Mejor no bebemos más.

—Mejor sí.

Saqué rauda un billete de cinco euros y pillé dos latas.

—Si tú no quieres, me las bebo yo.

—Trae, anda. Que no te voy a dejar sola bebiendo.

A los veinte minutos, una vez acabadas las cervezas y una vez que yo ya había desgranado y afinado el discurso que le iba a soltar a Aarón, decidí que ya era hora de que volviéramos a la sala.

—A lo mejor la idea de irnos a casa tampoco era mala —convino Inma.

—¿Y para qué he estado media hora preparando mi discurso? De eso nada. Vamos.

Aarón estaba ya finalizando el concierto. Pero la gente le obligó a tres besos que se me hicieron más largos que una final de un partido de fútbol.

Con los últimos aplausos decidí meterme al *backstage*.

—¿Te acompaño?

—No, puedo yo sola, gracias.

—Sara, a ver cómo te lo digo... —Inma me hablaba con cierto temor—. Deberías pensar qué vas a conseguir con lo que le sueltes.

—¿Qué quieres decir?

—Que estás muy acelerada, que en pocos días te has peleado con todos, con tu hermana, con Roberto, con tu madre, con Aarón...

—Pues para haberme peleado siguen todos por aquí.

Y de verdad era lo que pensaba. Sí que había tenido desencuentros y hasta insultos con ellos, sobre todo con mi hermana. Pero era mi hermana, y a pesar de las peleas estaba convencida de que nada nos iba a separar, que siempre íbamos a estar la una para la otra, aunque hubiera momentos delicados, momentos de bronca, momentos de separación. Éramos hermanas. Y si no, ¿por qué después de haberla mandado a freír espárragos, primero yo a ella y luego ella a mí, seguía hablando conmigo? Si habíamos sobrevivido a quitarnos nuestros respectivos novios, podíamos sobrevivir a todo. ¿Qué más prueba que esa?

—Yo solo digo que a lo mejor es hora de empezar a tomártelo con un poco de calma.

—¿Tú crees que todo esto es culpa mía? ¿Que de todo esto la única responsable soy yo?

Inma se pensó la respuesta. Demasiado se lo pensó. Demasiado para mi gusto.

—Inma, ¿de verdad crees que es solo culpa mía?

—No, pero tus arranques tampoco ayudan.

Traté de asimilar sus palabras. Podía haber sido peor, pero tampoco me reconfortaba.

—Me gustas más cuando hablo contigo y no estás. Me gusta más la Inma imaginaria.

—Tienes una pedrada...

Me metí dentro del *backstage*. Porque ahora lo único que importaba, lo único que necesitaba era enfrentarme a Aarón y que todo lo que me tuviera que decir me lo dijera sin una guitarra delante y sin dos mil personas, tal vez menos, de testigos.

La banda estaba llegando a la sala, abarrotada ya de gente con acreditación, de periodistas y de algún que otro fan. Por fin vi a Aarón, que hablaba con dos chicas que no disimulaban su suerte de tenerlo tan cerca. Me acerqué a él.

—Hola.

—Sara, ahora estoy contigo.

—Prefiero que no me hagas esperar —le espeté.

—¿Ella es...? —trató de decir una.

—Sí, la madre de su hijo. A la que acaba de humillar en público —respondí.

—¿La de la teta? —soltó la otra chica.

—¿Qué teta? —pregunté. Y ahí caí en que se refería al vídeo de YouTube. Ya era mala suerte que una de las dos mil personas que había visto el vídeo fuera ella. A no ser que el vídeo ya lo hubiera visto más gente... Tendría que comprobarlo.

—¿Dejáis a Aarón y a la de la teta tener unas palabritas? —pregunté sin disimular mi cabreo.

Las chicas, por mi tono, se dieron cuenta de que no estaba el horno para bollos y se alejaron de allí dándole un par de besos al cantante. Nos quedamos a solas, frente a frente.

—Hola —repitió—. ¿Y Guille?

—Con mi madre. ¿O querías que lo trajera?

—No, bueno, lo podías haber traído sin problemas. He visto a muchos niños entre el público. Y desde que no se puede fumar en las salas, el ambiente es saludable.

—¿Dejamos al niño al margen de esta conversación? Por favor.

—Claro.

Me quedé en silencio. Le tenía ahí delante y no me salían las palabras. Sara, suéltale todo lo que tenías pensado. Todo tu monólogo. Pero no me salía. Por fin arranqué, aunque de manera balbuceante y torpe.

—¿Por qué lo has hecho así, Aarón? ¿Por qué has tenido que cantar esa canción?

—¿No quieres que hablemos mejor del mensaje que me has dejado en el móvil?

—Lo has hecho por eso entonces.

—Sara, tú y yo no estamos casados.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que cuando uno está casado y quiere acabar con su relación se divorcia. Y la firma de esos papeles le pone fin al matrimonio.

—¿Y?

No le estaba entendiendo. No sabía adónde quería llegar.

—Que de alguna manera había que ponerle fin a esto. Tú casi lo hiciste a través de ese mensaje horrible. Y yo quería hacerlo a mi manera. Y para que no quedaran dudas.

—Yo no estaba poniendo fin a nada con ese mensaje.

—¿No? Me mandaste a la mierda. Me dijiste que me pudriera y no sé cuántas cosas más. ¿Cómo he de interpretarlo?

—Pero fue un error, fue porque creía que te habías liado con otra.

—Y aunque hubiera sido verdad, Sara, aunque me hubiera dado cuatro muerdos con una. ¿Me merezco ese mensaje cargado de rabia y de odio? ¿Qué clase de tipo crees que soy para merecerme ese mensaje? ¿De verdad me lo merezco?

Hombre, si se hubiera liado con una, un poco sí se merecía ese mensaje, ¿no? Pero tampoco era cuestión de empezar una discusión basada en algo irreal. Ya bastante pesaba la realidad.

—No. Supongo.

—Supones...

—O sea, no. Claro que no —dije tratando de ser contundente—. Pero yo tampoco me merezco esa canción, joder. Ha sido humillante.

—¿Humillante? Es una canción triste, pero no es humillante. ¿Acaso digo algo malo, algo incierto? ¿Te he faltado al respeto con esa canción?

—No tenías por qué hacerlo de esa manera, Aarón. Las cosas se hablan, no... no se cantan. Y ¿sabes lo peor? Es que no me lo esperaba de ti, no te pega nada. Tú siempre has sido el sensato, el cabal, el paciente.

Aarón se pensó la respuesta. Miró a su alrededor, no sé si buscando a alguien o tratando de encontrar las palabras, y acabó por fijar la vista en mí. Me taladró con la mirada.

—No sé. Supongo que yo también me canso.

—¿De mí?

—De todo esto. Y supongo que... —se pensó bien lo que iba a decir— también soy humano.

Esa respuesta me dolió como si me hubiera clavado un puñal en el estómago. Se acercaron varias personas a Aarón, querían felicitarle mientras yo me desangraba. Mis vísceras estaban cayendo por el suelo, estaba perdiendo litros de sangre. ¿Acaso no lo veían? Aarón estaba dispuesto a atenderlas, pero lo impedí con un gesto.

—Un momento, por favor, estamos en medio de una conversación privada —dije.

—No, Sara, es mejor dejarlo aquí. Ya no hay mucho más que hablar. Ya vemos cómo solucionamos todo lo que tenga que ver con el niño. ¿Vale?

—¿Qué?

—¿Crees que necesitaremos un abogado o podremos hacerlo entre nosotros?

—¿Un abogado?

Lívida, la sangre, la poca que me quedaba después de la puñalada, no me llegaba a la cabeza. No podía estar ocurriendo esto. No, no y no. No con Aarón. No. ¿De verdad el amor de mi vida estaba mencionando a un abogado? Busqué en su mirada alguna pista que me dijera que no hablaba en serio, que la cosa no había llegado tan lejos entre nosotros. Pero no vi ni un solo indicio de que bromeara o estuviera exagerando. Ay, Dios... No. Habíamos llegado a ese punto sin retorno. ¿Por qué? ¿Cómo había pasado? Entre nosotros no, por favor.

—Sara, ¿busco un abogado?

—No, no. Claro que no. Nosotros podremos —contesté.

—Perfecto. Y ahora voy a atender a la gente.

—Sí, claro.

Pero no me movía del sitio. Me habían taladrado al suelo, me habían pegado con Superglú.

—Sara, ¿te vas a quedar aquí?

—No, no. Me voy.

Salí de allí sintiendo una tristeza infinita, una congoja difícil de calmar. Me crucé con los chicos de la banda, que me saludaron con cierta lástima, o tal vez lo imaginé, el caso es que los veía como en otro plano, distorsionados, casi desenfocados, como si no compartiéramos el mismo espacio. Yo estaba aislada en una burbuja de dolor. Me faltaba el aire, la vida. Creo que envejecí en ese trayecto del *backstage* a la sala de conciertos. Notaba cómo mi pelo encanecía. Exagero, sí. Mi pelo no encaneció, pero seguro que la mitad de mis células murieron.

Entré en la sala como un soldado que apenas ha sobrevivido a una batalla en campo abierto. Y el paisaje favorecía esa sensación. Apenas quedaba gente. Solo vasos, botellas y papeles en el suelo. Era el espacio perfecto para mi estado de ánimo. Inma me esperaba cerca del escenario.

—¿Qué tal?

—Ha sido horrible. Horrible.

Me vio tan tocada que no se atrevió a seguir indagando. Me pasó un brazo sobre el hombro para animarme y como muestra de cariño. Estoy contigo para lo que haga falta, eso decía su abrazo. Cerca de una de las puertas de salida vi a mi hermana con el vikingo y el gallego. Había alguien más. Mario. El director, al verme, me hizo un gesto raro que no supe cómo interpretar. Yo en ese momento ya era incapaz de interpretar nada. Fuimos hasta donde estaban. O tal vez ellos vinieron. No sé muy bien qué pasó.

—Mario, no sabía que habías venido al concierto.

—Ya tenemos respuesta de Luanca.

Un silencio fúnebre se apoderó de todos. Yo miraba a unos y otros a la espera de unas palabras que no llegaban.

—¿Y? —pregunté. Mario no contestaba—. Por favor, Mario, qué ha pasado. ¿Quieren retrasar un par de semanas o los hemos convencido y se mantiene la fecha?

—Se retiran de la peli.

—¿Qué?

Nueva bofetada. ¿De verdad, karma? ¿Ahora? ¿Esto tenía que pasar justo ahora? ¿Ahora que soy una muerta en vida, una zombi, ahora que no puedo respirar? Soy un soldado que ha sobrevivido a un obús, pero no voy a aguantar más metralla. No puedo.

—¿Cómo se van a retirar de la peli? Pero si estaban convencidos, si lo que se planteaba era un retraso como mucho.

—Y los demás inversores también.

¿Qué más iba a pasar? ¿Qué más? ¿Queda más metralla que vaya dirigida hacia mí? Que me alcance ya, que me muera ya. Todos me miraban. Supongo que estaban esperando que desfalleciera, no sé.

—No es verdad —musité—. No puede ser verdad. ¿Cómo va a ser verdad?

—Se ha producido un efecto dominó —contestó Mario—. Al retirar ellos el apoyo, los demás han querido saber por qué. Y ellos se lo han explicado con todo lujo de detalles.

—¿Qués les han explicado?

—La presentación de hoy. El caos que reinaba y el ridículo que hemos hecho.

—Pero ¿estás diciendo que ha sido por mi culpa?

Mario me echó una mirada muy elocuente, que no necesitaba de muchas interpretaciones.

—Pero si yo solo me encargaba del vestuario. Pero, no sé, despídeme y ya. ¿No? Te quedas con Roma, retrasáis un mes o el tiempo que sea, pero... no puede ser. Si yo soy el problema, despídeme, amputa el brazo gangrenado, detén la hemorragia —estaba muy bélica, sí—, y listo.

—¿Y no crees que no lo he intentado? ¿No crees que es lo primero que he hecho? Claro que he ofrecido tu cabeza.

—Ah... —Vale, no esperaba que me defendiera hasta el infinito, pero tampoco que me vendiera a la primera de cambio, claro que no estaba yo como para protestar—. Y no ha servido de nada, supongo.

—No entienden por qué he confiado en ti. Y han empezado a dudar de todas mis decisiones. Lo han empezado a cuestionar todo y solo han encontrado inconsistencia.

—O sea, que no ha sido solo culpa de Sara —dedujo Roberto, supongo que para echarme un cable—. Se ve que esa era la excusa, que todo era endeble, ¿no?

—¿Y este quién es?

—Mi ex —dije yo.

—Mi novio —puntualizó mi hermana.

—¿Eh? ¿Pero tú no estabas con el gallego?

—Con los dos, está con los dos.

Mario nos miró con desprecio a todos.

—No sé por qué me he dejado liar por vosotros. Qué ciego he estado, joder. Menuda panda.

—Oye, sin faltar —protestó Martiño.

—Da igual —dije yo—. Si ya de poco sirve todo esto. Se ha ido todo a la mierda. Asumámoslo y listo.

Se instaló un silencio entre nosotros. Era demasiado por digerir. Yo ya no podía con más malas noticias. Mi novio me dejaba de una manera humillante y amenazando con abogados, y ahora no solo me echaban del trabajo, sino que llevaba a toda una producción a la ruina. ¿Qué más me podía pasar? Y de repente vi cómo mi hermana se erizaba, se transformaba en Hulk, pero sin necesidad de ponerse verde.

—¿Estarás contenta? —bramó Lu.

—¿Yo?

Era una pregunta absurda la de mi hermana porque si algo no estaba era contenta.

—Hasta que no me has jodido del todo no has parado —sentenció.

—¿Qué dices?

—Sara, acabas de mandar a la mierda mi futuro. Jamás le había puesto tanta ilusión a nada. Y lo sabías y has ido a por todas. Hasta que no me has jodido bien, hasta que no te has vengado a lo grande no has parado.

—¿Cómo puedes pensar eso? ¿De verdad piensas que todo esto lo he provocado para joderte?

—No soportabas que fuera feliz. No soportabas que lo tuviera todo y menos al lado de Roberto y de Martiño.

—Lu, por favor, no disparates, que no es el momento.

—Jamás vuelvas a dirigirme la palabra. Jamás.

Lu miró a Roberto y al gallego y les hizo un gesto para que se fueran con ella. Salieron de allí. Roberto trató de decirme algo con su mirada, pero apenas entendí qué podía significar. ¿Una disculpa? ¿Se apiadaba de mí? ¿Lamentaba lo que había ocurrido? ¿Se quería quedar para consolarme? ¿O también era un adiós aunque este sin abogados de por medio? Vi cómo desaparecían.

—Lu no lo dice en serio, ya se le pasará —dijo Inma. Yo no tenía capacidad de reacción—. Está enfadada, pero ya sabes cómo es —insistió—. Se le va la fuerza por la boca.

Pero yo sabía que no era eso lo que había ocurrido. Jamás la había visto así. Bueno, sí, una vez, con su amiga adolescente del alma, Raquel. Eran uña y carne, eran casi siamesas, y un día se pelearon y Lu llegó a casa diciendo lo mismo que me acababa de decir: jamás le volveré a dirigir la palabra. Todos creímos que exageraba. Pero no. La amiga le rogó, le suplicó, pero ella fue inflexible. Ya había pasado página

y nunca jamás la volvió ni siquiera a mencionar. Esa era mi hermana.

—Te habrás quedado a gusto —espetó Mario, que aún seguía allí.

—Tío, ya, ¿no? —dijo Inma.

—¿Ya? ¿Tú sabes lo que me ha hecho perder aquí tu amiga?

—Sí, una peli, que se ve que tampoco gustaba a mucha gente. Porque a la primera de cambio te han dejado en la estacada.

—Mira, tenéis suerte de que no os demande.

Inma se encaró con él.

—¿Ah, sí? ¿Y a mí por qué, listo? Si yo soy una depiladora que lo único que está haciendo es apoyar a su amiga. ¿Por qué me vas a demandar? ¿Eh? ¿Por escupirte la verdad a la cara? Que tu película de terror era una mierda.

—Paso...

Mario salió de allí, mientras Inma cogía carrerilla insultándolo.

—Mediocre, payaso, ¡y que sepas que no te mereces ni uno de los Goya que te dieron por aquella fantochada sin alma y sin corazón! ¡Farsante! ¡Sobrevalorado, que estabas muy sobrevalorado y por fin se han dado cuenta!

—Déjalo, Inma, por favor...

—Que te ha querido culpar de toda su mediocridad. Que te ha querido echar a ti toda la mierda de su mierda de película y no, de eso nada. ¿Cuándo se ha visto que se pare una película por culpa del vestuario? ¿Eh? Eso es porque no les acababa de gustar, que no estaban convencidos. Y que adónde va con una peli de época de terror y medio porno el muy tarado.

—Déjalo estar.

—Vale, a mí no me hagas caso, pero hazle caso a Roberto. Él fue el primero en decirlo. Y de Roberto te fías, ¿no?

—La he cagado, Inma. La he cagado a lo grande. Y no solo me he jodido la vida a mí, se la he jodido a mi hermana, a Mario, a unas cien personas que iban a trabajar en la película, a Aarón y también a mi hijo. Y ya verás como aún aparece alguien más perjudicado.

—Yo estoy bien —interrumpió el vikingo, que seguía por allí y ni me había percatado—. A mí no me has hecho nada.

—Gracias. Pero dame tiempo.

Quería llorar. Quería meterme debajo de un edredón, apagar la luz y desaparecer.

—Vámonos de aquí. Venga. ¿Por qué no te vienes a dormir a casa?

—Me encantaría, Inma. Pero tengo un hijo.

—¿Y no se puede quedar con tu madre esta noche?

—No. Y quiero estar con él.

Porque era verdad. Quería abrazar a mi hijo, olerlo, quería sus sonrisas y quería darle mimos. Ya que todo mi mundo se acababa de desmoronar, por lo menos me quedaba él. Y aunque acababa de destrozar la relación con su padre, necesitaba demostrarle, aunque solo fuera con mis abrazos, que él no iba a sufrir por culpa de

mis desvaríos. Que él se iba a quedar al margen. Ni yo misma terminaba de creérmelo y por eso necesitaba estar con él. Que al menos tuviera mi presencia, que incluso en noches como esta, cuando todo en mi vida estaba mal, que pudiera contar conmigo.

Me despedí de Inma y en la calle busqué un taxi.

—A Aravaca, por favor.

ARAVACA

No sé si fue porque conducía una mujer y me hablaba con diminutivos y apelativos cariñosos, era de esas personas que todo lo acompañaba de un cariño, corazón, mi vida, o tal vez simplemente porque yo ya no podía más, pero no llevábamos ni tres minutos en el coche cuando unos lagrimones tremendos empezaron a correr por mis mejillas. Mi vida tal como la había conocido se había acabado. El invierno, el *Winter is coming*, que llevaba amenazando desde hacía tiempo, había llegado. Así de tremenda me sentía. Todo lo construido con Aarón, todo lo imaginado con él, acababa de terminar esa noche. Ya solo nos uniría un niño. Un ser vivo que me recordaría por siempre mi historia de amor. Una historia que pudo ser pero que yo solita me cargué. Ay, tantos sueños, tantas ilusiones tiradas a la basura. Tanto amor. Tanto, pero tanto amor. Por no hablar del trabajo. Había arruinado la vida de ¿cuántas personas? ¿Cien? Qué mal lo había hecho todo. Qué mal. Traté de disimular mi pena y mis lágrimas mirando hacia la ventanilla para que la taxista no me viera, pero supongo que mi manera de sorber los mocos la alertó. Me buscó a través del espejo retrovisor.

—¿Estás bien, corazón?

—Sí, muy bien, muy bien. No es nada.

La taxista intuyó que no estaba con ánimo de hablar y se centró en la carretera. Yo conseguí calmarme pero solo por un minuto, la congoja que sentía era tan grande que me sobrevino otra oleada de llanto sin poder evitarla.

—Toma, cielo.

La taxista me pasó un paquete de Kleenex.

—Gracias. —Me soné de una manera muy poco delicada, entre sorbidos, hipidos y convulsiones de distinto grado.

Noté otra mirada de preocupación e insistí en que estaba bien. Porque no quería desmoronarme en un taxi, con una desconocida. Porque vale que todo me había salido mal, que se me habían juntado todas las desgracias en una noche, pero yo iba a ser fuerte, yo iba a superarlo, yo podía con eso y con lo que me echaran. No me lo creía, pero tenía que hacer lo posible para creérmelo. Debía creer en mí, crecerme ante las adversidades de aquella noche. Ay, karma. Necesito buen karma, necesito ante todo mucho karma. Del bueno.

La taxista siguió su camino y yo sentía cómo de vez en cuando comprobaba a través del espejo mi estado de ánimo. No sé si por verdadera empatía o por miedo a que le vomitara en el taxi. Porque seguro que pensaba que alguien con los

sentimientos a flor de piel tenía que ir borracha. Y era verdad que aún seguía bajo los efectos etílicos del tequila. Miedo me daba imaginar cómo me sentiría estando sobria, sin las muletas del alcohol, con el dolor golpeándome sin barreras.

Seguí sorbiendo mis mocos, aguantando mi llanto, hasta que, en un momento dado, la taxista sentenció:

—Pobrecita.

Y solo bastó que se apiadara de mí con ese pobrecita para que mis compuertas emocionales se abrieran del todo. Y el llanto esta vez sí que fue incontrolable, incontenible. Las puertas del dique de la autocompasión abiertas de par en par.

—Desahógate, tesoro. No te cortes.

—Si es que no quiero llorar, no quiero llorar. Y menos aquí.

—Tranquila, mi vida, si yo te contara todos los que se me han desmoronado aquí. Hasta ministros.

Y lloré, vaya si lloré. Como todos esos ministros llorones que se habían desmoronado en el coche. Pero más. Seguro que más. Sintiendo una pena de mí misma como pocas veces. La taxista tuvo la delicadeza de no hacer ninguna pregunta y de dejarme sola con mis llantos. Era toda una profesional y si no había indagado en la vida de los ministros no iba a indagar en la de una borracha. Se me pasó el trayecto en un suspiro entre tanta congoja.

—El veinticuatro me dijiste, ¿verdad? Ya hemos llegado.

—Gracias.

Salí del taxi sintiendo las piernas muy pesadas. Mi cuerpo pesaba como el plomo. Estaba tan cansada, tan agotada. Recordé algo que había leído no sé dónde. El dolor es egoísta y la pena agotadora. Y no pude estar más de acuerdo, el dolor que sentía ahora mismo solo me hacía pensar en mí. De una manera absoluta y egoísta. Solo estábamos mi pena y yo. Y la pena que provocaba ese dolor me estaba consumiendo, agotando.

Pero además de la pena y el dolor había algo nuevo. El miedo. El temor de no saber cómo me iba a enfrentar al resto de mi vida. Bueno, exageraba, porque el dolor y la pena también invitan a la exageración.

—Corazón, ¿te espero entonces? —preguntó la taxista, sacando su cabeza por la ventanilla.

Mi intención era entrar en casa, coger a Guille e irme de vuelta en el mismo taxi hasta Sanchinarro. Y por eso le había pedido que me esperara. Pero mientras buscaba las llaves de casa en mi bolso alguien abrió la puerta y salió enfilado. Era Ismael, el ex amante de mamá, el del zoo. Llevaba cara de pocos amigos.

—Ismael, ¿qué haces aquí? ¿Te vas?

—A tus padres no hay quien los entienda, de verdad. Tu madre está de sicólogo ahora mismo, y tu padre... bueno, mejor me callo lo que pienso. Esta es la casa del terror.

—No me asustes. ¿Qué ha pasado?

—No sabría ni por dónde empezar. Adiós, bonita. ¿Y esos ojos?

—Eh, nada, nada, alergia.

—Tu hijo un encanto. El único cuerdo en esa casa ahora mismo.

Ismael aprovechó para coger el mismo taxi del que yo me había bajado y se despidió agitando la mano.

«Lejos de aquí», oí que le decía a la taxista. Lo que nos gustaba regodearnos en un buen drama en nuestra familia y lo contagioso que era. Lejos de aquí. Pues tendrás que ser más específico porque puedes acabar en La Coruña y ya verás qué gracia cuando te toque pagar. Y ahí caí en que yo le había dicho a la taxista que me esperara, que me tenía que llevar de vuelta.

Salí a la calle con la intención de pararla, pero ya fue tarde. El taxi se perdía en la noche afarolada de las calles residenciales. Pues nada, tocaría llamar otro desde el móvil. Le había faltado tiempo a la taxista para deshacerse de la clienta llorona. Pero cómo culparla, yo también hubiera escapado de mí misma de haber sido posible.

Me sequé bien los ojos y tomé aire antes de entrar en casa. Me daba miedo lo que me podía encontrar porque lo que menos necesitaba en mi día *horribilis* era una nueva sorpresa. Así que rogué para que fuera algo de lo que me pudiera escaquear. Lo rogué, pero con poca fe. Porque ya no creía en los milagros.

Fue entrar y encontrarme con una estampa conocida. En el sofá de casa estaba mi madre acunando a Guille en brazos y con el burka puesto con sus plumas rosas colgando. Guille se metía una a la boca. ¿Pero por qué lo llevaba? ¿No habíamos superado ya esa fase? Mi padre se servía una copa.

—Hola, hija —saludó mi padre—. A ver si consigues que tu madre entre en razón y que se quite ese trapo de una vez.

—Tendrás cara, si aquí el único poco razonable eres tú.

No, por favor. Un drama absurdo no. No tenía ni ánimo, ni cuerpo, ni humor para aquello. Así que contesté de mala manera.

—¿Qué haces con eso? Vas a traumatizar a mi hijo.

—Pregúntale a tu padre por qué lo llevo. Pregúntale. Ya verás.

—Yo, la verdad, es que, si no os importa, me cojo al niño, llamo a un taxi y me voy.

—De eso nada. Yo te he cuidado al niño casi dos días.

—Una noche y unas horas, mamá. —Apenas me salía la voz, así de agotada estaba.

—Bueno, para el caso es lo mismo. Así que ahora lo que menos puedes hacer es escucharnos.

—Si es que yo no estoy para muchos líos.

—Pues te aguantas. Cuéntale, Arturo, cuéntale.

Mi padre dudaba en hablar, pero ante la insistencia de mi madre por fin lo soltó, de manera abrupta, sin ambages.

—Tu madre quería mambo esta tarde.

—¿Mambo? —repetí con cierto repelús y mucho hastío—. Ay, qué poco me va a gustar esta conversación.

—Yo no quería mambo, yo quería un poquito de atención, un poquito de cariño y un poquito de... —se quedó callada.

—¿De qué? —insistió mi padre.

—De pasión... de...

—Mambo. Quería mambo. Tu madre se ha creído que yo soy un semental, un juguete sexual siempre a su disposición. Y ya me gustaría, pero no. Mi cuerpo no siempre está disponible, ni se acciona a la orden de ya. Que tengo mil líos en la cabeza, muchos frentes abiertos y no estoy para fiestas. Pero eso la señora no parece entenderlo.

—Bien que te quejabas hace dos años de que te ignoraba, que si eras un cero a la izquierda, que si te esquivaba... Y ahora, para una noche que quiero un poquito de guerra, se me pone hecho un basilisco. No veas cómo se ha puesto. Bueno, como si le hubiera pedido que me donara sus dos riñones.

—¿Tenía que ser precisamente la noche que estaba tu nieto con nosotros? Que somos abuelos, Berta.

—¿Y? ¿Y? Ya sé que somos abuelos, ¿y ya no podemos tener vida sexual porque somos abuelos?

Yo oía la conversación como con eco, distorsionada, alejándose y acercándose. Me costaba mucho centrarme en ellos. Pero ante la insistencia de los dos en hacerme partícipe de su drama, saqué fuerzas de donde no tenía.

—A ver, mamá, que un poco de razón sí tiene. ¿Tenía que ser precisamente esta noche cuando estabais cuidando al niño?

—¿Qué pasa? ¿Que tú si hay niño delante no le das al «mambo» con Aarón?

—Dejad de decir mambo, por favor. Y menos con ese burka puesto. ¿Tú sabes lo raro que es tener esta conversación con eso que llevas en la cabeza?

—Pues no me da la gana de quitármelo.

—Si cuando Ismael dice que estáis de siquiátrico.

—¿Cuándo ha dicho eso? —preguntó mi madre.

—Ahora, cuando me lo he encontrado en la puerta.

—Eso es por tu culpa —acusó mi madre a mi padre.

—No os desviéis del tema, que no tengo la noche.

—Vale —concedió mi madre—. Yo solo digo que si a ti tu hijo no te impide hacer el acto, ¿mejor así: «hacer el acto»? no sé por qué nos lo va a impedir a nosotros. Si total tu padre tampoco dura tanto. El niño iba a estar desatendido unos diez minutos con suerte.

—Eso, encima oféndeme —respondió mi padre con la dignidad herida—. ¡Que una mujer con burka me esté echando en cara que yo duro poco mientras la penetro!

—¡Papá! —le rogué agotada—. ¡Por favor!

—No digas penetrar, Arturo. Que le molesta. Y te concedo que a veces hasta has

durado más. Incluso has llegado a los quince minutos. —Me miró para explicarse—. Pero eso es los días que se toma media pastillita azul.

—¡Mamá!

—¿Qué?

—Que no puedes utilizar eufemismos como «mambo» o «hacer el acto» y luego contarme todos los detalles. ¡Y quítate ese burka, por lo que más quieras! ¡Por favor! Que llevo un día horrible, de verdad, que ha sido todo muy duro, muy triste, y que me ha salido todo al revés y lo último que necesito es acabar el día hablando con una mujer tapada con un burka. Por favor te lo pido, quítatelo.

—Vale, vale, me lo quito, hija, no te llesves ese berrinche.

Mi madre por fin se desprendió de la prenda negra con plumas. Y se llevó las manos a la cara para comprobar que la inflamación, como el dinosaurio de Monterroso al despertar del sueño, seguía allí. Guille cogió el burka del sofá para seguir jugando con las plumas.

—Gracias, y ahora, por favor, dejad de contarme vuestras intimidades con tanto detalle e id al grano.

—Pues hemos discutido. Bueno, tu madre se ha puesto a gritarme.

—Tampoco exageres.

—Que si no la valoraba, que si ya no la quería, que si no apreciaba en lo más mínimo el esfuerzo que había hecho para rejuvenecerse. Y yo le digo que no todo tiene que ver con ella, que hay otras cosas.

—¿Sabes lo que le pasa a tu padre? Que se le llena la boca de decir que mi nueva cara le encanta, y que estoy monísima, hasta con la inflamación, pero luego a la hora de la verdad, me rehúye, me esquivaba, me desprecia.

—Yo no te desprecio.

—Reconoce que no te gusto, que no te excito, reconócelo de una vez.

—Y dale. ¿Por qué voy a reconocer semejante cosa? ¿Y por qué estás elevando un solo hecho aislado a categoría?

—Porque no ha sido solo un hecho aislado. Me rehúyes desde que estoy así. Y no me vale la excusa del trabajo y del estrés. No cuela.

—Pues es la verdad.

—Sé un hombre para admitir lo que te pasa conmigo.

—Berta, estás guapísima. ¡Pero... me tengo que acostumbrar!

—¿Y por qué no me has dicho eso hace una hora? ¿Eh? ¿Por qué te volviste loco y llamaste a Ismael?

—¿Llamaste tú a Ismael? —pregunté. Yo no sé ni cómo me sorprendía.

—Pues sí, hija, pues sí lo llamé. Pero que te diga tu madre por qué lo hice. Porque empezó a decir que Ismael ya estaría en sus brazos, que Ismael no la rechazaría, que Ismael estaría listo para el combate, que era acariciar a Ismael y su... su... cosa respondía en el acto.

—Porque es la verdad.

—Tanto lo dijo que lo llamé.

—Ay, papá.

—¿Qué? Es lo que pasa con tanto amenazar con que otros van a estar a la altura y con que son otros los maravillosos, los sementales, los activos, los...

—Ya, ya —le paré—. ¿Y vino sin más?

—A saber lo que le diría para que viniera —rezongó mi madre—. Y lo hizo a mis espaldas, y claro, de repente se presenta aquí.

—Y tu madre, a la que se le había llenado la boca diciendo que él la iba a valorar, que él la iba a querer, ¿sabes qué fue lo primero que hizo? Encerrarse en la habitación. Y tuve que amenazar con desmontar la puerta para que abriera. Fui hasta por las herramientas. Y al ver que iba en serio, por fin abrió.

—Con el burka puesto —deduje.

Mi padre asintió.

—Y el pobre Ismael, por más explicaciones que le di —continuó mi madre—, se creyó que todo lo del burka y el encerramiento era por un jueguito sexual que nos traíamos tu padre y yo y al que lo queríamos arrastrar.

—¿En serio se creyó eso? Normal que dijera que estáis de siquiatria.

—Pues claro que no te entendió, si lo tuyo es inexplicable —sentenció mi padre—. Y menos si no le cuentas lo que te pasa: que te avergüenzas de tu cara y que me echas las culpas a mí por eso. ¡Y yo no tengo la culpa! —gritó mi padre.

—¡Lo hice por ti! ¡Por nosotros! ¿Tan difícil es de entender? ¿Tanto te cuesta tener un poquito de consideración o de agradecimiento por mi esfuerzo? ¿Tú sabes lo que duele hacerse esto? ¿Eh? ¿Tú lo sabes? Si es que me entran ganas de llorar de la impotencia... si es... —dijo ella al borde de las lágrimas—. Tú sabes lo que tira esta piel, tú sabes lo que es mirarse en el espejo y pensar que te has equivocado de cabo a rabo, y temer que jamás vas a volver a ser ni la sombra de lo que eras. El burka os parecerá un chiste, pero ¿vosotros habéis pensado cómo me tengo que sentir para preferir castrar mi feminidad, perder mi identidad, con tal de no mostrar mi cara? ¿Eh? Un ratito os ponía en mi piel, solo un ratito, para que sintierais lo que duele.

El discurso descarnado de mi madre, la vomitona emocional, esa manera de desnudarse, nos tocó hondo. E hizo que mi padre cambiara radicalmente de actitud.

—Cariño, si yo valoro mucho lo que has hecho. Si yo sé que lo haces por ti y por mí, por los dos. O incluso más por mí. Si yo te lo agradezco. Yo solo te pido que tengas un poquito de paciencia para que las cosas vuelvan a ser como antes. Y no solo me refiero a tu cara, de verdad, que lo del concurso del ayuntamiento me tiene a mal traer.

—Es que yo no quiero que sean como antes. Yo quiero que sean mejores.

—Y lo serán, lo serán.

—¿Y si no lo son? ¿Y si nunca te vuelvo a gustar? ¿Eh? ¿Qué hago si nunca te vuelvo a gustar?

—Ay, cariño...

Y este era el infierno que a mí también me esperaba en el futuro. Daba igual la edad, la madurez, daba igual la experiencia. Siempre expuestas, y expuestos, que no era solo cosa de nosotras, siempre en ese difícil equilibrio por culpa del maldito amor, del maldito deseo, de la maldita autoestima. Me quiere, no me quiere y qué hago para que se fije en mí.

Mi padre se sentó a su lado y la abrazó para consolarla.

—Tú me vas a gustar siempre, con cara nueva, con cara antigua, con burka o sin él. Bueno, mejor sin él.

Decidí no aguantar más ese drama, porque me estaba afectando más de lo que debía. Y ahora que lo veía encarrilado, con su final feliz, aproveché para coger a Guille.

—¿Qué haces con el niño? —preguntó mi madre al quite. Estaba a todo, la tía.

—Pues... iba a daros un poquito de intimidad e irnos.

—De eso nada. Tú de aquí no te vas. Que yo ahora mismo necesito todo el amor del mundo y de toda mi familia a poder ser. Llama a tu hermana.

—¿A Lu?

—¿Tienes otra hermana? Que venga. Necesito mimos.

—Vamos a dejar a Lu tranquila, que ella está a lo suyo —contesté.

—Bueno, pero tú no te vas —sentenció mi madre.

Me lo pensé un segundo y tomé la decisión de quedarme. Porque a mí también me vendría bien la compañía en una noche como esa.

—Vale, me quedo.

—¿Te quedas? —preguntó mi padre extrañado.

—¿Así, sin más, sin rogarte? ¿Qué te ha pasado? —quiso saber mi madre, extrañadísima de mi arrebato familiar.

Y yo me senté en el sofá, y si no fuera por el pudor que sentía, me habría vaciado entera.

—Mejor no os cuento.

—Cuenta, hija, cuenta, que las penas en compañía son menos penas —filosofó mi padre.

—Ay, mejor no.

—Si lo vas a acabar soltando —dedujo mi madre—. Si tan terrible no será.

—Mucho, mamá, mucho.

Y finalmente lo conté, vaya si lo conté. Lo conté de tal manera que mi madre hasta fue capaz de mirarse al espejo y creer que lo de su cara inflamada era una gilipollez al lado de lo mío. Que lo mío sí era un drama. Que lo mío sí había sido un quemar las naves por todo lo alto. Vamos, que había quemado las naves, el puerto, el campamento base y hasta la iglesia colonial. Y luego, no contenta con eso, me había quemado a lo bonzo.

—Hija, qué arte tienes para llevarlo todo hasta el final —concluyó mi madre.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó mi padre, que no conseguía disimular su

preocupación. Y eso que él era de natural positivo.

—No lo sé, papá. Por lo pronto irme a la cama. Y no salir de ella en tres días. Si lloro mucho, no os asustéis.

Acosté a Guille en la cunita que teníamos en casa de mis padres. Había sido idea de mi padre que siempre hubiera una allí de repuesto. «Para que no tengáis que estar siempre transportando trastos y para que no tengáis excusa en no quedaros a dormir». Costó que se durmiera, no sé si porque estaba muy alterado por culpa del disfraz talibán de su abuela, o porque notaba mi inquietud, unida a mi aliento tequilero o porque esa noche simplemente estaba de no. Aarón le cantaba nanas para dormir y yo, sin embargo, le hablaba. Las nanas eran más efectivas, aunque mis soliloquios también tenían cierto poder somnífero. Tan pequeñito y ya ignorando mis peroratas.

—Ya verás que pronto ves a papá. Y ya verás cómo te canta todo lo que quieras.

Me sonrió. Se le achinaban los ojos cuando sonreía. Y esta vez noté algo distinto. Los niños cambian cada semana, y de un día a otro su cara redondita se puede alargar, los mofletes gordetes adelgazar, o la sonrisa que era igual a la de su madre, de repente transmutar en la del padre. Y eso fue lo que vi, Guille sonreía como Aarón.

—Pues mejor que salgas a él. En todo. En la belleza, en el carácter, bueno, del carácter también puedes coger algo mío. Porque yo seré un volcán, pero tu padre, tu padre hay días que es para darle de comer aparte. Menudo capullo. Y menudo cobarde escondiéndose siempre detrás de sus canciones. ¿A que a ti también te hace lo mismo? ¿A que a ti solo te canta nanas? No como yo, que me expreso, que te cuento, sin subterfugios, sin metáforas, así a calzón quitado, de manera transparente.

Me metí en la cama, dispuesta a dormir catorce horas seguidas, aunque sabiendo que no iba a poder hacerlo. Pero tenía que intentarlo.

Apagué la luz. Atenta a cualquier ruido que proviniera de la cuna. Es verdad eso de que cuando eres madre desarrollas un sexto sentido que te alerta de cualquier cosa, hasta de lo imperceptible. Aunque a veces tienes que discernir si es real o imaginario, si puede suponer un peligro o no. Traté de relajarme, de vaciar mi mente, de no pensar para que el sueño fuera llegando...

Pero pronto empecé a escuchar un sonido intermitente. Como un crujido. Comprobé si era cosa de la cuna con el movimiento de Guille, o del *walkie*, pero no. Los sonidos se hicieron más audibles. Provenían de... ¿la ventana? Vi cómo una piedrecilla impactaba contra el cristal. Alguien estaba lanzando gravilla. Me acerqué y la abrí con temor. Abajo estaba Roberto.

—¿Roberto? ¿Qué haces aquí?

¿QUÉ HACES AQUÍ?

Roberto me miraba desde el jardín, tambaleándose ligeramente. Menudo pedo llevaba aún. ¿Pero qué hacía aquí?

—Fui a tu piso de Sanchinarro y, como no había nadie, deduje que estabas aquí.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—¿Ahora? Mejor hablamos en otro momento.

—No. ¡Baja!

—Shhh, calla, no grites, que mis padres ya se han acostado. Y el niño está a punto de dormirse.

—¡Baja! ¡O despierto a tus padres y a todos los vecinos!

Cogí el *walkie* para estar pendiente del niño, por si lloraba o se quejaba, le di un beso.

Al salir al jardín no lo encontré por ningún lado. ¿Dónde se había metido? Me acerqué hasta la piscina. Las luces que había dentro del agua estaban apagadas, solo estaba encendida una luz de emergencia. Noté unas pequeñas ondas sobre la superficie. Y enseguida emergió la cabeza de Roberto. Se había tirado al agua.

—¿Has venido hasta aquí para usar la piscina de mis padres?

—No, no, claro que no, pero fue verla y... sentí un impulso. Está buenísima. Ven.

—¿Al agua? ¿Estás loco? Sal de ahí, ¿no querías hablar conmigo?

Roberto me ignoró y se puso a nadar. Yo no daba crédito. ¿Qué hacía aquí y por qué no estaba retozando con Lu y con el gallego? Roberto volvió nadando hasta donde yo estaba. Sin salir del agua se sacudió la cabeza.

—¿Hay alguna toalla a mano?

—Encima querrás que te traiga una toalla.

—Por fa, es que va a hacer un poco de rasca al salir.

Fui a por una a la caseta que había cerca de la piscina. Busqué la más grande que había y se la acerqué.

—Aquí tienes.

Roberto salió de la piscina impulsándose con los brazos en el bordillo. Iba en calzoncillos, que al estar completamente empapados se le pegaban al cuerpo de una manera muy explícita. Vio que le miraba, se le escapó una sonrisa y cogió la toalla para taparse.

—¿Por qué sonrías? Sécate, anda. Te parecerá bonito, meterte en el agua en calzoncillos.

—¿Esperabas que estuviera desnudo?

—¡Yo no esperaba nada! Yo ya estaba metida en la cama, a punto de dormir.

—Vale, vale, perdón. Es que quería que se me bajara la pastilla, y por eso me eché al agua.

—¿Aún te dura el colocón?

—Es que era fuerte.

—¿Y has venido en moto bajo los efectos del éxtasis?

—Solo para verte, sí —dijo de manera triunfal.

—Pues ya me has visto, ¿contento?

Roberto se secaba con la toalla mientras daba saltitos.

—Uf, qué gusto. Hace frío, ¿eh?

—Yo estoy estupendamente. Sin entender qué haces aquí, pero estupendamente.

—Tengo medio éxtasis en el pantalón, ¿quieres?

—¿Y para qué iba a querer medio éxtasis? De verdad, tienes cada cosa...

—Era para que estuviéramos los dos en el mismo nivel. Disfrutando. Yo es que estoy súper a gusto. La de tiempo que no me metía nada. No veas la sensación tan agradable.

Yo trataba de buscarle un sentido a la presencia de Roberto, a su actitud, que tenía que ir más allá del hecho de que estuviera bajo el influjo de un éxtasis por muy poderoso que fuera.

—¿Lu sabe que has venido?

—Olvídate ahora de Lu.

—Roberto, ha sido un día muy largo. Y quiero irme a dormir. No sé si te has enterado de que esta noche el padre de mi hijo me ha dejado delante de tres mil personas. A estas horas ya lo debe de saber toda España.

—Y medio Latinoamérica. Que él gusta mucho allí.

—Eso, tú anímame.

—Qué capullo el Aarón. ¿Quieres que vaya a por él y le dé una buena paliza?

Roberto tiró la toalla al suelo, y con el calzoncillo igual de pegado al cuerpo que antes, se puso en actitud de púgil antes de un combate: dando saltitos con las piernas casi pegadas y con los puños en alto.

—¿Y por qué ibas a pegarle una paliza a Aarón?

—Porque no te mereces que te dejen así. Es muy feo. Tú no te mereces nada de lo que te ha pasado esta noche. Ni que te dejara con una canción, ni que te echaran de la película, ni que tu hermana se pusiera tan cabrona contigo.

Sus palabras de alguna manera me reconfortaron. No creía que tuviera razón, porque sentía que sí me merecía cada cosa que me había pasado, pero que Roberto me dijera que no era como un bálsamo.

—Gracias —dije con sinceridad.

—De nada.

Sentí por un momento que nos estábamos abriendo. Que la complicidad que había

sentido con él cuando me había ido a ver a Sanchinarro volvía a estar ahí.

—¿Te puedo hacer una pregunta? ¿Habrías venido hasta aquí si no estuvieras colocado?

—Eh... —No le di tiempo a que contestara porque ya le estaba lanzando otra cuestión.

—¿Estabas colocado cuando te liaste con mi hermana?

—Eh, eh, eh. No he venido aquí a liarme contigo. No te vayas a creer. Ufff... Uffff... —dijo Roberto, mirando al cielo y a punto de ponerse a ¿aullar?

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada, la pastilla, que me está dando un mega subidón. Ay, qué pena que no quieras sentirlo. ¿De verdad que no quieres?

—Roberto. No. Soy madre. No sé si lo recuerdas.

—¿Y? ¿Eso te incapacita para el placer?

—Eso me llena de responsabilidad. Que debe de ser un concepto que, desde que estás con mi hermana y con el gallego, se te ha olvidado.

Roberto entonces cogió el *walkie* del bebé y lo tiró al agua. Me quedé estupefacta.

—A la mierda la responsabilidad. ¡Viva el subidón!

—¿Pero qué haces, imbécil? ¿Sabes la pasta que vale?

—Bueno, bueno, mañana te compro uno.

—Ve a por él.

—¿Ahora?

Al ver mi cara de pocos amigos, dejó la toalla en el suelo, como quien deja un explosivo, con cuidado.

—Con lo sequito que estaba ya...

—Al agua.

Se tiró a la piscina de cabeza. Le llevó varias inmersiones encontrar el *walkie*, y mientras subía y bajaba, yo pensaba que eso no podía estar pasando. Que era demasiado tonto, demasiado raro. Por fin lo encontró y me lo ofreció triunfal.

—Ahí tienes. Aunque no sé si funcionará.

Me acerqué al borde de la piscina y me senté dejando que mis pies entraran en contacto con el agua congelada. Y entonces decidí preguntárselo. Necesitaba hacerlo.

—¿Qué haces con ellos, con el gallego y con mi hermana? Es que no logro entenderlo. Es tan raro. Y tan... doloroso.

Me miró sin entenderme. Como si le estuviera hablando en chino. Bueno en chino no, que algo de chino ya sabría.

—¿Doloroso?

—Sí, claro, Roberto. Doloroso. ¿Acaso no pensaste en mí, en lo que me iba a afectar? Es que de repente puedes ser el más majo del mundo y venir hasta aquí porque me has visto de bajón, y sin embargo, eso tampoco te impide que en una ventolera te líes con mi hermana.

—Nunca pensé en liarme con Lu. Me lie con una pareja que estaba perdida en

Hong Kong, después de una noche rara y preciosa. Y resultó que ella era tu hermana.

—¿Pero qué tontería es esa? Como si no supieras que era ella, lo sabías desde el principio, conoces a Lu desde que tenía catorce o quince años.

—Ya, ya, no te pongas nerviosa. Lo que te quería decir es que no estaba en mis planes liarme con ella, las cosas se fueron dando y además que no fue a ella a quien besé primero.

—¿Qué? Ay, calla, no sé si quiero saberlo. ¿Besaste al gallego primero?

Roberto se echó a reír como un niño pequeño. Mis ganas de ahogarlo en la piscina iban en aumento.

—Fue un momento en que nos quedamos a solas, estábamos muy borrachos, hablando, riendo y con mucha complicidad, mucha intimidad y con un subidón...

—¿También ibais de éxtasis? Te estás aficionando demasiado.

—No, no, subidón por el momento. Y no sé cómo, pero él se acercó a mí y me besó de manera natural. Yo me quedé muy desconcertado, pero no sé, me gustó. Y le devolví el beso. Fue rarísimo y también alucinante. Y luego apareció tu hermana y te juro que en ese momento no pensé que era tu hermana, era una chica guapísima que sonreía al ver cómo yo besaba a su novio.

—Joder. Vaya panda.

—Ya. Y Lu se acercó y se unió. Y de verdad que en ese momento estaba bien, era hasta lógico.

—No digas lógico, Roberto.

—¡Sí! Bueno, no sé si lógico, tal vez fue simplemente consecuente. Estaba pasando porque era lo que tenía que pasar. Porque la noche nos había llevado hasta ahí.

Tenía que estar a la altura de la conversación. Tenía que ser capaz de ponerme al mismo nivel que Roberto, abrir mi mente. No juzgar. Y a nada que me esforzara tampoco era tan difícil.

—Vale, puedo entender que pasara una noche. ¿Pero y a la mañana siguiente qué? ¿No te despiertas y piensas: qué coño pasó anoche, qué hago entre estos dos, me voy corriendo?

—Sí —sonrió—. ¿Te quieres bañar conmigo?

—No, Roberto, quiero que sigas contándome.

—Un baño pequeñito, pequeñito —imploró.

—No, contéstame. ¿No te entraron ganas de salir corriendo al día siguiente?

—Sí. Y me fui. Nos habíamos dejado llevar, había estado muy bien, pero ya. Punto. No iba a suceder más. Estuvieron llamándome dos días y yo ni les cogí el teléfono. Y una tarde estaban esperándome a la salida del trabajo. Y no pararon hasta que me fui a tomar unas cervezas con ellos.

—Pero qué lianta es mi hermana.

—Yo también quería, ¿eh? Que no había dejado de pensar en ellos durante los dos días.

—Y os volvisteis a enrollar.

Se volvió a reír como un niño travieso, feliz.

—Durante los días que estuvieron allí. Y fue una semana y media preciosa. Y de verdad que se iba a quedar en eso. De verdad que sí. Una semana de locura y ya. Pero después, cuando se vinieron, empezamos a charlar por Skype, ¿y sabes cuando tu hermana y el gallego fueron a Nueva Zelanda por trabajo?

—Ya no quiero saber más. Suficiente.

Me levanté, dispuesta a marcharme de allí y dejarlo con su confesión, con su subidón y con su baño nocturno.

—Sara, no sé si me vas a creer o no, pero me has pedido que te diga la verdad y te la digo. No tuvo nada que ver contigo. No había en mí ni un deseo de revancha, ni de cerrar un círculo perverso, ni nada. De verdad. Y en el caso de tu hermana menos. Ella es puro amor. Y yo, y el gallego. No hay más.

—Puro amor —dije irónica—. ¿Y entonces cuáles son vuestros planes? ¿Vivir felices en pareja de tres? ¿Te vas a venir a vivir aquí, vais a tener niños? ¿Qué?

—Bueno, va a depender de si ganamos el concurso del ayuntamiento. Entonces sí me instalaría aquí.

—¿Y qué tengo que hacer para que no lo ganéis? —bromeé.

Roberto tardó en contestarme. Vi en él un cambio de actitud. De repente pareció preocupado.

—¿No quieres que lo gane? ¿No quieres que vuelva?

No me dio tiempo a contestar, porque Roberto metió la cabeza dentro del agua. Pasaron cinco segundos y no salió a la superficie. Pasaron diez y tampoco.

—Roberto, no hagas el tonto. Sal.

Seguía sin salir.

—Roberto, por favor, sal.

Agité el agua con mis manos. Por fin emergió. Escupió el agua que había tragado.

—Sara, si tú me pides que deje a tu hermana y a Martiño, lo hago.

Y me dedicó la mejor de sus sonrisas. A mí su ofrecimiento me descolocó del todo.

—¿Cómo? ¿Pero por qué iba a pedirte eso? ¿Y por qué me ibas a ofrecer eso tú?

—Nunca pensé que te iba a molestar de esa manera. Imaginé que te afectaría, pero no así. Al fin y al cabo, tú estabas con Aarón, tenías un hijo con él, eras feliz. Lo nuestro estaba más que superado.

Me quedé callada, tratando de digerir todo lo que me acababa de decir.

—Ven al agua. Está buenísima.

—No. Estoy bien aquí. No me voy a meter en el agua. Y tampoco te voy a pedir que dejes a nadie. ¿Qué clase de monstruo crees que soy?

—¿Por qué no me lo vas a poder pedir? Si es lo que necesitas, si es lo que quieres, pídemelo.

—No tengo derecho. ¿De verdad dejarías a mi hermana y al gallego si yo te lo

pido?

—Claro —dijo, como si fuera la cosa más lógica del mundo.

Roberto volvió a sumergirse, pero esta vez para ir buceando al otro extremo de la piscina. ¿Por qué me decía todo esto? ¿Qué estaba ocurriendo? De verdad que no entendía nada. Y justo en ese momento vi una luz que venía de la ventana de la habitación de mis padres.

—Mierda.

Mi madre se asomó a la ventana.

—¿Hay alguien ahí?

Yo me quedé inmóvil confiando en que no pudiera distinguirme en la penumbra. Pero queriendo hacerle gestos a Roberto de que no se moviera.

—¡Estoy llamando a la policía!

—Mamá, soy yo.

—¿Sara?

—¿Qué haces ahí? ¿Por qué se mueve el agua?

—Me estoy dando un baño...

—¿A estas horas y con el agua congelada como debe de estar?

—Necesitaba aclararme las ideas.

—¿Estás bien? ¿Quieres que baje?

—No, no. Si ya subo.

—Pobrecita, hija. Cómo estás...

—Acuéstate, mamá. Venga.

Mi madre se metió en la habitación y apagó la luz. Respiré aliviada. Por poco. Era lo último que necesitaba, que mi madre nos descubriera. A ver cómo justificaba yo la presencia de Roberto.

—¡Roberto! Ven aquí.

—Voy.

—¡Y no hagas tanto ruido con las brazadas!

—Vale, vale.

Roberto por fin se acercó. Yo necesitaba ponerle fin a esa conversación. Pero antes necesitaba escucharle.

—Roberto, ¿por qué serías capaz de dejar una historia que estás viviendo y que te gusta tanto si yo te lo pido?

—Porque hoy ya te han pasado demasiadas cosas malas. Y te mereces que tus deseos se cumplan.

—¡Roberto! ¡No!

—Y no eres la única con derecho a tener la cabeza hecha un lío. Ven al agua.

—No, te tienes que ir. Que mi madre va a bajar de un momento a otro. Si la conoceré.

—Un bañito corto.

Estaba tan encantador en el agua. Parecía un niño pequeño, ilusionado,

entusiasmado.

—No puedo. Si me meto, puede que haga una tontería.

Roberto entonces con una velocidad que me sorprendió cogió mi mano derecha y sin que tuviera tiempo a reaccionar tiró de ella. Acabé en el agua. Estaba congelada.

—¿Qué haces? ¿Por qué me has tirado? ¿Estás loco?

—Un poco.

—Me salgo.

—No... déjate llevar.

Roberto se acercó a mí. Le miré de frente. Su cara se fue acercando a la mía. Sus labios a un centímetro de los míos.

—¿Qué tontería ibas a hacer? —preguntó.

—Ninguna.

—¿Qué piensas?

—En que en cualquier momento Guille se va a poner a llorar y no me voy a enterar porque te has cargado el *walkie*. Y en lo mal que te sienta el éxtasis. En lo fría que está el agua. En lo guapo que estás. En que estamos en casa de mis padres y mi madre puede bajar en cualquier momento. En que hoy ha sido uno de los peores días de mi vida a la altura de aquel día en China donde me detectaron una obstrucción intestinal y creía que me moría. Y al despertar estabas tú. Y aquel día se convirtió en uno estupendo, a pesar de que me hubieras dejado. Igual que esta noche horrible que no tenía remedio y se ha arreglado bastante gracias a ti.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Mirándonos.

—¿Y tú? ¿En qué piensas? —pregunté.

—¿Has dicho que estaba guapo? Te voy a besar —dijo Roberto.

—No.

Fui tan categórica que Roberto se retiró un paso atrás.

—¿Por qué no? ¿Es porque estoy colocado? El otro día querías besarme.

—El otro día no sabía que estabas con mi hermana.

—¡Sara! ¡Sara!

La luz del salón estaba encendida y mi madre salía por la puerta hacia el jardín.

—Mierda. Mierda. Mierda... Sumérgete. Que no te vea.

Iba a salir del agua, pero me di cuenta de que estaba vestida. Mejor que no me viera con la ropa empapada. Mi madre ya estaba cerca de la piscina. Llevaba al niño en brazos. Mierda. Mierda.

—¿Pero qué haces aquí? Si ya subía yo ahora.

—El niño estaba llorando. ¿No lo oías?

—No, ya... ya subo yo. No lo bajes aquí que se va a enfriar.

—Pues sal y hazte cargo de tu hijo.

—Ahora... ahora... Por favor, mamá, sube.

—Que salgas.

—Voy.

No me quedó más remedio que salir de la piscina. Temía que Roberto se quedara sin oxígeno bajo el agua. Al salir mi ropa empapada se pegó a mi cuerpo.

—¿Te has bañado con ropa? Estás peor de lo que creía...

—En realidad, me caí. Perdí el equilibrio y...

—¿En serio? ¿Quieres que llame a una ambulancia?

—¿Y para qué ibas a llamar a una ambulancia? Estoy perfectamente. Vamos.

Traté de alejar a mi madre de la piscina para que Roberto pudiera salir a la superficie. Mi madre echó la vista hacia la piscina. Yo intenté impedirle la visión.

—Mamá, no quiero entrar en casa así de mojada. ¿Te importa subir al niño y ya voy yo?

—Aquí está pasando algo. Lo sé. Y ya no tienes edad para tonterías.

—Mamá, por favor. Llévate al niño. Me seco y voy.

Mi madre por fin se metió en la casa. Esperé a que subiera las escaleras y fui corriendo a la piscina.

—Ya puedes salir. ¡Roberto! ¡Roberto!

Roberto por fin emergió.

—Casi me muero ahí abajo.

—Sal. Tienes que irte. Venga. Apúrate.

Me acerqué hasta donde estaba para ayudarle a salir. Él tardó unos cuantos segundos en recomponerse y por fin se sirvió de mi mano para coger impulso y salir del agua.

—Tu madre no se ha creído nada, ¿no?

—Yo qué sé. Pero por eso tienes que irte.

—Estás empapada.

Cogió la toalla que había dejado en el suelo y me envolvió con ella.

—Ya me seco yo. Vete.

—No, no quiero irme así —dijo, abrazándome con la toalla.

—Roberto, estás con mi hermana. No puedes hacerle esto. Y yo tampoco se lo puedo hacer.

—Ella ahora mismo te odia —añadió travieso.

—¿Y qué? Sigue siendo mi hermana.

—Ya le robaste un novio antes.

Trató de besarme. Se lo impedí.

—Eso que has dicho es muy feo. Y que no te puedo besar, me estaría aprovechando de ti, del lío que tienes encima por culpa del éxtasis que te has tomado. Y no quiero hacerte eso, ni a ti, ni a mi hermana, ni a mí.

—Ni a Aarón.

—Ni a Aarón.

—Aunque te haya dejado.

—Aunque me haya dejado.

Me alejé de él.

—Me voy a cambiar y luego a acostarme. Tienes más toallas ahí. ¿Estás como para coger la moto?

—Supongo.

—Adiós, Roberto.

La luz de la ventana de mis padres volvió a iluminar la fachada.

—Vete rápido, que no te vean.

Lo dejé allí solo, que se las apañara como pudiera. Entré en casa y subí las escaleras dejando un rastro de agua. Luego tendría que bajar a pasar la fregona, qué remedio. La puerta de mis padres se abrió y apareció mi madre.

—Ya lo he acostado.

—Gracias, mamá.

—¿No me vas a contar quién estaba abajo?

—Nadie.

—Te creerás que soy tonta. Pero si no me lo quieres contar, allá tú.

—Vete a dormir, mamá.

—Ahora ya me he desvelado.

Mi madre me enseñó un blíster de pastillas azules que tenía en la mano.

—¿Tú crees que si le machaco tres y se las esparzo en el desayuno correrá algún riesgo?

—Dame eso. —Y sin darle tiempo a reaccionar, se las quité de la mano—. Que era lo que faltaba, que le provocaras un infarto a papá.

—Exagerada.

—Ya si eso dale burundanga. Y lo violas cuando esté inconsciente.

—¿Y eso qué es? —preguntó interesada—. Déjame que lo anote.

—Vete a dormir, mamá.

—Vale, pero dime quién estaba abajo.

—Nadie.

—Roberto —dedujo.

Negué. Pero le dio igual.

—Qué capacidad tenemos en esta familia para volver a los hombres majaras.

EQUILIBRIO EN EL ANDAMIO

Al día siguiente volví a Sanchinarro, al dúplex ahora vacío, sin Aarón. Me recibieron los paneles de trabajo con los diseños de la película. No tenía ni fuerzas para quitarlos de mi vista, ni para desmontarlos foto a foto, boceto a boceto. Y decidí simplemente taparlos con un par de sábanas, más tarde acometería esa labor. Ahora mismo no podía.

—Ay, Guille, aquí estamos tú y yo solos.

Guille me respondió con una sonrisa y alzando las manos hacia mi pecho.

—Ya, ya... Pero hoy mejor del biberón, que aún debe de haber restos de alcohol en mi cuerpo y lo último que necesitas es pillarte un cebollón por culpa de tu madre.

Calenté en el microondas un biberón.

No sabía cómo íbamos a organizarnos Aarón y yo con el niño. ¿Cuánto querría verlo, cuándo, cómo, dónde? ¿Vendría él a buscarlo o mandaría a alguien o tal vez quedaríamos en un punto intermedio? ¿Contrataría a una persona para que lo trajera y lo recogiera? Me parecía una medida extrema, pero si lo pensaba con detenimiento quizás no fuera la peor de las ideas. Él no me quería ver, y yo, la verdad es que tampoco. Me dolía demasiado todo lo que había ocurrido, su manera de dejarme y de arrojarme a los leones. Cuanto más tardara en cruzármelo mejor. Y si no proponía él la idea de que un intermediario trajera y llevara al niño, tal vez debía hacerlo yo. Cómo se complicaba todo con un bebé. Las rupturas se convertían en una cuestión estratégica. Ya no solo se trataba de decidir de quién era cada libro, cada vinilo, cada electrodoméstico, un niño te encadenaba para siempre a esa persona con la que lo habías tenido. Aunque lo odieras, aunque no quisieras verlo nunca más.

—Aprenderemos a hacerlo bien, Guille. Ya verás. Y cuando sepas hablar, siempre podrás decidir que solo te quieres quedar conmigo.

O también podía decidir lo contrario, que solo quería quedarse con el molón de su padre, para estar en una gira continua, para ir de los brazos de una fan guapa a otra, de una *groupie* a otra. Y que su padre le iniciara en los porros, en el alcohol, en el *rock*, en el *indie*, en el sexo, en la vida en la carretera, en la aventura. ¿Qué podía ofrecerle yo cuando ya no quisiera teta? ¿Qué podía ofrecerle una madre plumista? ¿Una madre desastre? ¿Una madre deprimida?

—¿En serio vas a caer en una depresión? —me preguntó mi Inma imaginaria.

—Ahora no quiero hablar contigo. Y si caigo en una depresión, es mi problema. Me la merezco.

—Pero...

—Shhh. No. No estoy para nadie. Solo para mi hijo. ¿Y no ves que él no me va a dejar caer en ninguna depresión? Que tengo que estar bien por él.

—Será porque no hay madres deprimidas.

—¿Ves? Por eso no quería hablar contigo. Adiós.

Corté comunicación con mi Inma inexistente. No iba a caer en ninguna depresión y punto. Iba a salir de este agujero como siempre había salido de los agujeros. Porque siempre salía. Vale, no tenía curro, no tenía novio, no tenía hermana, en nada no tendría casa, porque a ver cómo iba a pagar esta casa yo sola, y por ahora a Malasaña no podía volver, pero mejor no agobiarse. Siempre podía mudarme a Aravaca, un techo sobre mi cabeza y la de mi hijo no nos iba a faltar.

Guille necesitaba que le cambiara el pañal y decidí darle un baño. Le relajaba tanto como a mí. Metí todos sus juguetes flotantes en la bañera, los tres patitos, el submarino amarillo que le había regalado el vikingo, la guitarra de corcho que le había comprado Aarón, el xilófono que le había mandado Roberto desde China. Ay, Roberto... Mejor no pensar en él. ¿Habría llegado bien a casa en su estado y en esa moto? Seguro que sí, de no haberlo hecho ya me habría enterado. Las malas noticias corren como la pólvora. Estaría ahora mismo retozando con mi hermana y el gallego, recordando como en una nebulosa todo lo que había vivido anoche.

Decidí meterme con Guille en la bañera. Un baño largo y relajante nos vendría a los dos de maravilla. O al menos a mí.

El día pasó lento. Conseguí no caer en un estado de coma depresivo. En otro momento con la mitad de lo que me había pasado esos días habría sido suficiente para no salir de la cama en tres días, pero ahora con un niño a mi cuidado no me lo podía ni me lo quería permitir. Guille no tenía la culpa de que su madre fuera un desastre. Así que por él tenía que estar bien, o en todo caso funcional. Nada de depresiones paralizantes, y si la depresión o el desánimo hacían presa de mí, tendría que ser una depresión activa. Contenta con esa conclusión, cogí fuerza para limpiar y ordenar toda mi zona de trabajo y quitar de mi vista lo que me recordara a la película. Mi gran proyecto, mi sueño de recoger el Goya al mejor vestuario, mi amistad con Roma, la iba a echar de menos, mi vestido para la noche del estreno, mi futuro, todo, a la mierda. Ordenar los bocetos, clasificarlos, recoger telas y plumas me llevó más tiempo de lo que imaginaba, e incluso fue más doloroso de lo que temía. Tanto trabajo, tanta ilusión para nada. Pocas cosas hay más frustrantes que un trabajo en el que te has volcado de lleno, en el que has puesto tu vida y se queda a medias. Estuve casi todo el día recogiendo, conteniendo las lágrimas, conteniendo la pena. Aarón pugnaba por colarse en mis pensamientos, pero yo tenía que ser fuerte y no dejarme arrastrar por esa espiral absurda, por ese bucle continuo en el que me culpaba de haber destruido todo lo que teníamos juntos. David me llamó para comprobar cómo estaba. Al igual que Inma. Y también mi madre. No le cogí a ninguno de los tres. Aunque luego me arrepentí y los fui telefoneando uno a uno. A todos les conté lo mismo: sí, estaba bien, sí, ni pizca de resaca, y sí, no estaba tan mal como pensé que

iba a estar. Y claro que todo se arreglaría. ¿No se arreglaba siempre? A los tres les sorprendió mi madurez. Los tres la alabaron. Me estaba haciendo una experta mentirosa. Ni una señal de Aarón, ni de Roberto, ni de mi hermana. Mejor.

Y en un arrebato decidí tirarlo todo. Todo lo que me había esmerado en recoger, todos los diseños, bocetos y demás, todo lo que tuviera que ver con la película. A la basura. Lo metí en bolsas y lo saqué al contenedor de la calle. Me sentí liberada. Triste. Pero liberada.

Mi madre me llamó cuando estaba en plena faena con las bolsas.

—Hija, y digo yo, ¿lo de la teta es necesario?

—Mamá, de verdad que no quiero volver a tener esa conversación contigo. Lo destetaré cuando crea que tenga que destetarlo.

—Digo la teta del vídeo. Que si era necesario hacer eso.

—¿El vídeo? —Y ahí caí a lo que se refería.

—Que yo ya sé que la música está muy mal y que para promocionar hay que hacer lo que sea, pero no veo yo la relación entre cantar una nana y enseñar una teta.

—¿Pero cómo has visto ese vídeo?

—Rosa me habló de él, que sus hijos lo habían visto.

Subí rápidamente a casa. Entré en internet. Ahí seguía colgado. Ochocientos mil cuarenta y cinco visionados. ¿Pero por qué no lo habían borrado? Llamé a David. ¿Cómo se borra eso? Y como no me dio más solución que volver a denunciar, decidí llamar a Aarón. Había jurado no ponerme en contacto con él, me lo había jurado a mí misma. Pero esto era una causa de fuerza mayor. No me cogió. Le dejé un mensaje. Este sí, mucho más sereno y nada alterado. Pero le pedía, le imploraba que solucionara el *pezongate*, que se las apañara como quisiera pero que borrara ese vídeo.

Conseguí que Guille se quedara dormido sobre las nueve y media de la noche. Busqué alguna comedia en Netflix que me hiciera olvidar la pena que tenía encima y después de mucho descartar me quedé con *Lo contrario al amor*, una historia donde la protagonista ha de elegir entre tres bomberos cañón. Sí, algo así de poco realista necesitaba. ¿Con cuál me quedaría yo de los tres? Decidí que Hugo Silva me recordaba demasiado a Aarón, así que opté por el del culo bonito, que resultó que tenía una aventura seudogay con su compañero. ¿Pero es que ya no quedaban heterosexuales en el mundo? En algún momento me quedé dormida y los llantos de Guille me despertaron a las tres de la mañana. Tenía hambre y esta vez le di teta.

Relacioné la teta con mi vídeo de la teta y me metí otra vez en internet para ver si ya había desaparecido. Un millón setecientos sesenta y dos mil visionados. ¿Pero por qué le había dado a la gente por ver ese vídeo? ¿Es que nunca habían visto una teta? Si internet estaba bien cargadito de pechos de todas formas y colores, grandes, pequeños, perfectos, deformes. ¿Qué les había dado con el mío? Me percaté de que había miles de comentarios al vídeo pero después de leer quince o veinte decidí dejarlo. La de burradas que podía escribir la gente desde el anonimato. Aunque

algunas me subieron la moral, para qué engañarnos. Otras directamente me incomodaron por el tono soez y brutal. Y muchos me hicieron dudar de la disfunción ortográfica de las nuevas generaciones. Qué capacidad para no escribir ni una *b* ni una *v* ni una *h* en su sitio. ¿Pero qué manada de incultos y salidos estábamos criando? Miré a Guille.

—Como tú no aprendas a poner las haches donde toca, tendremos más que palabras. Y como trates a las mujeres como puros objetos sexuales, también.

Aunque viendo cómo agarraba mi teta temí que fuera una batalla perdida.

Iba a apartar el ordenador portátil pero arrastré mi vista por la pantalla y al ver todos los vídeos que había de Aarón me dejé llevar y los fui abriendo. Sé que no era lo mejor, que no me iba a ayudar en mi estado, pero... La de nanas que le había compuesto a Guille. Qué tío. Qué obsesión. Había dejado aparcadas las canciones de amor y le había dado por las nanas. Eran bonitas, para qué negarlo. Todos los vídeos también estaban cargados de comentarios, aunque, eso sí, no había tantos como en el vídeo de mi teta. Entre otras cosas, supongo, porque estos otros vídeos no tenían ni de lejos las visitas del mío. Diez mil, trece mil, pero nada que ver con el millón largo del mío. El poder de una teta. Leí alguno de esos comentarios. En ellos las chicas se derretían de amor. Todo el que yo no sentía por más que lo intentara. Donde las chicas veían *sex appeal* yo no veía nada. Como mucho, y en el mejor de los casos, me despertaba ternura, por las cosas tan bonitas que le cantaba a mi hijo. Ternura que se iba tiñendo de una rabia sorda. Sí. Tan tierno con Guille, tan empleando todo su talento, ¿y para mí qué? Para mí solo canciones de despedida. Maldito. Como mi rabia iba creciendo según oía más nanas, decidí dejarlo.

Me acosté, me dormí y las nanas se colaron en mis pesadillas. Qué raro.

Por la mañana, justo cuando estaba haciendo propósitos estupendos para el resto del día, de la semana, incluso del mes, una llamada de teléfono provocó un pequeño maremoto. Era mi madre.

—¿Sabes algo de Roberto?

—¿Y yo por qué iba a saber algo de Roberto?

—Porque antes de ayer estuvo en la piscina contigo.

—¿Eh...?

—No te esfuerces en disimular.

—Bueno, ¿y qué si estuvo conmigo? Yo no le pedí que viniera. Y solo fue un ratito y luego se fue. Y no sé por qué te estoy dando explicaciones si yo no hice nada malo. Yo estuve... impoluta, mamá.

—No ha aparecido hoy en la reunión con el ayuntamiento.

—¿Qué reunión?

—Hoy se jugaban el proyecto de los bancos. ¿No lo sabías? Si tu padre lleva dos semanas que solo habla de eso.

—De eso y de ti.

—¿Sabes dónde está? ¿Está ahí contigo?

—¿Por qué iba a estar conmigo?

—Solo pregunto.

—No, mamá, no está. Aquí solo te refugias tú.

Me pidió que lo llamara, que lo buscara. Aún tenían una oportunidad por la tarde, habían conseguido posponer la reunión hasta las cinco, así que había unas horas para encontrarle.

—¿Pero no lo pueden presentar sin él?

—Lo tenían todo preparado para que expusieran tu padre y él, Eric no tiene un español como para enfrentarse a un tribunal. Necesitan a Roberto.

—¿Has hablado con Lu? Seguro que ella tiene más posibilidades de encontrarlo que yo.

—Lleva desde antes de anoche sin verlo. Por eso te llamé a ti. Creo que fue la última persona de esta familia con la que estuvo.

—¿No me irás a hacer a mí responsable de nada?

—No, cariño, solo quiero que lo encontremos, nada más. Tu padre se juega mucho en este proyecto. Muchísimo. Creo que no eres consciente de todo lo que se juega.

—Vale, vale, haré lo que pueda para encontrarlo.

—Gracias.

Llamé a Roberto por teléfono. Lo tenía apagado. Le dejé un mensaje pidiéndole que se pusiera en contacto conmigo. Si no lo hacía, iba a tener que llamar a los hospitales porque lo último que sabíamos de él es que había cogido la moto en muy malas condiciones. Y lo último que necesitaba en mi vida ahora mismo, le dije, es lidiar con un accidente. Y menos con un accidente que ni siquiera se había producido. Vamos, que no tenía yo el ánimo como para enfrentarme a una tragedia de la que de alguna manera me iba a sentir responsable. «Así que, por favor, llámame».

Le dejé más o menos el mismo mensaje en Facebook, por un privado de Instagram, otro de Twitter y otro en WhatsApp. La cantidad de medios que había para contactar con alguien, y por eso cuando con ninguno te comunicabas, solo aumentaba la frustración. Antes de la era del teléfono móvil y de internet, si no localizabas a alguien llamando al fijo de su casa, pensabas que ya le darían el recado cuando llegara. Lo último que imaginabas era que estaba tirado en una cuneta. O sea, lo podías imaginar, pero digamos que ya dependía mucho del carácter exagerado de una y de unas determinadas circunstancias concretas. Hoy no encontrar a alguien cuando estamos localizables las veinticuatro horas adquiere un cariz mucho más preocupante. Puedes estar en el cine, en la ducha, puedes haberte quedado sin batería, pero vuelves a estar operativo en minutos o un par de horas. E incluso, en el caso de que te hayan robado el móvil, enseguida corres a anunciarlo en tus redes sociales: «Estoy sin móvil, cualquier cosa por aquí». Lo único bueno de tener esa dependencia

tecnológica es que uno siempre es fácil de localizar. A no ser, claro, que no quiera ser localizado, o esté tirado en una cuneta, malherido o muerto.

Roberto no me contactó a lo largo de las dos horas siguientes. Y el nivel de alerta que había mantenido controlado se me empezó a disparar. La posibilidad de la cuneta se hacía a cada minuto más plausible. Y se me ocurrió eso que tanto se ve en las películas y en las series, que es llamar a los hospitales. Aunque no sabía muy bien cómo hacerlo. ¿Uno simplemente preguntaba por la persona que buscaba y miraban si estaba en los registros de ingreso? ¿No vulneraba eso cualquier tipo de confidencialidad paciente-hospital?

Antes de dejarme llevar por el pánico, decidí ir hasta el piso que tenía alquilado. Tal vez tenía una resaca tremenda, que le duraba dos días. Tal vez estaba tan inconsciente que no había escuchado ningún teléfono. Se me hacía raro que mi hermana no hubiera ido a comprobar que estuviera allí, pero como después de haberla intentado localizar a ella también solo me había enviado este mensaje por WhatsApp: «¿Qué parte de “para mí estás muerta” no has entendido?», decidí comprobarlo por mí misma.

Dejé a Guille en la guardería. No, hoy no le tocaba, admití. Pero les rogué que lo aceptaran un par de horas. Me hicieron el favor. Y salí de allí escopetada. Hacía dos días me había lanzado a la calle a buscar a Aarón, sin demasiada fortuna, y ahora me disponía a hacer lo mismo con Roberto. Entre las dos búsquedas habían pasado muchas cosas, y mi estado de ánimo era bien distinto al de antes de ayer. La angustia por encontrar a Aarón para que no descubriera mi mensaje volcánico que, como imaginaba, provocaría nuestra ruptura, poco tenía que ver con la angustia de encontrar a Roberto. Por una vez yo no la había cagado, yo había hecho lo que tenía que hacer, aunque eso no impedía que él estuviera ahora mismo tirado en una cuneta o inconsciente en un hospital.

Paré un taxi para que me llevara al centro. No estaba de humor como para coger el coche. Tenía que empezar a plantearme el gasto en taxis, porque me había convertido en una mujer sin trabajo y estos dispendios ya no me los podía permitir. Pero mejor arruinarme a taxis que darme un golpe con mi Fiat 500 por no estar concentrada en la carretera.

Por una vez el taxista se limitó a llevarme hasta el centro sin cruzar más palabras que el buenos días, a dónde vamos y son veintisiete euros, adiós, cuidado al salir que por esta calle los coches pasan lanzados.

Subí al piso que Roberto tenía alquilado y llamé a la puerta. Me abrió una extranjera. Pregunté por él, no me entendió, pero, confiada, me dejó pasar. En su habitación, en esa donde los había encontrado a los tres, no había nadie. Pero me fijé en que su maleta seguía ahí. Y en el baño también estaba su neceser. En un primer momento me sentí aliviada. No se había dado a la fuga. Sí, esa era una posibilidad que también había barajado. Pero, claro, enseguida el alivio dio paso a la preocupación. ¿Acaso no hubiera sido mejor una fuga que un accidente de tráfico con

la moto? ¿Había estado dos días sin pasar por casa? Claro que tampoco podía saber si eso era así. A lo mejor había dormido allí esa mañana. Decidí preguntar a los compañeros de piso.

Utilicé mi mejor inglés, que es bastante escaso, para hacerme entender con la chica que me había abierto la puerta y con dos alemanes delgaditos que estaban en ese momento en la casa. Ninguno podía decirme si Roberto había pasado la noche allí. No tenían ni idea. Y por la cantidad de marihuana que se respiraba en el ambiente, lo mismo había hasta compartido un porro con ellos y no se habrían acordado.

Era el momento de llamar a los hospitales.

Salí a la calle para hacerlo desde alguna cafetería tranquila. Buscando una que cumpliera los requisitos, o sea, un poco de calma, y si tenía *wifi* mejor, me fui adentrando por el barrio de Chueca. Supongo que más que buscar una cafetería en concreto buscaba una manera de retrasar el momento de llamar a los hospitales, porque no estaba preparada para recibir una mala noticia.

Al pasar por delante de un local, oí cómo se abría una persiana de metal que dejaba traslucir un ambiente cargado de humo de cigarros y ruido. Empezaron a salir chicos con más aspecto de zombis que de humanos. Aquello debía de ser un *after*. La de tiempo que no pisaba yo uno de esos, de hecho creí que ya se habían extinguido, que el ayuntamiento y la policía local les había puesto cerco y los había precintado todos. Pero se ve que no, o que se reproducían como las setas en la humedad, las setas eran los *afters* y la humedad, Madrid.

Entre varias chicas y chicos sacaban casi a rastras a uno. La gente está fatal, mira que beber hasta estas horas... Seguí caminando, hasta que me quedé paralizada. El chico que arrastraban... el chico que arrastraban... No, no podía ser. Me di la vuelta. Y corrí hacia ellos.

—¿Roberto? ¿Roberto? ¿Eres tú?

Me planté delante de los chicos. Le subí la cabeza al que sujetaban y sí, era Roberto. Casi inconsciente. Con los ojos entrecerrados y sin fijar la vista en ningún sitio.

—¿Roberto, estás bien?

—Está de maravilla, déjanos con nuestro pedo, tía.

—¡Roberto! ¿Puedes hablar?

Por fin me miró.

—Sara, Sarita, corazón...

—¿Conoces a esta tía?

—Mi exnovia.

—Ah —dijo otro de ellos—. Vamos a seguir la fiesta en mi casa, ¿te vienes?

—No. Y Roberto tampoco se va a ningún sitio. Se viene conmigo.

—Y una mierda, que llevamos media noche trabajándonoslo —soltó una de las chicas.

—¿Trabajándooslo para qué?

—¿Para qué va a ser?

Ahí caí a lo que se referían. ¿Iban a hacer una orgía con él? ¿Pero qué pasaba últimamente en Madrid? ¿Qué me había perdido? Mientras yo me había dedicado a tener un hijo de la manera tradicional, ¿el mundo se había vuelto promiscuo, poliamoroso y pansexual? ¿Estábamos ante una nueva revolución sexual pos-VIH y yo no me había enterado?

—Pues lo siento mucho, seguro que sois majísimos y que os lo habéis trabajado muy bien, pero no va a poder ser. Roberto se viene conmigo —dije, tirando de él.

—Oye, tía, pero ¿de qué vas?

—Déjalo que decida él —contestó una chica, la única sensata, supuse.

—Roberto, dile a esta gente majísima que te vienes conmigo.

En ese momento aparecieron dos coches de policía con la sirena puesta. Y todos los que estaban saliendo o habían salido del *after* se dispersaron como cucarachas ante un insecticida. Los chicos que hasta hace un segundo pugnaban por llevarse a mi ex también se evaporaron, dejándome a mí todo el peso de Roberto. El pobre apenas se podía poner en pie. Me encaré a él mientras le sujetaba malamente.

—Y yo pensando que estabas tirado en una cuneta. Aunque no sé si hubiera sido mejor. ¿Pero tú te has visto cómo vas? ¿Llevas dos días de juerga? ¿Y cómo has acabado aquí? ¿Tú sabes que te están esperando? ¿Tú lo sabes? A ver si consigo llevarte hasta el piso. Espero que tengan café, porque necesitas estar despejado en menos de dos horas. Ay, Roberto, ¿pero qué has hecho?

Roberto por fin levantó la cabeza y me echó una mirada entre bizca y perdida.

—Hablas mucho.

—Venga, Roberto, ayúdame a llevarte. Ponte recto, camina.

A duras penas conseguimos llegar al edificio en el que estaba el piso de alquiler.

—¿Podrás subir las escaleras?

—¿Tengo que subirlas?

—Sí, tienes que subirlas, claro que tienes que subirlas. Y meterte en la ducha y despejarte y tomarte un café triple y...

—Vale, vale.

Le costó subir los cinco pisos una eternidad. A ratos empujaba de él, a ratos le gritaba, a ratos amenazaba con dejarlo en medio de la escalera. Así hasta que conseguimos entrar en casa. Fuimos hasta su habitación y no le dejé que se tirara en la cama.

—A la ducha.

Entramos al baño. Roberto se quedó como desconcertado mirando la bañera.

—Dime que puedes ducharte solo.

Porque lo último que quería era verlo otra vez desnudo. No por nada, sino porque ya se estaba convirtiendo en costumbre. Y no es que tuviera miedo de mí o de lo que pudiera sentir, porque así de borracho estaba de todo menos *sexy*. Roberto asintió con

bastante aplomo, claro que se podía duchar solo, no era un inválido, ni un niño pequeño, balbuceó. Lo dejé en el baño y decidí esperarle en la habitación. Después de veinte minutos de oír el agua correr empecé a preocuparme.

—¿Estás bien?

Ninguna respuesta. Insistí. Nada. Decidí entrar. Roberto estaba sentado en el suelo, apoyado contra el bordillo de la bañera y roncando. Seguía vestido y seco.

—¡Roberto! ¡Roberto!

Se despertó con brusquedad.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Es la una del mediodía. A las cuatro tienes la presentación más importante de tu carrera. Eso pasa. ¡Espabila!

—Eh, ya... ya.

Lo ayudé a levantarse y entonces sí que decidí desnudarlo. A la mierda el verlo de nuevo desnudo. Si no lo hacía él, tendría que hacerlo yo.

—Arriba los brazos —le ordené como a un niño pequeño, como hacía con Guille—. Es que no entiendo qué te pasa. Tú nunca has sido un chico irresponsable, adoras tu carrera, te he visto hablando del proyecto de los bancos y se te encendían los ojos de la emoción, ¿cómo se te ocurre emborracharte de esa manera durante dos días seguidos y justo cuando te lo juegas todo? Desabróchate el pantalón.

Me obedeció. Se lo bajé un poco y le pedí que se sentara para quitárselo. Me obedeció. Era un vaquero pitillo *slim* y me costó la vida quitárselo, pero lo conseguí.

—El calzoncillo no, que me da vergüenza —advirtió, justo cuando ya solo le quedaba esa prenda en el cuerpo.

—Pues hala, con calzoncillo y todo, pero a la ducha.

Como si yo tuviera interés en verlo completamente desnudo, vamos. Aunque el calzoncillo dejaba adivinar un bulto bastante curioso y la vista se me fue un momento hacia allí, pero enseguida la desvíe. Lo que me faltaba, sentirme excitada por un borracho. No, no, no. Y con la que tenemos encima, y con nuestro historial y nuestra situación, quita, quita.

Le ayudé a entrar a la bañera y, al ver que apenas se tenía en pie, le dejé que se sentara sobre la alfombra de plástico antideslizante. Cogí el mando de la ducha, abrí el grifo del agua fría al máximo y lo enchufé directamente a su cara.

—Ahhh... Está congelada.

—Mejor. Así te espabilas.

—Ya, ya... ¡Ya!

—Te aguantas.

Cogí el gel que había en la estantería y eché un buen chorro sobre su cuerpo. Él se empezó a frotar con torpeza. Parecía un niño pequeño, o un koala, estaba hasta tierno. Y sin querer me vi sonriendo. Pero volví a reaccionar: nada de dejarme llevar por los sentimientos. Yo, como una enfermera profesional; mi misión, mi única misión era conseguir que se espabilara y se le pasara esa borrachera. Y para lograrlo decidí

seguir con mi perorata. Porque tenía mucho que echarle en cara. A él y a todos.

—Y que tenga que estar haciendo yo esto. Preocupada por ti. ¿Dónde está mi hermana, eh? ¿O el gallego? ¿Por qué no están ellos cuidando de ti? Si es que si de esto tan poliamoroso no podía salir nada bueno, nada. Frota. Frota. Pero hazlo.

—Voy.

—Y con lo responsable que tú eres. No lo entiendo. ¿Se puede saber qué te ha pasado? ¿En esto te han convertido esos dos? Porque esto es cosa de esos dos, del lío que te han hecho, si es que tú no estás hecho para esto. Que te pasa como a mí, que queremos ser modernos y no nos sale.

Y otra vez me descubrí mirándole con ternura. Si es que, borracho y todo, estaba para comérselo. Bueno, no, estaba más bien como para protegerlo, abrazarlo, cuidarlo. Pobrecito.

—No...

—¿No qué? ¿Por qué te ha dado por beber hasta la inconsciencia?

Qué ganas de meterme ahí con él y salvarlo de sí mismo. ¡Sara! ¡No! Volví a enchufarle la ducha en la cara. Aunque tal vez la que empezaba a necesitar un chorro de agua fría era yo.

—¡Contesta! —le grité—. ¿Por qué llevas dos días bebiendo?

—No sé si quiero.

—Te aguantas. Agua fría es lo que hay.

—No sé si quiero lo de hoy.

—¿Eh?

Me miró. Más bien trató de clavar la vista en mí. En sus ojos vi desolación, amor, confusión y hasta un grito de ayuda. Bueno, o quise imaginarme todo eso. Porque unos ojos, al fin y al cabo, no son más que unos ojos.

—No sé si quiero que nos den el proyecto.

Tragué saliva. Bajé el grifo de la ducha para no darle en la cara.

—¿Pero por qué dices eso? ¿Por qué no vas a querer que os lo den?

—Por ti.

Toma ya. Dos palabras directas a mi corazón como un misil. Dos palabras nada más y qué efectivas. Por ti. No quería que le dieran el proyecto: por mí. Pero rechacé de plano esas dos palabras y todo lo que implicaban.

—Ah, no, a mí ahora no me haces responsable de esto también. De eso nada. Lo que me faltaba a mí. No, no —dije, renegando de cualquier implicación, cualquier responsabilidad. Aunque la verdad es que quería que siguiera hablando, que se siguiera explicando.

—Si nos lo dan y me quedo, ¿qué va a pasar entre nosotros? —preguntó.

Ay, ay... ay... No, no, no sigas por ahí. No sigas por ahí que me derrito. Que ya bastante confuso es todo. Que soy una mujer abandonada, que soy capaz de lanzarme a tus brazos por ternura, o por despecho, o por deseo, o por ese pasado que nos unió o para tomarme la revancha de que me dejaras en China. ¿De verdad no ves lo confuso

que es todo? Que ya no sé a quién quiero, que ya no sé qué estoy sintiendo. Así que no. No, no y no.

—Levanta.

Roberto trató de levantarse, pero apenas se podía sostener. Lo ayudé de manera bastante torpe. Y empapándome al entrar en contacto con él. Y otra vez tenía su cara a un centímetro de la mía.

—Hola, Sara.

—El pedo que llevas. Y lo mal que nos viene.

Lo dije para distanciarme de él, del torbellino que estaba sintiendo. Lo dije para romper ese momento, porque me estaba dejando llevar y no quería. Me estaba dejando atrapar en su hola, Sara, en su encanto, porque mira que podía ser encantador cuando quería. Y yo estaba muy frágil, yo era un vidrio a punto de quebrarse, y necesitaba obrar con cabeza. Yo lo había hecho muy bien en la piscina de mis padres. Había hecho lo que tenía que hacer. Pero, claro, si la vida me seguía poniendo pruebas como esta, de ex encantadores en calzoncillos que me decían cosas como las que me decía, no sabía cómo iba a acabar. Porque yo era buena persona, pero no sé si tanto.

—¿Qué va a pasar entre nosotros? —preguntó.

Traté de mostrarme firme, contundente. Para alejar cualquier duda y cualquier tentación.

—Pues nada. No va a pasar nada.

—¿Y qué voy a hacer con Lu y con Martiño?

—¡Y yo qué sé!

—Porque yo después de lo que hemos sentido, de lo que hemos vivido, en la piscina de tus padres y...

Mierda. Mierda. Mierda. No sigas por ahí. Por favor. No sigas por ahí porque acabo contigo en la ducha, aprovechándome de tu borrachera, de tu confusión, de la mía, quitándote el calzoncillo, devorándote, comiéndote todo lo que haya que comerte y... No, Sara, no.

En ese momento unas voces me alertaron.

—¡Roberto! ¡Roberto!

—¿Estás aquí?

Eran mi hermana y el gallego entrando en la habitación. Me sentí tan culpable de lo que estaba sintiendo, de lo que estaba ocurriendo, aunque no hubiera ocurrido nada, que en un impulso y sin pensarlo ni un instante me acerqué corriendo a la puerta del baño y la cerré con el pestillo.

—Mierda... mierda... mierda.

—¿Qué pasa?

Bajé mucho la voz.

—Mi hermana y el gallego. No nos pueden ver así. —Roberto me miraba sin entender—. ¿No te das cuenta? No quiero que me vean contigo aquí desnudo en la

ducha, y yo toda mojada.

—¿Por qué?

Pero no tenía tiempo para explicarle cómo de mal me sentía, cómo de culpable, y que para mí era casi como si estuvieran a punto de pillarme follando con él. Mi hermana llamó a la puerta.

—¡Roberto! —Oí cómo se dirigía a Martiño—: Tiene que estar ahí, la puerta está cerrada con pestillo. ¡Roberto, abre!

Yo miré a Roberto buscando una idea genial para que no me encontraran. O... a ver, Sara, piensa. ¿Qué pasa si les abres y les explicas lo que ha pasado? Lo van a entender, ¿no? ¿Sí? ¿Seguro? ¿Y esta cara de culpabilidad quién me la quita? Y que no había manera de explicar nada de eso. Que no. Porque seguro que mi hermana me acababa culpando de haber provocado el semicoma etílico de Roberto, de haberle puesto la cabeza hecha un lío, de... no sé. Temía que me achacara todos los males. Y es que a lo mejor no le faltaba razón. Porque si no de qué estaba yo sintiendo lo que estaba sintiendo, ¿eh? ¿Y de qué ahora esa culpabilidad que me llevaba a querer huir, a querer evaporarme? Y ya bastante enfadada estaba mi hermana conmigo, bastante terremotos había causado yo como para que también me hiciera responsable del fracaso con Roberto y del hundimiento del proyecto de mi padre.

—¡Roberto! ¿Estás ahí? —insistió mi hermana desde el otro lado de la puerta.

Roberto asintió a la pregunta de Lu. Claro que estaba ahí parecía decir. Yo le miré con terror. No. No. No.

—No vas a abrir —le ordené.

—¿No?

—No.

¿Dónde me podía esconder? No había armarios, no había ningún lugar... Hasta que vi la ventana y el andamio. Y se me encendió la bombilla. Era una locura, era un disparate, pero... ¿Y si salía y aguardaba allí hasta que mi hermana, Roberto y el gallego se fueran? No iban a sospechar que estaba ahí. No había manera de que lo hicieran. Era una idea desesperada, sobre todo porque yo tengo mucho vértigo, pero sería cuestión de minutos y estábamos en un quinto, que tampoco era un vigésimo. Venga, tú puedes, Sara. A lo loco.

—Roberto, escúchame bien. Yo no he estado aquí. Por lo que más quieras no le digas a mi hermana que he estado aquí.

—¿No?

—¡No!

Me armé de valor, abrí la ventana del todo, colgué una pierna, cerré los ojos y palpé con el pie hasta tocar el hierro del andamio. Una vez apoyado el pie, saqué el otro. Sentí cosquillas en el estómago, pero no de las buenas. Abrí los ojos y miré hacia dentro del baño. Tenía que controlar mi pánico. Yo podía hacerlo.

—Cierra la ventana y vete a abrir la puerta. Y recuerda...

—No estabas aquí.

Eso. Di unos pasos con mucha prudencia por el andamio. Me temblaban las piernas. Estaba aterrorizada. Quería alejarme a una distancia prudencial, pero sin perder de vista la ventana. El truco, pensé, es no mirar abajo. No mirar abajo y no pensar que estaba apoyada en una pieza de metal que se mueve y cruje. Tú como si estuvieras en el salón de tu casa. Noté el frío de abril en la cara. Hacía un poco de viento, pero decidí que mientras no fuera a más todo iría bien. Miré hacia la ventana y vi que seguía abierta. A Roberto se le había olvidado cerrarla. Y ahí me invadieron todos los temores, si no era capaz de cumplir una orden tan sencilla como cerrar una ventana, ¿qué soltaría por su boca a nada que le interrogaran?

Decidí no alejarme más para ver si escuchaba parte de la conversación. Preparándome para lo que fuera. Agucé el oído.

—Roberto, ¿dónde estabas? ¿Estás bien? —preguntó mi hermana.

—Claro.

—Uh, lleva un pedo fino —dijo el gallego.

—No, no...

—¿Te has metido en la ducha en calzoncillos?

—Es que me daba vergüenza.

—¿Vergüenza? ¿Vergüenza de qué?

—De nadie. Aquí no hay nadie —soltó Roberto—. Solo yo.

Mierda. Mierda. Mierda. Este es tonto. Qué cagada. Sin darme cuenta miré un momento hacia abajo, hacia la calle, ay, qué alto. Me llevé tal impresión que me tuve que agarrar muy fuerte a uno de los tubos del andamio. El viento empezó a soplar con un poco de fuerza. No, no, no. Tragué saliva. Sabía que no tenía que volver a mirar hacia abajo, sabía que no tenía que hacerlo, pero los que sufrimos vértigo somos básicamente gilipollas y hay algo dentro de nosotros que nos llama a hacer lo que más tememos, o sea mirar hacia el vacío. Así que volví de nuevo la vista a la calle. Sentí cómo me mareaba. Iba a desfallecer. El pánico se apoderó de mí. Ya no controlaba mi mandíbula, que se movía por su cuenta. ¿Pero qué hacía ahí en ese andamio? ¿Cómo había llegado a hacer algo así? Que eres madre, Sara, que tienes un hijo precioso, y hasta hace unos días un novio maravilloso, que no has sabido valorar, que no has sabido querer, y por andar haciendo el imbécil, por dejarte enredar en inseguridades de mierda y tratar de escapar de tu vida, ahora estás aquí, colgada. Gilipollas, que eres muy gilipollas. ¿Por qué? ¿Se puede ser más absurda? ¿Se puede ser más tonta? ¿Por qué no estoy en mi casa con mi hijo y con Aarón? Bueno, lo de Aarón ya tiene poco arreglo. Él ya no me quiere. ¿Y cómo iba a querer a una tía que se cuelga de su ex, que se cuelga de un andamio? Que he dejado a mi hijo en una guardería para estar haciendo equilibrios agarrada a un hierro en un quinto piso. ¿Quién me va a querer? Solo un tonto borracho como Roberto, que para huir de mi hermana y su gallego se entretiene conmigo.

—Roberto, ¿qué está pasando? ¿Había alguien contigo? —preguntó Lu.

—No...

Están a punto de descubrirte, Sara. Reacciona. Tienes que moverte, por si acaso el tontolaba señala a la ventana o se va de la lengua. No me podían ver allí. Porque ahora sí que la cosa sería inexplicable. ¿Cómo iba a justificar que estaba colgada en un andamio? ¿Qué trataba de ocultar? Maldije mi idea absurda de salir por la ventana, porque no podía ser más idea de bombero torero. ¿Cómo se me había ocurrido? Ahora veía con total claridad que habría podido dotar de cierta normalidad el hecho de estar con Roberto en el baño: estaba borracho y le estaba ayudando a ducharse para que se le pasara la borrachera. ¿Qué había de malo en eso? Pero si me encontraban encaramada al andamio estaba perdida, condenada. Era como el culpable que huye de la escena del crimen, no habría abogado defensor que pudiera exculparme.

—Roberto, ¿qué está pasando? —insistió Lu.

Hice de tripas corazón y empecé a avanzar para alejarme. Muy lentamente. Las escaleras para bajar al piso inferior no estaban lejos. ¿Sería capaz de hacerlo? Tenía que ser capaz, tenía que poder. Porque si lograba ir hasta las escaleras, ya no me verían y podría seguir bajando. Poco a poco fui avanzando. Con mucho temor, dominando mi vértigo, llegué a la escalera. Ahora se trataba de bajar. Tú puedes, Sara, tú puedes. Primero una pierna y luego otra. Y ahora sí, por lo que más quieras, no mires abajo. Las piernas me temblaban, todo el cuerpo me temblaba, pero conseguí bajar dos tramos. Hasta que otro golpe de viento me alarmó. Me sujeté fuerte a la escalera. El viento rugió y movió levemente el andamio. No. No. No. Casi me muero del susto.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién eres?

Mi hermana se había asomado a la ventana. Y debía de estar viendo parte de mi cuerpo, por suerte las escaleras y la base del andamio ocultaban parte de mi cabeza.

—¡Tú! ¡Te estoy viendo! ¿Quién eres? ¡Sube aquí!

Yo impertérrita. Yo sin moverme. Yo como una estatua de sal. Básicamente porque no quería que me descubriera y porque el vértigo me tenía amarrada al andamio. No hay nada peor para alguien con vértigo que una nueva variable aparezca cuando estás tratando de controlar tu miedo. Cualquier cosa, una voz, una ráfaga de viento, algo que te roza, todo es susceptible de provocarte un ataque de pánico.

—¡No! ¡No! —gritó mi hermana—. ¡No puede ser! Sara, ¿eres tú? —Mierda. Mierda. Mierda. Me había descubierto. Tenía que seguir bajando, tenía que desaparecer, pero el viento soplaba y soplaba y yo era incapaz de moverme—. ¡Sara Escribano! Sube aquí ahora mismo. —Y yo muda—. ¡Sara! ¡Sara! ¡Deja de hacer el ridículo y sube!

—¡Que no puedo! —grité por fin.

—¿Y por qué no vas a poder?

—Porque tengo vértigo y no me puedo mover.

—¿Y si tienes vértigo por qué te cuelgas de un andamio?

—No... no lo sé —admití.

—Venga, deja de hacer el imbécil y sube.

Pero no podía, de verdad que no podía moverme. Estaba aterrada. Mis músculos, mis articulaciones no respondían. No podía ni mover un dedo de mis manos, que se aferraban como lapas a los hierros. Sentí que ya no me pertenecían, que no las podía gobernar.

—No me hagas bajar a por ti.

—O puedo bajar yo —dijo el gallego, que se había asomado a la ventana.

—No, no, que nadie se mueva —rogué—. Por favor, que nadie se acerque, que me da algo. Por favor...

—¡Sara! ¡¡Guapa!! —gritó Roberto, asomándose a la ventana y con una felicidad y una tontería que deseé que se estampara contra la calzada.

—Ya hablaré yo contigo. Ya —grité amenazante.

—¡Sube!

—¡No puedo! ¿Cuántas veces lo voy a tener que repetir? ¡No puedo!

Silencio. Viento. Miedo. Que digan algo, por Dios. Que no me dejen aquí a la deriva.

—¡Tengo una idea! —exclamó el gallego de pronto.

—¿Qué? —pregunté, aferrándome a la esperanza de que fuera una idea genial.

—¿Te canto? ¿Te cantamos? —sugirió el gallego.

Pues no era genial. Era una mierda de idea.

—¿Esa es tu idea? —le reproché desesperada—. ¿Y para qué me ibais a cantar?

—La música relaja. Y seguro que si cantas con nosotros te olvidas de la altura que hay y puedes moverte. Con los animales funciona, con los niños funciona, y se ha comprobado que en situaciones de estrés también funciona. Y esto es una situación de estrés, ¿verdad, Sara?

—Estresada estoy. Y muerta de miedo —admití.

—¿Qué canción te gusta y te sabes?

—No... no me voy a poner a cantar.

—La otra idea es llamar a los bomberos —dijo el gallego.

—¡O a la policía y que la encierren! —gritó mi hermana.

—Venga, dime una canción que te guste. ¿Qué canción le gusta a tu hermana?

—Alguna que hable de traición y de locura le iría como anillo al dedo —aseguró—. Una ranchera.

—Uh... mejor dime una por el título.

—No voy a cantar —insistí.

—¿Te gusta Melendi?

—¿De verdad? ¿De verdad me lo estás preguntando en serio? ¿Desde cuándo canta rancheras Melendi? Bertín Osborne canta rancheras, Rocío Dúrcal canta rancheras, hasta Luz Casal puede cantar rancheras. ¡Pero Melendi no! ¿No se escucha música en Galicia, o qué?

—Ya está, ya lo tengo, es *perfeto*: una de Aarón, claro —concluyó como si se le

hubiera ocurrido la mejor idea del mundo.

—Canta una de Aarón y me tiro. ¡Me tiro!

—Vale, vale. Tranquila. ¿Qué cantamos?

—Ay, no sé, cualquier cosa. No vamos a estar aquí una hora decidiendo — protestó mi hermana.

El gallego miró a Roberto.

—Tú la conoces más. ¿Qué le gusta a tu ex?

Roberto dudó un momento.

—¿Sabina?

—*Perfeto*. Una de Sabina —me gritó—. De Sabina te sabes, ¿no? Todos nos sabemos canciones de Sabina. Ya la tengo. «Quizás porque mi niñez sigue...».

—¡Esa es de Serrat, imbécil! —puntalicé.

—Tú si eso ponte quisquillosa y faltona con mi novio —gruñó Lu.

—¿Entonces la canto o no la canto?

—Canta, canta, que es bien bonita —dijo Roberto—. Y yo también me la sé.

Martiño se puso a cantar *Mediterráneo* y había que reconocer que no entonaba mal. Aunque no estaba yo como para ser jurado de *La Voz* en esos momentos. A mí cualquier cosa me venía bien. Menos Melendi. Menos Aarón.

—«Quizás porque mi niñez / sigue jugando en tu playa / y escondido tras las cañas...». —Como yo no me animaba, dejó de cantar e insistió—: Canta, Sara. Venga, ya verás.

—Que no.

Porque yo no quería cantar. Yo no quería hacer nada. Yo quería que viniera un helicóptero y me rescatara, o los bomberos, o Aarón. Sí, eso, si viniera Aarón... Ay, si viniera Aarón en él confiaría. A Aarón le dejaría que bajara a por mí, me dejaría envolver en sus brazos y seguro que me decía palabras al oído para que me calmara. Porque Aarón se había tirado a los lobos por mí en el zoo, por eso sé que podría rescatarme ahora. ¿Y si les pedía que lo llamaran?

—¡Que cantes y te muevas! —ordenó mi hermana a grito pelado.

Sus gritos me activaron y me rescataron de mis deseos de princesita necesitada de rescate. Decidí obedecer a mi hermana. Decidí moverme. Yo podía hacerlo. Y podía hacerlo sola, sin que viniera Aarón a rescatarme. Podía hacerlo sola porque era como estaba ahora. Sola. Y mejor acostumbrarme. Tenía que confiar en mí y en lo que la vida me ofrecía. Y la vida ahora mismo me estaba ofreciendo una canción de Serrat. Lo tomaba o lo dejaba. Decidí tomarlo. Porque yo era fuerte, porque yo necesitaba creer en mí, y necesitaba creer que me crecía ante las adversidades. Canta, Sara, canta. Cuando la vida venga torcida, tú canta. Cuando la vida te llene de mierda, pero también te ofrezca a Serrat, tú canta. Y me puse a cantar. Primero con cierto pudor, pero poco a poco comencé a soltarme. Y en más de un sentido. Mis manos se empezaron a desentumecer. Milagro.

—«Duerme mi primer amor, / llevo tu luz y tu olor...».

Estaba funcionando. Estaba caminando. Un pasito pequeño, luego otro y luego otro más. Cada vez cantaba con más brío para darme fuerzas. Roberto, Lu y Martiño también cantaban. Roberto era el que más ganas le ponía.

—«A tus atardeceres rojos / se acostumbraron mis ojos, / como el recodo al camino. / Soy cantor, soy embustero, / me gusta el juego y el vino, / tengo alma de marinero».

Y con los compases míticos de *Mediterráneo* llegué a la ventana. Entre los tres me cogieron y me metieron en el baño. Pisé suelo firme, o sea, la alfombrilla antideslizante de la bañera. Estaba a salvo.

—«Nací en el Mediterráneo. / Nací en el Mediterráneo» —cantó Roberto a todo pulmón.

—Ya, Roberto, ya está —dijo mi hermana.

—Es que ahora viene lo mejor —protestó.

—¡Que te calles!

Roberto se calló. Lu hizo un gesto que no supe cómo interpretar, pero que claramente iba dirigido a mí.

—¿Y ahora me vas a explicar por qué rayos te estabas escapando de nosotros?

—Espera, déjame disfrutar de la sensación de estar a salvo.

—Y una mierda. Contesta.

—A ver... Va a sonar raro... pero...

No sabía ni por dónde empezar. Porque por mucho que dijera, por mucho que inventara, aquello rezumaba culpabilidad por los cuatro costados.

—La verdad es que no sé ni qué decir, Lu.

—Pues ya te hago yo un resumen. Lo emborrachas, lo secuestras dos días y, cuando estamos a punto de pillarte, te escabulles por la ventana. Precioso.

—No, a ver... que yo no he secuestrado a nadie... Si yo me lo he encontrado hace un ratito así, o sea, borracho, y solo quería que se le pasara la borrachera... por eso lo metí en la ducha.

—Y luego decidiste tomar el aire saliéndote un ratito al andamio.

—No. Roberto, dile que yo te acababa de encontrar ya así.

—Yo no me acuerdo mucho.

Quise asesinarlo, pero me contuve. Tenía que conseguir sonar creíble dentro de todo este despropósito.

—Por favor, Roberto, dile que hace dos días que no te veo, que la última vez que te vi fue en...

—En la piscina de tus padres... los dos desnudos... —dijo Roberto.

¿Pero para qué cojones decía eso? Quería matarlo, quería asesinarlo, quería... Y mi hermana también quería hacer todo eso pero conmigo.

—Ah, qué bonito, precioso —clamó mi hermana—. O sea que mamá tenía razón. Era Roberto el que estuvo contigo en la piscina. Genial. Maravilloso.

—¿Mamá se fue de la boca?

—Pues claro. ¿Y qué hacíais en la piscina? ¿Follar como conejos?

—¡Claro que no! ¡Si no pasó nada!

—Como ahora, y por eso te escabulles por el andamio.

A Roberto le dio por reír. ¿Pero qué coño le pasaba? Pensé en gritarle, pensé en darle un puñetazo, pero me contuve y decidí utilizar otra estrategia. O sea, suplicar.

—Roberto, por favor, diles que no pasó nada en esa piscina. Ni después, ni ahora.

—Lo tuyo es muy fuerte. Muy fuerte —sentenció mi hermana—. ¿No tenías suficiente con joderme el trabajo, también has ido a tiro fijo a joder lo nuestro con Roberto? Y de paso joderle el proyecto a papá, porque este no está como para hacer ninguna presentación. Eres un arma de destrucción masiva. Eres Godzilla, eres...

—Que no, Lu, de verdad que no.

—Si por eso es mejor que yo me vaya, que desaparezca... —balbuceó Roberto—. Todo son problemas... todo son líos y yo no... yo no...

—¿Pero qué le has hecho al pobre? —preguntó mi hermana, que no entendía el estado de estupor y de confusión en el que se encontraba el hombre.

—¡Que no le he hecho nada! ¡Que yo no tengo la culpa de que esté así, joder! ¡No soy yo la que me he metido en la cama con él y con otro!

—¡Y bien que estaba con nosotros hasta que tú la fastidiaste! ¡Con nosotros era feliz! ¡Y tú le estás volviendo loco! Que lo emborrachas, lo secuestras, lo perviertes... ¿Cómo quieres que esté el pobre si eres peor que la kriptonita?

—¿Pero cómo me puedes decir eso? Si yo solo estoy tratando de arreglar todo lo que ha pasado.

—¿Tú? ¿Cómo? ¿Matándolo con alcohol? ¿Y luego matándote tú en el andamio?

—Bueno, vamos a calmarnos —terció Martiño—. Que con lo bonita que nos había quedado la canción, aquí todos cantando como una familia.

—Eso, *Mediterráneo*. Mucho *Mediterráneo*. —Roberto se apoyó en la pared y miró hacia abajo—. Cómo se mueve el suelo. Qué mareo. Qué frío. Una toalla. Quiero una toalla.

El gallego cogió una toalla y lo envolvió con ella, ayudándole a salir de la bañera. Roberto le miró con ternura, tal vez hasta con deseo.

—Hola, Martiño. Un besito.

Roberto besó al gallego en los labios, dándole un pico. Yo los miré sin entender ya nada y mi hermana debió de malinterpretar mi gesto.

—¿Qué? ¿No soportas que se besen?

—¿Eh? Que no es eso. Estás imposible, Lu. Y ya empiezo a estar harta.

—¿Tú? ¿Eres tú la que está harta? La que se cuelga del andamio ahora se pone digna y está harta.

Cansada de enfrentarme a ella y sabiendo que la cosa tenía muy poco arreglo, salí del cuarto de baño.

—A las cuatro tiene que estar en el ayuntamiento —le dije—. Queda bajo tu responsabilidad.

Y me fui sin esperar a su respuesta. Allá ellos. Allá se las compusieran. Allá supieran cómo arreglar todo eso. Porque yo había decidido que ya no era cosa mía. De eso nada. Si hace dos años me había tenido que ir hasta China, persiguiendo a Roberto, para descubrir que estaba enamorada de Aarón, ahora había necesitado colgarme de un quinto, para volver a darme cuenta de que era por Aarón por quien suspiraba. Sí. Era Aarón quien quería que me rescatara. ¿Significaba eso que seguía enamorada de él? Supongo, pero era difícil de afirmar. Porque yo no estaba atravesando un momento de mucho equilibrio, ni físico, colgada en un andamio, ni mental, colgada del pasado y con miedo al futuro. Pero siempre lo podía tomar como una señal esperanzadora, en un momento de pánico, seguía necesitando a Aarón. Lástima que él estuviera ya a otra cosa. Lástima que hubiera cortado conmigo, pero, bueno, eso mejor no pensarlo. En cualquier caso, no se había muerto en mi corazón. ¿Cómo era esa expresión de las llamas, los rescoldos y no sé qué más? Que donde hubo llamas, quedan... No, a lo mejor aún había llamas. Bueno, no sé. Al menos seguía ahí mi necesidad de abrazarlo, de que me abrazara, de que me rescatara de mí misma y de mi gilipollez. ¿Eso era amor? Tal vez no fuera el momento de preguntarse semejante cosa.

Bajé las escaleras. Y ya en el portal decidí llamar al vikingo por teléfono.

—Eric, Roberto ha aparecido. Está en el piso que alquiló. ¿Sabes cuál es?

—Uff... aleluya. Sí.

—Aunque no está atravesando su mejor momento.

—¿Qué no atraviesa? —preguntó sin entender la expresión.

—Que está borracho como una cuba. —Por si acaso tampoco me entendía, especifiqué—. Muy borracho, vamos.

—¿Roberto? *Right now*?

—Sí. No sé si podrá servirte de algo esta tarde.

—Voy ya. Gracias, Sara.

—Mejor no me las des. Y escuches lo que escuches de un andamio, tú ni caso.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Mi padre esa noche me contó que la presentación en el ayuntamiento no había ido muy allá. Roberto había llegado tarde, estaba raro, no acababa de hilar bien las ideas, se hacía un lío, se embarullaba. Eric había intentado salir un par de veces al rescate, pero había entorpecido más las explicaciones, debido a su escaso dominio del español, que trataba de paliar con un entusiasmo desmedido. Mi padre había tratado de poner un poco de orden y cordura, pero la cosa no había cuajado. Al salir de la presentación, supieron que no había nada que hacer. Dos horas después le llamaron para confirmar que el proyecto lo había conseguido otro estudio. Solo habían quedado tres en la pugna, los tres más votados por los electores, y el estudio de mi padre siempre lo había tenido difícil, porque su diseño era sin duda el más arriesgado, aunque también el más estimulante, pero por eso se lo jugaban todo en la presentación, tenían que convencer a la comisión creada por el ayuntamiento de que sus bancos eran viables, sostenibles, que la gente acabaría adorándolos y adoptándolos, ya no solo como un objeto de descanso, sino como un símbolo de la ciudad.

No fue así, no lo consiguieron.

Mi padre estaba roto. No lo disimuló en ningún momento. De hecho, lo vi al borde del llanto. Y fue mi madre la que me explicó la verdadera situación económica por la que atravesaba el estudio. Los proyectos de China no estaban cuajando, había dos prometedores, pero de difícil concreción y necesitaban como agua de mayo ganar el concurso de los bancos de Madrid para poder mantener a flote la empresa. Mi madre eso sí lo contaba pletórica. Algo que no acababa de entender.

—Tu padre está a punto de entrar en concurso de acreedores. Se ha ido entrapando, apostándolo todo a este proyecto y... bueno, no ha salido. Qué le vamos a hacer.

—¿Y tú por qué estás así? —pregunté a mi madre—. ¿Te has tomado un ansiolítico o algo?

—¿Y por qué me iba a tomar un ansiolítico?

—No sé, papá destrozado y tú feliz.

—Solo son cosas, solo son bienes materiales —explicó mi madre.

Miré a mi padre buscando algún tipo de respuesta.

—¿Y mamá desde cuándo se ha vuelto *hippy*? Que ahora no le importan las cosas materiales.

—No sé —reconoció Arturo—. Pero mejor que esté positiva. Además, aún hay

una posibilidad de que no vayamos a concurso de acreedores.

Mi madre entonces se mostró firme, aunque sin perder la alegría y el desenfado.

—Arturo, no. No lo hagas. Sé que es duro plantearte el cierre del estudio, pero no serás la primera empresa que quiebra. Ya montarás otra. O no. Ya has demostrado en la vida todo lo que tenías que demostrar.

Yo seguía atónita ante la actitud de mi madre. Que estaban hablando de acabar con la empresa de papá.

—No voy a dejar a mis empleados en la calle. Lo siento, pero no voy a pasar por eso otra vez.

—Arturo, pero piensa que es la casa de tu madre.

Ahí se encendieron todas mis alarmas. ¿De qué estaban hablando? ¿Por qué mencionaban mi casa de Malasaña?

—¿Qué pasa con la casa de la abuela?

—Tu padre está pensando en venderla. Desde hace tiempo hay un comprador interesado.

—Con ese dinero podría salvar el estudio de arquitectura.

—Papá... tú me dijiste... Yo siempre pensé que esa casa iba a ser para mí.

—Lo sé, cariño. Lo sé. —Vio la derrota en mi cara y se apiadó de mí—. Pero si tú me dices que no la venda, no la vendo. Y si tengo que cerrar el estudio, pues lo cierro.

—No, no —admití. No podía ser tan egoísta—. ¿Y esta? ¿La de Aravaca?

—¿Prefieres que perdamos nuestra casa? —preguntó mi madre. Pero sin mostrar ni un ápice de preocupación. ¿Qué rayos le pasaba?

—No, claro... no sé...

—Tampoco podríamos sacar mucho. Está hipotecada. Tiene dos hipotecas encima —dijo mi madre. Y sonrió como nunca—. Me lo ha contado tu padre hace un rato.

—¿Y estás tan entera? —me extrañé. Yo sí que ya no entendía nada.

—No le cuentes a la niña nuestros problemas.

—¿De verdad que tenéis dos hipotecas sobre la casa?

Mi padre asintió. Estaba derrotado, lo vi mayor, como a un ancianito. A mí se me llenaron los ojos de lágrimas. Todo esto lo había provocado yo. Mi hermana tenía razón, era peor que Godzilla, peor que la kriptonita, lo destrozaba todo a mi paso, a mi contacto.

—Lo siento mucho, papá. Lo siento mucho.

—¿Tú? ¿Por qué, corazón? Si tú no tienes la culpa de nada.

—Yo tengo la culpa de todo, de todo. Si yo te contara. Y bueno, si no te lo cuento yo, ya te lo contará Lu. Yo soy la culpable de la borrachera de Roberto, de que estuviera hecho un lío, de...

—Venga, venga, que no todo gira en torno a ti —aseguró mi madre en un tono festivo que a mí ya me estaba sacando de mis casillas—. Ya saldremos de esta, como siempre.

—¿Pero qué te pasa, mamá?

—Que no hay que olvidar que la vida es maravillosa. Y que cuando una puerta se cierra otra se abre. Y que no hay mal que cien años dure, ni que por bien no venga.

—No sé, se ha debido de indigestar con un libro de Paulo Coelho o con el refranero español.

Yo estaba intrigadísima. ¿Le gustaba vernos sufrir? ¿Le producía placer que su marido se arruinara y que yo lo hubiera echado todo a perder?

—Lo único que siento es si al final tengo que recurrir a la casa de la abuela. Porque sé que tú querías volver. Y ahora encima que estás sola y Sanchinarro no es lugar para que una chica esté sola.

Y al decir esas palabras mi padre se echó a llorar. Y yo contagiada de su pena, también lloré.

—Eso es verdad —dije entre berridos—. No es lugar para la soledad. Pero no te preocupes, ya buscaré algo por el centro. Tu véndela, de verdad, véndela.

Y venga más llanto.

Mi madre nos miraba impertérrita y yo diría que hasta feliz. La cara operada ayudaba, claro, se le había quedado ese gesto perenne. ¿Le habrían jodido los lacrimales? ¿Se habría quedado sin la posibilidad de llorar por culpa de la operación de cirugía y por eso no se atrevía a preocuparse, para no desentonar, para que su cara no dijera una cosa y su actitud otra?

—Hija, ya sabemos a quién sales en lo llorón, a tu padre. Venga, se acabó. Solo son objetos, solo son casas, empresas... Ya está bien de llorar por lo material.

—Mira, me encanta que te tomes las cosas bien, pero que te pongas tan zen y que te regodees tampoco me parece muy normal —estallé.

—Alguien tendrá que poner un poco de cordura en todo esto.

La del burka poniendo cordura, vivir para ver.

—Es que lo tuyo no es cordura, mamá. Que estás feliz de nuestra ruina.

—¡Que no! ¿Cómo voy a estar feliz por eso?

—¿Entonces? —pregunté yo.

—¿Entonces? —respondió mi padre, que también empezaba a estar mosca.

—¿Pero no te das cuenta? —respondió mi madre, dirigiéndose a mí—. Que a tu padre era esto lo que le preocupaba, lo que le tenía estresado, lo que le reconcomía...

Yo no acababa de seguir su razonamiento.

—¿Y?

—Que ha querido ocultarme cómo estaban nuestras finanzas, cómo estaba la empresa, y que eso era lo que le tenía en un sinvivir. Que no era que hubiera dejado de quererme o de desearme, que no se le levantaba por el peso que tenía encima, no porque yo fuera abuela.

—Ah... —dije yo.

—¿A que sí, Arturo?

—Pero si yo ya te dije desde el principio que te quería, que me gustabas como siempre, más que nunca incluso.

—Pero yo no te creí. Y ahora, ahora que todo ha explotado, me doy cuenta de que es verdad. —Feliz, pletórica, se echó a sus brazos—. Ay, Arturo, qué feliz me has hecho.

—Pero, Berta, estamos arruinados.

—En la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza. ¿Y no tenemos cuatro manos, salud, cabeza, experiencia, inteligencia? ¿Y no tenemos una familia maravillosa y no nos tenemos el uno al otro? ¿Qué clase de ruina es esa?

—Ya... visto así...

—Ruina sería perderte o que me perdieras. Ruina sería que nuestras hijas estuvieran mal.

—A ver, yo muy bien no estoy —dije—. Sin ánimo de querer fastidiarte el argumento.

—Hija, pero lo estarás. Lo estarás. Tú eres una superviviente, una campeona, una todoterreno, tú te hundes y luego resurges como el ave fénix. Siempre lo has hecho. Siempre lo harás.

Me sorprendió el arrebató de mi madre, haciendo de mí ese perfil. ¿Así es como me veía?

—¿Lo dices de verdad o porque estás eufórica perdida?

—Lo digo porque creo en ti. Lo digo porque tu padre cree en ti. Y tu hermana.

—A mi hermana mejor no la menciones.

—Bueno, todos creemos en ti. Hasta tú misma crees en ti, solo que a veces se te olvida.

—¿Sí? No sé...

—Se te olvida, se te olvida —aseguró mi padre.

—Ya, pero es que todo me ha salido al revés. Y os he arrastrado a todos a mi paso. Roberto se emborrachó por mi culpa, porque le hice un lío en la cabeza... Y no sé si les habré fastidiado su historia poliamorosa.

—Qué va. Tú no te preocupes y que vivan tus líos, hija. ¿No ves que gracias al concurso fallido ha salido a la luz toda la verdad? ¿No ves lo maravilloso que es? Que tu padre me quiere. —Mi madre volvió a abrazar y a besar a mi padre—. Ay, Arturo... —suspiró mi madre.

—¿Qué pasa?

—¿Ves? Que una vez que te has liberado de la opresión, que una vez que has compartido tus problemas conmigo, ahí abajo hay algo que se está animando.

Y señaló su entrepierna.

—Berta, que está la niña delante.

—Pues que la niña se vaya, que esto hay que aprovecharlo.

—¿De verdad me vais a echar? El otro día bien que querías que me quedara.

—Hija, si es por tu bien, para que no tengas que escuchar nuestros gemidos, que sé que te incomodan. Lo recatada que has salido. Y yo no sé a quién.

—Me voy, me voy.

Me dirigí a la entrada, pero antes de salir me di la vuelta para mirarlos.

—Y que me alegro mucho por vosotros. Aunque tengamos que perder la casa de la abuela.

—Gracias —contestó mi madre—. Y, Sara, no te preocupes de nada. ¿No ves como al final todo se arregla?

Salí de casa de mis padres infundida en un extraño optimismo. ¿Y si tenían razón y si no había mal que por bien no viniera? ¿Y si de lo más oscuro, de la mayor cagada, podían salir cosas bonitas? Y bien pensado, lo bueno de tocar fondo —y yo lo había tocado pero a lo grande— es que ya solo quedaba subir. Y si mi madre creía en mí, y si mi padre creía en mí, y si yo creía en mí, solo que se me olvidaba a veces, ¿no era el momento de recordarlo? Y es más, si mi padre había recuperado el deseo por mi madre, ¿no podría yo recuperarlo por Aarón, no podría él recuperarlo por mí? No nos unían treinta y cuatro años de matrimonio como a mis padres, pero nos unían un año largo maravilloso, un hijo guapísimo y un amor de instituto. ¿Acaso lo nuestro no podría reconducirse? ¿No nos merecíamos una oportunidad de las buenas? ¿No nos merecíamos intentarlo sin tirar la toalla a la primera de cambio? Vale, yo sentía mucho resquemor hacia él por ese maldito concierto, y él sentía hacia mí seguramente de todo, y nada bueno, pero ¿y lo que habíamos compartido y lo que nos habíamos querido? ¿De verdad se había esfumado?

Cargada de esa energía positiva decidí coger el toro por los cuernos y llamarlo. Bueno, la verdad es que decidí dejar esa llamada para el final. Mejor empezar a construir mi nueva vida por la base, por los cimientos. Mejor empezar por los demás. Por todos los que habían sido víctimas de mi fuego amigo.

Decidí comenzar por mi hermana. Pero después de varios intentos y de un par de mensajes, no di con ella y el gallego tampoco. Probé entonces con Roberto. Pero no me cogió el teléfono. Tampoco tuve suerte. Reconozco que mi positivismo empezó a decaer. Claramente me estaban mandando una señal: no molestes, aléjate de nosotros, olvídate. Iba a llamar al vikingo, pero con miedo también a que no me cogiera y harta de otro rechazo telefónico, decidí acercarme hasta el estudio de arquitectura. Seguro que estaba allí.

Fue entrar y encontrarme un ambiente catastrófico, posbélico. ¿Pero qué me esperaba? Al fin y al cabo, estaban intuyendo el desahucio y el concurso de acreedores. Busqué a Eric y lo encontré en su mesa de trabajo, con los cascos puestos. Le saludé, pero debido a los cascos no me oyó, así que me puse delante de él. Por fin me vio y se quitó los auriculares.

—Sara... *Hi*.

De los cascos salió una música épica, como de banda sonora de película de catástrofes. Así debía de estar su ánimo. No era para menos.

—¡Eric! Lo siento. *I'm sorry. It's my fault*. Es culpa mía.

—*What is your fault?*

—Todo. Que todo haya salido mal. Si no me hubiera metido en la vida de Roberto, en la de mi hermana, en la del gallego.

—¿De qué estás hablando?

—Roberto se hizo un lío con todo, por mi culpa. ¿Has podido hablar con él? ¿No te ha contado? ¿Está por aquí?

—No. *He's living.*

—¿Se va? ¿A dónde se va?

—No estoy seguro. ¿Hong Kong? ¿París?

—¿No estás seguro o no me lo quieres decir?

El vikingo calló.

—¿Pero se va hoy? ¿O cuándo se va? ¿Lo pillaré en el piso? ¿O ya está en el aeropuerto?

—Sara, *let him go.*

Las palabras de Eric hicieron mella en mí. Déjalo ir. Eso me pedía.

—Pero... ¿cómo lo voy a dejar ir así? Si a mí me da igual, si yo no quiero nada con él, de verdad, pero si lo dejo ir así, mi hermana... mi hermana no me lo va a perdonar nunca.

Yo no quería nada con Roberto. Lo había visto clarísimo colgada del andamio. Desde su llegada me había confundido, lo había deseado, me había muerto de celos, o de no sé qué, pero no era más que eso. Ahora lo sabía. Y por eso quería dejárselo claro a mi hermana, y a todos. Ella y el gallego tenían vía libre, que yo no me iba a meter en su vida, que la vivieran como quisieran. Si querían estar los tres juntos, que lo hicieran, yo no iba a interferir. Yo me iba a dedicar a mi hijo, a buscar trabajo en lo que fuera y nada más. Yo lo único que quería a partir de ahora era mantener un perfil bajo para no provocar ningún daño colateral más. Y demostrarles a todos que se podía confiar en mí. Que, a pesar de todos los pesares, yo había recuperado la cordura.

—Eric, tengo que arreglarlo.

—Sara, no hay nada que arreglar. *You worry too much.*

Pero cómo no me iba a preocupar. Pero cómo no iba a intentar arreglarlo. Aunque, si lo pensaba un poco, tal vez el vikingo tuviera razón. ¿No quería mantener un perfil bajo desde ahora? ¿No quería tratar de no provocar más daño? ¿Por qué no empezaba ya a estarme quieta? Si Roberto se iba, que se fuera, si mi hermana no me perdonaba nunca, que no me perdonara.

No. No podía abandonar sin plantar cara, sin luchar. Tenía que hablar con él, tenía que verlo antes de que se fuera. Así que me fui directa al piso de alquiler. Me abrió la puerta uno de los alemanes.

—Oh, tú. Andamio, haha.

—Sí, la misma. ¿Sabes si está Roberto?

—Mmm...

Ante esa respuesta incierta entré al piso y fui a su habitación. Pero ni rastro de él o de sus maletas. Mierda. ¿Qué hacía? ¿Me plantaba en el aeropuerto? ¿De verdad pensaba encontrármelo? Además, podía haber ido a la estación de tren para ir a ver a sus padres. O a saber dónde. Déjalo estar, Sara. Va a tener razón el vikingo, me preocupo demasiado. Y tal vez todo el lío con Roberto, el gallego y mi hermana se arregle solo. O no dependa de mí. Mejor, déjalo estar, dejarlo ir. *Let him go*.

Salí de allí con cierta sensación de derrota, porque ya me había imaginado la conversación con Roberto en la que le aseguraba que yo no quería nada con él, y él me intentaba convencer de lo contrario, y yo le decía que no, que se quedara con mi hermana, que era la mejor, y además se llevaba de premio un gallego de gran retranca y tranca. Y mientras trataba de convencerlo tenía la suerte de que esa conversación era escuchada por mi hermana, que acababa de llegar, y entonces me perdonaba, por mi generosidad, por mi empeño en arreglar las cosas. Y todos felices. Y yo luego iba a por Aarón y llevaba a los tres para que le hablaran de lo maravillosa que había sido volviéndolos a juntar y que ya no había rencores entre nosotros, porque yo había madurado y tenía muy claro que era a él a quien quería. Igual que mis padres se querían entre ellos.

Pero no. No había salido así. Adiós a la fantasía de final feliz, donde se premia la generosidad de la protagonista del cuento que ha salvado a un lobo atrapado en un cepo y luego la manada la rescata cuando está en peligro mortal para devolverle el favor. Vamos, un *karmazo* en toda regla. Pero no. Volví a llamar a mi hermana. Sin suerte. Al gallego, y tampoco. Asúmelo, Sara, no va a ser fácil que te perdonen. Asúmelo.

Como no se había cumplido esa parte de mi plan, el de la reconciliación, se me pasaron las fuerzas para llamar a Aarón. ¿Qué le iba a ofrecer? ¿Disculpas? ¿Promesas de enmienda? «Ya verás, Aarón, como ahora entre nosotros todo sale bien por arte de magia y porque mis padres se quieren y si ellos se quieren, ¿cómo no nos vamos a querer nosotros? Y aunque tú me detestes y yo no sepa lo que siento, porque sé que te quiero, pero no sé si te deseo, todo va a salir bien». ¿Tenía algún tipo de sentido, de credibilidad? Así que decidí dejarlo para otro día. Toda mi actitud positiva se había desinflado.

En los días siguientes mi ánimo no mejoró. Las noches no ayudaban. Me sentía tan sola en ese piso, en esa cama tan grande. Esa cama que habíamos comprado enorme para nuestras noches de pasión, nuestros desayunos eternos... Ja. Me imaginaba el resto de mi vida así, perdida en un barrio de la periferia, lejos de la casa de mi abuela, porque sería demolida por algún consorcio especulador para levantar allí un edificio de pisos impersonales, a los que mi sueldo inexistente, o pobretón, conseguido después de mil horas de trabajo a la semana, no podría optar. Y en mi soledad pensaba que no tendría ni fuerzas, ni tiempo para educar bien a mi hijo, que crecería

odiándome. Las noches eran así, me ponían muy tremenda. Más de una vez me desperté empapada en sudor después de unas pesadillas apocalípticas en las que nada estaba bien. Esas noches cogía el teléfono con ganas de llamar a Aarón, pero me contenía. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué le iba a proponer? ¿Utilizaba la excusa de que el niño estaba malo, de que tenía que acompañarme al hospital? Además, de qué iba a servir hacer algo así si esa semana estaba en Londres, grabando con la banda parte de su siguiente álbum. No iba a obligarlo a venir cuando el niño ni siquiera estaba enfermo. No podía ser tan patética. Eso sí, en noches como aquella hasta casi entendía a las madres con síndrome de Munchausen, esas que enfermaban a sus hijos a propósito para ser el centro de atención. Por supuesto, jamás provocaría el más mínimo daño a Guillermo, pero una mentirijilla piadosa, fingir que tenía unas décimas de fiebre, para que Aarón se acercara hasta Sanchinarro... Nunca lo hice. Siempre acababa amaneciendo y con el sol mis miedos más tremendos, mis fantasías más fúnebres daban paso a la cordura.

Mi hermana seguía sin dar señales de vida. ¿Tanto me detestaba? Era tan impropio de Lu guardarme ese rencor. Volví a tratar de ponerme en contacto con ella. La llamé, le dejé mensajes por todos los medios, por todas las vías. Pero nada. No quería saber nada de mí. Hasta mi madre me pidió que tuviera paciencia, que no la agobiara.

—¿Qué ha pasado con Roberto?

—Hija, olvídete ya de Roberto, qué obsesión.

—¡No! O sea, ¡sí!, si me he olvidado. Si yo lo que quiero es que se arreglen o lo que sea. Pero que sepa que tiene el camino libre. Que a mí me parece todo bien. De verdad. ¿Se lo dirás?

—Yo es que ya no sé si meterme. Que estáis las dos de un irascible. Y a mi cara le viene fatal.

—Por favor.

Se ve que se lo dijo y Lu le contestó que yo estaba a un paso del acoso y que si seguía así hasta se planteaba ponerme una denuncia para conseguir una orden de alejamiento. La muy exagerada. Encima de que yo quería arreglar las cosas, encima de que yo no había querido tener nada con Roberto cuando él sí quería, encima de todo eso, ella empeñada en no hacer las paces conmigo. ¿Pero quién se había creído que era? Me di cuenta de que su actitud me estaba llenando de rencor y ese no era el mejor camino para una reconciliación. Tú, zen, Sara. Zen. Porque era yo la que tenía que darle espacio y dejarla a su aire para que supurara todo el odio que sentía hacia mí.

Resolví centrarme en mi hijo, en buscar trabajo y un piso que pudiera pagar. Pero los que me podía permitir eran espantosos. Madrid es una ciudad ingrata si tienes poco dinero para gastar en un alquiler.

La búsqueda de trabajo aún era más desalentadora que lo del piso. Había corrido como la pólvora que la película se había caído y que yo había sido la única

responsable. Así que antes de que mi carrera en el mundo del cine y de la publicidad empezara, yo ya había sido declarada *persona non grata*. Se ve que Mario se estaba empleando a fondo para hablar mal de mí. ¿Cómo culparlo?

Roma me había llamado para preguntarme cómo estaba. Para darme ánimos, asegurándome que todo esto se olvidaría, que por supuesto que mi carrera no estaba quemada antes de empezar. Qué maja. Cómo agradecía sus palabras. Ella había tenido unos comienzos igual de abruptos y eso no le había impedido convertirse en la gran Roma. Pero por mucho que intentara animarme, por mucho que me hiciera reír con sus excentricidades, yo no conseguía levantar cabeza. Le pregunté si habría sitio para mí en su taller. De lo que fuera, como becaria incluso.

—*Cara mia*, ¿cómo voy a poner de becaria a una mujer de tu talento?

—Pues ponme a tu lado.

—Uh... no. Ahora mismo eres veneno.

—¿Pero no decías que no se acordaría nadie?

—Dale tiempo.

Tiempo. ¿Cuánto duraba ese tiempo del que me hablaba Roma para que todos se olvidaran de que había hundido una película? ¿Cuánto duraba el tiempo para que mi hermana me perdonara? ¿Cuánto para que entre Aarón y yo al menos pudiera haber una relación cordial y no tuviéramos que enviarnos al niño por intermediarios?

Pasaban los días y me di cuenta de que la ausencia de mi hermana cada vez se hacía más grande, más pesada. Hasta entonces no había imaginado lo importante y fundamental que era en mi vida. Pero ahora la idea de perderla se hacía insostenible. No sé si se debía a lo frágil que me sentía y a lo hundida que estaba. No sé si el piso de Sanchinarro tenía mucho que ver. O los mensajes horribles que de vez en cuando me dejaba Mario, borracho, culpándome de haberle destrozado la vida. O que Aarón se pasara a ver al niño cuando yo no estaba en casa, porque por ahora no quería ni cruzarse conmigo. Y yo seguía sin encontrar la manera de aproximarme a él, de encontrar las palabras mágicas, ese abracadabra que abriera su corazón y el mío. Pero el caso es que lo que más me pesaba era la ausencia de mi hermana.

—No soporto estar sin Lu —le dije a Inma mientras me hacía la cera.

—*Sin Lu*. Suena a nombre de protagonista chino —replicó ella.

—¿Eso es todo lo que tienes que aportar? ¡Ay! —grité al sentirme despellejada.

—Sois hermanas, os arreglaréis.

—Será porque no hay hermanos que no se han reconciliado en la vida. Vamos, está la historia de la humanidad llena de ellos. Hasta en la Biblia.

—¿Te has leído la Biblia? Qué poco te pega.

—No hace falta leérsela para saber de Caín y Abel.

—¿Y tú quién eres, Caín o Abel?

—¿Pero qué tonterías dices?

—No es ninguna tontería. Me gustaría saber qué papel crees que tienes en todo esto. ¿Eres la hermana buena o la mala?

Pensé la respuesta. No quería caer en el victimismo, pero tampoco quería ser injusta con ella. Opté por la opción salomónica, ya que estábamos con la Biblia.

—Las dos somos para darnos de comer aparte. Aunque mi hermana ya se está pasando de castaño oscuro. ¿De verdad no va a perdonarme? ¿Pero quién se ha creído?

—Uh... A lo mejor tampoco es tan malo que paséis una temporada solas. Yo aún veo mucho rencor por las dos partes.

—¿Has hablado con ella?

—No, estoy hablando contigo. Y si tú, que eres la que quiere reconciliarse, todavía tienes ese rencor, imagínate ella, que es la que se siente agraviada. A lo mejor no es malo que estéis un tiempo separadas. Las heridas tienen que curarse. Daos un tiempo.

—¿Y si ese tiempo lo único que provoca es que la cosa se enquistase para siempre? Qué difícil el equilibrio entre dejarlo estar para que cicatrice, o la indiferencia eterna que todo lo enquista.

—Confía en ti y confía en ella, Sara.

—¿Si viene por aquí le dirás que quiero hacer las paces?

—No.

—¿No?

—No, porque ya lo sabe. Ya le has dejado mil mensajes, ya se lo has dicho veinte veces a tus padres, ya lo sabe. Y además, tú aún no quieres hacer las paces. Tú quieres limpiar tu conciencia.

—¡Que no es eso, que la echo muchísimo de menos!

—Bueno, pues échala más. Y que ella también te eche de menos mucho más. Y luego saldrá solo.

—A lo Rajoy: no hacer nada para que las cosas salgan.

—Y mira qué bien le ha ido.

—¿Y de Roberto sabes algo?

—¿Y yo por qué voy a saber algo de Roberto? ¿Y para qué quieres saber tú algo de Roberto?

—Para nada, para nada. Solo quiero que esté bien y que vuelva con mi hermana y el gallego y...

—Sara, si tiene que pasar, pasará. Y a lo mejor Roberto de alguna manera te utilizó, te necesitaba a ti, que tú te metieras en medio, para poder salir corriendo del lío ese con tu hermana y el gallego.

—¿Tú crees?

—Si ya le cuesta mantener una relación con una, si acabó huyendo a París y a China para no tener que lidiar contigo, ¿crees que estaba preparado para lidiar con dos? ¿Con tu hermana? Si tú a su lado eres Bambi. ¿Tú sabes el tipo de tío que hay que ser para estar a la par con tu hermana? ¿Con tu hermana y un modelo guapísimo? Eso iba a estallar antes o después. Como mucho fuiste el catalizador.

—¿Tú crees? —repetí.

Se lo preguntaba para confirmarlo. Porque yo también sentía algo parecido, yo también había barruntado esa conclusión.

—Pues claro, tonta. ¿Si no por qué volvió a sentir algo por ti, a hacerse un lío?

—Oye, ¿qué pasa? ¿Que yo no le podía haber gustado de nuevo?

—Sí, no me interpretes mal. Pero tienes que reconocer que le viniste de maravilla. Que con tus líos, con tus miedos, tus inseguridades, tu confusión, tu echarte en sus brazos, fuiste el cebo perfecto para él. Os juntasteis el hambre con las ganas de comer. Él necesitaba una salida y tú se la diste.

Inma tiró con fuerza de una de las tiras de cera, dejándome en carne viva.

—¡Cuidado, bruta!

—Hala, ya tienes las piernas listas para el combate. ¿Vas a ver a Aarón?

—¿Crees que me he hecho la cera por él?

—¿No? —preguntó con una sonrisa en los labios.

—Por supuesto que no.

Esa tarde Aarón traía al niño al piso de Sanchinarro. Había pasado los dos últimos días con él. Y me había llamado para preguntarme si iba a estar en casa. Quería verme, porque había cosas sobre intendencia, sobre horarios, sobre la manera de repartirnos al niño, de las que teníamos que hablar. Y por eso, como sabía que la charla nada tenía que ver con una posible reconciliación, no me había depilado para él, de verdad que no, pero tampoco quería tener las piernas llenas de pelos por si la conversación nos llevaba a otro sitio. No es que esperara nada, no es que deseara nada. No sé ni qué deseaba. Porque en esos días había fantaseado con nuestra reconciliación, pero nunca había fantaseado sexualmente con él. Ni con él ni con nadie. Mi libido estaba *missing*, pero a pesar de eso me había depilado las piernas. Esa era yo.

Llegó puntual. Como siempre. Me había reído muchas veces de su puntualidad, menudo rockero llegando puntual a los sitios. ¿Me había reído últimamente demasiado de él? Porque yo creía que lo hacía en plan cariñoso, bueno, la verdad es que con todo lo referente al niño el tono cariñoso se había ido agriando hasta el cinismo. ¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo no lo paré a tiempo? Dispuesta a enmendarme, lo primero que dije fue:

—Cómo me gusta que seas puntual.

—Siempre lo soy, ¿no?

—Sí, y me gusta mucho. —Silencio. Silencio incómodo. La cosa no empezaba

bien—. ¿Qué tal se ha portado? —pregunté.

—Es un santo.

—Seguro que no me ha echado nada de menos. —Lo cogí en brazos—. ¿Has echado de menos a mamá? ¿Sí? ¿La has echado de menos?

Guille extendió los brazos hacia su padre. Tuve que admitir la evidencia.

—Le caes tú mejor. Y eso que no tienes tetas. —Le pasé el niño—. ¿Sabes que el vídeo de mi teta fuera ya lleva como dos millones de visionados? ¿No hay manera de quitarlo?

—Estoy en ello.

—¿Sí? Bueno, si te viene bien, y es a costa de una teta, pues tampoco pasa nada.

—No digas tonterías.

—Lo digo porque tiene mucho más éxito que los otros. O sea, no quiero decir que tenga más éxito porque se lo merezca y que los otros vídeos no, solo digo que...

—Ya, ya. Tranquila. —Aarón metió a Guille en el parquecito—. Quédate ahí un rato, que tengo que hablar con tu madre.

Aarón le cogió un par de juguetes y se los puso en la mano.

—¿Qué tal por Londres?

—Muy bien. Aún queda mucho, pero lo que va saliendo nos gusta.

Me hubiera gustado preguntarle si iba a incluir la canción del concierto, la de nuestra ruptura, pero me contuve. No era el momento.

—He escuchado tus canciones, las nanas —dije, quería dejar claro que me preocupaba por sus cosas—. No sabía que tenías tantas. Son muy bonitas.

—Gracias. Oye, ¿hablamos de cómo nos vamos a organizar con el niño? Es que no tengo mucho tiempo.

—Claro.

Yo estaba dispuesta a concederle todo lo que quisiera, que viniera a por él las veces que le apeteciera, que podía quedárselo los fines de semana o incluso entre semana si él podía, que no necesitábamos ser rígidos, que podíamos improvisar, que los dos teníamos unas profesiones que no estaban sujetas a horarios, sobre todo la mía ahora mismo porque era bastante inexistente, así que no teníamos por qué marcar un calendario férreo.

—Somos adultos, queremos a nuestro hijo, podremos organizarnos sin problema —dije.

—Ya, aun así preferiría establecer una rutina y si luego por algún motivo nos la saltamos, bien, no pasa nada, pero tenerla. ¿Una semana cada uno?

—¿Tanto? —pregunté alarmada.

—¿Tanto qué?

—El niño no puede estar una semana sin verme. —Rápidamente corregí—: Y sin verte.

—¿Qué propones?

—Que él esté conmigo, sobre todo porque yo ahora estoy sin trabajo y tengo todo

el tiempo del mundo para él, además de dos tetas que aún necesita, y que tú te lo lleves un par de días a la semana. Y, por supuesto, si quieres venir a verlo más veces, vienes, sin problemas.

—Es que preferiría no tener que depender tanto de ti.

Le miré sin acabar de entenderle y sintiendo un pinchazo de ansiedad.

—Es mejor que no nos veamos tanto. Sobre todo al principio, ¿no crees?

Se me congeló el corazón al escucharlo. Y de manera inconsciente toqué una de mis piernas depiladas. Seré estúpida.

—No sé, pues hacemos como quieras.

Estaba haciendo esfuerzos para que no se me escapara la pena que sentía. Porque la verdad era que me estaba muriendo de tristeza.

—¿Te vas a quedar en este piso hasta que vuelvas a Malasaña? —preguntó de manera neutra.

—No, no, estoy buscando. A la casa de mi abuela no voy a poder volver, mi padre va a tener que venderla.

—¿Y eso?

No sabía si contarle o no todo lo que había pasado. Pero total, ya peor no me iba a sentir.

—Al parecer, necesitaban conseguir el concurso del ayuntamiento para reflotar el estudio. Y no lo han conseguido. Por mi culpa.

—¿Por tu culpa?

—Dependían de Roberto y Roberto apareció borracho y hecho un desastre y... bueno, salió todo mal. Se ha vuelto a China, creo.

—¿Y por qué es culpa tuya?

—Roberto estaba hecho un lío con lo de mi hermana y el gallego, y... se confundió conmigo y yo lo rechacé. Porque de verdad que nunca quise nada con él. De verdad. Y la consecuencia, por absurda que sea, es que pierdo la casa de la abuela para que mi padre pueda invertir el dinero de la venta y no cierre el estudio.

—Lo siento. Oye, por supuesto te puedes quedar en este piso el tiempo que quieras. Yo lo pago. Pero como sé que no te gusta mucho, por eso te pregunté.

—Gracias, pero no hace falta.

—Y debemos hablar de la manutención de Guille. Estoy bien de pelas, así que por eso no te preocupes. Y aunque estuviera mal, claro, siempre me voy a hacer cargo.

—Lo sé, lo daba por hecho. No hay ni que hablarlo.

—¿Cuánto crees que debo pasarte al mes?

Mi corazón se iba encogiendo por momentos.

—No hablemos ahora de eso, por favor. Que me muero de la pena.

—Sara, cuanto antes nos lo quitemos de encima, mejor.

—Por favor...

Yo estaba al borde del llanto. Así que habíamos llegado a esto. Hablando de manutención y de dinero.

—Bueno, mándame un mensaje de texto o un *mail* con la cantidad que creas conveniente y listo. Y, por supuesto, todos los gastos extras, colegios, médicos, etc., corren de mi cuenta.

—Yo también voy a aportar dinero —dije, tratando de hacerme valer.

—Lo sé. Pero mientras no tengas trabajo a mí no me importa pagar más. Es lo suyo.

Silencio. Ya poco más quedaba que hablar. Al menos de orden práctico. Aunque, por supuesto, yo no quería que se fuera. O no tan pronto, y no sin hablar de lo importante, de nosotros.

—¿Y tú? ¿Dónde vas a vivir? —pregunté.

—Estoy buscando algo con dos habitaciones. Una para mí y otra para Guille.

Me los imaginé en un piso minúsculo a los dos. Y luego me imaginé a mí y a Guille en otro piso minúsculo. A eso se reducía nuestra historia de amor. A dos pisos minúsculos separados.

—Así que está pasando de verdad.

—¿El qué? —preguntó.

—Esto.

Él encogió los hombros. No tenía mucho más que decir, al parecer.

—Aarón, ¿y no podemos...? No sé, hablarlo o no tomar ya tantas decisiones. Tenemos un hijo. ¿No podemos intentar arreglarnos? ¿Por nuestro hijo? Para que no crezca en dos hogares distintos, para que no sea otro niño más de padres separados. Tenemos una responsabilidad, ¿no? Si estuviéramos solos, vale, pero ahora lo tenemos a él.

—Sara, llevas acusándome de que desde que nació solo me he comportado como un padre, sin ojos para nada más, y que a ti solo te he visto como a una madre. Y decías, con razón, que los dos éramos mucho más que eso, ¿y ahora tú utilizas ese argumento, el de que somos padres y solo padres, para que volvamos juntos?

Tocada y hundida.

—Eh... sí, no sé... No quería decirlo así.

—El niño estará bien si nosotros estamos bien. Y tú ya dejaste claro que juntos no lo estábamos.

—No, yo no dejé claro eso.

—Sara, ¿quieres acostarte conmigo? ¿Quieres que vayamos a la cama y estemos tres días sin salir de ella?

—Eh...

¿Por qué no contesté que sí? Tal vez porque no me esperaba esa pregunta. O yo qué sé.

—No quieres —sentenció—. Y yo tampoco. No le demos más vueltas.

Estupefacta, traté de reaccionar.

—¿O sea que una relación de pareja se reduce a eso? Si no nos apetece estar tres días follando en la cama, se acabó.

—¡No! Claro que no. Si lleváramos veinte años casados, seguro que no. Pero no llevamos juntos ni dos y ya no me deseas. Y eso tampoco sería tan grave, aun siéndolo, pero es que desde hace un tiempo solo te caigo mal.

—No... No. Eso no es verdad.

—Sara, sí. Ya lo he asumido. Y está todo bien. Esas cosas pasan. Ya está. Tienes toda una vida por delante y yo también. No hagamos más drama, que ya bastantes dramas hay en la vida.

Tenía tanto que decir, pero no me salían las palabras. Se agolpaban sin orden ni concierto en mi cabeza. Todas pugnando por salir, pero no había manera.

—Me tengo que ir. ¿Te parece si la semana que viene me lo llevo jueves y viernes?

—Claro...

—Vale. Y mándame un mensaje con la cantidad que quieres que te pase. Y para cualquier cosa que tenga que ver con el niño tengamos una vía abierta, ¿te parece?

Aarón se despidió de Guille cogiéndolo y abrazándolo y a mí no me dio ni un beso en la mejilla.

Cuando salió por la puerta, yo sentí el frío del invierno, aunque fuera primavera e hiciera casi veinte grados. Traté de luchar contra la pena que sentía, pero fue inútil y me dejé llevar. Me abandoné. El llanto hizo presa de mí. Y como una tonta, para infligirme más daño, repasé una y otra vez la conversación que acababa de tener. ¿Por qué no había reaccionado cuando me propuso tres días de sexo en la cama? ¿Por qué no había dicho que sí, vamos, tengo las piernas depiladas, y además he adelgazado sin pretenderlo tres kilos? Vamos a follar como locos, como en una porno, vamos a comernos, a devorarnos, batamos el récord de orgasmos. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Por qué no me había lanzado a sus brazos? Tal vez porque no le faltaba razón. No sabía si lo deseaba. No tenía una respuesta. Pero que no lo deseara no quería decir que no le quisiera, ¿no? ¿Porque si no de qué este dolor que me invadía, que me tenía sumida en esta pena y en este llanto perpetuo? No podía ser que este dolor solo fuera producto del orgullo herido de haber sido dejada y de haber fracasado como pareja, ¿no? ¿O solo era eso lo que me dolía?

¿Por qué no sabía lo que estaba sintiendo? ¿Por qué era tan complicado todo? ¿En qué momento me creí que por estar con Aarón, por tener un hijo con él, ya todo iba a estar resuelto, ya iba a estar el camino trazado y mi vida hecha?

—Caminante no hay camino, se hace camino al andar.

—Inma, ahora no.

—Esa deberíais haber cantado cuando estabas en el andamio. También es de Serrat y mucho más adecuada para tu momento vital.

—Inma, cállate y sal de mi cabeza. Ahora no estoy de humor.

—Me voy ya, solo te repito los versos de Machado que musicalizó Serrat: «Caminante, no hay camino, / se hace camino al andar. Golpe a golpe, / verso a verso».

—Conozco la canción, sí. Los de *OT* la cantaban mucho.

—Te creíste que ya estaba todo hecho, que ya lo tenías todo, que tu vida estaba trazada. Y no, nunca hay un camino.

—Que sí, que lo pillo.

—Pues espabila. Y ya sabes, verso a verso, golpe a golpe, paso a paso. Ya veremos el camino que surge.

—Qué fácil es de decir... Qué fácil.

—«Cuando el jilguero no puede cantar, / cuando el poeta es un peregrino, / cuando de nada nos sirve rezar, / caminante, no hay camino, / se hace camino al andar» —cantó Inma en mi cabeza.

—«Caminante, no hay camino, / se hace camino al andar» —repetí yo, cantando en voz alta—. Lo que me faltaba, que ahora que no está Aarón me vengas tú con más canciones.

—A veces se necesitan.

—Adiós, Inma.

Me quedé tarareándola media tarde. Y cuando no la tarareaba, el llanto hacía presa de mí de nuevo. Así que trataba de volver a la canción, que siempre es mejor cantar que llorar. Y aunque no creía en el poder curativo de la música, aunque no creía que fuera la solución ni la clave para resolver mi caos vital, siempre era mejor no asustar a Guille con tanto lloro y poner el Spoty a todo trapo. Serrat, Sabina, hasta Melendi, si hacía falta.

Esa noche llamé por teléfono a mi amiga Inma para contarle lo que había pasado y para preguntarle si le gustaba Serrat.

—¿A mí? ¿Serrat? Eso a mis padres. Yo soy más de Leiva.

—Pues esta tarde me cantaste una entera.

—La de cosas que vives conmigo sin estar yo presente. Empiezo a sentir envidia de esa Inma imaginaria. ¿Y te ayudó que te la cantara?

—Sigo hecha polvo. Y no sé cómo voy a levantar cabeza. Ahora mismo todo se me hace un mundo.

—¿Voy con una tarrina de helado de chocolate?

—No, que ya que me he quitado tres kilos de encima, no los quiero volver a pillar.

—Tienes razón. Ahora que vuelves a ser una mujer soltera en un mercado competitivo, mejor delgada.

LA TRAICIÓN

Las canciones son canciones. Alivian, entretienen, acompañan, a veces incluso sirven para que alguien se te declare o rompa contigo, pero como recetas de vida, como instrucciones de uso, tampoco son muy efectivas. Y aunque el caminante de Serrat cantado por mi Inma imaginaria me hubiera aliviado hacía unas noches, la verdad es que no había sacado mucho más en claro. No se sale del pozo negro solo con canciones. Y yo estaba bien metida en el pozo. Hundida bajo el peso de todos mis problemas. Y ahora el que tenía más urgencia en resolver era el laboral. Porque por más que llamaba a puertas, por más que buscaba, no había manera de encontrar nada. Mario había hecho bien su trabajo. Estaba tan desesperada, tan hundida que hasta se me había pasado por la cabeza olvidarme del todo de mis plumas, mis diseños y buscar otro tipo de fuente de ingresos. ¿Y si me pensaba lo de estudiar unas oposiciones? Tenía mi carrera de química. Podía sacarle algo de partido, ¿no? Me moría de pena solo de pensar en ponerme a estudiar, pero a lo mejor había llegado la hora de afrontar la vida con responsabilidad y madurez. Ahora no estaba sola, ahora tenía un niño. Los sueños habían servido hasta cierto momento, pero tal vez era el momento de dejarlos de lado, como tanta gente hacía, y madurar. Además, yo siempre había creído que los sueños estaban bien hasta que te impedían vivir, hasta que de tanto anhelarlos sin éxito te hacían un inútil para la vida. Como esos chavales aspirantes a cantantes o a actores, cegados por perseguir su sueño pero con nulo talento, dispuestos a hipotecar su vida por algo que no va a pasar, ¿no había nadie sensato que les aconsejara que abandonaran, que pusieran el foco en otro lado? Odiaba la cultura del persigue tu sueño, como si solo así se alcanzara la plenitud, como si no fuera generalmente el camino para la miseria, para la frustración, para la desesperación.

Y como yo no quería ser como esos adolescentes cantantes, como yo no quería vivir amargada y encallada en una vida que no podía ser, lo mejor que podía hacer era admitir cuanto antes mi derrota y seguir hacia delante. Y si se me cerraban las puertas de las plumas, del cine, de la publicidad, de todo lo que tuviera que ver con el diseño, pues a labrarme otro camino. Y si era como profesora, pues como profesora.

Pero una cosa era decirlo, convencerse de que era lo más sensato, y otra empezar a obrar en consecuencia. Fui a la casa de Aravaca a desempolvar mis apuntes de química, y hasta mi madre, que siempre había sido una fiel defensora de esa idea, al verme con esa cara avinagrada y triste, trató de reconvenirme.

—Hija, que a lo mejor lo de las oposiciones no es la única opción.

—Si tú siempre me animabas.

—Ya... ya... Pero con el niño tampoco vas a estar muy centrada para estudiar, ¿no? Y digo yo que en algo tendrás que trabajar, nosotros te ayudaríamos, pero ahora mismo...

—Lo sé, mamá. Pero no te preocupes, ya sacaré horas de donde sea. Ya veré la manera.

—Bueno, tú sabrás lo que tienes que hacer, pero no te precipites.

—¿Sabemos algo de la casa de la abuela?

—Tu padre ya ha llegado a un acuerdo.

—¿La vende entonces?

—No quería, ya lo sabes. Así que puso un precio altísimo, pero altísimo. Y se lo dan. Va a ser verdad lo de la gentrificación del barrio de Malasaña. La gente está muy loca, pagar esas cantidades para vivir entre grafitis, ruido y latas de cerveza. Qué necesidad.

Cargué los apuntes en el minimalero del Fiat 500, puse al niño en el asiento de atrás, en su sillita, y me fui directa a Malasaña. Quería ver la casa por última vez, quería empaparme del espacio, quería recordar cada detalle, cada habitación, quería hacer una fotografía mental y fijarla para siempre dentro de mí.

Había varios obreros trabajando y les pedí que me dejaran sola. Serían unos minutos, los invitaba a una cerveza o a un café en el bar de abajo. Me costó hacerme entender porque los obreros eran rumanos, pero por fin conseguí que me dejaran allí. Ay, el apego que le tenía a esa casa. Lo que iba a significar para mí renunciar a ella. Aquí había montado mi negocio, aquí, en esta cocina, había descubierto que Aarón era el novio con el que se iba a casar mi hermana. Y en este salón me había empezado a gustar de nuevo, y en el baño, cuando creía que él empezaba a sentir algo por mí, lo había descubierto follando con Lu y entonces yo había tomado la decisión de irme a China con Roberto para atajar de raíz lo que estaba sintiendo y para centrarme en la que debía ser mi vida. Y luego había vuelto y me había declarado. En esta habitación había compartido cama con él, y aquí, en el sofá, habíamos concebido a Guillermo... Lo mejor de mi vida lo había vivido entre estas cuatro paredes. Y pronto esta casa sería ocupada por otros y la llenarían con sus propias vivencias, con sus propias historias, con sus amores, sus desamores, sus anhelos, sus esperanzas. Ya no sería mía, ni de mi familia. Ya no sería para Guille.

Los obreros subieron a los veinte minutos. Decidí irme de allí porque era demasiado patético y demasiado absurdo seguir con mi ejercicio nostálgico mientras ellos daban martillazos.

Bajé las escaleras con Guille en brazos y con el ánimo sombrío.

—No sé por qué hago estas cosas, Guille. Si me sientan más mal que bien. Si es que no era el mejor momento para dejarse llevar por la nostalgia. Tu madre es un

poco lerda. Tú en eso no salgas a ella.

Sonó mi móvil. Era David.

—¡Sara! ¿Dónde estás?

—En Velarde, saliendo de la casa de mi abuela.

—¡Bien! Estoy en cinco minutos ahí, espérame.

—¿Para qué?

—Espérame, es importante. Mucho. No te muevas, por favor.

Salí a la calle y decidí esperarlo allí. Me entretuve mirando el escaparate de una tienda de ropa y juguetes para niños que había a unos metros. Tomé nota del nombre, porque pensé que tal vez podría mandarles mi currículum, a lo mejor necesitaban dependienta y yo ahora podía decir que tenía experiencia con bebés. Hasta podría confeccionar trajecitos para ellos, trajecitos de animales, con plumas, sin plumas, con pelo, sin pelo... David apareció en cuatro minutos.

—¡Sara! ¡Sara! ¡Sara!

David estaba muy alterado, pero no podía decir si pletórico o todo lo contrario.

—¿Qué pasa?

—No te lo vas a creer. Sé que tú, precisamente tú, no te lo vas a creer. Pero traigo pruebas. Traigo pruebas para que te lo creas. Para que no te queden más cojones que creértelo. Es tan fuerte. Es tan tremendo. Hasta a mí me lo parece, tremendo, tremendo. Y mira que yo ya barruntaba algo, a mí ya me olía la cosa mal, pero nunca imaginé que llegara tan lejos. Eso no, hay que ser muy... muy... hija de puta, hay que ser muy mala, pero mala de mala de película, hay que ser... vamos, hay que tener un trozo de plomo en lugar de un corazón. Qué falta de escrúpulos, qué falta de profesionalidad, qué falta de compañerismo, qué falta de decencia, qué falta de todo.

—David, ¿me quieres decir ya de una vez de qué hablas?

—Roma.

—¿Roma? ¿En serio? ¿Aún sigues con esas? Ya no hay película, David, a mí qué más me da Roma. Me da igual, me da absolutamente igual. Y tú deberías superarlo.

Sacó su móvil y buscó algo en la pantalla. Me lo mostró. Lo vi. Le miré.

—Muy bien, uno de los trajes de Carlos V, ¿y?

—¿Cómo que «y»? ¿Quién lo lleva puesto?

—Un actor. Ahora no recuerdo el nombre.

—Alejandro Albarracín. Guapísimo, estupendo. ¿Estaba este actor en nuestra película?

—Eh... no.

—¿Está en el musical de la Gran Vía que van a estrenar en nada?

—No sé...

—Está, Sara, está. ¿Y sabes quién lleva el vestuario de esa obra?

Como tardaba en responder, no porque no supusiera quién hacía el vestuario, sino porque no podía asimilar semejante atrocidad, semejante atropello, y menos de mi mentora, de la persona que me había animado, que me había aconsejado, que me

había asegurado que valía para eso, David se impacientó.

—¿Caes del guindo o no?

—Roma supongo.

—La misma. Roma. La hija de puta de Roma. ¿Cómo te quedas? Y hay más. Mucho más. He entrado en el Instagram de la productora de la obra. Mira.

Me fue señalando varios trajes. Todos los que había ido echando de menos las últimas semanas. Muchos eran los que Roma me había animado a descartar y otros eran los que directamente habían desaparecido los últimos días. Y yo echándole la culpa a mi despiste, a mi mala cabeza, a que no estaba centrada. Y ella mientras vampirizándose, robándose, aprovechándose de nuestra supuesta amistad y de mi desorientación para llevarse mi trabajo. Era difícil de asimilar, de aceptar. Por más que David lo hubiera sospechado desde el principio y me hubiera ido alertando.

—Pero... no puede ser, ¿no? ¿Me los ha robado?

—Toditos. Es que además ni ha disimulado nada, ni los ha cambiado un poco. Las mismas telas, las mismas plumas, los mismos acabados... Qué hija de la gran puta. Qué hija de la gran puta. ¿Qué hacemos?

—Eh... no sé.

Estaba tan en *shock*, tan tocada, que no sabía cómo responder, cómo reaccionar. Me daban ganas de... no sé ni de qué. Porque aún estaba asimilando lo que suponía ese descubrimiento. Entre otras cosas, que yo no había sido la responsable del fracaso de la película. Bueno, en una pequeña parte sí, pero si los trajes no hubieran desaparecido, si yo no me hubiera culpado, si la italiana no me hubiera hecho luz de gas, tal vez yo, incluso con todo el lío de Aarón y de Roberto y de mi hermana y el gallego, tal vez yo hubiera podido salir adelante, hubiera hecho una presentación decente. Pero al faltarme esos trajes, al culparme por todo, no había sabido reaccionar. La muy bruja me había hundido la moral, me había convertido en un ser inseguro, justo cuando ella jugaba conmigo a lo contrario, a acariciar mi ego. Pero, en realidad, me estaba minando, me estaba torpedeando. Y yo había caído como una imbécil a pesar de las múltiples advertencias de David. Pero qué ciega había estado, pero qué estúpida.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté.

—A mí se me ocurre de todo y nada bueno. Esperarla en una esquina y rajarla, quemar su taller, o el teatro... Porque denunciarla me parece poco, fíjate lo que te digo.

—Y tampoco creo que sirviera de mucho denunciarla, ¿no?

—¿Cómo que no? Esos trajes son tuyos, lo puedes demostrar, tienes todos los bocetos, tienes todas las fotos, lo tienes todo. Vamos ahora mismo a la policía.

Palidecí. No sabía cómo contarle lo que tenía que contarle.

—No.

—Pues si no quieres policía, a por un bidón de gasolina. Yo estoy dispuesto a lo que sea. Seguro que en internet hay instrucciones de cómo fabricar un cóctel molotov.

Y seguro que se me marca bíceps tirando cócteles molotov.

—Digo que no tengo ningún boceto, ni ningún archivo en el ordenador, no tengo nada.

—¿Cómo no vas a tener nada?

—Lo tiré todo.

—Anda ya.

El pobre no se lo creía. No le cabía en la cabeza.

—Todo. Primero lo recogí, pero luego en un arrebato lo tiré todo. Todito. Me sentía tan frustrada, me sentía tan mal, que quise hacer borrón y cuenta nueva, olvidar para siempre la película y toda esa experiencia. No tengo manera de probar que esos trajes son míos.

—¿Pero por qué ibas a tirarlo todo? ¿Por qué ibas a hacer algo así?

—Te lo acabo de explicar. Era demasiado doloroso tenerlos en casa y verlos a diario.

—Pero... Los guardas en cajas, los guardas en un disco duro. No tenías por qué verlos a diario. Qué manía con el borrón y cuenta nueva. ¿De qué sirve? ¿Eh? ¿De qué sirve? Estoy yo de los borrones y cuentas nuevas hasta los mismísimos. Todo el mundo con la puñetera manía de empezar de cero. Pues no se puede empezar de cero. Es imposible, ¡no se puede!

—Ya, bueno, no se me ocurrió otra cosa. Lo siento. No te pongas así.

—Es que me enciendo, me enciendo. El último novio que me dejó, Tomás, ¿recuerdas? El pequeñito. Me lo devolvió todo, todos mis regalos, todo lo que nos unía, porque quería empezar de cero. Pues como empiece de cero lo va a tener bien chungo, porque no tenía nada. Nada. Ni vergüenza tenía. Y tú ahora igual.

—David, yo estaba en esa fase en la que necesitaba deshacerme de todo.

—¿Entonces de verdad que no te queda nada de todo el trabajo hecho? ¿Nada? No puede ser.

—Nada.

—Vale. Bien. A ver, pensemos. Chusa y yo podremos asegurar delante de un juez, delante de la policía que esos trajes son tuyos, los creaste tú. Incluso Mario podrá hacerlo. Él ha visto cómo salían de tu cabeza.

—Con Mario mejor no cuentes.

—Si le contamos todo lo que pasó.

—Que no, que no me va a perdonar.

—Bueno, pues nos tienes a nosotros. Nosotros podemos testificar la verdad.

—Iba a ser nuestra palabra contra la de ella. Y vosotros sois mis amigos.

—Pero...

David estaba indignado y también bloqueado. No se podía creer que no pudiéramos hacer nada para demostrar la autoría. Así que tomé la iniciativa por él. La decisión era drástica, pero tal vez fuera lo único sensato que podíamos hacer. Y a mí me bastaba con haber descubierto la verdad.

—Es igual, David, dejémoslo estar. ¿Qué más da?

—¿Qué más da? ¿Pero cómo que qué más da? ¡Esos trajes son tuyos! ¡Tuyos! No voy a dejar que esa hija de la grandísima puta se apropie de todo tu trabajo. De eso nada.

—Bueno, por lo menos, piensa que me has demostrado que tenías razón, que Roma no era trigo limpio.

—Es que esto va mucho más allá de que sea trigo limpio o no. ¡Esos son tus trajes! ¡Te los ha robado! Me da igual tener razón, o sea, no me da igual, me encanta tener razón, me pone más tener razón que tirarme a un chulo, pero ese no es el caso. Esos son tus trajes, nuestros trajes, está todo tu talento y todo nuestro trabajo ahí, y esa cerda no va a vestir a los actores de su obra con ellos. De ninguna manera.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hacemos si no podemos demostrar que son nuestros? Ella es Roma Perotti, ¿y nosotros quiénes somos? Ella lleva treinta años en la industria haciéndolo todo, ¿y nosotros? Nosotros somos unos recién llegados, unos a los que han despedido de una película que ni siquiera existe.

—Nosotros somos nosotros: los dueños legítimos de todo ese trabajo. Me la suda si no nos creen.

—Pero es que si no nos creen no tenemos nada que hacer. ¿Quieres ir a un litigio con tan poca base? ¿Sabiendo que tenemos todas las de perder? Yo no tengo ni fuerzas, ni ganas, ni ánimo, ni dinero para meterme en algo así.

—Por supuesto que yo tampoco quiero meterme en algo así.

—¿Entonces?

—Ya sé que ningún juez nos iba a dar la razón y que esa perra se encargaría de salirse con la suya y de lincharnos públicamente.

—¿Entonces? —insistí.

—Entonces nada. Vamos a por lo que es nuestro.

—¿Sí? ¿Y cómo piensas conseguirlos? ¿Robándolos?

—Pues claro que no.

—Ah —suspiré—, porque ya te veía capaz.

—¿De robar? Jamás. Lo que vamos a hacer no es robar, lo que vamos a hacer es apropiarnos de lo que es nuestro. Punto.

—No, no, no. No es buena idea.

—No es solo por nosotros. Piensa en toda la gente a la que le habrá hecho lo mismo, ¿cuánto trabajo ajeno habrá robado? No lo hacemos solo por nosotros, lo hacemos por todos ellos. Hay que desenmascararla, hay que hundirla, hay que humillarla.

—David, no te vuelvas loco. No sabemos si ha robado a otros o no.

—Si te demuestro que se la ha jugado a más gente, ¿te vienes al teatro a por lo que es nuestro?

—A ver, David, es que yo prefiero hacerlo de otra manera. Hablar con Roma.

—¿Hablar? ¿Y qué le vas a decir: «Por favor, querida amiga, devuélveme los

trajes, esos que a lo mejor te llevaste por error»?

—Sí. Y quiero entender por qué lo ha hecho, quiero...

—¡Sara! ¿Qué más necesitas para dejar de idolatrarla?

—Si yo ya no la idolatro. Yo ya la odio tanto como tú.

—¿Entonces qué vas a sacar de una charla? ¡Nada!

—Déjame intentarlo.

Me planté en su taller de la calle Ramales. Pero allí no había nadie. Me acerqué al teatro donde hacía el vestuario de la obra. Ese día no ensayaban. La llamé por teléfono y no me cogió. Decidí probar al día siguiente. El taller seguía cerrado. Fui de nuevo al teatro. Y sí, estaban ensayando, pero no me dejaron pasar. Pregunté por Roma, di mi nombre y le pedí al taquillero que la avisara, al rato volvió diciendo que Roma no podía salir, que estaba muy liada, que ya me llamaría. Di las gracias al portero y me fui. Cogí el teléfono, por supuesto me saltó el contestador.

—Roma, llevo dos días tratando de localizarte. Lo voy a intentar un día más. Tenemos que hablar. Si no te pones en contacto conmigo entre hoy y mañana, entenderé lo que significa. Y atente a las consecuencias.

Colgué sin estar muy segura de haber sido lo suficientemente contundente. Tampoco tenía claro qué significaba mi amenaza, pero esperaba que sirviera para que Roma me devolviera la llamada.

Esperé toda la tarde, esperé todo el día siguiente y ni una llamada de Roma. Probé una vez más y nada. Le dejé otro mensaje parecido, donde ampliaba el plazo un par de días, por si acaso no había escuchado el mensaje, por si acaso estaba muy liada. Repetí mi amenaza. Esta vez con más contundencia.

David vino a verme al día siguiente. Estaba eufórico.

—¿Querías pruebas? ¿Por dónde empiezo? ¿Te acuerdas de que Roma presumía todos los días de haber trabajado con Fellini, con Visconti, con Pasolini, vamos, con todos los grandes?

—Sí.

—He hecho una búsqueda intensiva. No trabajó con ninguno. Bueno, en una película de Fellini aparece como ayudante de sastrería.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que se ha inventado todo su pasado italiano?

—Completamente.

—¿Pero ningún productor español lo comprobó?

—Sara, en este país nos fiamos completamente de cualquier tipo de currículum. ¿No te acuerdas de aquel ministro que se había inventado las dos carreras que tenía? ¡Y llegó a ministro!

—Bueno, me da igual, pero aquí en España Roma sí ha hecho las películas que dice.

—Sí. Pero no eres la primera a la que roba, como ya suponía. He conseguido

hablar con dos figurinistas de sus últimas producciones. A los dos les robó trajes e ideas.

—¿En serio? ¿Y qué hacemos?

—Desenmascararla, hundirla, joderle la vida. Eso hacemos.

—No sé... David...

Justo en ese momento recibí una llamada desde un teléfono desconocido. Lo cogí.

—¿Sara Escribano?

—Sí.

—Soy Emiliano Gutiérrez, abogado, represento a la señora Roma Perotti. Solo quiero decirle que sus mensajes amenazantes están debidamente archivados y los usaremos en un tribunal si usted insiste en el acoso.

—¿Qué?

—Una llamada más y nos vemos en el juzgado. Queda advertida. Buenos días.

Colgué sin entender lo que acababa de pasar. ¿De verdad tenía Roma el cuajo de contratar a un abogado? Si era yo la que debía denunciarla. David vio la cara que se me había quedado, aunque no había escuchado la conversación.

—¿Qué pasa?

Y ahí lo decidí. Ahí decidí despertar, salir de mi letargo, ya estaba harta de vivir hundida en un pozo negro. Era la hora de desperezarme, dejar atrás mi depresión, e ir a por lo que era mío. Le iba a demostrar al mundo, a todos, empezando por mí misma, de lo que era capaz. A Sara Escribano no la iba a tumbar nadie. Sara Escribano aún tenía mucha guerra que dar.

—Vamos a por nuestros vestidos. Que le den por culo a Roma Perotti.

—¿Sí? ¡Bien!

Claro que una cosa era tomar la decisión de entrar a robar mis trajes y otra muy distinta conseguirlo. Necesitábamos un plan. Necesitábamos un plan cojonudo para que pudiéramos llevarnos los vestidos y para hacerlo sin que nos descubrieran. Calculamos que habría siete u ocho trajes. Tal vez diez, no estábamos del todo seguros. Diez trajes de época, de telas pesadas, voluminosos, cargaditos de plumas y de pedrería, no se ocultaban debajo de un abrigo. No iba a ser fácil sacarlos de allí. Teníamos que pensarlo bien. Porque lo último que podía pasar es que acabáramos en comisaría detenidos. Se trataba de hundir a Roma, no de terminar nosotros presos.

—En dos semanas es el estreno de la obra —dijo David—. Así que planeamos todo lo que quieras, pero sin dormirnos en los laureles.

Teníamos que familiarizarnos con el espacio del teatro. Conocer el *backstage*, los camerinos, saber dónde tenían el almacén con el atrezzo y en qué lugar guardaban el vestuario. No solo eso, debíamos conocer cuánta gente trabajaba allí, qué tipo de movimiento había, qué horas eran las más transitadas. ¿Y cómo nos colábamos sin ser vistos? ¿Cómo salíamos luego? Planeándolo me acordé de nuestro asalto al zoo,

hacía ya más de dos años. Aquello había salido regular, así que esta vez teníamos que organizarlo mejor. Fue pensar en todo lo que había ocurrido en el zoo y sentir un pinchazo de nostalgia. En el zoo había descubierto que estaba enamorada hasta las trancas de Aarón. O al menos me lo había admitido a mí misma. Aarón se había portado como un héroe, se había tirado a los lobos por mí. Y luego, cuando los vigilantes nos habían pillado y esperábamos en las oficinas el encuentro con uno de los jefazos del zoo, que había resultado ser el amante de mi madre, Aarón me había hablado de su pasado, de su padre muerto, del motivo de su desaparición del instituto. Y ahí constaté que le seguía queriendo, que no le había olvidado. Que mi vida era una ruina porque yo estaba saliendo con Roberto y él se iba a casar con mi hermana.

Ahora yo iba a cometer otro acto criminal, otro asalto, pero ya no tenía de mi lado ni a Aarón, ni a mi hermana, ni al vikingo. Ahora solo estaba David.

—Tú, que estás alelada. ¿Has escuchado lo que te he dicho? —me preguntó David.

—Eh... sí... sí... bueno, si me lo repites, mejor.

—A ver, tenemos dos opciones para conocer el teatro por dentro. Y creo que una es más efectiva que la otra.

—Cuenta.

—Podemos ir a ver la obra que están poniendo y luego tratar de entrar en los camerinos para saludar a los actores. A veces suelen dejar pasar. Lo malo de esto es que veremos una parte del *backstage* pero tampoco demasiado.

—Ya... y la otra.

—Conocer a un bailarín, quedar con él, tirármelo y que me lleve de paseo por el teatro.

—Como si eso fuera tan fácil...

—Tú déjame a mí.

—¿Ese va a ser nuestro plan, que tú te acuestes con un bailarín? ¿Harías ese sacrificio?

Sonrió.

—¿Aunque sea uno feo?

—Nena, yo soy como Mata Hari, y si el trabajo lo exige, yo me tiro a quien sea. Y no hay bailarines feos.

A los dos días, David vino a mi casa. Traía cara de satisfacción. Había hecho los deberes. Había conseguido un plano del teatro, lo había cogido de una puerta de acceso, era el típico plano de salida de incendios. Y también había hecho un vídeo con su móvil de todo su paseo por el interior del *backstage*. En primer plano salía todo el rato el bailarín que le había servido para introducirse en el teatro.

—¿Es mono, a que sí? Y más majo. Estaba feliz de que me interesara tanto por su trabajo. Ahora no deja de llamarme. Mira, ¡aquí! Aquí guardan los trajes. Eso sí, no

hay manera de entrar en este teatro por la noche. Pensé en que tal vez nos podríamos colar durante el día y luego esperar a que cierren.

—Lo mismo que hicimos en el zoo.

—Deja ya de hablar del zoo, que te pones muy cansina.

—Si solo lo he mencionado una vez, ¿no?

—Eso es lo que tú te crees. Y tenías que ver la carita que se te pone cada vez que hablas de Aarón, que tú dirás que ya no le quieres, pero, chica, cualquiera lo diría.

—Al de antes, al de antes lo sigo queriendo. Al que saltaba a los lobos por mí.

—Bueno, la buena noticia es que aquí no hay lobos. La mala es que no hay manera de salir si nos quedamos dentro. Cierran todo con llave.

—¿Y no podemos robar una llave? ¿Tu bailarín no tiene?

—Es bailarín, no el portero.

—¿Entonces?

—Tendremos que robarlos por el día, mientras estén todos dentro.

—¿Qué? ¿Estás loco?

—Hay otro problemilla también.

—A ver...

—Ya empiezan a hacer ensayos con vestuario. Me quedé a ver uno. Y nuestros trajes salen bastante. Así que va a ser más difícil hacerse con ellos.

—Genial —ironicé.

—Pero, bueno, se me ha ocurrido una cosa... Tú ten la mente abierta mientras te la cuento, ¿vale? Nada de alarmarte antes de tiempo ni de llevarte las manos a la cabeza.

—Miedo me das.

—No deberíamos robar solo los trajes.

—¿Qué más quieres robar?

—No, me refiero a que deberíamos hacerlo justo en un día determinado, porque no se trata solo de recuperar lo que es nuestro, se trata de joder, pero mucho, a Roma, ¿no? Se lo merece y se trata de hacer justicia.

—Eh... supongo.

—¿De qué serviría robar los trajes mañana? Si le damos dos semanas antes del estreno, tendrá tiempo para reaccionar y hacer unos nuevos, aunque sean peores.

—¿Entonces cuándo los quieres robar? ¿El día del estreno?

—¿Por qué no?

—Estás loco.

David sonrió triunfal. Y a mí me contagió su sonrisa. Estábamos muy locos, sí.

LA CRUZADA CONTRA ROMA

Decidimos que deberíamos colarnos en alguno de los ensayos generales de los días previos para memorizar bien la obra, para saber en qué momentos saldrían con nuestros vestidos. Gracias al bailarín, David se había enterado de que, dependiendo del momento, los trajes podían estar en sastrería, en el camerino de los actores y actrices, o directamente detrás del escenario cuando el cambio de escena exigía un cambio de vestuario muy rápido. Así que conociendo la obra intuiríamos de una manera más o menos fiable dónde estarían colocados los trajes. Y así haríamos más daño. Si los actores no tenían qué ponerse en el momento justo de salir a escena, la obra acabaría en desastre. El plan era descabellado y bastante terrorista. Porque yo, cuanto más lo pensaba, más dudaba de él. Sobre todo por el daño que íbamos a hacer a la producción, a los actores, a la dirección, cuando ellos no tenían la culpa del latrocinio de Roma.

Según iban pasando los días, le fui explicando mis dudas a David.

—Sabrán reponerse. Tú piensa que los actores, en el peor de los casos, saldrán con el traje que ya llevaban puesto, su trabajo no se resentirá, el de Roma, sí.

—No sé, a lo mejor los pobres se desconcentran.

—Sara, no pienses en ellos, piensa en nosotros. Tú céntrate en lo que debemos y tenemos que hacer: hundir a Roma.

—Hundir a Roma. Vale. ¿Y solo vamos a ser dos?

—Chusa también se une. Y ya encontraremos a más aliados para la causa. Al bailarín lo tengo medio convencido.

—¿Le has contado lo que vamos a hacer? ¿Pero por qué? ¿Y si se va de la lengua, si se chiva?

—No le he dado detalles, y tranquila, que está en la primera fase del enamoramiento, y en esa fase hacen cualquier cosa por mí, luego ya cuando me conocen es cuando les da por empezar de cero con otro. ¿Nos vemos hoy allí a las cinco?

—¿Pero seguro que nos va a dejar pasar al ensayo general? ¿Y si está Roma por allí y nos reconoce?

—Que no, que hoy hacen un pase con público, entre las mil personas que están invitadas, Roma ni nos verá. De todas maneras, vete camuflada.

—¿Cómo?

—Algo se te ocurrirá.

Le pedí el burka a mi madre. Sí, se lo pedí. Y aunque se extrañó de mi petición,

tampoco hizo muchas preguntas. Fui yo la que le pregunté. Por mi hermana. ¿La había visto esos días? ¿Había pasado por casa? ¿Había preguntado por mí? Mi madre a todo contestó con negativas. Dale tiempo, ya verás. Pero a mí el tiempo me pesaba, me angustiaba. ¿De verdad no podía hacer nada para que se reconciliara conmigo? Le había vuelto a dejar mensajes sin ninguna fortuna, aunque sí había logrado hablar con el gallego. Al pobre lo machaqué con mis disculpas, con mis propósitos de enmienda, y le rogué que le transmitiera a mi hermana cómo me sentía, lo arrepentida que estaba. Y también me dijo que le diera tiempo.

Estaba claro que no había nada que pudiera hacer. Más me valía centrarme en lo que ahora me ocupaba. Nuestro plan. Nuestro asalto al musical.

Media hora antes de que empezara el ensayo general, le quité al burka convenientemente las plumas rosas y me dirigí en mi coche hasta el centro de Madrid. Aparqué en el *parking* de la Gran Vía y cuando vi que no había nadie cerca, me coloqué el burka en la cabeza. La sensación fue rara, pero no más que aquella vez en mi temprana adolescencia, cuando había acabado con un capirote en la cabeza en medio de una procesión de Semana Santa con una amiga de Cáceres. O eso me dije para animarme. Pero al caminar por la Gran Vía con el burka puesto y notar las miradas de la gente, empecé a darme cuenta de lo que estaba haciendo. ¿De verdad me había disfrazado de talibana para colarme en un musical? Tanto reírme de mi madre y de su locura y yo estaba mucho peor de la cabeza. Al fin y al cabo, ella se había cubierto porque no se hacía con su cara nueva. Porque necesitaba ocultarse de sí misma. Y yo, ¿yo por qué lo estaba haciendo? De ahí no iba a salir nada bueno. Aún podía parar todo ese sinsentido. Todavía estaba a tiempo de quitarme el burka, darme la vuelta y no entrar en el teatro. Dudé. Sara, por Dios, que cuando una llega a estos extremos es señal de que algo no va bien. Señal de que has llegado demasiado lejos. Dudaba, pero tampoco me decidía a quitármelo. Y cuando estaba casi en la entrada, vi a David esperándome. De perdidos al río. Me acerqué. El pobre, al ver a una musulmana integrista caminando hacia él, dio dos pasos atrás. Había pánico en su mirada.

—David, David, soy yo.

—¿Sara? ¿Pero... estás loca? ¿Qué haces con eso puesto?

—Soy una mujer de recursos.

—¿Pero tú sabes de qué va la obra? Yo contigo así no entro.

—Bueno, pues tú vete por un lado y yo por otro. Dame mi entrada. ¿Y tú no has venido camuflado? ¿Y si Roma te ve?

—Te aseguro que Roma ya se ha olvidado de mi cara. Siempre fui un cero a la izquierda para ella. Y entre tanta gente, imposible que se percate. Si esa solo tiene ojos para lo suyo. Bueno, lo suyo y lo ajeno. Menuda pájara.

—Hala, ya. Vamos.

Cuando llevaba media hora de musical punk *rock*, porque era punk *rock* futurista y con viajes en el tiempo, me di cuenta de que tenía claramente una lectura ácrata y

feminista, bueno, todo lo ácrata y feminista que puede ser un musical de la Gran Vía, y que yo estaba vestida de la peor manera posible. Si no quería llamar la atención, la estaba llamando el triple. ¿Qué hacía una mujer talibana viendo aquello?

Roma apareció en el patio de butacas. Yo di un respingo del susto. Me agaché ligeramente, aunque enseguida me sentí absurda haciéndolo y volví a mi posición erguida inicial. Con el burka no podría reconocermela. Roma entraba y salía del escenario, retocando, colocando, interrumpiendo. Paraba el montaje de la obra para hacer cambios sobre la marcha, como si fuera la directora del cotarro. Aquella era su producción soñada, donde había volcado toda su ilusión, y se notaba. Y le daba igual que hubiera público delante, se comportaba como si fuera un ensayo más.

—No, no, *cara mia, che non c'e*. Eso no va ahí. No, no.

La odiaba. Cómo me había engañado. Qué bien me la había jugado. Bajo ese histrionismo encantador, bajo esa apariencia de madre amantísima y caótica, bajo su discurso de las mujeres tenemos que apoyarnos, me había clavado la estocada. Menuda pájara. Y según avanzaba la obra mi odio y mi rabia iba a más. Si es que no solo me había robado los trajes, también lo había llenado todo de plumas. Sí. ¿Por qué había plumas en un musical *punk rock* futurista feminista con saltos en el tiempo? Difícil de decir. Pero las había. Había más plumas que en un burdel, que en un gallinero, que en el Moulin Rouge. Creo que estaba tan cabreada que mi ira traspasaba el burka y no paraba de moverme, incluso de gesticular. Veía a David cada vez más nervioso por mi culpa. También noté cómo la mirada de Roma en más de una ocasión se desviaba hacia mí, hacia la señora del burka, y cada vez que sus ojos se le iban hacia mi indumentaria, yo me hacía más pequeñita, temerosa de que acabara por reconocermela. A mitad de la obra empecé a emparanoiarme, ¿Roma no estaba pasando demasiadas veces por mi lado? Tal vez lo más sensato sería marcharme, huir de ahí, pero yo tenía que ver la obra hasta el final. Roma, por más que me mirara, no iba a reconocermela, ¿no? Por momentos dudé de mi maravillosa idea de esconderme bajo ese burka, pero de qué otra manera hubiera sido irreconocible, ¿con gafas de sol y pamelas? Ni de broma. Así que decidí centrarme en la obra. Que le dieran a la italiana, por mí como si no estuviera. Cada vez que salía un actor o una actriz con uno de mis vestidos daba un respingo. Y mi odio y mi rabia se hacían infinitos. La muy sinvergüenza había utilizado mis trajes para los momentos clave de la obra. No le bastaba con llenarlo todo de plumas. Qué hija de la gran... Pero se iba a enterar, la íbamos a desenmascarar pero bien. Eso sí, a pesar de mi ira creciente, trataba de anotar en el móvil en qué momento exacto aparecían los trajes en escena. Ante todo profesionalidad y no perder el objetivo por el que estaba allí. Fue un trabajo agotador, no solo por el esfuerzo de dominar mi rabia, también porque con el burka veía fatal el teclado.

Como en todo buen musical que se precie, aunque este fuera *punk rock* futurista feminista, había muchos cambios de escenario, diversas alturas, personajes entrando por sitios inverosímiles, hasta colgados del techo con cuerdas y arneses o bajando en

una especie de peana-nave espacial. El despliegue era muy espectacular, con las luces hacían virguerías, la música en directo era atronadora y los cambios de decorado dejaban a todos con la boca abierta. La gente reaccionaba a todos esos alardes pirotécnicos de atrezzo y música con entusiasmo, no así al meollo de la obra.

Llegaron los aplausos finales, tibios, aunque yo aplaudí con fuerza para que Roma viera que no me había amilanado con tanta miradita, y también para que los allí presentes supieran que una mujer podía estar sometida a un burka y aun así tener un gusto exquisito por un musical punk *rock* futurista feminista. Dudaba, eso sí, de que el público de la Gran Vía estuviera preparado para aquello. Porque encima ni salían canciones de Mecano ni de Abba, que eso siempre ayudaba al éxito. Me tranquilizó un poco pensar que, aunque arruináramos el estreno, el fracaso de esta obra no iba a depender de nosotros.

—¿Pero tú para qué aplaudías tanto? —me recriminó David cuando ya estábamos en la calle alejados de cualquier influencia—. Qué bochorno y qué vergüenza me has hecho pasar. Ahora a ver cómo le explico yo al bailarín que eres mi amiga.

—Es que me ha gustado. Por eso aplaudía. Es una obra muy buena.

—Va a durar dos semanas. Ese panfleto no aguanta en cartel más tiempo.

—¿Sí? ¿Verdad? —traté de confirmar con alivio.

Ya en el piso de Sanchinarro repasamos nuestras notas y todo nuestro plan. Entre lo que nos había dicho el bailarín y lo que habíamos deducido nosotros podíamos hacernos una idea bastante exacta de dónde estarían cada uno de los vestidos. Ahora solo necesitábamos encontrar la manera de sacarlos de allí. Y nos faltaban aliados.

—Solo somos tres, David. Tú, Chusa y yo.

—¿Y si liamos a Inma?

—Ah, no, no, no —dijo ella, saliendo de la cocina con el niño en brazos.

Inma había decidido venir a verme siempre que podía y echarme una mano con todo. Decía que por ayudarme con el niño, yo creo que no se quería perder ninguna de mis conversaciones imaginarias con ella. Empezaba a estar celosa de mi Inma ficticia y quería ponerle remedio.

—¿No nos echarías una mano? —le pregunté.

—¿Para asaltar un teatro y acabar en la cárcel? No. Y tú piensa que si te pillan y acabas entre rejas, alguien tendrá que cuidar de tu bebé, ¿o vas a dejarlo a cargo de tu madre?

—Alguien más encontraremos —aseguró David—. Alguien más nos ayudará en esta cruzada contra Roma.

—¿Quién? —pregunté mientras cogía a Guille de los brazos de Inma para darle un poco de teta.

—¿Tienes que hacer eso ahora? —protestó David.

—¿Te molesta verme la teta?

—No, si ya te la vi bastante en el vídeo. ¿Sabes el porrón que lleva de visitas? Aarón se va a forrar con la tontería.

—¿Pagan por eso? —pregunté desde mi ignorancia cibertecnológica.

—Algo. ¿Cómo lo llevas?

—El vídeo me da ya un poco igual. Solo es una teta.

—¿Cómo llevas todo lo de Aarón?

—Huy, mejor no entres en ese tema —le advirtió Inma.

—Bueno, entre nuestra cruzada contra Roma, la búsqueda de piso, y cuidar al pequeñajo tampoco tengo mucho tiempo para más. Procuro no torturarme mucho. He visto un par de apartamentos que no están mal. A lo mejor me quedo con uno.

—Uno pequeñísimo y espantoso. Yo le digo que siga mirando —comentó Inma.

—¿O sea que la cosa va en serio? —insistió David—. Que habéis roto de verdad.

—A veces no se puede seguir —admití con resignación—. Por más que uno se empeñe.

David miró a Inma y luego me miró a mí, con cierto temor.

—Sara, ¿puedo opinar?

—¿Por qué no vas a poder opinar?

Inma murmuró algo de manera cantarina y nerviosa.

—¿Qué pasa? —le pregunté, encarándome a ella—. ¿Por qué no va a poder opinar David? ¿Tan irascible y susceptible estoy con el tema? —Inma siguió tarareando sin abrir los labios—. Conmigo se puede hablar de cualquier cosa —aseguré.

—Que digo que tú tampoco te has empeñado mucho en seguir con Aarón, ¿no? —soltó David.

—¿Cómo que no?

—A ver, él ha roto contigo, pero más bien ha sido porque le has obligado tú. Hasta que no has boicoteado del todo la relación no has parado. Pero después te veo y tampoco pareces muy feliz o aliviada porque te haya dejado.

—¿Y por qué iba a estar feliz? He perdido al amor de mi vida.

—A un amor que ya no deseabas.

—Ya estamos con el puñetero deseo. ¡No! ¡No lo deseaba porque cambió! ¡Porque ya solo tenía ojos para el niño, porque parecía medio lelo con tanta carantoña y tanta nana y tanta tontería! Y mientras, todos suspirando por él, y por lo padrazo que es. Pero todos, ¿eh? Mi familia, mi hermana, hasta los taxistas. Por no hablar de las miles de fans en YouTube que se derriten con sus nanas. Y que no entendían que estuviera con la tarada de la teta fuera. ¡Pues que se queden tranquilas, que ya no estoy con él! Si ellas se ponen tan cachondas con un padrazo, que vayan a cazarlo. Todo para ellas.

—Vale, vale —zanjó David, tratando de que me calmara.

—Te dije que no sacaras el tema —advirtió Inma.

—Pero reconoce que es raro —insistió David.

—¿Qué es raro?

—Que te fastidie tanto que sea un padrazo. Que te haya dejado de poner por eso. Es muy raro. Es hasta contra natura.

—Dijo el gay.

—¡Oye! —protestó.

—No digo que tus gustos sexuales sean contra natura, pero ese argumento en tus labios me parece un poquito carca, un poquito estrecho de miras.

—¿Y no te has preguntado por qué? ¿No has querido hablarlo con un sicólogo? A veces ayudan. ¿No habéis querido probar con terapia de pareja?

—Ya sé que soy una tarada porque no me ponga un padrazo perfecto, no hace falta que ningún sicólogo me lo diga.

—¡Sara, así no arreglas las cosas! Deja de decir que eres una tarada y céntrate en averiguar qué te pasa.

—¿Qué me va a pasar? Pues que a veces el amor, el deseo se transforma, o muda, o se acaba. Y poco se puede hacer.

—Menuda estupidez.

—Me lo dijo el que cambia cada tres meses de pareja porque ya no le ponen cachondo.

—No estamos hablando de mí. Yo soy promiscuo por naturaleza, si hasta de pequeño me aburría de mis regalos antes de desenvolverlos. Tú no eres así. Tú quieres para toda la vida. Si hasta te volviste a confundir con Roberto cuando estuvo aquí.

No acababa de entender ese empeño de David de remover esas aguas que yo ya me había resignado a ver tranquilas. De ahí solo podía salir turbiedad, dolor, nada bueno.

—¿Y qué me estás diciendo? ¿Que estoy enamorada de Aarón y no lo sé? ¿Y entonces por qué ya no soy capaz de imaginarme en la cama con él, eh? ¿Eh?

—Pues eso es lo que digo que averigües.

—Ay, no me ralles, David, no me ralles.

Pero por supuesto que me ralló. Y venga a dar vueltas en la cama por la noche. ¿O sea que, según él, había una causa oculta, un motivo distinto a que se volcara en el niño, a que le cambiara pañales, que hacía que ya no me atrajera? ¿Y no tenía que ver con que yo era imbécil y una saboteadora de mi propia felicidad? ¿Había alguna otra causa ajena al hecho de que había nacido para boicotearme, que cuando la vida me lo daba todo yo iba y me esmeraba en estropearlo? Quise agarrarme a esa posibilidad, por remota que fuera. Soy una artista agarrándome a clavos ardiendo. ¿Había de verdad otra razón en mi manera de proceder, de sentir, o mejor dicho, de no sentir? ¿Y si David estaba en lo cierto? ¿Y si había otra causa? Tan acostumbrada a juzgarme severamente, no me había dado por plantearme que esa falta de deseo podía venir

producida por algo más que mi miedo a ser feliz. ¿Pero qué era? ¿Qué era?

Más vueltas en la cama. Y más vueltas.

Y como si fuera una detective de mí misma, de mi psique, decidí buscar pruebas, causas, indicios que me llevaran a la verdad. Encendí el ordenador. Pensé en las terapias cognitivas, conductistas, a veces eran efectivas, en eso de enfrentarte a lo que más repulsión te causaba. En mi caso, a Aarón cantando nanas. Quería averiguar qué era eso que tanto rechazaba de él. Y me puse todos sus vídeos, una y otra vez, buscando la causa de la desaparición de mi deseo. Una y otra vez. ¿Por qué no lo veía deseable cuando todas suspiraban por él? ¿Y cómo no iban a suspirar? Si era guapísimo, si era un amor, si trataba al niño que daba gusto verlo. ¿Por qué no era capaz de sentir lo que todos sentían?

No daba con ninguna respuesta y el sueño me vencía.

Me llevé el portátil a la cama. Volví a ver un par de vídeos. Descubrí dos donde Aarón no cantaba a nuestro hijo, sino que jugaba con él de una manera muy payasa. Muy gamberra. Y me sorprendí riendo. Bueno, no era deseo sexual pero al menos me reía. Volví a ver el vídeo. Y otra vez. ¿Estaría ahí la clave? ¿Estaría por ahí el nudo gordiano de la falta de mi deseo que tenía que deshacer?

Me quedé dormida sin hallar la solución, pero con la sensación de que estaba más cerca de encontrar una respuesta que hacía unas horas.

EL ESTRENO

Llegó el día del estreno. Estábamos preparados para el golpe, para recuperar nuestros trajes, para dejar a Roma vendida y humillada en su gran noche. Ultimábamos los pequeños detalles que faltaban entre el cada vez más abundante revoltijo de cajas de cartón de la mudanza. Tenía el dúplex prácticamente desmontado. Me había decidido por fin por un pequeño apartamento en la ribera del Manzanares, recuperada por el Madrid Río; no estaba en el centro, pero tampoco era Sanchinarro. Pequeñito, luminoso y podría hacerlo mío. Me veía criando allí a Guille, así que no le di más vueltas y lo cogí. Pronto me darían las llaves.

Según pasaban las horas, mi nerviosismo iba a más. Entre otras cosas, porque aún no teníamos los aliados para la batalla. Y que todo era un disparate, un disparate de los gordos, ¿para qué engañarnos?

—Tú estás así por lo que ya sabemos. Pero quítate la tontería de encima —me abroncó David.

Lo que «ya sabemos» era que yo había llamado a Aarón para que se quedara con el niño esa tarde y esa noche y me había contestado que imposible, que tenía un evento. Un estreno al que no podía faltar, compromisos de la compañía de discos. Y el evento no era otro que el estreno de un musical en la Gran Vía. O sea, el que íbamos nosotros a boicotear. Lo último que quería era toparme con Aarón. Y menos de esa manera, él entre el público y yo robando trajes.

—Olvídate de él.

Ante mi silencio y mis dudas, David tomó una decisión y sacó algo de su abrigo.

—No quería enseñarte esto, pero creo que no me dejas más remedio. Lee.

David me pasó el recorte del periódico *El País*. Miré la fecha. Era de hoy. Era una crítica sobre el musical. Comencé a leerla. Enseguida comprobé que era el tipo de crónica críptica en la que no sabías si al cronista le había gustado la obra o no. ¿Por qué me estaba enseñando esto? Hasta que lo vi. El crítico ponderaba la actuación de los protagonistas y sobre todo el trabajo de su vestuario, «creativo, original, innovador de Roma Perotti, quizás lo más acertado de toda la propuesta».

—Le han gustado los vestidos. Mis vestidos.

—Pero no saben que son tuyos. No lo sabe ni él ni nadie, solo nosotros.

Pues sí, mi primera crítica positiva sobre mis creaciones en un periódico de tirada nacional y nadie sabía que eran míos.

—¿Vas a permitirlo? ¿Vas a dejar que se salga con la suya?

Eso fue suficiente para que dejara mis dudas de lado. Le pedí a Inma que se

quedara con el niño y aceptó, cualquier cosa con tal de no tener que meterse en el fregado del robo. Yo insistía a David que necesitábamos más gente, que entre tres no podríamos. ¿Quién iba a estar con la furgoneta alquilada esperándonos para cargar los vestidos? ¿Quién? Si ni siquiera teníamos un conductor.

—Puedes conducir tú, ¿no? —dijo David—. Que tampoco vamos a atracar un banco, no tenemos por qué tener a alguien con el motor encendido esperándonos.

—¿Cómo que no? ¿Cómo que no? Tendremos que salir corriendo, no podremos perder ni un segundo, y yo con los nervios y las prisas no voy a estar como para encontrar la llave del coche, meterla en la cerradura y luego ponerme a conducir.

—Sara, pues ya conduzco yo.

—¿Tú? ¿Tú?

—Tengo el carné de conducir.

—¡Pero no conduces! Nunca has conducido. ¿Dónde está el pedal del acelerador? Venga, dime.

—Eh... ¿a la izquierda? —dudó y volvió a probar suerte—. No, ese es el freno. ¿No? A la derecha del todo está el... ¿embrague?

—No vas a llevar una furgoneta —sentenció.

—Vale. No la llevo. Pero no te preocupes. Alguien encontraré. Eso es lo de menos.

—David, todos los problemas te parecen lo de menos.

—Va a salir bien. Todo va a salir bien. Confía en nuestro plan.

Las puertas del teatro de la Gran Vía eran un hervidero, cientos de personas se amontonaban a la entrada, focos gigantescos iluminaban la alfombra roja, convenientemente delimitada por vallas amarillas, el personal de seguridad trataba de contener a la marabunta a la caza de *selfies* con los famosos, que a cuentagotas iban llegando a la entrada y se paraban con los periodistas y cámaras de televisión.

David, Chusa y yo nos habíamos vestido de gala, para no desentonar con el resto. A fin de cuentas, íbamos a entrar en el teatro por la puerta principal con nuestras entradas conseguidas por el bailarín de David. Yo me había puesto una de mis confecciones favoritas, una falda con plumas de pavo real con un top negro y una chaquetita negra de Chanel que le había cogido a mi madre.

—¿Tú no podías venir más sencillita? Que somos ladrones.

—Pero también vamos de estreno. Y tranquilo, que he estado probando en casa y con esta falda me muevo de maravilla.

—Si tú lo dices. Pero tú te has puesto así de guapa por si te encontrabas con Aarón.

—Para nada. Y dejemos el tema.

Observábamos desde el otro lado de la calle cómo iban llegando todos los VIPS. Y con tanto famoso, porque allí no faltaba nadie: actores, presentadores, escritores,

personajes televisivos, algún político por aquello de que nadie les echara en cara que no iban a actos culturales, volví a pensar que nuestra idea era un absoluto disparate.

—Aún estamos a tiempo de olvidarnos de todo.

—¿Pero qué dices? Que no te entre el canguelo ahora.

—Está lleno de famosos.

—¿Y? ¿Qué esperabas? Es un estreno en la Gran Vía de uno de los musicales de la temporada. Ellos, aunque lo barrunten, no saben que va a ser un fracaso y de ahí que lo celebren por todo lo alto. Luego hasta hacen fiesta con *catering* y copas. ¿Tú sabes lo cotizadas que están ahora que ya nadie regala nada?

—¿Esa de ahí no es...? Ay, cómo me gusta esa actriz... ¿cómo se llama? La graciosa de la serie esta... —preguntó Chusa—. ¿No nos podemos quedar a la fiesta de después?

—Vamos a reventar la obra, claro que no nos podemos quedar a la fiesta —sentenció David.

—Bueno, reventarla tampoco, ¿no? —maticé—. Solo a coger unos trajecitos, ¿no? Ay, que ya me veo en la cárcel... Esto no está bien, esto no está bien. ¿Y dónde están los demás? Esos a quienes habías convencido. ¿No hay nadie, verdad? Solo estamos nosotros, ¿no?

Sonó el teléfono de David. Lo cogió.

—Genial. —David estiró la cabeza mirando calle arriba—. Eh, no, no te veo. Nosotros estamos justo enfrente del teatro. —Una furgoneta blanca hacía sonar el claxon de manera insistente unos metros más allá de donde estábamos—. ¡Ya! —dijo David, alzando el brazo—. Aquí, ¿nos ves?

La furgoneta pudo avanzar entre el tráfico y llegó a nuestra altura. Al ver quien la conducía casi me da un infarto. ¿Lo estaba soñando? Miré a David, que sonrió triunfal.

—¿Te dije o no te dije que iba a convencer a gente?

Volví a mirar al conductor. Aún seguía con la boca abierta.

—Hola, Sara.

Era verdad. Estaba ahí. Acababa de hablarme. Qué felicidad. Qué maravilla. Qué todo.

—¡Roberto! ¿Pero tú no estabas ya en China?

—Me voy pasado mañana. Pero antes había que conseguir unos trajes, ¿no?

—¿Y vas a ayudarnos?

—Tendré que hacer algo bien antes de volverme a Hong Kong.

La puerta corredera de la furgoneta se abrió y de allí bajaron Lu y el gallego. Estaban ahí. Habían venido. No me lo podía creer. Mi corazón se iluminó, lo sentí.

—Hola, hermana —dijo Lu con su mejor sonrisa y como si no hubiera pasado nada entre nosotras—. ¿Qué es lo que hay que robar?

—¡Lu!

La abracé. La abracé como si hiciera años que no la abrazaba. La abracé con toda

la fuerza del mundo. Mis ojos se llenaron de lágrimas. No me salían las palabras. Solo me salía abrazarla. Cuánto había anhelado ese momento. Sentí cómo un nudo inmenso, imbricado, se deshacía en mi interior. Por fin respiraba. Estaba tan feliz, tan plena por poder estar así, pegadita a ella.

—Lu. Que estoy llorando.

—Hala, ya. Ahora no te pongas sentimental, que tenemos mucho que hacer.

—Ay... Que pensé que te había perdido para siempre y que ya nunca más te iba a ver, que nunca más me ibas a hablar.

—Qué exagerada has sido toda tu vida.

—Lu, te he echado tanto de menos.

—Que sí, suelta, boba, venga.

Tardé un rato en soltarla y, cuando lo hice, abracé al gallego.

—¡Martíño, gracias, gracias!

Porque sabía que él había sido fundamental en esta reconciliación.

—Yo no hice nada, ¿eh? Que fue todo cosa de David. Nos contó todo lo que había pasado con los trajes y por eso vinimos. Menuda desgraciada la Roma esa, ¿eh? Y nosotros echándote la culpa a ti, *pobriña. Pobriña.*

—No pasa nada. Si yo también tuve lo mío.

—Y tú tampoco te quites mérito —le dijo Lu al gallego—, que anda que no has dado la matraca con que Sara te quiere, Sara es tu familia, Sara está muy arrepentida, Sara no se lio con Roberto...

—Gracias, gracias —repetí—. Y es verdad, no me lie con él. ¿A que no, Roberto?

—Claro que no, boba. Ya lo saben.

—Y que yo quiero que os vaya bien a los tres.

Decenas de cláxones estaban sonando con impaciencia, porque la furgoneta tenía retenida a toda una fila de coches.

—Aparco y voy —gritó Roberto.

—Va... vale... —dije yo.

La furgoneta avanzó y se perdió entre el tráfico. Yo miré a mi hermana. Tenía tanto que preguntarle para ponernos al día.

—¿Entonces seguís juntos?

—Todo lo juntos que se puede estar cuando se va pasado mañana a China. Pero mira, mejor así, que yo veía que le venía grande el proyecto poliamoroso —dijo Lu, como si tal cosa.

—Lo pasó fatal por arruinar el concurso del ayuntamiento —explicó el gallego—. ¿Sabes que se presentó en casa de la alcaldesa para que le dieran otra oportunidad?

—¿Qué me dices? —pregunté esperanzada—. ¿Y se la dan?

—No, que va. Pero se hizo una foto con ella —dijo el gallego—. Mira.

Y sacó el móvil y mostró una foto de Roberto con Manuela Carmena en pijama y sonriendo a pie de calle.

—Más maja. Y pensar que yo me censé en Madrid para votar al PP.

—¿Ah, sí? —pregunté.

—Es que Esperanza Aguirre me hacía gracia. Con eso de que se diera a la fuga de los policías en la Gran Vía.

—¿Vamos a seguir hablando de política o entramos al teatro de una vez? —protestó David.

—Vamos, vamos.

Porque yo ahora con mi hermana, con Roberto y con el gallego de nuestra parte me veía con fuerzas de robar nuestros trajes y hasta de robar en el Banco de España si hacía falta. Volví a abrazarla. Es que estaba falta de abrazos de ella.

—¿Saben todo lo que tenemos que hacer? —pregunté a David.

—Claro. Conocemos de sobra los trajes y tenemos localizado en el plano del teatro dónde estarán colocados. Es pan comido —afirmó el gallego, aparentando una eficiencia y una seguridad que ni McGiver haciendo una bomba con un chicle.

—Pan comido. Claro que sí. Ese es el espíritu —dije, contagiándome de su entusiasmo.

Entusiasmo que se borró de un plumazo al llegar a la entrada del teatro y ver entre la marabunta a Aarón.

Mierda. Ahí estaba.

No quise mirarlo, pero me fijé en él. Vaya si me fijé. Estaba guapísimo. Vestido con una americana que le favorecía mucho y unos vaqueros de quitar el hipo. Qué bien vestía cuando quería. Una chica de melena rubia y anoréxica se colgó de su brazo.

—¿Y esa quién es? ¿Quién es?

—Sara, ya no estáis juntos. Puede venir con quien quiera. Y no iba a venir solo a un sarao así —respondió mi hermana—. Tú centradita, ¿vale? Como si no le hubieras visto.

—Sí, sí. Claro. Dejamos que entren y luego vamos nosotros, que no quiero que nos vean.

Aarón y la anoréxica entraron al teatro y pasaron por el *photocall* para posar. La muy guarra estaba encantada entre tanto *flash* y tanto fan y bien agarradita al brazo de Aarón. A mí me estaban entrando los siete males.

—¿Pero por qué posa con él? ¿Es famosa?

—Sara, olvídalos.

—Que sí, que sí. Yo centrada en lo nuestro. Mira que venir con una rubia. Que aún estamos de luto, joder.

—¡Sara! —gritó David.

Yo agaché la cabeza y asentí. Vale, olvidado. Ya no más pensar en Aarón. Yo ya solo en los trajes. Lu me cogió de la mano. La miré y sonreí feliz. Porque a pesar de la rubia anoréxica, yo estaba feliz. ¿Qué más me daba Aarón y su anoréxica si yo había recuperado a mi hermana?

—Ay, Lu, qué bien. —Nuevo abrazo—. Aunque acabe en la cárcel esta noche,

habrá merecido la pena.

—Nadie va a acabar en la cárcel.

—Yo creo que sí. —Así de difícil veía el éxito de nuestro plan—. Pero me da igual.

Por fin entramos en el teatro. Y una vez dentro, todos supimos lo que teníamos que hacer. De uno en uno iríamos pasando a la zona de los camerinos. Aunque estaban un poco controlados, había bastante trajín de familiares y amigos entrando y saliendo, así que podríamos colarnos. Sobre todo gracias al bailarín, que le había asegurado a uno de la puerta que éramos su familia de Cuenca.

—Ya podía haber dicho que éramos de Galicia, que yo acento de Cuenca no sé poner —dijo el gallego.

—Tú tranquilo —le aseguré—, que el acento va a ser el menor de nuestros problemas.

David, Chusa y Lu fueron los primeros en colarse en el *backstage*, a través de los camerinos. El gallego y yo fuimos detrás. Roberto entraría más tarde y trataría de ponerse cerca de una de las puertas de salida, para facilitar nuestra fuga y cargar con parte de los trajes.

—Ahora lo que tenemos que hacer es evitar que nos vea Roma o su hija Andrea, y si nos las cruzáramos, ya sabes, hemos venido a saludar y desear mucha mierda a algún actor.

—Vale.

Tratamos de pasar a la parte justo detrás del escenario, donde estaban todos los andamiajes y decorados que irían saliendo a lo largo de la obra, pero dos operarios que estaban por allí, al vernos tan engalanados y al no sonarles nuestras caras, nos impidieron el paso.

—Si vais a los camerinos, es por allí.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? —gritó un chico con un micrófono y unos cascos. Debía de ser uno de los regidores—. Los familiares ya tienen que estar en el patio de butacas. Venga, fuera, por allí.

Nos estaba indicando que nos metiéramos justo por el lado contrario de donde queríamos ir. Yo vi a lo lejos al bailarín y le avisé.

—Venimos a verle a él, lo saludamos y nos vamos... De verdad.

A regañadientes, el regidor nos dejó pasar. Mientras caminaba localicé dos de los burros donde estaban los cambios de vestuario de las primeras escenas. Bien. Se los señalé al gallego.

—Aquí hay unos.

—Sí. Vale.

Nos acercamos al bailarín y le dimos unos sonoros besos para que nadie desconfiara.

—Mamá te manda unos buñuelos, pero me los he dejado en el hotel —dijo el gallego.

Ante semejante comentario, el bailarín y yo lo miramos interrogantes. Él se explicó bajando el volumen de la voz.

—¿No hay buñuelos en Cuenca?

—Yo soy de Tenerife —respondió el bailarín.

—¿De Canarias? A mí me da que este plan hace aguas —aseguró el gallego.

En ese momento vimos pasar a dos chicas con varios vestidos. Uno de ellos era mío. Vi como se los pasaba a un operario colgado de una de las pasarelas donde estaban las luces.

—¿Qué hacen? ¿Para qué los suben ahí?

—Es donde se van a cambiar los dos protagonistas en la escena que va antes del intermedio. Salen del balcón, que está a bastante altura.

—Ah... pues ya se podían cambiar en el camerino. ¿Cómo se sube ahí?

El bailarín señaló hacia el fondo del escenario, estaba todo en penumbras, lleno de cables, dobles fondos, trípodes y demás objetos que fui incapaz de reconocer.

—Hay unas escaleritas a cada lado. Tiene varios niveles, para las distintas pasarelas, algunas para las luces, otras para la colocación y el movimiento de decorados, casi todas se accionan mecánicamente, aunque este montaje es tan complicado que, por seguridad, siempre hay la posibilidad de hacer algunas cosas manualmente.

Mientras hablaba señalaba hacia arriba. Yo casi me mareo al ver la altura infinita de los techos y de los distintos niveles de las pasarelas. Todas estrechísimas, todas bamboleantes...

—¿Y los tramoyistas se suben ahí sin protección? ¿Sin arneses?

—Deberían llevar cables de sujeción, sí, pero casi nadie lo hace.

—¿Y los actores entonces se tienen que subir ahí?

—Solo al primer nivel. No está muy alto.

Vi el recorrido que estaban haciendo los trajes y cómo los dejaban en ese primer nivel, que al bailarín le parecería a poca altura, pero yo solo de imaginarme subida ahí, me entraban arcadas.

—De esos vestidos mejor te encargas tú —le dije a Martiño.

—*Perfeto*.

—¿Dónde está sastrería?

—En el sótano, al lado del foso de los músicos... No es muy práctico, pero somos tantos actores que han tenido que habilitar casi toda esta planta para camerinos. Casi toda la ropa de todas maneras está en los camerinos o por aquí detrás.

—Lo sabemos —intervino el gallego, sacando el plano del teatro.

—Guárdatelo, que nadie te lo vea —le ordené.

Llamaron al bailarín unos compañeros.

—Me tengo que ir.

Faltaban pocos minutos para que la obra empezara y se notaba por las prisas de todo el mundo, los agobios, los nervios. Era un ir y venir constante de actores,

bailarines, tramoyistas... Unos preguntaban por algo, otros se deseaban mucha mierda o hacían gárgaras o se estiraban, y había quien se ponía a rezar y persignarse tan pronto pasaba cerca del escenario. La verdad es que estar en las tripas del teatro, a escasos minutos de un estreno, era electrizante, algo digno de vivir.

Los músicos estaban acabando de colocarse en el foso. El público en la sala estaba a punto de sentarse. Solo quedaban los más rezagados. Una voz grave desde megafonía anunció que la función estaba a punto de empezar. Solo quedaban tres minutos. Rogaban apagar los móviles y se prohibía el uso de cámaras.

El gallego y yo nos encontramos con David y Lu. Habían localizado varios trajes. Pero no habían podido hacerse con ellos porque ya estaban vistiéndose los actores. Decidimos escondernos entre los decorados del fondo, hasta que la obra hubiera empezado. Con suerte, allí no nos verían. Yo, a pesar de la excitación del momento, no podía dejar de pensar en Aarón en los brazos de esa rubia anoréxica. Maldito. ¿De verdad tenía que venir acompañado? ¿Habría algo entre ellos? ¿Era una primera cita o llevaban una semana encamados y esta era la primera vez que salían a la calle?

La obra dio comienzo. Se alzó el telón y los actores salieron a escena. Nosotros seguíamos agazapados. Casi en silencio, les fui dando órdenes a todos. Chusa y David irían por el lado derecho a buscar los trajes de los burros del segundo acto. Lu y yo nos dedicaríamos a coger los que estaban en el lado izquierdo. Y el gallego tendría que conseguir los que había arriba, ya que él no tenía vértigo.

Roberto estaba esperando en la puerta de salida, listo para ir cargando los trajes que le fuéramos haciendo llegar. Chusa y David desaparecieron por el lado derecho. Nosotras hicimos lo propio por el izquierdo; antes de irnos, nos abrazamos deseándonos suerte. Todo iba a salir bien.

Se trataba de robar los trajes justo unos minutos antes de que se los fueran a poner para desestabilizar lo máximo posible la función. Y así comprobamos que a los quince minutos dos de los actores a los que les tocaba salir a escena lo hacían un tanto desconcertados y vestidos igual que en la escena anterior. Bien, esa era la prueba de que David y Chusa habían podido robar los trajes. Dos puntos para nosotros.

Ahora Lu y yo debíamos esperar nuestro turno. En unos minutos uno de los actores, el protagonista, Alejandro Albarracín, ese que tanto le gustaba a David, y no era para menos, menuda planta y menuda sonrisa, tendría que salir de escena para hacer el cambio de ropa. Localizamos sus prendas y las cogimos. El actor salió del escenario mientras se desnudaba a toda prisa para poder ponerse cuanto antes la nueva ropa. Y al ir a cogerla se dio cuenta de que no la encontraba en el burro. Lu, además, de manera superrápida le birló la que acababa de dejar en el suelo y que hacía unos segundos llevaba puesta. Yo le hice unas señas para que lo dejara estar y que nos fuéramos, y ahí el actor me pilló infraganti, con toda la ropa encima.

—Ah, por fin, mi cambio, que no lo veía. Trae, dámelo rápido.

—No —dije.

—¿Cómo que no? La necesito ya.

—No. Es mía.

—¿Pero qué dices? Que tengo que entrar ya.

—Esto es mío. Lo he hecho yo. Son mis diseños.

—Muy bien, pero trae.

—Roma se ha apropiado de mi trabajo, estas plumas, estos acabados son míos.

—Vale, muy bien, te ha quedado precioso. Luego lo discutes con ella. Dámelo.

—No.

—Tía, que me toca entrar. Que entro ya. Deja de hacer el imbécil.

El actor miraba cada vez más impaciente a escena. Le estaban esperando.

—Lo siento.

—Tengo que salir.

—Pues sal.

—¡Estoy en calzoncillos! Y son unos Calvin Klein, no puedo salir así.

—¿Y qué si son Calvin Klein?

—Es anacrónico.

—¿No es una obra futurista de saltos en el tiempo? Yo si tuviera una máquina del tiempo me pasaría comprando ropa en todas las épocas. Pues tú, de los 2000, te llevaste unos Calvin Klein.

—Por favor, apiádate de mí.

—No.

—Por favor...

Ante la cara de pena y agobio del actor, fui consciente de que el pobre no tenía la culpa de todo lo que nos había hecho Roma, no podía pagar él los platos rotos, así que decidí tirarle una prenda: la casaca.

—Sal con eso.

—Mierda, tengo que entrar en escena —dijo mientras se la ponía a toda prisa y me miraba con odio.

Salió a escena así. Se oyó un murmullo general en el público. No sé si de sorpresa, aprobación, susto, gusto, morbo... La actriz, al verlo de esa guisa, perdió comba, pero gracias a la profesionalidad del actor pudieron retomar el texto y seguir.

Lu ya había desaparecido. Yo me había quedado pillada mirando la escena y viendo cómo salían del apuro. Me di cuenta de que no debía estar más tiempo allí y me fui, pero al darme la vuelta con todos los trajes en la mano me di de bruces con Roma.

—¡Tú! Sara...

—Ho... hola.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a saludar a unos amigos actores... a desearles mucha suerte en el estreno.

Roma vio los trajes. Tardó unos segundos en asimilar la información, pero desde

donde estaba tenía una visión parcial del escenario y al ver a uno de los actores prácticamente desnudo se dio cuenta de lo que pasaba.

—¿Qué haces con los trajes, loca?

—Son míos. Y me los llevo.

—*Ma fan culo...* Esos trajes son del musical. Son míos.

—Y una mierda. Me los robaste.

Me di la vuelta para salir de allí. Y Roma comenzó a perseguirme, mientras trataba de alertar a dos personas de que yo estaba robando algo que no era suyo. De repente oí un estruendo. Roma ya no hablaba. Extrañada, volví la cabeza para ver qué pasaba y vi a la mujer tirada en el suelo. Con una bolsa en la cabeza. El gallego corría a su lado para aprisionarla con la bolsa. David le había puesto la zancadilla justo después de que Martiño le hubiera metido la bolsa por la cabeza. Un trabajo rápido y casi virtuoso. La habían reducido en menos de tres segundos. El gallego se sentó encima de ella, nada fácil debido a su inmensidad, y empezó a apretar la bolsa contra su garganta.

—Esto por tratarme solo como un objeto sexual. —Apretó más—. Y esto por ladrona.

Roma hacía aspavientos pidiendo auxilio. Parecía una ballena varada y Martiño el capitán Ahab haciéndose con ella, qué lucha encarnizada, qué espectáculo. La italiana luchaba como una jabata, aunque apenas podía respirar. David contemplaba la escena entre el horror y la fascinación. Yo, simplemente, estaba aterrada.

—¿Qué haces? ¡Suéltala! —grité corriendo hacia ellos—. Que la ahogas.

—Me da igual, esos trajes son nuestros. Y no nos los va a quitar. Corre, corre.

—Pero que la matas. Que la matas a la pobre. Que no respira...

—Esta italiana es más dura de lo que piensas —sentenció con su acentazo gallego más cantarín que nunca—. Bicho malo nunca muere.

Roma, que trataba de incorporarse y no dejaba de mover los brazos, las manos y las piernas, de repente se desplomó como un saco de patatas. Inmóvil. Inerte. Muerta. La bestia había sucumbido.

—Ay, que la has matado. Que la has matado...

—Bueno, no nos pongamos nerviosos —dijo David completamente histérico.

Martiño buscaba su pulso, David trataba de mirar si respiraba.

—Está viva —anunció el gallego—. Vivísima.

—¿De verdad? —pregunté.

David pegaba su oreja a los labios de ella. Por fin asintió y respiró aliviado.

—Si ya te dije que esta era difícil de matar —dijo el gallego.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Dejarla fuera de combate durante el resto de la obra.

—¿Pero cómo?

—La encerramos en algún sitio. Coge de ahí, David.

—Ay... no sé...

—¡Que cojas!

David obedeció sumiso. Y entre los dos empezaron a tirar de ella, arrastrándola. Yo negaba incrédula. Nos habíamos convertido en criminales de verdad. En el escenario los actores seguían con su texto. Era una escena ligera, de comedia, se oían las risas del público mientras nosotros a unos metros estábamos llevando a cabo un acto criminal. Nadie entre los espectadores se lo podría imaginar. Si Aarón supiera que su ex estaba inmovilizando a una persona detrás de los decorados...

Supuse que pronto pasaría alguien por ahí y nos descubriría arrastrando a una persona. Estábamos perdidos. Íbamos a acabar entre rejas y con toda la razón del mundo.

—No dejes que nos vea nadie —ordenó el gallego, como si me leyera la mente—. Ponte aquí e impide al paso.

—Pero...

Yo no sabía qué hacer, ni cómo impedir que pasaran.

—Algo se te ocurrirá.

Me puse delante de ellos con los vestidos que tenía en la mano haciendo el mayor bulto posible y, como eran bastante voluminosos, creo que conseguí tapar parte del campo de visión en el que estaban actuando, o sea, arrastrando a Roma.

—Uff, cómo pesa la condenada. Vamos a dejarla aquí atrás.

—Pero ¿cómo la vais a dejar ahí en la penumbra? ¿Y si no despierta y si nadie la ve?

—Pues si no despierta mejor.

—Digo, ¿y si la hemos dejado medio tiesa para siempre y se muere ahí sola? ¿No deberíamos llamar a una ambulancia? ¿A un médico?

—¡Qué va! Si va a estar bien. Hazme caso, que de esto sé.

—¿En tu pueblo matáis así a las vacas o qué?

—¿Pero qué dices? Lo sé porque a mí me atracaron una vez con esa técnica y desperté a los minutos. Hay que atarle las manos, los pies...

El gallego vio un rollo de cinta americana en el suelo y lo cogió.

—Nos viene de perlas. Para amordazarla.

David y yo nos mirábamos entre el pavor y la admiración por las dotes criminales del gallego. Tan guapo, tan con ese acentazo y tan resuelto para el mal.

—Ay, Dios... —dijo David—. Me está poniendo cachondísimo.

El gallego reaccionó ante ese comentario.

—¿Sí? Qué cosas. —Se dirigió a la inerte—: Y sin necesidad de estar desnudo, ¿oíste, Roma? Le pongo cachondo vestido. Porque al final el *sex appeal* es una cuestión de actitud, ¿a que sí?

¿De verdad se ponía a hacer ahora una disertación sobre el deseo? Miré aterrorizada la estampa de la pobre Roma inmovilizada.

—¿La vamos a dejar así? —pregunté.

—¿Se lo merece o no se lo merece? —respondió el gallego—. ¿Se lo ganó a

pulso o no?

—Pues...

—Era retórica la pregunta. Claro que se lo merece. Y tú tranquila, que tan pronto nos vayamos llamamos a una ambulancia. Hala, llévate esos trajes a la furgoneta.

Salí de allí cargada con los trajes y negando con la cabeza. ¿Qué habíamos hecho? Me crucé con varios operarios y bailarines y disimulé como pude.

—Con estos ya hemos acabado, los llevo a sastrería.

Me ignoraron. Bien. Llegué hasta la puerta de salida donde estaba Roberto. Cogió los trajes.

—Ay, Roberto, si supieras qué acabamos de hacer.

—¿Qué pasa?

—Bueno, mejor que no lo sepas, para que no te puedan acusar de cómplice si nos cogen.

—No será para tanto.

Asentí con gravedad. Roberto no le quiso dar importancia, acostumbrado a mis exageraciones, y salió de allí, no sin antes poner un tope a la puerta para dejarla entreabierta y poder entrar sin problemas.

—Roberto, ¿y si ya no robamos más y nos vamos?

—Vamos a hacer las cosas hasta el final, ¿no?

—Vale.

Volví sobre mis pasos. Tenía razón, ya el mal estaba hecho. Así que mejor llegar hasta las últimas consecuencias.

La obra continuaba, se oían risas, aplausos aislados. Busqué a los demás. El *backstage* era tan inmenso, tres o cuatro veces el enorme escenario, que no di con ellos. ¿Dónde habían dejado a Roma? ¿No era por aquí? Estaba muy perdida. ¿Habrían bajado a sastrería para seguir birlando trajes o habrían subido a una de las múltiples pasarelas para ocultarse de la gente y de los trabajadores? Me agazapé en la penumbra, esperándolos. Después de diez minutos que se me hicieron eternos y viendo que nadie aparecía, cogí el móvil para preguntar dónde estaban. Comprobé que no había cobertura. Harta de esperar, decidí ir yo a por ellos. Salí de mi escondite y resolví bajar hasta la zona de sastrería. Seguro que estaban por allí. Me crucé con varios actores que esperaban su turno para entrar en escena, estaban alterados, no encontraban sus trajes... Un grupo de bailarines ayudaba a buscarlos en los diferentes burros. O sea que David y los demás ya habían hecho parte de su trabajo, estarían de camino a la furgoneta con los vestidos. Bien. La música sonaba atronadora, la orquesta estaba en uno de los momentos álgidos. Aun así pude escuchar un grito a mis espaldas.

—¡Eh! ¡Tú!

No debí girar la cabeza, pero de manera instintiva lo hice. Y ahí vi al actor, al que había dejado en calzoncillos, señalándome.

—¡Es ella! ¡Ella es la que roba los trajes!

—¿Yo? ¿Yo? ¡Yo no...!

Eché a correr. No sabía que otra cosa hacer. Bajé por unas escaleras que me condujeron al foso, donde estaban los músicos en plena faena. Choqué con un violinista.

—Perdón... perdón...

Pero seguí corriendo, miré atrás, cuatro actores me seguían... Mierda. Pasé por delante de sastrería y allí me topé con Andrea, la hija de Roma.

—Sara... ¿Qué haces aquí?

—Eh... venía a saludar... mucha mierda.

Seguí corriendo. Oí otro grito.

—¡Que no escape!

Era la voz de Roma. Se había despertado, la habían encontrado... No sé qué había pasado, pero ahí estaba entera, de pie y gritándome.

—¡Ladrona! ¡Asesina! ¡Policía!

La música en ese momento paró, porque la canción había llegado a su fin. Y el siguiente grito de Roma se hizo completamente audible en todo el teatro.

—¡Policía!

Se hizo el silencio. Hasta los actores en escena dejaron de cantar. Todos los que estaban detrás del escenario llevaron un dedo a sus labios para indicar a Roma que se callara. Aproveché ese momento de parálisis para tomar ventaja.

Corrí, corrí, volví a subir al *backstage*, en mi paso vi uno de mis trajes en el suelo, con su miriñaque, sus plumas, su todo, y no sé por qué, pero lo cogí. En vez de huir ligera, lo cogí. Pronto me vi rodeada, de operarios, de técnicos, de actores, bloqueaban mi paso, las salidas. Miré hacia todos lados, no sabía qué hacer. Estaba perdida. Hasta que oí una voz desde las alturas. Un acento gallego reconocible.

—Sara, aquí. Aquí...

Alcé mi mirada. Allí a unos metros, a muchos, estaba Martiño.

—Sube por aquí.

—No... no...

—Sube.

No me quedaba más remedio que hacerlo. Y me puse a subir por las escaleras como alma que lleva el diablo. Sin mirar atrás, sin mirar al suelo. Y con el traje voluminoso en una mano. Por si no tenía ya poco con mi propio vestido, que no era el más adecuado para una misión de huida como aquella.

—¡Rápido, rápido! Y suelta el vestido.

—No. Es mío, es mío...

Oí unas voces.

—¿Qué pasa aquí atrás? ¿Os queréis callar? Delante se está escuchando todo...

Debía de ser el director. Miré hacia abajo. Y me di cuenta de todo lo que había subido por esa escalera estrechita. Casi me da un patatús.

—No mires abajo, continúa.

—Ay... ay...

—Venga, Sara.

Dos técnicos estaban subiendo por las escaleras para cogerme. Entrecerré los ojos y decidí seguir. No iba a rendirme. No, señor. Llegué a una de las pasarelas, estaban llenas de cables, de focos, apenas podía moverme, pero aun así seguí, sorteando como podía los obstáculos. Obstinada a no dejarme derrotar, a no dejarme coger. La pasarela empezó a moverse, a subir. Alguien la estaba subiendo. Empezó a inclinarse...

—No, no, no... ¿Qué está pasando? No, no, no...

Subió tanto que dejé atrás al gallego que estaba en otra pasarela más elevada a un metro y medio de distancia y ahora se estaba quedando un poco más abajo que yo.

—Sara, rápido, salta a esta.

—Pero ¿cómo voy a saltar?

—¡Salta!

Cerré los ojos y salté. O lo intenté. Pero lo hice con tanto miedo, con tanto pánico, que no cogí el impulso suficiente y tampoco me di cuenta de que tenía los pies enredados en mil cables. Total, que entre el poco impulso y los cables en los pies, no alcancé del todo la pasarela y quedé colgando agarrada al vestido del miriñaque. Abrí los ojos. El gallego había conseguido coger parte de ese vestido y eso era lo que me tenía sujeta en el vacío.

—Sara, no te sueltes. No te sueltes.

—Ay... ay... ay...

La pasarela de la que venía seguía subiendo. Y uno de mis pies estaba enredado en un cable y no podía soltarlo. La pasarela subía y subía y yo estaba quedando boca abajo. Agarrada a un vestido y enganchada con mi pie, que se elevaba cada vez más. La sangre empezó a llegarme a la cabeza. El mundo estaba dándose la vuelta.

—¡Socorro! ¡Socorro!

—No te sueltes, Sara, no te sueltes.

—Me mato, me mato.

La distancia de las pasarelas era ya tal que mis brazos no me dieron para seguir sujetando el vestido, pero como me aferraba tanto a él, fue el gallego quien se vio obligado a soltarlo y yo quedé colgando boca abajo con el vestido en mis manos. Socorro. El suelo estaba lejísimos, cada vez más. Alcé la vista para ver cómo estaba sujeta por el pie, pero no lo veía. Pronto aquel cable, o aquella cuerda, o lo que fuera que me tenía amarrada a la pasarela acabaría cediendo por mi peso. La caída iba a ser mortal.

—Me mato, me mato... ¡Socorro!

Seguía aferrada al vestido, pensando que tal vez con su volumen pudiera servirme de amortiguación en la caída. La falda de mi propio vestido llegó casi hasta mi cara. Genial, iba a morirme enseñándole las bragas al mundo. Menos mal que estaba depilada... Qué muerte más absurda.

El gallego gritaba, ordenaba a todos, a nadie en concreto, que bajaran la pasarela, que había una persona enganchada. Noté presión en la pierna y de repente me deslicé, caí al vacío como dos metros.

—¡Nooo!

Un golpe secó me paró en el vacío. Noté un dolor tremendo en la rodilla de la pierna por la que estaba sujeta. El cable había cedido unos metros, pero luego me había vuelto a enganchar. No iba a aguantar muchos minutos más así, boca abajo, suspendida en el espacio... Aunque, gracias a esos metros que me había soltado, vi que estaba a la altura de un decorado, si me impulsaba un poco, podría amarrarme a él. Ánimo, Sara, tú puedes hacerlo. No te mueras sin luchar. Sin intentarlo al menos. Estiré la mano que tenía libre, porque con la otra aún seguía agarrada al vestido. Pero por más que la estiraba no alcanzaba por unos centímetros el decorado. Traté de impulsarme un poco... Nada. Decidí soltar el vestido, tal vez con las dos manos pudiera acercarme más. Lo dejé caer. Y vi cómo alcanzaba el suelo. Me pareció que tardaba una eternidad en llegar abajo. Esa era la distancia que me separaba de la muerte. No lo pienses, Sara.

—¿¡Movéis esa pasarela o qué?! —gritaba el gallego.

Con toda la fuerza de la que fui capaz, que era poca estando boca abajo, y con la falda en mi barbilla, logré impulsarme esos tres centímetros que me alejaban del decorado y pude alcanzarlo, o eso creí, porque lo único que conseguí fue moverlo... con tan mala suerte que comenzó a girar sobre su eje, dejándome a la vista del público. Vi cómo los focos que iluminaban el escenario ahora se dirigían a mí.

Se oyó un clamor en las butacas... Gritos, suspiros, Dios mío... esa actriz está colgada...

—No soy una actriz, no soy una actriz... ¡Socorro!

Fui consciente de que en esos momentos más de mil personas me estaban viendo colgada y con las bragas al aire. ¿Se podía morir de una manera más estúpida, más bochornosa? Y fui consciente de que entre el público estaba toda la profesión, todos los que eran importantes en el cine, en el teatro, en la televisión me estaban viendo. No bastaba con que me hubiera cerrado las puertas en todas las producciones, ahora también iban a contemplar mi suicidio profesional y mi suicidio a secas. Iban a contemplar mi muerte patética en directo. Pensé en Aarón. Él era uno de los espectadores y también estaba siendo testigo de esto. Qué desastre.

Los actores que estaban en escena habían dejado de interpretar y miraban hacia arriba, hacia donde estaba.

—Tranquila, tranquila.

El gallego seguía gritando:

—¡Que alguien baje la puta pasarela!

—¡Se ha atascado! —gritó alguien.

¿Cómo que se ha atascado? ¿Pero me vais a dejar aquí colgada? Y ahí sí que entré en pánico. Pero... llamad a los bomberos... al SAMUR... a... Que me muero aquí

arriba. Que me muero. Notaba cómo el cable que me tenía sujeta iba cediendo, no iba a aguantar mucho. ¿Habría sobrevivido alguien a una caída de diez metros? Aunque tal vez no estaba tan alta...

—Me muero... ¡Auxilio!

Vi cómo cerraban el telón. La pasarela no la podrían mover, pero el telón bien que se habían dado prisa en hacerlo. Aunque mejor, para qué iban a contemplar mi muerte los mil espectadores que me acababan de ver las bragas. Una voz saliendo de megafonía advirtió que por un fallo técnico se veían obligados a interrumpir la función unos minutos.

¿Un fallo técnico? ¡Mi muerte era más que un fallo técnico!

—Socorro.

—¡Hija de puta! —gritó la italiana desde abajo—. Lo has arruinado todo.

¿Y te parece poco castigo mi muerte? ¿Te parece que no estoy penando suficiente por lo que he hecho? Que me voy a morir, que me voy a morir. Entre varios operarios apartaron a Roma del centro del escenario. Ya bastante complicado era todo, debieron de pensar, como para que la italiana estuviera insultándome.

El cable cedió otro poco. Unos metros más... El corazón se me iba a salir por la boca. Ya no me llegaba el aire, notaba la sangre agolpada en mi frente, en mi garganta... Cada vez estaba más cerca del suelo. Bien mirado, a lo mejor a esta distancia el golpe ya no era mortal. Oí muchos pasos por encima de mí, varios operarios estaban tratando de alcanzarme, ya que la pasarela se había atascado mecánicamente, buscaban la manera de llegar hasta mí.

—Aguanta, preciosa, ya casi te tenemos...

—Aguanta.

—¡Socorro! ¡Socorro! Ay, mi hijo, mi hijo se va a quedar sin madre. Pobrecito. —Apenas me salía la voz—. Martiño, ¿estás ahí?

—Sí.

—Avisa a mi hermana, avísala, dile que venga, dile que la quiero mucho, dile que siento todo lo que pasó entre nosotras, que la eché mucho de menos, que la vida se me hacía imposible sin ella... que...

—Si ya lo sabe, mujer, si ya lo sabe.

—¡Tú vete y díselo! —grité desesperada.

—¿Y a Roberto?

—¡Roberto me da igual! Roberto para vosotros. Trae a mi hermana.

El cable cedió un poco más.

—Me mato, me mato.

—Voy a por ella, tranquila.

—¡Y a Aarón! ¡Vete también a por Aarón!

Fue mencionarlo y vi que el telón se abría un poco y por el escenario, a contra luz de los focos, avanzaba él. Aarón. Lo veía al revés, porque yo estaba boca abajo. Avanzaba hacia mí al revés. Detrás alguien se le acercaba, la rubia anoréxica.

—¡Sara!

—Aarón, mi Aarón.

Estaba guapo hasta al revés.

—Me voy a morir aquí colgada. Y solo quería verte a ti. Bueno, y a mi hermana.

Aarón se acercó a toda prisa hasta donde estaba.

—Sara...

Miró hacia arriba, dispuesto a subir hasta la pasarela para ayudar a descolgarme, pero se lo impedí.

—No, quédate aquí conmigo, por favor.

Si estiraba la mano casi podría tocarlo. Pero no. Lo intenté pero no. Él también la alzó. Nos separaban varios centímetros.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho. Me voy a morir.

—Calla, tonta. No te vas a morir. Ya te van a subir. Y si no, estoy yo aquí, ¿no lo ves? No voy a dejar que te caigas.

—¿Por qué no? Si me lo merezco. Me merezco darme este trompazo. Y si me muero también me lo merezco. Y tú te mereces estar con ella —dije, tratando de señalar a la anoréxica, con la dificultad que suponía señalar algo boca abajo—, o con la que quieras, porque he sido estúpida y tonta y absurda y... Ay, Aarón...

Y ahí lo supe. Miré a Aarón, miré a la anoréxica y lo supe. Tuvo que ser ahí, boca abajo, con mi mundo dado la vuelta, a punto del trompazo, cuando caí en lo obvio. Tuve que ponerme literalmente del revés, para darme cuenta de por qué estaba atascada con Aarón. La noche anterior lo había estado barruntando, pero no había llegado a la conclusión que ahora se me aparecía nítida. Echaba las culpas a Aarón de haberme atado a un hijo antes de tiempo. De haberme presionado a tener a Guille cuando yo aún quería disfrutar durante, como mínimo, un par de años de nuestra felicidad conyugal. Y eso me había hecho distanciarme poco a poco de él. Pero la verdad era bien distinta. Y ahora, dada la vuelta, con la anoréxica a su lado, lo veía claro. Que tonta y qué ridícula había sido. Porque tenía que admitir la verdad: si me había lanzado a tener al niño no era porque él me lo hubiera pedido, lo había hecho por pura inseguridad, por miedo a perderle. Temía que se diera cuenta de que alguien tan estupendo como él no podría estar mucho más con alguien tan lerda como yo. Alguien capaz de acabar colgada y enseñando las bragas a miles de personas. Y un niño era la garantía para que estuviera a mi lado. Tener un niño era mi manera de retenerlo. Siempre nos uniría ese hijo. Y por eso lo hice. Para alejarlo de todas las fans anoréxicas del mundo.

—Ay, Aarón...

Y encima había tenido el cuajo de echarle a él las culpas cuando yo era la única responsable. Y supongo que como era algo tan duro de admitir, había ocultado esa mezquindad bajo la idea de que le detestaba viéndole cambiar pañales. Cuando la única a la que detestaba era a mí. La única detestable era yo. Boca abajo había deshecho el nudo gordiano, eso que me impedía desearlo, eso que me mantenía

alejada de su piel. Y ahora lo deseaba, vaya si lo deseaba. ¿Sería ya tarde para arreglarlo? ¿Podría perdonarme?

—Aarón... todo es culpa mía. Tengo tantas cosas que decirte...

—Tranquila, ya me las dirás.

—Estaba tan equivocada, te echaba las culpas de todo y era al revés. Al revés. Ay, Aarón, qué guapo estás, hasta boca abajo.

Vi cómo varias plumas flotaban cayendo al suelo. Y eso me hizo transportarme a otro lugar y a otro momento.

—¿No te recuerda todo esto a algo? El escenario del instituto, las plumas, tú a punto de besarme pero yéndote con otra. Así me enamoré de ti. Qué tonta he sido...

Aarón callaba.

—Y qué ganas de besarte, Dios —concluí.

—¿Sí?

—Sí. Y de meterme en la cama contigo y no salir de ella en tres días. Pero ahora tú estás con esa rubia anoréxica —miré a la chica—, sin acritud, pero estás muy delgada. Y yo estoy aquí colgada, enseñándole mis bragas al mundo. ¿Cómo me vas a querer?

Noté movimiento en mis piernas. Alguien gritó desde las alturas.

—¡Te tenemos, preciosa! ¡Te bajamos lentamente! ¡Tranquila!

—Yo te cojo —dijo Aarón, extendiendo los brazos hacia mí.

Por fin sentí sus manos en contacto con las mías. Y pronto me pudo coger por el tronco y con esfuerzo darme la vuelta. La sangre poco a poco me bajó de la cabeza y fue regando el resto de mi cuerpo. Qué sensación más agradable. Y la de pisar el suelo ni te cuento. Me abracé a él con fuerza, temblando.

—Ay, Aarón, estoy viva.

—Ya pasó, tonta, ya pasó.

Nos miramos. Yo le miré con deseo. Con ese deseo de las primeras veces, porque había vuelto con fuerza. Estaba ahí. Vaya si estaba ahí. Lo único es que no sabía lo que estaría sintiendo él, ¿también había deseo? ¿Podría llegar a quererme otra vez? ¿O ya habíamos cruzado una puerta de no retorno y lo nuestro ya era imposible?

Oí el sonido de varias sirenas de policía.

—¡Tú! ¡¡¡*Porca putana!!!*

Roma había vuelto al escenario y trataba de abalanzarse sobre mí, pero el gallego, que acababa de llegar con Lu y Roberto, se lo impedían.

—Vas a ir a la cárcel... ¡Como me llamo Roma Perotti que acabas entre rejas!

Dos agentes de policía entraron en el escenario. Roma me señaló.

—¡Ella, es ella! ¡La *ladra*! ¡La *sabotatrice*! ¡*Portarla in prigine*! ¡Estaba robando mi obra! ¡Mis diseños!

Traté de defenderme.

—No, no son de ella, son míos, de verdad que lo son.

—*Ladra*, ladrona, *impostora*.

—¡Mamá, no!

Andrea había irrumpido en el escenario, fuera de sí. Con un carácter y una decisión que yo nunca le había conocido.

—¡No, mamá! Ya está bien.

Roma estaba desconcertada. ¿Su hija, la pusilánime, se estaba enfrentando a ella?

—¿Qué?

—Ya está. Déjala que se vaya. Todos aquí sabemos que esos vestidos son de ella.

—¿Qué? ¿Pero...?

—Mamá... Se acabó. He aguantado hasta ahora, pero ya no voy a soportarlo más. No tienes derecho a hacerle esto a Sara. ¿No ves que casi se juega la vida por sus vestidos? Se lo ha ganado. Son de ella.

—*Ma... perché dici questo?*

Andrea se dirigió a mí.

—Lo siento mucho, Sara. Perdóname. Yo sabía que te los estaba robando y no te lo dije. Es verdad que traté de impedirselo, de hecho creo que nos oíste discutir más de una vez...

—¿Era por eso por lo que discutíais?

—No soportaba que te estuviera robando pero tampoco tuve la fuerza ni el valor para impedirselo...

—*Ma... perché dici questo?*

—Porque es la verdad, mamá. Todos los mejores diseños de este musical son de ella. El mundo tiene que saberlo.

—¿De ella? —preguntó el que supuse que era el director de la obra. Un hombre con unas gafas de montura verde chillonas.

—Los más importantes sí. Los que dan sentido a todo —aclaró Andrea.

—Pero, Roma... —se indignó el director.

Roma calló un segundo.

—Ella lo aprendió todo de mí. Esos trajes también son míos, sin mi inspiración, sin mis ideas ella no es nadie.

—¿Entonces nosotros qué hacemos? —preguntó el policía, al que todo este drama le estaba dando una pereza enorme.

Roma me señalaba.

—Deténgala, aunque sea por boicot, por vandalismo, por...

La italiana seguía hablando, pero el director y otros técnicos se la llevaron de allí. Ella se dejó arrastrar, había perdido y lo sabía. Uno de los regidores les dio las gracias a los policías y les pidió que se fueran. Que ya todo estaba bien, que todo lo arreglarían entre la gente del teatro.

Andrea, abochornada, se volvió a disculpar conmigo.

—Perdóname, de verdad.

—No, perdóname tú. Y gracias, muchas gracias por tener el valor de decirlo. Si no, ahora mismo estaría siendo esposada por la policía...

La rubia anoréxica por fin habló, que hasta ahora había estado como una convidada de piedra.

—Aarón, ¿nos vamos?

Aarón me miró interrogante y justo en ese momento el director de la obra volvió a aparecer en el escenario. Esta vez acompañado del protagonista.

—No sé si me voy a arrepentir de lo que voy a decir, pero... ¿Puedes dejarnos los trajes que te llevaste y... hacerte cargo del vestuario?

—¿Del musical?

—Al menos por hoy.

Yo miré al director, miré a Aarón. No sabía qué hacer. Pero al final me decidí.

—Aarón, vete con ella. Nosotros tenemos una obra por hacer.

—¿Seguro?

—Claro. Yo he provocado todo este desastre y debo arreglarlo. Vete.

Me di la vuelta y me dirigí a David, a Chusa, a Lu, Roberto y el gallego.

—Venga, vamos, a trabajar. Nosotros podemos.

Vi alejarse a Aarón con la rubia. Como aquella vez, en la función del instituto. Sentí un pinchazo en el estómago. ¿Lo habría vuelto a perder? No. Pero estaba vez era distinto. Tenía que confiar. Tenía que empezar a quererme más. Porque si teníamos alguna posibilidad, iba a depender no solo de él, también de mí. Los impulsos y las prisas no eran buenas. Además, ahora la función tenía que continuar.

UN COLCHÓN ENORME

—¿Te gusta?

Le estaba enseñando a Guille el apartamentito que había alquilado en el paseo de la Ermita del Santo. Asegurándole que ahí íbamos a ser felices, a pesar de lo pequeño que era y a pesar de que en poco se parecía a la casa de Malasaña. Pero habíamos mejorado respecto al dúplex, sobre todo en la zona. En la ribera del Manzanares podría enseñarle a montar en bicicleta, podríamos dar grandes paseos...

—Y hay muchos columpios, ya verás. Y cuando crezcas y esto se nos quede pequeño, siempre podremos buscar algo más grande.

Guille, por supuesto, ignoraba mi perorata, entretenido jugando con su chupete. El apartamento estaba vacío. Los pisos vacíos siempre parecen mucho más pequeños de lo que son, me dije tratando de animarme. Miré la hora en el móvil. El camión de la mudanza se retrasaba.

De Aarón no había vuelto a saber nada desde el día del revés. Donde había tenido mi revelación sobre lo que me tenía estancada con él. Menos mal que esta vez no había necesitado ir hasta China y que me rajaran el estómago para descubrir que estaba enamorada de él. Solo quedarme boca abajo y enseñar las bragas a toda la profesión. Era una mejora. No había querido llamarlo, esperando a que lo hiciera él. Porque estaba convencida de que era él quien tenía que dar el paso. Al fin y al cabo, yo ya me había puesto boca abajo y ya me había declarado. Con la euforia del estreno, porque después de todo conseguimos salir bien parados de todo ese desatino y los actores pudieron representarla hasta el final con gran ovación incluso, yo había creído que Aarón no tardaría en llamarme. Tendía a mezclar siempre lo laboral con lo personal, y como el director del musical me había ofrecido que me quedara a cargo del vestuario hasta que la obra estuviera en cartel, di por hecho que Aarón también me llamaría y que todo se arreglaría entre nosotros. Pero pasaban los días y nada. Ni una llamada, ni un mensaje, ni un «hola, voy a buscar al niño».

Empezaba a temer lo peor. Que, por otra parte, era lo lógico. Una cosa es que yo hubiera vuelto a desearlo, a tener claro lo que quería, y otra muy distinta es que él estuviera en el mismo punto que yo y con ganas de retomar lo nuestro. Todos, además, sugerían que no me impacientara. Lo que tuviera que ser sería. Además, Aarón, me había confirmado mi hermana, llevaba unos días muy liado.

—¿Sabes tu vídeo de la teta? ¿Ese que lleva cuatro millones de visitas?

—¿Qué le pasa?

—Pues se ve que llamó la atención de una marca de pañales. Y gracias a ese

empezaron a ver todos los vídeos cantando nanas y les encantó el rollo de Aarón.

—¿Qué me dices?

—Y le han ofrecido protagonizar un anuncio.

—¿Y ha aceptado? Pero si Aarón jamás aceptaría hacer publicidad. Va en contra de todo en lo que cree.

—Pues lo está rodando. Y le pega todo hacer un anuncio de pañales, si es un padrazo.

Y tanto que lo era. Y por fin el hecho de que lo fuera no me repelía, es más, me ponía como una moto. La de veces que había visto yo esos vídeos a lo largo de los últimos días, con una lujuria creciente. ¿Cómo había estado tan ciega para no desear al padrazo ese que cantaba? Pero qué tonta, qué obtusa y qué todo.

El camión de la mudanza ya llevaba dos horas largas de retraso. Y en el piso solo había una silla para sentarse. Y me sentía muy sola y muy patética allí con Guille en ese apartamento tan desangelado. Cogí el teléfono y llamé a los de la mudanza.

—Oiga, ¿hay algún problema? Llevo más de dos horas aquí esperando.

—¿Esperando a qué?

—¿Cómo que a qué? A que traigan mis muebles, mis cosas.

—Llevamos una hora y cuarto descargando sus muebles, señora.

—¿Perdón? ¿Pero se puede saber dónde los están descargando?

—En la calle Velarde.

—¿Qué? No, no, ha tenido que haber un error. Esa era mi antigua casa, yo me mudo a otra...

—Pues eso se lo explica usted a la gente que nos ha abierto la puerta y nos ha dejado pasar.

—¿Pero qué gente? ¿Pero cómo se van a quedar con mis cosas? ¿Pero qué está pasando?

Salí del piso con Guille a toda velocidad y me dirigí a la casa de mi abuela. ¿Se podía ser más sinvergüenza que los nuevos inquilinos, quedándose con algo que no era suyo, no les bastaba con haberme usurpado mi casa? Llegué sofocada, vi el camión de la mudanza al lado del edificio, me acerqué y les pedí a los operarios que dejaran de bajar las cosas. Subí las escaleras al galope. La puerta estaba cerrada. La golpeé con los nudillos de manera frenética. La puerta por fin se abrió.

—Ya estabas tardando.

Era Aarón.

—¿Qué haces aquí?

Aarón abrió la puerta de par en par y se metió dentro de la casa. Le seguí. Allí estaban también mis padres, Lu, el gallego, Inma, David, el vikingo... Estaban todos enfaenados moviendo muebles, sacando libros de las cajas, colgando cuadros...

—¿Pero qué es todo eso?

—¿Tú dices bien? —me preguntó el vikingo mientras colgaba un cuadro—. ¿Gusto aquí?

—Eh... sí, sí... supongo.

Miré a Aarón sin saber qué pensar de todo esto.

—Pero... si mi padre había vendido la casa... si...

Aarón se limitaba a sonreír.

—Apareció otro comprador —dijo mi padre acercándose—. ¿Tú sabes el pastizal que le han pagado por un anuncio de pañales?

—¿Con eso has comprado la casa?

No salía de mi asombro.

—No, con ese dinero he negociado con el banco para que me dieran una hipoteca. Aún falta bastante por pagar, no te creas... Pero a ti te va bien con el musical, ¿no?

Y la verdad es que no me iba mal, sobre todo porque la obra iba a durar en cartel más de lo que habíamos vaticinado David y yo. Se ve que el rollo feminista futurista con viajes en el tiempo estaba calando entre el público de la Gran Vía, hasta a unas cuantas mujeres con burka se las había visto haciendo cola. Y nosotros prejuzgando al público y a las talibanas.

—Oye, y he pensado que para el niño mejor la habitación del fondo —continuó diciendo Aarón—. Da al sur y tiene más luz.

—A ver... Aarón, que yo no necesito que nadie me compre nada y menos si es a base de venderse haciendo anuncios...

—Oye, que es una marca ecológica de pañales. De los que siempre hemos usado. Eso no es venderse. Bueno, y si lo es, me da igual.

—¿Seguro?

—Claro. Y si se fijaron en mí fue gracias al vídeo que se hizo viral por tu culpa. Así que sentía que ese dinero era más tuyo que mío. Y Guille necesitaba una buena casa donde crecer.

—¿Entonces lo has hecho por Guille?

Llamaron a la puerta. Aarón abrió. Eran los de la mudanza, que si seguían con las cajas o qué.

—¿Qué hacemos? —me preguntó Aarón con una sonrisa traviesa—. Tú decides.

—¿Ahora decido yo? Has montado todo esto y ahora decido yo... —le reprendí, queriendo enfadarme pero sin poder hacerlo—. Estás... loco.

Tomó mi respuesta por un sí.

—Creo que pueden seguir —les dijo Aarón.

Mi madre se acercó y se apoyó en mis hombros. Su cara por fin ya había recuperado la normalidad. Bueno, era una cara nueva a la que habría que acostumbrarse, pero había que reconocer que estaba guapa sin la inflamación, un pelín estirada de más, pero guapa. Y mucho más joven. Aunque no creo que fuera mérito solamente de la cirugía.

—Hija, tu padre está feliz, feliz. Le da tanta alegría que la casa se quede en la familia. Pero tanta. Lo tenías que ver cuando vino Aarón a proponerle comprarla. Hasta un beso en los morros le dio. Y ha revivido. Una fogosidad, un ansia de mí. He

tirado todas las pastillitas azules, no te digo más.

—¿Y no se os ocurrió decirme nada de todo esto —pregunté, señalando la casa— durante estas semanas? Que estaba en un sinvivir, en una agonía.

—Eso era cosa de Aarón. Y que tú estabas muy liada con el musical ese, si tampoco tenías tiempo para otra cosa.

—O sea que lo habéis orquestado todo a mis espaldas.

—No ibas a ser tú la única que hace gestos grandiosos, colgándose de sitios imposibles, para volver a declararse —apuntó Aarón.

Lo había dicho como si nada, como quien suelta la dirección de una calle y me acababa de soltar que se estaba declarando. Sentí un maremoto en el estómago. Ay...

—¿Entonces esto no lo has hecho solo por nuestro hijo? —pregunté para cerciorarme—. ¿Para que tuviera una casa?

—Esta es tonta —dijo mi hermana.

—Ven.

Aarón me cogió de la mano y me bajó al local en donde había tenido yo mi tienda de plumas y el taller.

—Y el local vuelve a ser tuyo, para que hagas con él lo que quieras. Una tienda, un taller, un almacén... Cualquier cosa de las que habías soñado. Y si me dejas un rincón para montar un estudio de grabación, genial.

—¿Tú estás seguro de todo esto, Aarón? Que sigo siendo yo, no sé cuánto habré cambiado...

—Yo claro que estoy seguro, siempre lo he estado. Siempre.

Tragué saliva. Me sentía feliz, pero también sabía que las cosas no habían salido del todo bien, fatal de hecho, por apresurarnos, por tomar decisiones impulsivas y grandilocuentes. Y esta parecía una de esas. Aarón pareció leerme el pensamiento.

—Sara, sé que todo esto parece invasivo y que tú lo último que necesitas es que yo te meta cualquier tipo de presión. Esta casa era tuya y tenía que seguir siendo tuya. No es más que eso. Y no implica que me tenga que mudar, que tengamos que volver a ser una familia...

—¿No?

—No. No hay ninguna prisa. Ya veremos qué sale. Paso a paso.

Y yo entonces recordé los versos de Machado: «Caminante, no hay camino / se hace camino al andar. / Golpe a golpe / Verso a verso».

—¿Te parece? —preguntó.

Claro que me parecía, cómo no me iba a parecer. Si es que estábamos en sintonía. Por primera vez sentí que íbamos al mismo ritmo. Ay, Aarón, qué bien. Qué bien. Y al mirarlo volví a ver al chico del que me había enamorado en el escenario del instituto, el mismo que años después me había presentado mi hermana como su prometido y aquel que se me había declarado en mitad de su videoclip en el pantano. Era él, seguía siendo él. Aarón. El amor de mi vida y el padre de mi hijo.

Un padre al que estaba deseando desnudar.

—Oigan, ¿el colchón este adónde va? —preguntó uno de los de la mudanza, asomándose por la puerta.

—Déjenlo aquí.

—¿Aquí? ¿Y eso? —preguntó Aarón.

—Que arriba la casa está llena de gente y tenemos que recuperar mucho tiempo perdido.

Y no esperé ni a que los de la mudanza se marcharan para abrazarme a él y perderme en un beso infinito.

Volvía a tener sed de Aarón.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela le debe mucho a mucha gente.

A mis editoras: Ana Rosa y Miryam. Aún puedo ver su cara cuando les dije que quería escribir la continuación de *No culpes al karma*. Me animaron desde el primer minuto.

A Guillermo. Porque a veces la vida se vuelve del revés y una queda colgada como Sara, boca abajo. Y es entonces cuando necesitas a alguien a tu lado que le vuelva a dar sentido a todo.

A Breixo. No solo es uno de los responsables, con Carlos, del guion de *No culpes al karma*, sino uno de los mejores guionistas que conozco, y además tiene la paciencia de leer lo que le mando y de analizarlo sabiamente.

A Darío. Cuando más lo necesitaba, leyó las primeras ochenta páginas y me dijo: sigue.

A Jesús. Siempre positivo, nunca negativo.

A Alejandro. Por todo.

A Jaime Vaca. Se la leyó de un atracón y me animó muchísimo. Además de darme un par de claves.

A Alejandro Albarracín, que lo he metido como personaje en la novela sin pedirle permiso ni nada. Pero sé que no le molestará. Espero.

A Paco Ramos. Vio en la primera novela una película. Ojalá aquí también la vea.

A todo el equipo de la película de *No culpes al karma*. Entre otras cosas porque mientras escribía la novela siempre acababa poniéndole la cara de los actores a mis personajes. Así de acertados estuvieron. Ya no me imagino a otra Sara que a Vero, a otro Aarón que a Álex, a otro Roberto que a David... y así el resto.

Y aquí debo aclarar un detalle para los amantes de la peli y de la novela. Los guionistas y la directora, con muy buen criterio, decidieron fundir tres personajes en uno: David, Chusa e Inma se convirtieron en Inma. Un personaje maravilloso, con las virtudes de los tres y encarnado con ternura y locura por Cecilia Freire. No busquéis a esa Inma en esta novela, porque vuelve a estar dividido en los tres originales. No sé qué harán, si esta historia también acabara en película. A mí personalmente me gustaría volver a encontrar a aquella Inma, pero sin perder a David por el peso que tiene en esta historia. Pero, de nuevo, les dejaré a ellos tomar sus decisiones. Saben lo que hacen.

A mis padres, siempre.